Quedan los huesos

JESMYN WARD

Nuevos Tiempos Siruela

Jesmyn Ward

Quedan los huesos

Traducción del inglés de
Celia Montolío

Siruela
Nuevos Tiempos

Índice

Cubierta
Portadilla
Quedan los huesos
Día primero: Nacer bajo una bombilla desnuda
Día segundo: Huevos escondidos
Día tercero: Enfermedad en la tierra
Día cuarto: Vale la pena robarlo
Día quinto: Quedan los huesos
Día sexto: Un pulso firme
Día séptimo: Perros de pelea y hombres de pelea
Día octavo: Que se enteren
Día noveno: Eclipse de huracán
Día décimo: En el ojo sin fin
Día undécimo: Katrina
Día duodécimo: Vivos
Agradecimientos
Créditos
Notas

Quedan los huesos

A mi hermano Joshua Adam Dedeaux,
que guía mis pasos.

Ved ahora que yo, solo yo soy,
y que no hay otro Dios junto a mí.
Yo doy la muerte y doy la vida,
hiero yo, y sano yo mismo
(y no hay quien libre de mi mano).

Deuteronomio 32:39

Porque yo, tan mínima, sé tantas cosas,
y mi cuerpo es un ojo sin fin
con el que para mi desventura veo todo.

Gloria Fuertes, «Ahora»

Tumbados boca arriba, mirando las estrellas,
hablando de lo que queremos ser de mayores,
dije ¿tú qué quieres? Ella dijo: «Estar viva».

Outkast, «Da Art of Storytellin' (Part I)», *Aquemini*

Día primero:
Nacer bajo una bombilla desnuda

China arremete contra sí misma. Si no supiera lo que pasa, pensaría que intenta comerse las patas. Pensaría que está loca. Y lo está, en cierto modo. Solo se deja tocar por Skeet. Cuando era una cabezona cachorra de pitbull, robaba todos los zapatos que había por casa, aquellas deportivas negras que nos compraba mamá porque disimulan la suciedad y resisten hasta que se quedan raídas de tanto uso. Las sandalias olvidadas de mamá, con sus tacones gastados y teñidas de rosa por el barro rojo que rezumaban, eran las únicas distintas. *China* los escondía todos debajo de los muebles, detrás del váter, hacía montones y se echaba a dormir encima. Cuando la perra ya tuvo edad para correr y bajar brincando por los escalones sin ayuda, sacaba los zapatos y los metía debajo de la casa en zanjas poco profundas. Se ponía tiesa como un pino cuando se los intentábamos quitar. Ahora *China* está dando de la misma manera en que antes quitaba, obsequiando donde antes robaba. Está pariendo cachorros.

Lo que hace *China* no se parece nada a lo que hizo mamá cuando tuvo al menor de mis hermanos, Junior. Mamá dio a luz en la casa en la que nos tuvo a todos, aquí, en este hueco del bosque que su padre despejó y en el que edificó, y que ahora llamamos el Hoyo. Yo, la única chica y, a mis ocho años, la menor, no pude ayudar, aunque papá nos contó que ella le dijo que no necesitaba ayuda. Papá nos contó que Randall, Skeetah y yo llegamos deprisa, que mamá nos tuvo a todos en su cama, bajo la ardiente bombilla desnuda, así que cuando le llegó el momento a Junior pensó que podría hacer lo mismo. No fue así. Mamá se puso en cuclillas, chilló casi al final. Junior salió morado y azul como una hortensia: la última flor de mamá. Y así fue como tocó a Junior cuando papá se lo puso encima: suavemente, con las yemas de los dedos, como si temiese sacudirle el polen y malograr la floración. Dijo que no quería ir al hospital. Papá la llevó a rastras desde la cama hasta su camioneta, dejando a su paso un reguero de sangre, y jamás la volvimos a ver.

Lo que hace *China* es pelear, que es para lo que nació. Pelear contra nuestros zapatos, contra otros perros, contra estos cachorros que se estiran para llegar al exterior, ciegos y mojados. *China* suda y los chicos resplandecen, y a través de la ventana del cobertizo veo a papá, que tiene el rostro brillante como el destello de un pez en el agua cuando pega el sol. Hay silencio. Pesadez. Es como si debiera

estar lloviendo, pero no llueve. No hay estrellas, y las desnudas bombillas del Hoyo arden.

–Apártate de la entrada. La estás poniendo nerviosa. –Skeetah es la viva imagen de papá: oscuro, bajo y delgado. Tiene un cuerpo nudoso, con músculos como cuerdas. Es el segundo, tiene dieciséis años, pero para *China* es el primero. Solo tiene ojos para él.

–Si no nos hace ni caso –dice Randall. Es el mayor, diecisiete años. Más alto que papá, pero igual de oscuro. Tiene los hombros estrechos y unos ojos que parece que quieren saltar de su cabeza. En el instituto le toman por imbécil, pero cuando está en la cancha de baloncesto se mueve como un conejo, todo él veloz elegancia y largas ancas. Cuando papá caza, siempre animo a los conejos.

–Necesita espacio para respirar. –Las manos de Skeetah se deslizan sobre el pelaje de *China*, y se inclina para escuchar su barriga–. Tiene que relajarse.

–Pues de relajada no tiene un pelo. –Randall está a un lado de la entrada abierta, sosteniendo la sábana que Skeetah ha clavado a modo de puerta. Skeetah ha estado durmiendo toda esta semana en el cobertizo, esperando el momento del parto. Yo, cada noche, me he quedado esperando a que apagase la luz, y cuando sabía que estaba dormido he ido al cobertizo por la puerta trasera, me he plantado donde estoy ahora y le he echado un vistazo. Siempre me lo encontraba dormido, su pecho pegado al lomo de *China*. Se enroscaba alrededor de *China* como una uña alrededor de la carne.

–Quiero ver. –Junior está abrazado a las piernas de Randall, asomándose para ver pero sin atreverse a meter nada más que la nariz. Por lo general, *China* pasa del resto de nosotros, y Junior por lo general pasa de ella. Pero tiene siete años, y siente curiosidad. Cuando el chico aquel de Germaine trajo su pitbull macho al Hoyo hace tres meses para cruzarlo con *China*, Junior se puso en cuclillas encima de un bidón de aceite que daba sobre la perrera improvisada, una vieja plataforma de camioneta suelta hincada en la tierra y cubierta con alambrera, y miró. Cuando los perros se quedaron acoplados se tapó la cara con los brazos, pero aun así se negó a moverse cuando le grité que se metiera en casa. Se chupaba el brazo y jugaba con el colgajo de piel de su oreja, como hace cuando ve la televisión o justo antes de caer dormido. Una vez le pregunté por qué lo hace, y lo único que me dijo fue que suena como el agua.

Skeetah pasa de Junior porque está volcado con *China* como se vuelca un hombre con una mujer cuando siente que es suya, y *China* lo es. Randall no dice nada, pero extiende la mano sobre la puerta para bloquearle el paso a Junior.

–No, Junior. –Estiro la pierna para completar la valla que le impide acceder a la perra, al amarillo cordón de moco que se va encharcando en el suelo debajo del trasero de *China*.

–Déjale ver –dice papá–. Ya tiene edad para enterarse de estas cosas. –Su voz es

una voz en la oscuridad y orbita por el cobertizo. En una mano tiene un martillo, en la otra, un puñado de clavos. *China* le odia. Yo me relajo, pero Randall no se mueve y Junior tampoco. Papá se aleja girando como un cometa en la oscuridad. Se oye el ruido de un martillo que golpea metal.

–Con él se pone tensa –dice Skeetah.

–Quizá deberías ayudarla a empujar –digo. A veces pienso que eso fue lo que mató a mamá. La veo ahí, la barbilla pegada al pecho, esforzándose por expulsar a Junior y Junior enganchado a sus entrañas, agarrándose a todo lo que pillaba para quedarse dentro y sacándolo todo fuera al nacer.

–No necesita ayuda para empujar.

Y así es. Sus costados se estremecen. Gruñe; su boca, una raya negra. Tiene los ojos rojos; el moco empieza a salir rosa. *China* se tensa toda entera y hay un millón de canicas bajo su piel, y de pronto parece que se está volviendo del revés. En su abertura veo un bulbo purpúreo. *China* está floreciendo.

Si alguno de los colegas de borrachera de papá le hubiese preguntado qué está haciendo esta noche, le habría dicho que se está preparando para el huracán. Es verano, y en verano siempre hay un huracán que llega o se marcha de aquí. Se abren paso por el llano del Golfo hasta llegar a los más de cuarenta kilómetros de la playa artificial del Misisipi, donde chocan contra las viejas mansiones de verano, con sus galeras de esclavos convertidas en casas de huéspedes, antes de cruzar el *bayou*[1] a través de los pinos y perder fuelle, soltar lluvia y morir en el norte. La mayoría ni siquiera nos azota ya de frente; casi todos giran a la derecha hacia Florida o a la izquierda hacia Texas, pasan y nos rozan como la manga de una camisa. No venía uno derecho hacia nosotros hacía años, tiempo suficiente para olvidar cuántas garrafas de agua debemos llenar, cuántas latas de sardinas y carne en conserva tenemos que almacenar, cuántas cubas de agua necesitamos. Pero en la radio que papá tiene puesta a todas horas en la camioneta aparcada, les he oído hablar de esto hoy mismo. Cómo, según los meteorólogos, en el Golfo se acababa de disipar la décima depresión tropical, pero que al parecer se está formando otra alrededor de Puerto Rico.

Así que hoy papá me despertó dando golpes por la pared de fuera del dormitorio que comparto con Junior.

–¡Despertad! Tenemos trabajo.

Junior se dio media vuelta en su cama y se acurrucó contra la pared. Yo me quedé sentada lo suficiente como para que papá creyese que iba a levantarme, y luego volví a acostarme y me adormilé. Cuando me desperté al cabo de dos horas, la radio de papá sonaba en la camioneta. La cama de Junior estaba vacía, su manta, en el suelo.

–Junior, ve a por el resto de las garrafas de aguardiente.

–Debajo de la casa no hay ninguna, papá.

Al otro lado de la ventana, papá arrojó su lata de cerveza contra la panza de la casa. Junior le tiró de los pantalones cortos. Papá hizo otra seña, y Junior se acuclilló y se deslizó por debajo de la casa. Los bajos de la casa no le asustaban como me habían asustado a mí de pequeña. Junior desaparecía durante tardes enteras entre los bloques de hormigón que la sostenían, y solo salía cuando Skeetah amenazaba con mandar a *China* a buscarle. Una vez le pregunté a Junior qué hacía ahí debajo, y lo único que me dijo fue que jugaba. Me lo imaginaba cavando como un perro agujeros donde dormir, tumbándose boca arriba en la arenosa tierra roja y escuchando el trasiego de nuestros pies por las tablas del suelo.

Junior tenía un buen brazo, y de los bajos de la casa salían rodando botellas y latas como bolas de billar. Se detenían al chocarse contra la herrumbrosa tina para vacas que papá había rescatado del vertedero en el que desguaza metal. La había traído a casa el año pasado para el cumpleaños de Junior, y le había dicho que la usara de piscina.

–Lanza –dijo Randall. Estaba sentado en una silla debajo de la canasta que él mismo se había hecho, un aro que había robado del parque del condado y que había atornillado al tronco de un pino muerto.

–Hace años que no nos azota ninguno. Por aquí ya no vienen. Cuando yo era pequeño, no paraban. –Era Manny. Me arrimé al borde de la ventana del dormitorio; no quería que me viera. Manny se pasaba un balón de baloncesto de una mano a otra. Al verle se me rompió el caparazón del pecho, y mi corazón se desplegó para levantar el vuelo.

–Hablas igual que un vejestorio, y eso que solo me sacas dos años. A ver si te crees que no me acuerdo de cómo eran –dijo Randall a la vez que cogía el rebote y se lo devolvía a Manny.

–Si nos viene algo este verano, derribará tres o cuatro ramas como mucho. Las noticias no saben lo que dicen. –Manny tenía el pelo moreno y rizado, los ojos negros y los dientes blancos, y la piel del color de la madera de corazón de pino recién cortada–. Cada vez que arrestan a alguien en Bois Sauvage, cuentan mal la historia.

–Eso, los periodistas. Pero el hombre del tiempo es un científico –dijo Randall.

–Una mierda, eso es lo que es.

Desde mi sitio, parecía que Manny se sonrojaba, pero yo sabía que la cara se le había llenado de granos que le daban un tono rojizo y que el resto era la cicatriz.

–Está claro que viene uno. –Papá restregó la mano contra el lateral de la camioneta.

Manny arqueó las cejas y señaló a papá con el pulgar. Lanzó el balón. Randall lo cogió y lo retuvo.

–Ni siquiera hay una depresión tropical todavía –le dijo Randall a papá–, y tú ya has puesto a Junior a jugar a los bolos con las botellas de aguardiente.

Randall tenía razón. Papá solía llenar varias garrafas de agua. Las conservas eran el único tipo de comestibles que papá sabía cocinar, así que nunca nos faltaban salchichas vienesas ni carne enlatada. Comíamos ramen a diario: si hacíamos los fideos caldosos, echábamos salchichas y colábamos el jugo para que supiesen a pasta bien condimentada; secos, sabían a galletitas saladas. La última vez que una gran tormenta nos dio de frente, mamá vivía; cuando pasó la tormenta, asó a la parrilla toda la carne que quedaba en el congelador para que no se echase a perder, y Skeetah comió tantas salchichas picantes que se puso malo. Randall y yo nos habíamos peleado por la última chuleta de cerdo, y mamá nos había separado mientras papá se reía y decía: «Sabe defenderse sola. Te dije que iba a ser una canija peleona…, ha salido clavadita a ti».

–Este año es distinto –dijo papá sentándose en el culo del maletero. Por un momento pareció que no estaba borracho–. Las noticias tienen razón: todas las semanas, una tormenta nueva. Jamás ha habido tantas.

Manny volvió a lanzar y Randall fue a por el balón.

–Hacen que me duelan los huesos –dijo papá–. Noto que se acercan.

Me recogí el pelo en una coleta. Era mi única cosa buena, mi rareza, como un dóberman que sale blanco: tirabuzones negros, lacios cuando se mojaban pero densos como puñados de cuerda deshilachada una vez secos. Mamá me dejaba corretear por ahí con el pelo suelto, decía que era un rasgo que venía de antiguo, y que ya que lo tenía, lo mejor que podía hacer era disfrutarlo. Pero yo me miraba al espejo y sabía que el resto no era tan excepcional: nariz ancha, piel oscura, el cuerpo delgado y bajito de mamá pero con curvas plegadas que me daban un aspecto anguloso. Me cambié de camiseta y escuché lo que decían. Las paredes, finas, sin aislar y desconchándose por las junturas, me hacían sentir como si Manny pudiese verme cuando ni siquiera había puesto un pie fuera todavía. La profesora de Lengua del instituto, la señorita Dedeaux, nos manda deberes de lectura todos los veranos. Al acabar noveno, leímos *Mientras agonizo*, y saqué un sobresaliente porque respondí bien a la pregunta más difícil: «¿Por qué piensa el muchacho que su madre es un pez?». Este verano, el que sigue al décimo curso, estamos leyendo *Mitología*, de Edith Hamilton. El capítulo que terminé de leer anteayer se llama «Ocho breves historias de enamorados», y llega hasta la historia de Jasón y los argonautas. Me pregunté si Medea se sentiría así antes de salir por primera vez al encuentro de Jasón, como atravesada por un viento fuerte que la hacía temblar. Los insectos que cantaban mientras pululaban por el patio de tierra roja, el balón que botaba, los blues de papá desde la radio de su camioneta: todos me pedían que saliera por la puerta.

China oculta la cara entre las patas y sube la punta del rabo antes de dar el último empujón para que salga el primer cachorro. Parece como si quisiera hacer el pino, y aunque me entran ganas de reír, no me río. Le sale sangre, y Skeetah se agacha aún más para ayudarla. *China* da un cabezazo, y los ojos se le abren de golpe a la vez que los dientes.

–¡Cuidado! –dice Randall. Skeetah la ha sobresaltado. Le pone las manos encima y *China* se levanta. Una vez fui con mamá a la iglesia metodista de papá, a pesar de que ella nos crio como católicos, y así es como se mueve *China*; como si la hubiera poseído el espíritu, como si fuese la voz más sagrada la que recorre su interior y no la de Skeetah. Me pregunto si tendrá la sensación de que una mano gigante agarra su cuerpo y la exprime hasta vaciarla.

–¡Ya lo veo! –chilla Junior.

El primer cachorro es grande. Abre a *China* y sale deslizándose por un torrente de limo rosa. Skeetah lo atrapa, lo pone sobre una pila de toallas andrajosas que ha preparado. Lo limpia.

–Naranja, como su padre –dice Skeetah–. Este va a ser un matón.

El cachorro es casi naranja. En realidad tiene el color de la tierra roja cuando alguien la excava para sembrar un campo, sacar piedras o enterrar un cuerpo. Es rojo Misisipi. El padre tenía ese mismo color: era corto y parecía un gran músculo rojo. De tanto pelear se le había formado una capa de úlceras costrosas de piel y carne. Cuando *China* y él se aparearon, la sangre les caía por las mandíbulas, por el pelaje de *China*, y en vez de amarse parecía que luchaban. La piel de *China* se riza como el agua con el viento. El segundo cachorro saca medio cuerpo con las patas por delante y se queda colgando.

–Skeet –dice Junior con voz chillona. Tiene un ojo y la nariz apretados contra la pierna de Randall, a la que está abrazado. Parece muy oscuro y muy pequeño, y la penumbra de la noche me impide distinguir de qué color es su ropa.

Skeetah coge el cachorro por detrás, y su mano le cubre el tronco entero. Tira. *China* gruñe, y el cachorro se desliza sin trabas. Es rosa. Cuando Skeetah lo tiende sobre la esterilla y lo limpia, es blanco con diminutas manchas negras, como semillas de sandía escupidas sobre el pelaje. La lengua le asoma a través de la minúscula raja que es su boca, y se parece a los perros de los dibujos animados. Está muerto. Skeetah suelta la toalla y el cachorro rueda, tieso como un bolo, por la guata, para terminar apoyándose suavemente contra el cachorro rojo, que mueve las patas con pequeñas convulsiones, como parpadeos.

–Mierda, *China*. –Skeetah respira. Viene una cachorra. Esta se desliza de cabeza con lentitud; una saltadora solitaria y vacilante. Big Henry, uno de los amigos de Randall, se zambulle de esta manera en el agua del río siempre que vamos a nadar: pesada y cautelosamente, como si temiese que su enorme cuerpo, con sus volutas de músculo y grasa, le pudiese hacer daño al agua. Y cada vez que Big Henry se

zambulle, los demás chicos se ríen de él. Manny es siempre quien más grita: sus dientes, cuchillos blancos; su rostro, rojo dorado. La cachorra aterriza en el hueco que forman las palmas de las manos de Skeetah. Es una labor de patchwork blanca y marrón. Se está moviendo, cabecea a imitación de su madre. Skeetah limpia a la cachorra. Se arrodilla detrás de *China*, que gruñe. Que suelta un gañido. Que se parte.

A pesar de que la camioneta de papá estaba aparcada justo enfrente de la puerta de entrada y de que Junior me dio en la pantorrilla con una garrafa de aguardiente, lo primero que hice fue mirar a Manny. Tenía el balón cogido como un huevo, con la punta de los dedos, como dice Randall que hacen los buenos. Manny era capaz de driblar hasta sobre piedras. Le había visto en la arena pedregosa que hay en un rincón de la cancha de baloncesto del parque; él y Randall, driblando y defendiendo, driblando y defendiendo. Las piedras hacían que el balón rebotase entre sus piernas como una pelota de pádel, impredecible y enloquecido, pero eran tan buenos que casi siempre lo cogían y volvían a driblar. Preferían caerse a que el balón se les escapase, preferían zambullirse y cortarse con conchas y piedrecitas grises. Manny cogía el balón con la misma ternura con que habría cogido a un cachorro de pitbull con pedigrí. Yo quería que me tocase de esa manera.

–Eh, Manny. –Me salió un chillido asmático. Sentí calor en el cuello, más calor que el que hacía aquel día. Manny me saludó con la cabeza, hizo rotar el balón sobre su dedo índice.

–¿Qué tal?

–Ya era hora –dijo papá–. Ayuda a tu hermano con las botellas esas.

–No quepo debajo de la casa. –Me tragué las palabras.

–No quiero que las cojas. Quiero que las enjuagues. –Sacó una sierra, amarronada por la falta de uso, de la plataforma de su camioneta–. Sé que tenemos contrachapado por algún sitio.

Cogí dos de las garrafas que tenía más cerca y las llevé al grifo. Abrí la llave, y el borbotón de agua que salió del caño parecía agua hirviendo. En el interior de una de las garrafas había una costra de barro, así que dejé correr el agua por la parte superior. Cuando el agua empezó a borbollar por los bordes, las agité para aclararlas. Manny y Randall se silbaban el uno al otro, jugaban al balón, y llegaron dos más: Big Henry y Marquise. Me sorprendió que todos ellos viniesen de otros lugares, que ni siquiera uno o dos hubiesen salido con Skeetah del cobertizo o de los restos incompletos de la casa medio podrida de mamá Lizbeth, que es la única otra casa que hay en el claro y que en sus orígenes perteneció a la madre de mi madre. Los chicos siempre encontraban lugares donde dormir cuando estaban demasiado borrachos o colocados o cuando les daba pereza ir a casa. Los asientos traseros de coches para el desguace, la vieja caravana que papá le compró a precio

de ganga a un hombre en una gasolinera de Germaine y que solo funcionó hasta que la metió en la entrada de casa, el porche delantero que mamá hizo forrar a papá con tela mosquitera cuando éramos pequeños. A papá no le importaba, y con el tiempo el Hoyo nos llegó a parecer extraño cuando ellos no estaban, tan vacío como la pecera que vi una vez en la salita de Big Henry, sin agua ni peces pero llena de rocas y falsos corales.

–¿Qué pasa, primo? –preguntó Marquise.

–Me preguntaba dónde estaríais. El Hoyo estaba como vacío –dijo Randall.

El agua de la garrafa que tenía entre las manos se estaba volviendo rosa. Me mecía al compás del vaivén del agua; intentaba no mirar a Manny, pero le miré. Él a mí no; le estaba estrechando la mano a Marquise, tragándose con sus dedos anchos y romos la mano flacucha y marrón de Marquise hasta casi hacerla desaparecer. Dejé la garrafa limpia en el suelo, cogí la siguiente, comencé de nuevo. El pelo me tapaba el cuello como las mantas de ganchillo que hacía mi madre, aquellas mantas que seguíamos amontonando en invierno para no enfriarnos y bajo las cuales nos despertábamos cada mañana, sudando. A mis pies cayó un bote de lavavajillas y me salpicó de barro las pantorrillas.

–Como los chorros del oro –dijo papá mientras se alejaba, martillo en mano, con gesto airado. El jabón me dejaba las manos escurridizas. El barro estaba cubierto de espuma. Junior dejó de buscar botellas y se sentó a mi lado a jugar con las pompas.

–Si Manny ha venido tan pronto, es solo porque intenta huir de Shaliyah. –Marquise robó el balón. Aunque tenía menos cuerpo que Skeetah, era casi tan rápido como él, y dribló hasta llegar al maltrecho aro. Big Henry le guiñó un ojo a Manny y se rio. La cara de Manny estaba serena y tan solo hablaba su cuerpo: sus músculos charloteaban como gallinas. Cubrió a Marquise, bloqueándole el paso a la meta, y Randall se puso a dar palmadas en el borde de la cancha de tierra batida, a la espera de que Manny le quitase el balón y se lo pasara. Big Henry le empujó con el hombro, defendiendo. Era casi tan alto como Randall pero mucho más ancho, grácil y ligero como una peonza. Ahora sí que era un partido de verdad.

La garrafa que estaba agitando se rompió y sonó como el repiqueteo de la calderilla en un puño holgado. Se hizo añicos, y los cristales me resbalaron por las palmas de las manos. Solté lo que quedaba.

–¡Quita, Junior! –dije. Mis manos, que hacía un instante eran de color rosa, estaban rojas. Sobre todo la izquierda–. ¡Estoy sangrando! –dije entre dientes. No grité; quería que Manny me viese, pero no como una chica débil, no como una chica que daba pena. No como una cosa digna de lástima, incapaz de aguantar el dolor como los chicos. Randall atrapó el rebote de Manny y se acercó cuando me estaba arrodillando, mi mano izquierda bajo el grifo y un lazo de color rojo directo

al barro que había a mis pies. Lanzó el balón hacia atrás. El corte tenía el tamaño de una moneda de veinticinco centavos, y sangraba sin parar.

–Déjame ver. –Apretó alrededor de la herida y salió sangre. Me entraron ganas de vomitar–. Tienes que seguir apretando hasta que deje de sangrar. –Puso mi dedo pulgar, que había estado taponando el cuello de la garrafa, sobre el corte–. Aprieta tú –dijo–. Tengo las manos demasiado sucias. Hasta que te deje de doler. –Era lo que siempre nos decía mamá cuando acudíamos corriendo a ella con un corte o un arañazo. Apretaba y soplaba en la herida después de echarle alcohol, y para cuando terminaba de soplar ya no dolía. «Ya está. ¿Lo ves? Como si no hubiera pasado nada.»

Manny y Marquise se lanzaban el balón tan deprisa que sonaba igual que un redoble de tambor acelerado. Manny echó un vistazo a Randall, que seguía arrodillado junto a mí; su cara estaba aún más roja de lo habitual, pero al momento empezó a sisear como hace siempre que juega al baloncesto y supe que no estaba preocupado, sino acalorado. «Tienes que apretar… hasta que te deje de doler.» El estómago se me encogió. Randall presionó una vez más y se levantó, y la imagen de mamá que había visto en su boca cuando me decía que apretase había desaparecido. Manny apartó la mirada.

El siguiente cachorro de *China* es blanco y negro. El blanco le rodea el cuello antes de trazar una curva que parte de su cabeza y le cruza el hombro. El resto es negro. Se sacude y lloriquea cuando Skeetah lo tiende sobre la manta, limpio. Es un llanto fuerte, se impone sobre los grillos; el cachorro es el indio danzón más escandaloso del carnaval[2], recorre las calles horadadas de la ciudad hundida gritando y bailando con su tocado blanco. Quiero que sea mío porque sale de *China* salmodiando y cantando como los indios de Nueva Orleans, como los indios a los que debo mi pelo, pero dudo que Skeetah me lo dé. Vale demasiado dinero. Es de buen linaje. *China* es famosa entre los pitbulls de Bois Sauvage porque cuando se enzarza con los perros los convierte en chuchos. Arranca tendones de los cuellos. El padre, el perro de Germaine, que está a varios pueblos de distancia, es igual de fiero. Rico, su dueño y primo de Manny, saca tanto dinero de las peleas que solo trabaja media jornada como mecánico en un taller de cambio de aceite, y el resto del tiempo lo dedica a llevar al perro en su camioneta a las peleas ilegales que se celebran en lo más profundo del bosque.

–Ojalá fuera negro del todo –dice Skeetah.

–A mí no me importa –respondo a Skeetah, a todos, a los perros que se van multiplicando por el cobertizo, pero nadie me oye, porque me tapa *China*. Aúlla. Suena como yo cuando me suelto de la cuerda que cuelga de ese árbol tan alto que da al río Lobo: aterrorizada y eufórica. Sus orejas recortadas se enroscan hacia

delante. La cachorra sale deslizándose. Parece amarilla con rayas negras, pero cuando Skeetah la limpia el negro se esfuma.

–De noche, la sangre parece negra –dice Randall.

La cachorra es de un blanco inmaculado. Es su madre en miniatura. Pero mientras su madre gime, ella guarda silencio. Skeetah se inclina sobre ella. Los demás cachorros abren las mandíbulas, sacuden las patas. Estamos todos tan sudorosos que parece que acabamos de entrar corriendo en el cobertizo huyendo de un chaparrón de verano. Pero Skeet está moviendo la cabeza, y no sé si es solo sudor o si está llorando. Parpadea. Rasca con el índice el cráneo blanco inmaculado, baja por el pecho de la cachorra y por su barriga. La cachorra abre la boca y se le hincha la barriga. Es digna hija de su madre. Es una luchadora. Respira.

Me até a la mano una tira de un trapo viejo y seguí lavando hasta que todas las garrafas de cristal quedaron alineadas contra la pared de la cocina. Junior se había ido corriendo al bosque que rodea la casa tras anunciar que se iba a cazar armadillos. Los chicos habían terminado de jugar al baloncesto; Big Henry metió el viejo Caprice que su madre le había comprado al cumplir los dieciséis en el terreno contiguo a casa, después de beber del grifo, mojarse la cabeza y sacudirla como un perro mojado para hacerme reír. Randall y Manny discutían por el partido. Marquise estaba tumbado sobre el capó a la sombra de los robles, fumándose un purito. A Big Henry solamente le funcionan dos altavoces pequeños, porque fundió el amplificador y los graves, así que se oía más su conversación que la música. Cogí la garrafa que había roto y dejé los fragmentos en una vieja mitad de una tapa de cubo de basura. Me arrodillé y recorrí el suelo con la mirada en busca de cristales; pensaba que quizá podría encontrar la pieza que me había cortado. Cuando terminé, fui a la parte de atrás de la parcela, al bosque. Mis ojos deseaban tanto buscar a Manny que sentía las ganas como una comezón en la sien, pero seguí caminando.

La madre de mi madre, mamá Lizbeth, y su padre, papá Joseph, fueron los primeros propietarios de toda esta tierra: unas seis hectáreas en total. Fue papá Joseph quien puso el apodo del Hoyo a todo esto, papá Joseph quien permitió a los blancos con los que trabajaba que extrajesen la arcilla que después utilizaban para echar los cimientos de las casas, papá Joseph quien les dejó excavar en la ladera de una colina que había en un claro cercano a la parte de atrás del terreno en el que sembraba maíz para pienso. Papá Joseph les dejó coger toda la tierra que quisieron hasta que sus excavaciones formaron un risco sobre un lago seco al fondo del terreno; y el riachuelo que había bajado por la colina se desvió y se acumuló en el lago seco convirtiéndolo en un estanque, y entonces papá Joseph pensó que la tierra cedería bajo el agua, que el estanque se extendería y engulliría el terreno y lo

convertiría en una ciénaga, así que dejó de vender tierra por dinero. Murió al poco tiempo de cáncer de boca, o al menos eso es lo que nos contaba mamá Lizbeth cuando éramos pequeños. Mamá Lizbeth siempre nos hablaba como si fuéramos adultos, nos ponía pingando como si fuéramos adultos. Murió mientras dormía después de rezar el rosario, a los setenta y pico años, y dos años después mamá, el único hijo que seguía vivo de los ocho que había parido mamá Lizbeth murió dando a luz a Junior. Como ahora solamente estamos aquí nosotros y papá, además de *China*, de las gallinas y de un cerdo cuando papá se lo puede permitir, los campos que sembraba papá Joseph alrededor del Hoyo se han cubierto de matas, de palmitos, de pinos tiesos como las cerdas de un cepillo.

Solemos tirar la basura a una zanja poco profunda que hay al lado del hoyo, y la quemamos. Cuando las pinochas de los árboles de alrededor caen dentro y prenden, huele bastante bien. Si no, huele a plástico quemado. Tiré el cristal a la zanja, donde empezó a centellear como estrellas encima de los restos negros. El agua del hoyo estaba baja; llevábamos semanas sin que nos cayese una buena tormenta. El aguacero que necesitábamos estaba allá en el Golfo, sostenido como un niño cansado y hambriento por la tormenta que se estaba formando. Cuando llueve bien en verano, el hoyo se llena hasta la linde y nadamos en él. El agua, que normalmente era rosa, se había vuelto de un rojo denso, amarronado. El color de una costra. Me di media vuelta para marcharme y vi oro. Manny.

–El tiempo ha estado muy seco –dijo. Se detuvo a mi lado, a poca distancia. Hubiera podido arañarle con las uñas–. Aquí no se puede nadar, Esch.

Asentí con la cabeza. Ahora que me hablaba, no sabía qué decirle.

–Aunque si tu padre tiene razón, pronto caerá –dijo.

Me di unos golpecitos en la pierna con la tapa del cubo de basura, olvidando la tierra que estaba pegada en un lado. Se esparció y cayó como polvo. Quería callarme, pero como no podía pensar en otra cosa, hablé.

–¿Por qué no estás allí?

Miré sus pies. Sus Jordan, en otro tiempo blancas, habían cogido el color de los polos de naranja.

–¿Con ellos?

–Sí. –Eché un vistazo a su cara, al sudor que parecía un glaseado. Mis labios estaban abiertos. Otra Esch distinta le habría quitado el sudor a lametones, y habría sabido a sal. Pero esta chica no se inclinaba hacia delante, no sonreía ni le chupaba el cuello. Esta chica esperaba porque no era como las mujeres del libro de mitología, aquellas mujeres que me incitaban a seguir pasando páginas: las ninfas embaucadoras, las diosas despiadadas, las madres que arrancan el mundo de raíz. Io, que hizo arder de amor el corazón de un dios; Artemisa, que convirtió a un hombre en ciervo y ordenó a sus perros que lo desgarrasen hasta separar el cartílago del hueso; Deméter, que detuvo el tiempo cuando raptaron a su hija.

–Porque yo no fumo hierba –dijo Manny, y su zapato se acercó al mío–. Ya sabes que lo he dejado. –Sus pies estaban delante de los míos, y de pronto, alto como era, estaba bloqueando el paso del sol–. Lo que yo hago ya lo sabes tú. –Me estaba mirando de verdad, con descaro, por vez primera aquel día. Sonrió. Su rostro tenía señales rojas de las quemaduras del sol, y también hoyuelos, marcas de viruela y destellos de las cicatrices de un accidente que tuvo a los diecisiete años cuando, borracho y colocado, iba campo a través en coche con sus primos, a medianoche, y viraron bruscamente para atropellar a un ciervo; al salir disparado por la ventanilla, cayó sobre cristales y asfalto pedregoso y se raspó, y la carretera le marcó quemándole, le rompió por algunas partes. Él era el sol.

Manny me tocó primero lo que siempre me tocaba: el culo. Agarró y tiró, y mis pantalones cortos se deslizaron hacia abajo. Sus dedos me tiraban de las bragas, sus antebrazos se frotaban contra mi cintura, y el roce de su piel quemaba como una lengua. Jamás me había besado de otra manera: siempre con su cuerpo, nunca con la boca. Las bragas se deslizaron por mis piernas. Me pelaba la ropa como si fuera la piel de una naranja; quería a la otra Esch. Quería el corazón carnoso y en sazón. El corazón pringoso que los chicos veían a través de mi cuerpo de chico, de mi piel oscura, de mi rostro feúcho. El corazón de chica que, antes de Manny, había entregado a los chicos porque ellos lo querían, no porque yo quisiera darlo. Se lo había entregado porque, por un instante, yo era Psique, Eurídice o Dafne. Era amada. Pero con Manny era distinto; a pesar de ser tan bello, me escogía a mí una y otra vez. Él quería mi corazón de chica; yo le daba los dos. Los pinos empezaron a girar como en el corro de la patata, y me caí. «Será rápido», pensé. «Hundirá la cara en mi pelo. Gruñirá cuando se corra.» Hinqué los talones en sus muslos, por detrás. Aunque conocía a los demás chicos, su cuerpo y él eran a los que mejor conocía: él, al que más amaba. Se lo demostré con mis caderas. Mi pelo, mi almohada en la tierra roja. Me dolían los pechos. Quería que se inclinase, que me tocase por todas partes. No lo hacía, pero sus caderas sí. *China* soltaba ladridos, agudos como cuchillos. Yo era valiente como una griega; le estaba haciendo arder de amor, y Manny me estaba amando.

China está lamiendo a los cachorros. Jamás la he visto tan mansa. No sé qué suponía yo que iba a hacer cuando los tuviese: sentarse encima de ellos y asfixiarlos, tal vez. Morderlos. Convertir sus cráneos en trocitos de hueso y sangre. Pero no. Se planta junto a ellos, ella a un lado y Skeetah al otro como un par de padres orgullosos, y lame.

–Aún no ha terminado –dice papá desde la plataforma de su camioneta–. La placenta. –Vuelve a perderse en la oscuridad, y a su paso se oyen rodar por el suelo las botellas que limpié.

Es como si *China* hubiese oído a papá. Recula hasta una esquina, se apretuja

entre una pila de bloques de hormigón y lo que creo que es un motor de coche casi entero. No hace el menor ruido, solo enseña los dientes. Gesticula. Skeetah no se le acerca. *China* no quiere compartir esto; él no la va a obligar. El hocico de *China* tiene un brillo rosa y amarillo de lo que les ha lamido a los cachorros. Se oye un sonido húmedo tras ella, y se da la vuelta deprisa, chorreando aún un hilillo de moco, para comerse lo que ha caído. Me agacho y miro entre las piernas de Skeet. Ahí, en la esquina, parece morado oscuro, casi negro; a *China* le basta con sacudir una sola vez la cabeza para hacer desaparecer el brillante amasijo. Me ha recordado el interior del último cerdo que tuvo papá, que mató y vació en una bañera antes de obligarnos a limpiar los intestinos para hacer gallinejas: tanto apestaba que Randall vomitó.

–No sé quién me dijo que siempre se comen la placenta –dice Randall. *China* pasa por delante de Skeetah, le lame el meñique. Es un beso, un pico. Se detiene ante la toalla sucia que envuelve a sus cachorros.

–Mira –digo.

Algo se mueve donde *China* ha soltado, donde ha comido. Skeetah se acerca a gatas y lo coge.

–Un canijo –dice. Lo acerca a la luz.

Es pinto. Unas rayas negras y marrones le recorren las costillas como a las cebras. Es la mitad que sus hermanos y hermanas. Skeetah cierra el puño, y desaparece.

–Está vivo –dice. Hay gozo en su rostro. Se alegra de tener otro cachorro; si vive, puede que obtenga doscientos dólares por él, aunque sea el canijo. Abre la mano y el cachorro aparece como el corazón de una flor, quieto como el estigma. La boca de Skeetah dibuja una línea recta; baja las cejas. Lo deja en el suelo–. Total, lo más probable es que muera.

China no se tumba como una madre flamante. No amamanta. Lame al cachorro grande y rojo y después se olvida de él. Nos está mirando sin hacer caso de Skeetah. Se le encrespa el pelo, furiosa con los que estamos en la puerta. Skeetah la agarra del collar, intenta calmarla, pero está rígida. Junior se encarama a la espalda de Randall. Pienso en abrazar a Skeetah antes de marcharme, pero *China* tiene la mirada torva y me limito a sonreírle. No sé si él me verá en la oscuridad. Ha hecho un buen trabajo. Solo ha muerto un cachorro, y eso que es la primera vez que *China* da a luz. *China* araña el suelo de tierra del cobertizo como si fuese a cavar un agujero para enterrar a los cachorros y no verlos más. Entre las ruinas del terreno cubierto de desperdicios, papá está golpeando algún objeto de metal. Nos vamos. Skeetah vuelve a correr la cortina cuando salimos, dejándola bien tirante frente a la noche tranquila y clara. El cobertizo queda a oscuras.

Le digo a Junior que se bañe nada más entrar en casa pero no me hace caso, y hasta que Randall no abre el grifo y se lo lleva a la bañera, no se lava. Randall se

queda en la puerta mirando a Junior porque está convencido de que cuando Junior la cierra se sienta en el borde de la bañera, pataleando en el agua. Detesta bañarse. Yo soy la última en ducharse, y el agua, a pesar de que solo he abierto el grifo de la fría, está tibia. Agosto es siempre el mes de más calor, ese calor que penetra tanto en la tierra que hierve el agua de los pozos. Cuando me voy a la cama, Junior ya se ha dormido. Se oye el zumbido del ventilador de la ventana. Me tiendo boca arriba y noto mareo, confusión, náusea. Hoy solo he comido una vez. Veo a Manny encima de mí, su cara lamiendo la mía, el calor de su sudor, nuestras cinturas encontrándose. Esa manera suya de verme con su cuerpo. De amarme como ama Jasón. Junior suelta un ronquido de bebé, y yo me adormilo con la respiración de Manny en el cerebro.

Día segundo:
Huevos escondidos

La mañana después de un nacimiento debería ser silenciosa; el aire debería amortiguar los sonidos. Pero en el Hoyo el silencio va y viene como la jauría de perros callejeros que papá ahuyentaba con su escopeta antes de que Skeetah trajese a *China* a vivir aquí. Cuando papá criaba cerdos, las cerdas chillaban por la mañana a sus pringosos cochinillos. Las gallinas incubaban los huevos escondidos para que salieran los polluelos, y nos despertaban entre aletazos y cloqueos. El primer día de los cachorrillos de *China* en el mundo no fue nada distinto. Me desperté al son de martillazos.

Fuera, Skeetah parece limpio. Al menos se ha cambiado de camiseta, y la cara le brilla como si se la acabase de restregar. Está clavando un clavo en un tabloncillo, juntando ese tabloncillo con otro. Todavía llevo puesta mi camiseta de dormir, y es tan temprano que se podría decir que la mañana es fresca.

–¿Qué haces?

–Construirles una caseta. –Skeetah remacha un clavo–. Dentro de seis semanas la van a necesitar.

–¿No te parece que es un poco pronto? ¿Una caseta? –Me froto los ojos. Tengo hambre, y sé que no voy a ser capaz de dormirme de nuevo. Tendría que haberle gritado por la ventana que dejase de martillear, y después haberme tapado la cabeza con la sábana.

–Van a vivir, y van a ser grandes. No los puedo tener por ahí sueltos a todas horas. Podrían atropellarlos. –Inclina hacia delante el cubo vuelto sobre el que está sentado y se mete el martillo en la pernera del pantalón–. ¿Quieres verlos?

Asiento con un gesto.

En el cobertizo, aquellas bolas resbaladizas que se contorsionaban ya no están. En su lugar hay unas bolas nuevas, esponjosas y aterciopeladas. Casi parecen polluelos. Sus ojos continúan sellados, todavía son unas finas rayas negras que parecen bocas cerradas. Pero tienen la boca abierta. Resuellan, resoplan y lloriquean con gañidos que intentan ser ladridos. Ruedan y se chocan, revolcándose los unos sobre los otros para acabar aterrizando contra el costado de *China. China* me mira. Skeetah corre la cortina.

–Jamás pensé que pudiese sacarme cinco, Esch. Al ser la primera vez, pensaba que me sacaría dos, quizá. Creía que *China* los pisotearía o que simplemente saldrían muertos. Pero ni se me pasó por la cabeza que me dejaría salvar a tantos.

Skeetah está tan cerca que nuestros hombros se tocan por un instante. Evita mirarme mientras me cuenta todo esto; clava la vista en el suelo. Estas son las cosas que no le cuenta a nadie, ni siquiera a *China*. A veces se confiesa conmigo; yo siempre escucho.

–¿Sabes esos padres que salen por la tele diciendo que un parto es un milagro? Mira que he visto parir a cerdas, chuchas y conejas, y jamás había sentido nada igual. Estos cachorros son de verdad –dice.

–¿Quieres algo de comer? –De lo único que puedo hablar es de mi estómago.

China ladra y gruñe a la vez, y Skeetah me mira como si no hubiese dicho nada.

–No. –Agarra el martillo–. Quiero terminar el armazón, y después tengo que asegurarme de que da de mamar. –Se rasca la frente, se encoge de hombros–. Cosas de criadores. –Echa una ojeada a modo de pausa y empieza a martillear de nuevo. Me voy a por el desayuno.

Mamá me enseñó a encontrar huevos; yo la seguía por el terreno. Nunca estaba limpio. Incluso cuando vivía, estaba lleno de coches vacíos con los capós abiertos, los motores desmantelados y las carrocerías por ahí tiradas como huesos mondos de animales. Entonces solo teníamos unas diez gallinas. Ahora tenemos unas veinticinco o treinta porque no conseguimos encontrar todos los huevos; las gallinas los esconden bien. No recuerdo con exactitud cómo lograba seguir a mamá, porque su piel era oscura como los robles tupidos y nunca llevaba colores vivos: nada de rosa chicle, de azul forsitia, de amarillo plátano. A lo mejor se compraba camisetas y pantalones de colores vivos que se desteñían tanto con el uso que siempre parecía que iba de verde aceituna, de negro y de marrón, y por eso cuando se agachaba para sacar un huevo de un nidal oculto casi ni la veía, y se movía y era como si se moviese el bosque, como si un viento correteara entre los árboles. De modo que la seguía con el tacto, no con la vista, mi mano tirando de sus pantalones, de su falda, y así era como caminábamos por la habitación hecha de robles, buscando huevos. Me gusta buscar huevos. Puedo vagar a mis anchas, moverme tan despacio como quiera, perder la mirada en el vacío. Pasar de papá y de Junior. Sentirme como el sosiego y como el viento. Imagino a mamá caminando delante de mí, volviéndose a sonreírme o a silbarme para que camine más deprisa, sus dientes blancos en la penumbra. Pero aun así es trabajo, y tengo que salir de mi ensimismamiento y concentrarme si quiero encontrar algo de comer.

La única cosa que me ha resultado fácil, como nadar en el agua, fue el sexo cuando empecé a tener relaciones. Tenía doce años. La primera vez fue tumbada en el asiento delantero del dúmper de papá. Fue con Marquise, que solo me sacaba un año. El mejor amigo de Skeetah, estaba tan unido a nosotros dos que durante los veranos era prácticamente como si viviera en casa. Salíamos los tres corriendo por la parte de atrás y nos perdíamos por el bosque de papá, nos pasábamos días

enteros flotando boca arriba en el agua del hoyo. Nos pasábamos todo el verano cubiertos de un polvo naranja, y cada día de aquellos meses de convivencia, al despertarnos, parecía como si las sábanas estuviesen hechas de polvo, como la arcilla roja seca. Estábamos en el dúmper escondiéndonos de Skeetah, esperando a que nos encontrase, cuando Marquise me preguntó si podía tocarme una teta. Empezaban a salirme por aquella época, pero todavía eran pequeñas como los picos de crema del pastel de limón y merengue, con nudos duros en el centro. Le di permiso, y entonces me pidió que le enseñase mi partes íntimas, porque tenía miedo de no ver ninguna cuando fuera mayor. Se las enseñé. Y entonces empezó a tocarme, y me gustó, y luego no, pero después me volvió a gustar. Y era más sencillo dejarle seguir que pedirle que parase, más sencillo dejarle entrar que apartarle de un empujón, más sencillo que oírle preguntar «¿Por qué no?». Era más sencillo callarme y aceptarlo que darle una respuesta. Skeetah nos encontró después. Yo sudaba tanto que me escocían los ojos, y en parte era el sudor de Marquise, que sonreía a medias y después ya no, sus ojos como platos por lo que habíamos hecho. «¿Qué hacíais?», preguntó Skeetah, y yo dije: «Nada». En el dúmper olía a leche hervida. Temía que Skeetah pudiese olerlo, que pudiese olernos a Marquise y a mí, resbalando juntos, codos y rodillas por todas partes, huesos y piel, la cara de Marquise asombrada y sonriente y sucia, así que fui la primera en escabullirse de la cabina y los dejé buscando una parrilla que pudiesen llevarse al bosque para cocinar el embutido de cerdo que Marquise había robado de su casa; se suponía que aquella noche íbamos a dormir al raso.

En el cuarto de baño, me miré al espejo. Desvestida y enjuagada. Vestida de nuevo. La ropa me estaba como siempre. Mi estómago, mis caderas y mis brazos dibujaban las mismas líneas rectas de siempre; no había en mí nada elegante ni curvilíneo. Seguía siendo bajita y flacucha, mi pelo, abundante, rizado y negro, mis labios, finos. No había cambiado de aspecto. Papá nos enseñó a nadar a todos de pequeños, a los seis años más o menos, cogiéndonos y lanzándonos al agua. Se me había dado bien enseguida, no me había atragantado con la turbia agua del hoyo, no había llorado ni había hecho aspavientos; había vuelto a asomar la cabeza y había cortado la superficie del agua y había vuelto chapoteando adonde estaba papá, donde apenas cubría. Había tirado del agua con mis manos, había dado patadas al agua con mis pies, había dejado que me empujase hacia delante. Eso era el sexo.

Los huevos de gallina que llevo en la camiseta están calientes como piedras, pero son livianos, demasiado livianos a pesar de ser del mismo color que las piedras. Pienso que van a pesar tanto como los guijarros de arcilla que comparten su color, que me harán vencerme hacia delante. No lo hacen. He visto huevos de rana convertirse en renacuajos; en primavera, las zanjas que hay por el terreno están plagadas de ellos. De pequeños, Skeet y yo nos tumbábamos boca abajo sobre las

zanjas, metíamos la mano, sacábamos algunos huevos y nos los acercábamos para ver si las ranitas como gusanos que había en su interior ya se habían empezado a agitar, a retorcerse, a hacerse largas y puntiagudas para perforarlos y salir. Cuando todavía parecen cientos de ojitos cerrados, son más livianos que la luz, frescos como una brisa. Me pregunto si los huevos internos, de esos que necesitan el refugio de un cuerpo –huevos de caballo, huevos de cerdo, huevos humanos–, serán tan livianos. ¿Serán claros, como gelatina con corazones de luciérnaga, o sólidos y silenciosos como la piedra? ¿Mostrarán su misterio, o lo cubrirán como un secreto? ¿Un huevo humano se dejaría ver?

Junior hace un mohín porque no quiere volver a comer huevos revueltos. Está sentado en el suelo frente a la tele que funciona, que a su vez está sobre una tele de madera vieja y grande que no funciona, y no hace caso del plato de huevos que le pongo delante porque se niega a comer sentado a la mesa a no ser que papá le dé unos azotes o que Randall consiga convencerle.

–¡Saben a gomitas! –rezonga.

Recuerdo el sabor de las gomitas. Fuerte, como el metal. Amargo. Para ser tan blandas y flexibles, tienen un sabor espantoso y extraño; la lengua recula tensándose como una lombriz ante la mano de un niño. Y yo sé que estos huevos en absoluto saben así.

–Junior, no seas tan cascarrabias. –Es lo que nos decía mamá cuando éramos pequeños, y yo se lo digo a Junior por pura costumbre. También papá lo decía a veces, hasta que un día se lo dijo a Randall y Randall se echó a reír, y papá se figuró que Randall se reía porque sonaba igual que cachondo[3]. Hace más o menos un año, entendí de qué palabra se trataba en realidad cuando me topé con su progenitora en la lista de vocabulario de la clase de Lengua de la señorita Dedeaux: *ornery*. Me pregunté si mamá hacía más batiburrillos como este con otras palabras. Me venían a la cabeza mientras hacía las cosas más tontas del mundo: «tetrificada» cuando estaba barriendo la cocina y entraba papá cargadito de cerveza y dando patadas a las sillas. «Bienamar» cuando Manny me daba placer con los dedos durante uno de nuestros baños en el hoyo. «Refrigidada» cuando, tumbada en la cama en noviembre, me acurrucaba contra la pared como si buscase el refugio de otra colcha o le hiciese hueco a un cuerpo para que se arrimase a mí para darme calor. Junior no se ríe.

–Alguien tiene que comerse los huevos, Junior. La comida no se desperdicia. En África hay niños que se mueren de hambre.

–Dáselos a *China* –masculla Junior. Se está frotando la oreja–. Voy a comer fideos.

–No pienso hacerte unos fideos, Junior. Ya te he hecho unos huevos.

–No hay que hacerlos. –Clava los ojos en la televisión. Hay un anuncio de

juguetes. Se comerá los fideos secos, y en el sobre del sabor clavará algún objeto afilado que sacará a hurtadillas de la cocina para abrir un agujerito. Se pasará el día chupando el condimento del maldito sobre de sabor. Le quito el plato, y los huevos se menean como la goma.

Skeetah me hace entrar en el cobertizo después de que le haya interrumpido en pleno martilleo dándole un toquecito en la pierna y señalando el plato de huevos. No me apetece chillar. Me daría vergüenza, sería excesivo, extravagante, por mucho que aquí solo estemos Skeetah y yo. Dentro, *China* está recostada, y los cachorros se retuercen en un montón pegados a ella, mamando. Levanta la vista, enseña los dientes. Ve a Skeetah y relaja un poco los labios, pero sigue mostrando los colmillos. Quiero coger en brazos a uno de los cachorros como hizo Skeet cuando *China* parió, quiero que el cachorro hurgue en mi camiseta con su naricilla húmeda. En cambio, me quedo en la puerta observando a Skeet mientras coloca el plato en el suelo, delante de ella.

–La blanca es casi tan grande como el rojo.

China decide ignorarme y mete la nariz en el plato, chupa un poco de huevo. Deja una viscosa red de saliva.

–¿Quieres verlo? –dice Skeetah. Se inclina y retira al cachorro rojo de la teta; por la barriga de *China* cae un chorrito de leche. Las ocho tetillas están tan hinchadas de leche que parecen pechos humanos. Cojo aire y trago saliva, que atraviesa la roca que tengo en la garganta. La roca se derrite y arde. Salgo corriendo, me agacho, apoyo las manos en las rodillas y vomito sobre la tierra roja, mi pelo cayendo hacia delante como una nube negra. Noto que Skeetah me mira. Cuando me toca la espalda con la mano que no lleva al cachorro, sé que así es como toca a *China*.

Papá está intentando sacarle una cerveza entre broma y broma a Big Henry, que puede comprar cerveza en la gasolinera de la carretera interestatal porque al ser tan alto y corpulento, su cara tan firme y tan seria, aparenta más de veintiún años. Nunca le piden el carné, y eso que solo tiene dieciocho años.

–Seguro que un tiarrón como tú ya sabe todo lo que hay que saber.

Papá se está inclinando hacia la mole de Big Henry de manera que queda envuelto en su sombra, y parece como si dudase entre darle un empujón o un puñetazo.

–A las mujeres les gusta tener algo a lo que agarrarse.

Papá le da con el codo en las costillas; ha bajado la cabeza y sonríe. Así cuenta él los chistes.

–En mi época se me escapó más de una por tener pocas chichas.

Papá se frota el estómago, que adivino plano debajo de su camisa, magro y oscuro con una delgada capa de piel y grasa que le cuelga sobre el músculo como

una camiseta finita. Con tanta cerveza, lo suyo sería que tuviese una panza como un balón, pero no.

–Me decían: «Claude, yo necesito un poquito más de hombre que tú. Necesito algo calentito. Por la noche no quiero que se me suban encima unas piernas huesudas y duras».

Big Henry asiente con la cabeza como si estuviera de acuerdo. Abre los ojos como si papá fuese interesante.

–Me decían: «Ya sabes cómo son los hombretones».

Big Henry le pasa la cerveza que se ha estado bebiendo a sorbos y se echa sobre el capó de la camioneta de papá. La última de las garrafas que había debajo de la casa atrapa la luz; en su interior, el jabón y el agua parecen diamantes.

–¿Qué preparativos ha hecho hoy para los huracanes, señor Claude? –pregunta Big Henry. Sus ojos recorren el patio en busca de Randall, de Skeetah, y como no los ve los detiene en mí y, resignado, se encoge de hombros.

De pequeños, Big Henry me montaba a caballito en la parte profunda del hoyo, la que estaba cubierta de conchas de ostra. Me cogía para que no me cortase los pies, y eso que él los llevaba descalzos como yo. Nunca le sangraron. Desde entonces no me ha tocado. Yo creía que algún día nos enrollaríamos, pero nunca me buscó con esa intención; y como siempre eran los chicos los que me buscaban a mí, jamás intenté enrollarme con él. Siempre está por aquí, moviéndose con esos andares suyos tan espaciosos y cautos. Cuando camina da botes, se bambolea sobre las puntas de los pies. Balancea los brazos como si estuviese vadeando el agua. Agarra los botellines de cerveza con tres dedos.

–Voy a por comida para perros. ¿Venís conmigo?

Skeetah me lo pregunta mientras se acerca doblando la esquina de la casa; Big Henry parece aliviado. Skeetah da un golpe al cobertizo, hace chillar a *China*. Las garrafas están quietas en el suelo, pero el agua no deja de rielar y agitarse en su interior. Big Henry arranca su coche, y nos subimos.

Casi siempre que vamos a la tienda de comestibles de St. Catherine, los coches ocupan la mitad del aparcamiento. Ahora está hasta arriba, y nos pasamos diez minutos dando vueltas a la espera de un hueco. El calor da golpazos al coche, como la gente que pide en carnaval que la acerquen al desfile. Se cuela sigilosamente por las junturas de las ventanillas como gotas de vaho. El aire acondicionado de Big Henry, ligero como el algodón dulce, me roza la cara y el pecho y se derrite como si el calor fuese una lengua. La caminata por el aparcamiento se hace lenta y larga, a pesar de que hemos encontrado un hueco aceptable que está casi en el centro; Skeetah camina tan deprisa que me deja atrás, arrastrándome a través del calor, pero Big Henry va despacio, mirándome con el rabillo del ojo.

Una vez dentro, sigo a Big Henry, que sigue a Skeetah, que avanza chocándose

contra carritos empujados por señoras de cabellos ligeros como plumas y antebrazos pecosos que van tirando de hombres altos con gafas de sol envolventes. Las ricas visten pantalones caqui y camisas de club náutico, las otras visten estampados de camuflaje y de ciervos.

–Necesitamos agua, pilas y… –enumera una mujer mientras se aleja pasillo abajo virando enérgicamente un carro de la compra, seguida a zancadas por un adolescente con una mata de grandes rizos. No la está escuchando; da un repaso a Skeetah y a Big Henry y aparta la mirada.

Skeetah ignora a todos como si fueran pitbulls de una raza inferior. Big Henry se abre paso dando botes, farfulla «perdone» y «disculpe». Yo soy pequeña, oscura: invisible. Podría ser Eurídice caminando por el mundo de los muertos para esfumarse sin que nadie la vea.

Apenas hay doce tipos de comida para perros, y sé que Skeetah ya sabe cuál quiere. Siempre coge el mismo: el más caro. Papá le compró una vez en la tienda de piensos una enorme bolsa de más de veinte kilos de pienso sin marca. Skeetah se lo puso a *China* y ella lo engulló, se lo tragó como si fuese agua y cagó grumos medio líquidos, como huevos fritos poco hechos, por todo el Hoyo. Después de aquello, estuvo un mes comiendo sobras que Skeet sacaba de casa a escondidas. Aquel mes, Skeet lo pasó en el cobertizo, dale que te pego con uno de los cortacéspedes rotos de papá, hasta que un día logró devolverlo a la vida entre berridos estruendosos; luego se acercó a la iglesia católica y los convenció para que le pagasen por cortar el césped del cementerio y quitar malas hierbas. Si aceptaron, fue sobre todo, creo, porque sabían lo de mamá. En verano corta el césped tres veces a la semana, y en invierno desbroza. Así es como se saca el dinero del pienso. En más de una de las noches de borrachera de papá, cuando se queda en Los Robles adormeciéndose al compás de los blues, he visto salir a Skeet del dormitorio de papá con las manos ovilladas en los bolsillos como puños ladrones. Siempre me imagino que una buena mañana papá se despertará y descubrirá que le falta dinero. Entonces saldrá al pasillo y llamará a Skeetah a voces, soltando furia y alcohol como vapor, pero por ahora hemos tenido suerte. Aún no ha ocurrido.

–A mi perro la que le va es esa. –Cuando me acerco, Big Henry está señalando una gran bolsa verde; no es el más barato de los piensos para perros, pero tampoco el más caro. Skeetah no le hace ni caso; ya está tirando de un saco de veintipico kilos.

–A *China* le gusta lo que le gusta. –Esto lo farfulla. La bolsa le cuelga del hombro como un niño sin fuerzas, y cruje.

–Para cuando te quieras dar cuenta, le estarás comprando medicamentos antialérgicos. Dice Marquise que en vuestro cole hay una chica blanca que tiene un perro alérgico a la hierba. ¡A la hierba! –susurra Big Henry.

–Eso es porque hay gente que entiende que entre el hombre y el perro hay una

relación especial. –Skeet da un salto y se recoloca la bolsa. Cuelga en equilibrio, le cubre la mitad del pecho–. Entre iguales.

–Pues mi perro seguiría estornudando –dice Big Henry. Se encoge de hombros y ríe. Sus ojos son del color del asfalto desvaído, y cuando sonríe se achican y parece que tiene dos uñas en la cara.

–Tu perro no podría ni respirar. Y te odiaría –dice Skeet.

Todas las colas para las cajas son largas. Todas las cestas metálicas están llenas. Skeetah se mece sin moverse del sitio, y Big Henry y yo nos chocamos y no sabemos qué hacer. Él rebota hacia atrás y hace que se tambalee el estante de los caramelos y las revistas, y yo cruzo los brazos y me pellizco los codos. Tengo la sensación de que debería llevar una cesta; me pregunto si esta gente, al vernos, se preguntará que dónde está nuestra compra. Los armaritos de casa contienen comida suficiente para varios días, hasta que las tiendas vuelvan a abrir, y si en los armaritos no hay suficiente, papá se encargará de llenarlos si se desata una tormenta. Pero el modo en que le cuelga el delantal del hombro a la cajera, como si de tanto escanear artículos no le quedase tiempo para subírselo, me pone nerviosa. Es roja de arriba abajo: pelo rojo recogido en una coleta, mejillas rojas, manos rojas. Me meto las manos en los bolsillos, y el test de embarazo que arranqué de la caja y me metí en la pretina del short cuando me alejé de Skeet para ir a los aseos me araña el costado.

Quizá me lo haya contagiado *China*. Sé que algo me pasa; llevo semanas vomitando día sí, día no, sin librarme de la sensación de que alguien me está masajeando el estómago para que la comida suba y salga fuera de mí. Algunos meses, cuando como un poco menos porque estoy harta de fideos o de patatas, tengo faltas. Pero las náuseas y los vómitos me hacen pensar que debería hacerme la prueba, eso y que ya llevo dos meses seguidos con faltas y que me levanto todas las mañanas sintiendo el abdomen lleno, carnoso, dolorido y mojado, como si la sangre fuese a bajar en cualquier momento…, solo que no lo hace. Pienso en todas las veces que he tenido relaciones, y parece como si en cada recuerdo hubiese envoltorios oro y plata de condones, como monedas de chocolate cubiertas con papel de aluminio dorado, que los chicos dejan tirados cuando se levantan, cuando nos desenganchamos. En esto estoy pensando cuando veo a la mujer tendida mitad en la carretera, mitad en la hierba.

–Eso es una mujer –digo.

–Y eso un coche –dice Skeetah.

Y allí, atrapado entre los pinos como un gato subiendo por un tronco, hay un coche. Parece que ha llegado hasta allí de un salto, que ha querido saber cómo es la corteza al tacto y ha volcado para agarrar el árbol.

–¿Es que no sabían que por aquí hay que ir más despacio? –pregunta Skeetah–.

Hay señales por todas partes.

–A lo mejor no son de aquí –digo, porque hay un hombre que va y viene por la cuneta, agarrándose la cabeza. La sangre le resbala trazando una curva por un lado de su cara, entre los dedos y por los antebrazos. No podía saber que la carretera serpentearía, como la sangre que le sale a borbotones, en esta zona del *bayou*, donde más peliagudo es conducir. No podía saber que la carretera se aferra al más mínimo trozo de tierra seca que se encuentra, y que no es el lugar indicado para rebasar el límite de velocidad. Una vez, estando borracho, papá destrozó aquí su camioneta. Al volver a casa después de que la policía le soltase, se pasó más de dos horas despotricando contra la Curva del Muerto.

–¿Necesitan ayuda? –pregunta Big Henry por la ventanilla mientras reducimos la velocidad y paramos. Skeetah mira al frente, no hace caso de la escena que se desarrolla al otro lado de su ventanilla, del hombre que va y viene.

El hombre alza la vista, sube por la cuneta. Es como si no viese a la mujer mientras se acerca tanto a ella que podría darle una patada. Tiene un teléfono móvil en una mano, aplastado contra la oreja, y con la otra se agarra el fino cabello castaño. Lleva puesta una camisa blanca con botones blancos, y la sangre le cruza el pecho como una banda de un concurso de belleza.

–¿Podéis decirme dónde estoy? –dice. Habla a voces, como si le gritase a un anciano duro de oído–. Estoy hablando con el 911, y quieren saber dónde estoy.

–Dígales que está entre Bois Sauvage y St. Catherine, en el *bayou*. Dígales que la carretera más cercana es Pelage, y que usted está justo antes del puente Dedeaux.

El hombre asiente con la cabeza, abre la boca para hablar.

–Estoy… –La cierra–. ¿Podrías? Estoy… –Mete la mano por la ventanilla del pasajero, sujeta el teléfono con un puño rojo justo delante de la cara de Skeetah. Skeetah no recula, no se inmuta. Se queda mirando la mano del hombre sin verla. Big Henry coge el teléfono con solo dos dedos, a su manera. El teléfono está salpicado de lunares de sangre.

–Sí, ha sido un accidente. Dos personas, y su coche ha volcado contra un árbol. –Big Henry repite la localización–. Este es el teléfono del hombre, pero la mujer está ahí, tumbada. –Hace una pausa–. Vale. De acuerdo. Eso haré. –Baja la mirada a su regazo, masculla–: Gracias. –En el suelo, la mujer todavía tiene aspecto de dormida: la cabeza sobre el bíceps, las manos abiertas como si acabase de soltar algo, tumbada de lado.

–¿Qué han dicho? –pregunto.

–Quieren que nos quedemos aquí con ellos hasta que lleguen. Van a tardar unos minutos.

–Yo me tengo que ir a casa –dice Skeetah.

Big Henry clava la mirada en Skeetah mientras se echa a un lado de la carretera para aparcar entre la maleza. Casi tengo miedo de que golpee al hombre, que

vuelve a estar cabizbajo en la cuneta y ya no toca a la mujer con las puntas de los pies. El hombre tiene la mirada perdida, como si fuese incapaz de ver el coche de Big Henry, que pasa por su lado sigilosamente, a escasos centímetros de distancia.

–Los cachorros. *China* aún no sabe cuidarlos.

Big Henry apaga el motor. Me enderezo. El test de embarazo cruje. Big Henry saca las llaves y mira el teléfono del hombre, que está sobre su regazo. Abre la puerta, se levanta con lentitud del asiento, cierra la puerta y echa a andar en dirección al hombre.

–Está hambrienta. Y está amamantando –dice Skeetah.

En todos los relatos de la mitología de los griegos hay esto: un hombre que persigue a una mujer, o una mujer que persigue a un hombre. Nunca hay un encuentro a mitad de camino. Solamente hay un cuerpo en una cuneta, y una persona que camina hacia él o que se aleja de él. Big Henry está de rodillas junto a la mujer. El hombre se ha agachado tanto que solo se le ve la cabeza, que se sujeta con las manos. Creo que le oigo gemir. Big Henry se cierne sobre la mujer como un gavilán abatido a un lado de la carretera, torpe y zambo. Me pregunto qué será para el hombre esta mujer de cabellos del color de los envoltorios dorados de condones.

–No me fío de ella. –Skeetah espera a que Big Henry esté demasiado lejos para oírle, y lo dice tan bajo que creo que se ha olvidado de que voy en el asiento trasero.

–¿Tú qué crees que serán, familiares o amigos? –Cambio de postura para que el test no me raspe tanto, pero no me muevo mucho porque no quiero que se me caiga de la pretina del pantalón. Skeetah no responde. Empujo el asiento delantero.

–¿Qué?

–¿Familiares o amigos? –Vuelvo la cabeza y veo que el hombre camina erráticamente hacia nosotros. Big Henry le grita, pero suena como un murmullo.

–Amantes –dice.

–¿A qué te refieres?

–Ya sabes a lo que me refiero –dice Skeetah.

Siempre había supuesto que no se enteraba de casi nada de lo que ocurría en el Hoyo; como si desde que tenía doce años, cuando trajo a casa un pitbull que me dijo que había robado del patio de no sé quién, solo le hubiera visto en compañía de perros. Perros a rayas, perros pelones y de un rosa blanquecino, perros gordos, perros tan flacuchos que sus huesos parecían un banco de peces que zigzagueaba veloz bajo su piel. La voz de Skeetah era un ladrido, sus pasos, el golpeteo de un rabo carnoso meneándose. Nos perdimos el uno al otro, un poco. Y ahora me pregunto qué habrá visto Skeetah, a qué habrá estado atento cuando duermen sus perros, cuando está entre un perro y otro, porque los perros anteriores a *China* murieron sin cumplir el año. Cada vez, Skeetah esperaba una semana y después

traía otro. Antes de *China*, jamás se molestó en comprar comida para perros, y les daba sobras mezcladas con el pienso para pollos de papá. ¿Qué sabrá él de amantes? Es el raro, el que siempre huele a pelaje sudado cuando se juntan todos los chicos, aquel de quien las chicas seguramente piensan que apesta. Pero hasta yo sé que hay una, que siempre hay una, a la que le gusta ese chico que es como Skeetah. Para todo el mundo hay alguien. Sin embargo, no creo que él esté de acuerdo. Una mano azota húmedamente la puerta, y allí está el hombre; de sus dedos salen surcos rojos como sedal. Está mirando a Skeetah con los ojos entornados, y Skeetah se está apartando de la puerta.

–Oye, tío. –Oigo la manivela; Skeetah está subiendo la ventanilla.

–Creo que yo a ti te he visto antes.

Skeetah se detiene con la ventanilla a medio subir.

–Tú cortas el césped, ¿no?

–¿Le importaría alejarse del coche? –chillo.

–En el cementerio, ¿no?

Skeetah sube la ventanilla para cerrar herméticamente. Al instante la temperatura sube dos grados.

–Menudo gilipollas –refunfuña Skeetah–. ¿Por qué no irá a ver cómo está su novia? –Tiene ganas de abrir la puerta, lo sé–. ¿La va a dejar ahí tirada como si no la viera, va a pasar por encima de ella como si fuese un montón de ropa sucia? –Quiere pegar al hombre, al hombre que sangra, con la puerta. Quiere ponerle a parir.

–Ya está sangrando.

–No me conoce. Ni siquiera vive en Bois Sauvage.

–Lo mismo vive en una de esas casas grandes del interior del *bayou*. Lo mismo va a una de esas iglesias de allí y te vio por el camino.

Skeetah apoya el hombro para girarse y el tirador se le clava en la espalda; recuesta la cabeza en el cristal.

–Big Henry debería venir a por él.

Nada más decirlo, Big Henry viene hacia nosotros deslizándose entre la hierba; cuando corre se mueve con elegancia. Esa torpeza que le estorba cuando está de pie, sentado o caminando, con miedo de aplastar algo, desaparece.

–Señor, la ambulancia está en camino. –Big Henry agarra al hombre por el codo con los dedos de una mano–. Venga conmigo.

El hombre se frota la cabeza, se le queda embadurnada de sangre como si llevase un pañuelo. Le tiemblan los ojos como si leyese un libro que no podemos ver.

–Señor.

–No se lo merece –gruñe Skeetah, y se repantiga un poco más–. *China* me está esperando.

El hombre camina echado hacia delante, bamboleando la cabeza de izquierda a

derecha. Dirige una mirada escrutadora desde la carretera hacia el bosque, enmarañado con pasto y mirto de los pantanos. No mueve las manos al caminar. Se detiene cerca de la mujer y se queda quieto, pero rehúye mirarla. Lo que sí hace es sacar el teléfono, marcar y hablar. Big Henry está de pie al otro lado de la mujer. Espera. Cuando al cabo de veinte minutos llega la ambulancia, el hombre sigue hablando. La mujer sigue durmiendo. Los ojos de Skeetah están cerrados; cada pocos minutos, resopla por la nariz.

Skeetah se echa al hombro la bolsa de pienso de la misma manera que Randall se echa a Junior, y se va trotando al cobertizo antes de que Big Henry apague el motor. Big Henry estira los hombros, pone el brazo sobre el respaldo del asiento del que Skeetah ha salido corriendo.

–Gracias por llevarnos –digo.

Big Henry se da media vuelta, dobla el brazo, me mira cuando habla. Casi ni oigo sus palabras entre los ladridos excitados que suelta *China* desde el cobertizo. Los lanza como cuchillos. «Ras, ras, ras, ras.»

–De nada.

La boca se me abre de golpe, y aunque sé que no es una sonrisa me escabullo del coche y me alejo de Big Henry. Sigue mirando. Llevo las manos metidas en los bolsillos del short, y pellizco el test para que no se me caiga al andar.

–¡Deberías lavarte las manos! –grito por encima del hombro mientras sigo hacia la casa. Quizá las tenga manchadas de sangre; a saber si la sangre de ese hombre está engendrando cualquier cosa en ellas. El interior del cuerpo del hombre, que ha salido al exterior para hacer enfermar a Big Henry. Cuando empujo la puerta, Big Henry ya está en el grifo de fuera, restregándose como si se quisiera despellejar.

En el cuarto de baño, las viejas losetas de color rosa que mamá ayudó a papá a colocar parecen mojadas, pero no veo agua. La bañera está seca. Saco el test, dejo que corra el agua mientras rasgo el plástico. He visto películas, sé que hay que mear sobre el palo, y eso hago. Lo dejo en el borde de la bañera y me meto, con cuidado de no tirarlo al suelo de una patada. La bañera es de una especie de metal, y está caliente. La alfombrilla de plástico del fondo de la bañera es suave. Miro el palo igual que Big Henry miraba al hombre. Me veo los pies negros sobre el fondo blanco; dejan rayas sucias cuando los froto contra la bañera, parece que les estoy borrando el color. Me siento sobre las manos; evito mirarme la barriga, que en la bañera se queda plana, igual que el hombre se negaba a mirar a la mujer que yacía a sus pies, dormida entre las altas hierbas.

El color se extiende por el palo como una cortina de lluvia. A los pocos segundos hay dos rayas, una en cada casilla. Son gemelos flacuchos. Miro el palo, recuerdo lo que decía el envoltorio en la tienda. «Dos rayas significa que estás embarazada.» Estás embarazada. Estoy embarazada. Me incorporo y me encorvo

sobre mis rodillas, me froto los ojos contra las rótulas. La terrible verdad de lo que soy llamea como un seco fuego de otoño en mi vientre, comiéndose todas las pinochas caídas. Hay algo ahí.

Día tercero:
Enfermedad en la tierra

Anoche, me adormilaba y a los pocos minutos me despertaba deseando poder dormir, poder cerrar los ojos y caer en la oscura nada del sueño. Cada vez que me adormilaba, la realidad de mi embarazo me estaba esperando como un bravucón para despertarme a patadas. Amanecí a las siete con la garganta ardiendo, la cara mojada.

Hasta ahora, esto es lo que significa estar embarazada: vomitar. Náuseas desde el mismo momento en que abro los ojos, veo el techo de escayola rugosa y recuerdo quién soy, dónde estoy, qué soy. Abro el grifo para que nadie me oiga vomitar. Lo cierro y echo el pestillo del cuarto de baño. Me tumbo en el suelo. Apoyo la cabeza en el brazo, las losetas a esa temperatura que alcanza el agua cuando pasa toda la noche sobre una encimera, y fijo la vista en la base del váter, el polvo encostrado a su alrededor como musgo español. Paso tanto rato tumbada que bien podría estar dormida. Paso tanto rato tumbada que, al levantar la cabeza del brazo, el pelo me ha dejado la piel marcada con una cursiva que no puedo leer. El suelo se inclina como el fondo de una barca oscura.

–¡Esch! –grita Junior a la vez que tira del pomo, da un manotazo a la puerta y sale por atrás dando un portazo para mear junto a los escalones.

–¿Esch? –llama Randall.

–¡Me estoy afeitando las piernas! –Esto se lo digo a las losetas, ronca.

–¿Afeitándote? ¡Venga ya, que a mis años a mí no me la cuelas como a Junior!

–Ya casi he terminado. –Me inclino sobre el lavabo y bebo hasta que se me pasan las ganas de vomitar. Incluso después de cerrar el grifo, sigo tragando. Es como si tuviese la lengua rebozada en sémola cruda, pero todavía trago. Repito: «No voy a vomitar, no voy a vomitar, no voy a hacerlo». Cuando salgo por la puerta, camino pegada al rodapié.

–¿Estás bien? –Randall me corta el paso.

–He quitado los pelos de la bañera –digo–. No te preocupes.

No hago caso del ruido que mete papá mientras avanza a trompicones por el terreno con el tractor que funciona. En la cama, me tapo la cabeza con la sábana raída, pego la boca a las rodillas y respiro tanto calor que parece que hay dos personas erguidas bajo la sábana.

Cuando me despierto por segunda vez, el aire está caliente, y como el techo es

tan bajo el calor no puede subir. No tiene adónde ir. Me sorprende que a estas alturas papá aún no haya mandado a Junior a levantarme para que haga faenas por la casa y lo prepare todo para el huracán. Anoche, ya tarde, él y Junior metieron unas cuantas garrafas, las alinearon contra la pared mientras yo hacía un guiso de atún. Papá contaba las botellas una y otra vez como si no consiguiese acordarse, nos miraba de reojo a mí y a Randall como si tramásemos robar unas cuantas. Si Randall le ha dicho que estoy mala, no le importará. Quizás estén por ahí desperdigados: Junior, debajo de la casa, Randall, jugando al baloncesto, Skeet, en el cobertizo con *China* y sus cachorros. Noto un chisporroteo de náuseas en el estómago, así que saco mi libro de la esquina de la cama, donde ha quedado aplastado entre la pared y el colchón. En *Mitología*, todavía estoy leyendo sobre Medea y la búsqueda del vellocino de oro. Medea es alguien a quien reconozco. Cuando se enamora de Jasón, siento un nudo en la garganta. La veo. Medea le pasa cosas a hurtadillas a Jasón para ayudarle: ungüentos para volverle invencible, secretos en las rocas. Posee magia, puede hacer que lo natural se doblegue a lo antinatural. Pero a pesar de todo su poder, Jasón la doblega a ella como un pino joven en medio de un vendaval; hace que se doble por la mitad. La conozco. Cuando alzo la vista, Skeet está en la puerta y parece a punto de echarse a llorar.

–¿Qué pasa?

Skeetah mueve la cabeza, y le sigo.

Dentro del cobertizo, los cachorros nadan en la tierra. Están tumbados sobre sus barrigas, sus patas, tiesas como ramitas, cabeceando en la corriente de polvo. Temblequean y ruedan. No hacen ruido. Son lenguas rosadas que bostezan. Todos menos uno reman hacia *China*, se agarran a su abdomen como nosotros en el río a los árboles hundidos. Les cuesta agarrarse a sus tetas, le amasan la barriga moviendo las patas como nosotros los pies para mantenernos en equilibrio sobre los troncos viscosos. Todos menos uno nadan y maman.

Es la de color blanco y marrón. Es la nadadora que parece un dibujo animado, la cachorra que al nacer se zambullía como Big Henry. Está tumbada boca abajo. Su boca se abre y se cierra como si se estuviese comiendo el suelo del cobertizo. La cara de Skeetah está tan pegada a la cachorra que cuando habla se agita el pelaje marrón y blanco, y casi da la impresión de que la cachorra se mueve.

–Esta mañana estaba bien. Si hasta comió una vez y todo.

–¿Cuándo la has notado así? –pregunto. La cachorra ladea la cabeza, y parece como si tuviera el cuello roto. Skeetah se tambalea. La nadadora jadea.

–Hará más o menos una hora.

–Igual es por *China*. Igual su leche le sienta mal o algo.

–Creo que tiene parvovirus. Creo que lo ha pillado con la tierra.

En mi cabeza irrumpe mi siesta mañanera.

–A lo mejor solo tiene mal cuerpo, Skeet.

–Y ¿si está en la tierra? Y ¿si se contagian los demás?

La cachorra da golpecitos al suelo con una pata.

–A lo mejor si consigues que coma… A lo mejor no ha podido beber suficiente leche.

Skeet recoge a la cachorra, la deja en la tierra a escasos centímetros de *China. China* agacha la cabeza, apuntando como una serpiente. Cuando la cachorra vuelve a sacudir el cuello, gruñe. Rocas que retumban sobre tierra apisonada. La cachorra no se mueve. Ni siquiera se le han abierto aún los ojos. *China* gruñe nuevamente, y la cachorra se escurre hacia un lado.

–Para, *China*. –Skeetah respira–. Dale de comer. –Acerca a la cachorra unos centímetros. La cara de la cachorra se estrella contra la arena.

China estira el cuello con un movimiento brusco y ladra. Ataca. Sus dientes rasguñan a la cachorra, que extiende temblorosa las patas y luego las retrae.

–¡Skeet! –chillo.

–¡Cabrona! –masculla mirándola con aire de reproche, dolido. Agarra a la cachorra, la envuelve en su camiseta, se sienta sobre sus talones. *China* pasa de ella y recuesta la cabeza en sus patas blancas y brillantes como cuellos de garzas. Baja los párpados, y de repente parece cansada. Sus ubres están hinchadísimas, y los cachorros tiran de ellas. Es una diosa cansada.

Es muchas veces madre.

–A lo mejor solo intenta proteger al resto. Ya sabes; si es algo grave, se da cuenta.

Skeetah envuelve a la cachorra con su mano como si fuera una pelota de béisbol. Asiente.

–Vale.

Fuera, los bichos cantan porque el día es tan radiante que es de oro. Papá acelera el tractor; está arrastrando montoneras de contrachapado por el claro, recogiendo madera de todos los rincones del Hoyo para la tormenta. Big Henry nos había dicho que a uno de sus primos de Germaine se le había muerto una camada entera a causa del parvovirus; justo cuando los cachorros acababan de abrir los ojos, se murió el primero; y luego, los días siguientes, cada vez que su primo se acercaba a la caseta de los perros se encontraba otro cachorro muerto, tan pequeño y tan duro que le costaba pensar que alguna vez hubiese estado vivo.

–¿Te vas a venir conmigo de acampada esta noche? –La cachorra es una bola negra en la camiseta negra de Skeetah: quieta, redonda. Skeetah no se mira las manos, pero observa a *China* con algo así como respeto y amor en la cara–. Tengo que separarla. Ponérselo fácil hasta que muera.

–Sí. –Respiro. Noto un aleteo en el estómago. Voy a ver a Skeetah matando a uno de los suyos–. Ya sabes que estoy aquí.

Comer ya no es lo mismo que antes. Me encorvo sobre un bol de huevos con arroz en la cocina y como, pero siento que me estoy engañando a mí misma y que estoy engañando a Skeetah, que está robando comida para la noche que vamos a pasar en el bosque. Cada bocado es una mentira más. Lo último que quiero es comida. Skeetah saca más bolsas de plástico de debajo de la pila y envuelve con ellas la bolsa que contiene la comida, de manera que el fardo queda opaco como un saco de huevos de araña y no veo la mezcla de cosas que serían nuestras provisiones para el huracán y que Skeetah está birlando.

–¿Queda bien así? –pregunta.

Trago. Afirmo con un gesto.

–Deberíamos llevarnos una de esas garrafas de agua.

–Ya sabes que papá las habrá contado.

–Le diremos a Randall que le diga que es por culpa de las cervezas esas que se bebió ayer. Que le hicieron perder la cuenta.

–¿Randall no viene?

–No sé. Pero ya sabes que Randall le dice a papá lo que sea.

Skeetah se mete el fardo de bolsas debajo de la camiseta. Ahora parece que está embarazado.

Rebaño el fondo del bol con la cuchara, deslizo el acero por las partes curvas. El arroz se apelotona; los huevos están amazacotados. Desaparece todo, y me pregunto a qué estaré alimentando. Me imagino la comida volviéndose papilla, bajando por mi garganta y por todo mi cuerpo como el agua por un desagüe para acabar acumulándose en mi estómago. Para que lo que está dentro de mí crezca y se convierta este invierno en un bebé. Y Skeet me sonríe y me sujeta la puerta, esperando a que pase, y está ciego.

Junior está arrastrando tableros de contrachapado por el patio. Los levanta un poco y tira, caminando hacia atrás. Papá los ha desperdigado por todas partes, los ha arrastrado desde otros lugares del Hoyo y los ha dejado en el suelo. Junior los amontona, y van dejando un rastro de madera desmenuzada porque están completamente picados por unos manchurrones negros y podridos. Junior va dejando un rastro de migas de pan. Está cubierto de polvo, y parece que se haya estado revolcando en tiza. Los pantalones cortos grises y usados le bailan, le cuelgan hasta la mitad de las espinillas. Deben de ser unos viejos de Skeet. Suelta una tabla, que cae con un ruido seco.

–¿Adónde vais? –pregunta Junior.

–No es asunto tuyo –dice Skeet. Entra en el cobertizo, y le sigo.

–Vete, Junior –digo. No tiene por qué saber que la cachorra se está muriendo. No tiene por qué saber que también las cosas jóvenes se marchan.

–Tú no mandas en mí –dice Junior. Intento impedir que se cuele por la puerta

encortinada, pero gatea por debajo de mí y ve a Skeet tocando a la cachorra enferma, que ahora no está nadando. La cachorra ladea la cabeza y sube una pata, pero no sé si es que los dedos de Skeet tiran de ella como de una marioneta o si es la propia cachorra, que está luchando.

–¡Sal de aquí, Junior! Mira que eres malo –dice Skeetah. Baja un cubo de uno de los estantes altos y mete dentro a la cachorra, y después lo vuelve a subir para que *China* no lo alcance. *China* gruñe, y Skeetah le pone los dedos en mitad de la frente y empuja–. Calla.

–¡Le voy a decir a Randall que le vas a hacer algo malo a la cachorra! –Junior sale corriendo.

–Ay, Dios –digo con un suspiro.

China observa, reclinada de costado. Los cachorros comen de ella y ella está quieta, es de piedra. Solo le brillan los ojos a la luz como una lámpara de aceite. Debería saber que así es *China*, que a menudo se queda quieta como un animal listo para atacar, pero no lo sé. No menea el rabo. No puedo evitar que se me encrespe la piel del estómago, de los brazos.

–La dejaremos aquí hasta esta noche. Si es el parvovirus, espero que a esta distancia no pueda contagiar a los demás. –Skeetah se seca las manos en la pechera de su camiseta, que está como un colador. La camiseta deja al descubierto sus costillas, su estómago delgado y musculoso–. Mierda. Los microbios. Tengo que ir a lavarme las manos.

Estoy sentada en los escalones, esperando a Skeetah, cuando sale Randall de entre los árboles. Camina dando botes, y es como si la oscuridad que hay debajo del verde le fuese entregando las piezas una a una: pecho, estómago, caderas, brazos y piernas. Por último, la cara. Junior es una voz que va tras él, montado a caballito, sus pies colgando sobre el estómago de Randall y dejando blancas marcas polvorientas como de talco con las plantas.

–¿Qué es eso que dice Junior de que estáis intentando ahogar a uno de los cachorros?

Por un instante, siento náuseas.

–No sé de dónde se habrá sacado eso.

–Dice que la habéis metido en un cubo.

–La cachorra tiene parvovirus –digo.

–¡Iban a ahogarla en el cubo! –Randall aúpa a Junior, de modo que cuando Junior habla solo se ve un rostro que asoma fugazmente por detrás del hombro de Randall.

–Y no íbamos a ahogarla en ningún cubo –digo.

–Bueno, y ¿qué vais a hacer con ella?

–Devolverla al hoyo.

Randall suelta a Junior, y Junior se engancha hasta que ya no puede más, hasta

que sus piernas se convierten en fideos y se escurre por Randall como por un poste. Los tres estamos callados, mirándonos con el ceño fruncido.

–Venga, Junior –dice Randall.

–Pero, Randall…

–Vete.

Junior se cruza de brazos y sus costillas son como una pequeña parrilla carbonizada. Tiene que ponerse una camiseta.

–Que te vayas.

A Junior le brillan los ojos. Cuando se aleja corriendo, sus pies hacen ruiditos como cachetes sobre la tierra y dejan nubes de humo. Skeetah agarra el cubo y las provisiones que ha robado de casa.

–No puedes ir y matarla sin más –dice Randall.

–Sí que puedo.

–Puedes curárselo.

–No hay nada que cure el parvovirus. Los cachorros no sobreviven. Y si no quito a esta de en medio, se lo pegará a los demás. Y entonces se morirán todos. ¿Tú crees que Junior iba a soportar eso?

–No. Pero tiene que haber algún otro modo.

–No lo hay. –Skeetah se echa la bolsa al hombro y también su rifle de aire comprimido, coge el cubo con una mano temblorosa–. Sabes mucho de baloncesto, pero de perros no sabes nada. –Se aleja–. Dile cualquier cosa, lo que quieras; pero esta se tiene que ir.

–Es demasiado pequeño, Esch. –Las manos de Randall tienen un aspecto desgalichado cuando no están cogiendo un balón de baloncesto. Parece como si no supiera qué hacer con ellas.

–Ya lo sé –digo–. Pero nosotros también éramos pequeños. –Sabe de quién estoy hablando.

–Le pillo a todas horas subido a los barriles, mirando por las grietas, demasiado asustado para entrar. Mirando a los cachorros esos. *China* se pone a gruñir y le aparto, y noto lo deprisa que le late el corazoncito. Y a los treinta minutos le vuelvo a pillar ahí encima.

Me encojo de hombros, levanto las manos como si tuviese algo que darle a pesar de que sé que no. Echo a trotar hacia Skeetah, que se adentra cada vez más por la sombra de los árboles en dirección al Hoyo.

–¡Venga! –grita Skeetah. Randall golpea el aire; parece como si tirase un balón invisible.

–Mierda –suelta Randall–. Mierda.

Skeetah ha robado esto: pan, un cuchillo, tazas, una botella de dos litros de refresco de frutas, salsa picante, lavavajillas. Lo coloca todo junto al cubo, y quita

el polvo a dos bloques de hormigón sobre los que hay una parrilla que Randall y él convirtieron en barbacoa cuando éramos pequeños. El fuego ha dejado el acero negro, las piedras grises. Lleva el rifle colgado al hombro de una correa; al caminar, la boca se le clava en la parte de atrás de las piernas.

–¿Para qué queremos eso? –pregunto.

En el cubo, la cachorra se queja. Se siente sola.

–Venga –dice Skeetah.

En el bosque, los animales corren como flechas por los valles de sombra. Los pájaros atraviesan trinando los senderos de luz. Skeetah se abre camino a través de todo ello, cargado de hombros. Se inclina al caminar, estudia el suelo. Yo le voy a la zaga haciendo ruido, arrastro los pies por las pinochas. Levanto las rodillas, intento pisar suavemente, pero pierdo el equilibrio. Lo que va a ser el bebé va sentado en mi barriga como un globo de agua, hace que me sienta a punto de reventar. Mi secreto me vuelve torpe. Skeetah se detiene, se arrodilla entre las pinochas y las hojas que crujen; debajo, todo se pudre y se convierte en tierra. Skeetah me hace un gesto y alza la mirada hacia los árboles. Esperamos.

Antes de un huracán, los animales que pueden se marchan. Las aves vuelan hacia el norte huyendo de la tormenta, y lo demás se aleja todo lo que puede de los vientos y de la lluvia, sin rumbo. El ambiente ha estado despejado estos últimos días. Brillante; cada día ha sido casi insoportablemente brillante, caluroso, bochornoso, como me siento yo cuando Manny está sudando encima de mí: dorada, ardiendo. Los insectos se revuelven a nuestro paso, las ardillas saltan de árbol en árbol, los cuervos planean entre las copas de los pinos, graznando. El batido de sus alas suena suave como el susurro de la escoba cuando Mudda Ma'am barre las pinochas de su arenoso patio. Skeetah los mira igual que mira a *China*: como si *China* fuese a hablar en cualquier momento; y está seguro de que cuando esto ocurra, *China* revelará todas las respuestas a todas las cosas que siempre le han intrigado. Papá está loco, pienso; este verano está obsesionado con los huracanes. El verano pasado, después de que un tornado tocase tierra en un centro comercial de Germaine, se convenció de que la costa del Golfo iba a convertirse en un nuevo pasillo para tornados. Se pasó el verano entero señalando los lugares de la casa donde era más seguro agacharse. Cada vez que pillaba a Junior en la cocina, le hacía practicar el simulacro de tornados que nos enseñaron a todos en el colegio; ponte de rodillas, dóblate sobre los muslos, mete la cabeza entre las rodillas, cúbrete el cuello con los huesudos dedos para proteger la suave nuca.

Skeetah se quita el rifle del hombro, lo amartilla. Al principio lo coge sin apretar, sus ojos se mueven como si leyese algo escrito en el aire que hay entre los árboles.

–Skeet, ¿a qué le piensas disparar?

–No he robado latas de carne porque no había suficientes.

–Pues yo no pienso guisarlo, Skeet.

Skeet se echa el rifle al hombro. Apunta el arma al cielo. El viento se mueve un poco en las copas de los árboles, y luego se desvanece como una persona que sale de una habitación. Los árboles guardan silencio, anhelantes. El rifle empieza a dar tijeretazos en todas las direcciones. Skeetah apunta, siguiendo a las ardillas que corretean entre los árboles. Son peludas y grises, gordas por la comida del verano.

–Shhh –dice–. Necesitamos algo de comer.

Cruje una rama. Las copas de los pinos se frotan unas contra otras cuando regresa el viento, pero los robles no se mueven. Las ardillas prefieren los robles, corren por sus ramas negras y duras, pasos elevados sobre la carretera. Son sus sólidas casas; soportarán una tormenta, si viene. Hay un intenso olor a pino asado.

–Ya te tengo –dice Skeet, y dispara.

El tiro rebota en un pino y hace un ruido contundente que suena igual que un puñetazo. Skeet se estremece. Las ardillas se funden con los manchones oscuros y vuelven a salir, doblan los recovecos de los troncos, desaparecen, reaparecen. Cuando una a la que le falta medio rabo aparece en la uve del roble y se desliza para bajar a toda prisa al suelo, Skeet vuelve a disparar. La ardilla pierde el agarre, se ovilla y cae rodando tronco abajo, dejando una cinta de color rojo. Skeetah se levanta y corre hacia ella, disparando otra vez. Su medio rabo tiembla, y yace quieta sobre la tierra. Para ser una ardilla del Misisipi, es grande.

–Yo eso no lo limpio.

Los cuervos se van volando, chillando. Los insectos chillan a coro en las copas de los árboles.

Skeetah recoge la ardilla con ambas manos, intenta mantener el cuerpo unido para que no se caiga a pedazos. La sangre le sale a chorros siguiendo una cadencia. El corazón.

–Quieres que venga esta noche, ¿a que sí?

–¿A quién te refieres?

–Ya sabes a quién me refiero. Y no es a Big Henry. –Lanza al aire un poco de pelo que colgaba húmedamente como un pendiente rojo del pellejo del animal–. Ni tampoco a Marquise.

–No. –Muevo la cabeza. Skeetah agarra el resto del rabo y tira. Lo que quedaba de rabo antes de que disparase a la ardilla se desprende como las cerdas de un cepillo.

–No pegáis nada juntos –dice Skeetah examinando el cuerpo ensangrentado. Tiene tanto calor que le suda la nariz. «Pero lo estamos», quiero decir. «Hace que el corazón me palpite así», quiero decir, y después señalar a la ardilla que se muere entre borbotones rojos. Pero no digo nada, y Skeetah se encoge de hombros, levanta la ardilla como una ofrenda y emprende el camino de vuelta al hoyo.

Al llegar al campamento, Skeetah tiende la ardilla sobre la bolsa de plástico, saca el cuchillo y le corta la cabeza. La sangre huele como la tierra caliente y mojada

después de un chaparrón de verano. Lanza la cabeza a la espesura como una pelota, traza con el cuchillo una línea irregular sobre el pecho de la ardilla y después hace una cruz sobre los brazos del animal. Es implacable, silencioso, se concentra como *China* antes de un combate. Skeetah tira con fuerza, y la piel se separa de la carne que hay debajo formando un globo, estirándose, estirándose cada vez más hasta que se convierte en un trapo mojado y flácido y Skeetah la lanza por ahí. Quedan botines de pelo en los pies de la ardilla, pero Skeetah se los corta y los lanza en la misma dirección que la cabeza. El animal, ahora, no es más que un cacho de carne equivalente a dos chuletas de cerdo juntas. Skeetah le hace un tajo en el estómago, y lo que resbala al exterior es azul y morado, como una madeja de hilo mojada.

–Mierda –musita Skeetah. El olor de las entrañas del animal está en todas partes. Cuando papá criaba cerdos, se cagaban y comían y hozaban en su propia mugre, cada vez más rosados y más gordos, pero su olor y el de su cubil era como el estómago de este animal: crudo, lleno de mierda. Skeetah tiene razón.

Intenta sacar las vísceras, pero como se resisten intenta cortar las cuerdas que las sujetan y corta sin querer los intestinos.

–Ah, mierda –dice Skeetah, y soltando el animal, las vísceras y el cuchillo sobre la bolsa de plástico ensangrentada, se aparta, las manos sobre las rodillas, la cabeza gacha. En mi garganta hay arena, y no puedo respirar.

–Dios mío, Skeet. –Me voy corriendo detrás de un grupito de árboles, tan lejos como me es posible de ese olor y esa inmundicia, y me caigo y vomito los huevos, el arroz, el agua, todo lo que llevo dentro, hasta que ya no queda comida, hasta que noto vacía la garganta y no puedo contener las arcadas de aire y saliva; pero aun así no logro vomitarlo todo. Dentro, al fondo, queda algo.

Para cuando la carne se ha terminado de hacer, cuando está dorada y reducida y tiene tantas aristas duras como las joyas, los chicos ya han llegado. Marquise la está cortando con su navaja, colocando cachitos sobre trozos de pan que se reblandecen con la salsa picante. Skeetah prepara un sándwich, me lo pasa antes de prepararse el suyo. La carne es fibrosa y dura, sabe mitad a la especia roja de la salsa picante, que ha teñido el pan de rosa, y mitad a animal salvaje. Muerdo, y al morder estoy comiendo bellotas y saltando, muerta de miedo, al interior de los oscuros huecos que hay en el corazón de los robles viejos. El sol se había puesto mientras Skeetah y yo buscábamos leña para la parrilla; el cielo estalló en colores sobre nuestras cabezas, y enseguida el sol se sumergió entre los árboles y el color se fugó como el agua por un desagüe, dejando el cielo de un blanco desteñido, después azul marino y finalmente oscuro. Había echado demasiada leña al fuego; Skeet tenía que agarrar a la ardilla de la pata cada dos por tres, su mano envuelta con la camisa, para evitar que se achicharrase. Pero el fuego es suficientemente grande como para que pueda ver todas sus caras en la oscuridad.

–Está buena –dice Marquise.

–Sabe a quemado –dice Skeetah. Big Henry, a su lado, se ríe.

–Sabe a mierda. No me puedo creer que os estéis comiendo eso. –Big Henry echa otro trago a su cerveza, que está tan caliente que el botellín ni siquiera suda agua en esta noche tan calurosa–. Le podríais dar la birria esa a la cachorra.

Casi ni mastico el sándwich; solamente lo mordisqueo para ponerme los trocitos en la lengua, mojada de saliva, y tragar. Skeetah me pasa la botella medio llena de refresco, y trago una bocanada de azúcar caliente con colorante. No tengo hambre, pero es mejor que coma porque así siento menos náuseas. Si vomitase otra vez, alguien me preguntaría qué me pasa. Y no quiero tener que mentir, que sonar convincente. Que se pongan a mirarme y a hacerme preguntas. Le paso la botella a Marquise. De todas las bebidas que hemos tenido en casa, esta es la más parecida al zumo de frutas auténtico. Mamá la solía echar al carro mientras yo recorría la tienda subida en la cesta, apretujaba el refresco rojo contra mí y la botella me enfriaba la pierna. Pero me gustaba, porque después, en la camioneta sin aire acondicionado, la pierna seguía fría, como un trozo de hielo derritiéndose en mi mano.

La cachorra se rasca dentro del cubo y Skeetah se sienta encima, la cabeza gacha, la mirada inmóvil. De vez en cuando, toca el borde del cubo como si quisiera meter la mano y acariciarla, consolarla, pero no lo hace.

–No llegaste a ponerle nombre, ¿eh, Skeet? –pregunto.

–No. –Sigue sin levantar la vista–. Se lo puedes poner tú si quieres, Esch. –Se acomoda y apoya la barbilla entre las manos–. Es chica.

Un nombre. Me acuerdo de una chica del colegio que se llamaba como las velas que se encienden para ahuyentar a los mosquitos: Citronella. Siempre tenía dos novios como mínimo y brillo en los labios, y todas sus carpetas llevaban etiquetas de colores a juego con sus libros. Yo solía arrodillarme con el agua hasta el cuello y la contemplaba cuando nos la encontrábamos nadando en el río con su familia. Era dorada como las velas, tan perfecta que deseaba odiarla. Y la odiaba, en cierto modo. Pero a veces, caminando y hablando sola, decía su nombre y me gustaba cómo sonaba, cómo se me enrollaba en la lengua, igual que un bocado de helado. Citronella. Así quiero llamar a la cachorra, pero creo que Marquise, por lo menos, se reirá de mí, porque la conoce. Es probable que fuera uno de sus novios, que saliesen juntos a pasear por la calle que lleva al parque y la cogiera de la mano.

–*Nella* –digo–. Quiero llamarla *Nella*.

Skeet asiente. Big Henry intenta pasarme su cerveza, pero la rechazo con un ademán. La salsa picante sigue arrancándome saliva de la lengua, pero sé que seguramente lloraré cuando *Nella* se vaya, y no quiero más sal. Marquise mete un palo en el fuego y lo hinca en las cenizas.

–Es un buen nombre –dice Big Henry, con una sonrisa que brilla un poco y

después se desvanece. Skeet mira dentro del cubo como si no lo hubiese oído. De todos modos, el poquito de felicidad que ha surgido en mi interior cuando se me ha ocurrido el nombre aletea y se apaga. ¿De qué sirve ponerle un nombre si va a morir?

Del bosque llega un sonido como de algo que se rompe, el crujir de las hojas desmenuzándose bajo los pies, y aparecen Randall y Manny. Manny atrapa toda la luz del fuego, se la come y resplandece. Sonríe. Su cicatriz reluce, y mi corazón se sonroja.

–Por fin se ha dormido Junior –dice Randall–. Manny dice que a su primo Rico se le murió de parvovirus el perro que tuvo antes de *Kilo*.

Manny se sienta junto a Randall frente al fuego, bebe tanto cuando Marquise le pasa el refresco que solo queda espuma en el fondo.

–Deberías matarla ahora –dice Manny–. Ahorrarle sufrimiento. Rico le hizo un tajo en la garganta a su perro en cuanto vio que caía enfermo. Así lo único que haces es torturarla.

–No –dice Skeet–. Aún no es el momento.

–¿Le vas a pegar un tiro? –Manny mira el rifle de arriba abajo–. Eso al menos es rápido.

–No.

–Bueno, y ¿cómo lo vas a hacer?

Skeetah alza la vista, pero al hablar mira a Randall, no a Manny.

–¿Te acuerdas de cómo mataba mamá a las gallinas? –pregunta Skeetah.

Las cigarras son como una lluvia intermitente, resuenan en oleadas entre la negra espesura de los árboles. Cuando habla, Randall no aparta la mirada de Skeetah, que está agarrando un lado del cubo.

–Solo mataba una en ocasiones especiales, como algún cumpleaños nuestro o su aniversario de bodas. Las miraba como si conociese a cada una, como si supiese cuál tenía huevos para empollar, cuál llevaba una temporada sin poner, cuál estaba cada día más gorda y más vieja. Era casi como si las gallinas lo supieran; se ponían nerviosas. Se movían sin ton ni son, iban en grupo, ni se acercaban al gallinero. Entonces, en un abrir y cerrar de ojos, pillaba una, se la llevaba detrás de la casa a ese tocón de roble tan viejo y tan grande que se trajo papá del bosque y se quedaba allí a su lado, muy quieta, mientras el ave batía las alas tan deprisa que se veían borrosas. Pero la gallina jamás hacía ni pizca de ruido. Y luego iba y le cubría la cara con la mano como para evitarle que viese algo, agarraba y retorcía. Le partía el cuello. Le cortaba la cabeza en el tocón. –Randall no coge aliento al hablar, simplemente deja que salga todo como un torrente continuo. Traga–. Las gallinas ya no saben igual.

Los grillos del árbol más próximo inician un ruido sordo, casi ahogan la voz de

Randall. Lo cierto es que no recuerdo tan claramente a mamá matando las gallinas, pero cuando Randall lo cuenta, lo veo, y creo que lo recuerdo.

–Es verdad –dice Skeetah; tarda en pestañear. Levanta a la cachorra. Su estómago sube y baja, y el viento que sale de su interior suena como el croar de una rana. Extiendo la mano para tocarla–. No lo hagas –dice Skeet–. Se contagiarían los demás. –Me echa una ojeada y esboza una media sonrisa, y después se mira los dedos.

A través de los árboles asoma una luna nueva, y *Nella* le canta. Me parece que veo a Junior saltando como una ardilla entre las sombras, mirando y esperando, pero cuando me fijo bien lo único que hay detrás del fuego es oscuridad.

Cuando Skeet agarra y retuerce, sus manos son tan certeras como las de mamá.

Cuando Skeetah vuelve de enterrar a la cachorra, está descamisado, sus músculos, negros y correosos como los de la ardilla. Viene envuelto en una capa de sudor como aceite. Permanece un instante a la luz de la hoguera, quieto, respirando con dificultad. Echa su camiseta al fuego.

–¿Qué haces? –pregunta Marquise sin dejar de chupetear un hueso de ardilla. Sorbe y casi se lo traga, se atraganta y lo expulsa.

–Todo está contaminado –dice Skeetah–. Todo.

Se quita los pantalones, los echa al fuego.

–¿Hablas en serio? –Marquise ríe.

–Si no hablo en serio, que me muera aquí mismo –dice Skeetah. Lleva los calzoncillos caídos, el elástico asoma por arriba. Agarra el lavavajillas y se dirige hacia el agua negra del hoyo, se inclina sin detenerse para sacarse los calzoncillos por una pierna y luego por la otra, y después los echa al fuego mirando por encima del hombro. Pero no se da la vuelta completa. Es puro músculo. No le he visto desnudo desde que éramos pequeños y mamá nos metía juntos en la bañera.

–No me puedo creer que te vayas a lavar ahí dentro –dice Marquise, pero no ha terminado de hablar y Randall ya se ha puesto de pie y, a pesar de que no ha tocado a la cachorra, se está desvistiendo, dejando la ropa en un montón. Es más alto, y sus brazos y sus piernas son gomas elásticas. Big Henry hinca el botellín en el suelo hasta que la tierra lo sujeta. Primero se quita los zapatos de una patada, y después, los calcetines y los dobla por la mitad antes de meterlos en los zapatos. Sus pies son grandes y parecen suaves, con largos pelos negros que se le rizan por el empeine como el pelo de los bebés.

Adonde van mis hermanos, voy yo.

Me meto en el agua con la ropa puesta. Cuando estoy toda mojada, le cojo el jabón a Skeetah y me refriego, la ropa también. La dejo limpia antes de quitármela, prenda a prenda, y quedarme desnuda en el agua; forma un montón sucio y viscoso en la orilla de barro.

–Estáis locos, tíos –dice Marquise, pero aun así se quita la ropa y se viene con nosotros al agua.

–Total, tenía calor –dice Manny, y arrojando su camiseta blanca cerca de donde estaba yo sentada y también sus pantalones, se queda en ropa interior. Corre y se zambulle en el agua, sale por detrás de Randall y le hace un placaje de modo que se hunden los dos. Forcejean entre risitas, parecen peces tirando del sedal. Marquise se columpia de una cuerda que cuelga de un árbol alto, y Big Henry se desplaza por el agua con lentas brazadas, sus manos cortando el agua tan limpiamente que no salpican. Randall y Manny no paran de hacerse ahogadillas, riéndose. Quiero que Manny me toque, que venga nadando y me agarre de los brazos, que me arrastre hacia él, pero sé que no lo va a hacer. Randall se escabulle de Manny, nada hasta Skeetah, que ha estado sobrenadando a solas en el agua.

–Ten cuidado. Ya sabes que hay serpientes de agua debajo de la broza –dice Randall. Skeetah se restriega como empeñado en quitarse la piel.

–No pasa nada. No están pensando en mí.

–Pues yo no pienso chuparte el veneno –ríe Randall.

–A mí no me van a morder. Pueden olerla, ¿lo sabías?

–Oler ¿qué?

–La muerte.

Randall deja de deslizarse por el agua y se queda flotando. No puedo verle la cara en la oscuridad.

–Cállate, Skeet. –Salpica agua que atrapa la luz de la hoguera y se vuelve roja. Las gotas, como fuegos artificiales caídos del cielo, le dan a Skeet. A pesar de las cigarras, pienso, debería oírse el chisporroteo del agua–. Ahora sí que estás hablando como un loco.

Big Henry intenta agarrar a Marquise de los pies, hacerle caer de la cuerda. Marquise patalea, y Big Henry tira tanto de la cuerda que la rama a la que está atada cruje y suena como el estallido de un enorme hueso.

–¡Mierda! –grita Marquise, y al momento se suelta de la cuerda, pero demasiado tarde, porque ya se está cayendo todo sobre la cabeza de Big Henry. Me río tanto que me duelen las costillas, pero cuando Manny emerge a mi lado como un pez saltarín, saliendo del agua como el mejor de los premios, paro. Ahora la risa me raspa la garganta.

–¿Qué te cuentas, Esch? –Manny está mirando cómo Big Henry y Marquise forcejean en el agua con la rama, cómo se les acerca Randall nadando para ayudarlos. Me habla sin despegar los labios. Skeet se sigue restregando la piel, sin mirarnos. Manny bucea y sale por mi derecha, manteniéndose a una distancia que me impide extender la mano y tocarle.

–Nada. –Me trago las palabras.

–¿Te daba miedo quitarte la ropa delante de nosotros? –Manny esboza una

sonrisa burlona, pero no me mira; está nadando lentamente en círculos, orbitando en torno a mí como la luna. O como el Sol.

Entonces es un ruidito lo que sale de mi garganta.

–¿Miedo a que todos vean cómo estás?

Lo niego con la cabeza.

–Tan mal no estás –dice.

–¿No estoy mal? –Respiro, y me avergüenzo porque estoy repitiendo todo lo que dice.

–Más o menos. –Se mete un dedo en la oreja y sacude la cabeza tan deprisa que despide agua en todas las direcciones, como los perros. Su labio inferior es rosa y grueso, mientras que el de arriba es una tímida línea. He soñado con besarle. Hará unos tres años, le vi hacérselo con una chica. Él y Randall la convencieron para que volviese con ellos al Hoyo cuando papá no estaba, y oí cómo se reían los tres al pasar por delante de la ventana. Los seguí hasta el bosque. Al llegar al hoyo, Manny le agarró el culo y le frotó la tripa como cuando un hombre acaricia el lomo de un perro, y entonces la chica se tendió para él. Estaba encima de ella, moviendo su mano de arriba abajo entre sus piernas, y de pronto la besó. Dos veces, tres. Abría la boca de par en par para ella, la chupaba como si la estuviese saboreando, como si fuese dulce como el azúcar de caña. Se la estaba comiendo. Me pregunto cuándo dejaría de besar así a las chicas, o si simplemente no me quiere besar a mí. Ahora está nadando en círculo, medio mirándome a mí, medio mirando a Big Henry y a Marquise. Me agarra la mano y se la acerca, envuelve su polla con mis dedos–. No estás mal del todo –dice. Quiero saber qué se siente, así que alargo la mano por debajo del agua para tocarle el pecho, los pezones del tamaño de uvas rojas. Son mucho más suaves que las uvas. La piel de las junturas de sus músculos tiene el color del caramelo. Manny se suelta–. ¿Qué haces? –Su polla se me escurre de la mano, caliente dentro del agua fría: y después ya no está.

–Solo quería…

–Esch. –Manny lo dice como si estuviese decepcionado, como si no supiera quién es esta chica que ha alargado la mano para tocarle. Tiene un perfil anguloso, y brilla como un penique bruñido en el fuego. El labio inferior se le adelgaza cuando sonríe–. ¿Estás loca?

Todavía siento un hormigueo en la mano de cuando la ha agarrado para acercársela.

–No. –Quería decir su nombre; en cambio, esto es lo que me sale.

–Que no, Esch. –Amasa el agua, impulsándose hacia arriba y pataleando para alejarse de mí–. Ya sabes que así no son las cosas –dice, y el dolor llega de golpe, como de pronto un diluvio.

Manny nada hacia Randall, que va caminando hacia la orilla a la vez que se pone la ropa. La espalda de Manny es una puerta cerrada. Tiene unos hombros

preciosos. Ahora me imagino subida a sus espaldas, me imagino que me lleva a nado a través de las aguas profundas, que me acerca a tierra firme. Me imagino que ese otro Manny se volvería para besarme en el agua, para comerse mi aire. Que una vez en tierra me cogería la mano en vez de envolver su polla con ella por debajo del agua. Cuando le cuente mi secreto, ¿se dará la vuelta hacia mí? Expulso todo el aliento y me hundo, mi cabeza caliente. ¿Será así como flota un bebé dentro de su madre? Ahueco las manos sobre mi barriga, oigo a papá decir algo que solo dice en sus ratos sobrios: «Lo que se hace en la oscuridad siempre sale a la luz». He querido a Manny desde el mismo instante en que le vi besar a aquella chica. Le quería antes de que empezase a salir con Shaliyah, delgaducha, clara de piel y chalada, que se pasa la vida queriendo pegarse con las chicas con las que cree que anda liado Manny. Una vez, le estrelló una botella en la cabeza a la prima de Marquise en Los Robles, durante la noche dedicada a los adolescentes. Shaliyah. Tiene ojos de esos que se mueven sin parar como los de los gatos. Manny habla de otras chicas con Randall, pero siempre vuelve a ella: quejándose de que le controla el teléfono, de que le llama sin cesar, de que solo cocina una vez a la semana, de que le deja la ropa tirada en montones por el remolque que comparten y se la tiene que lavar él si quiere tener algo que ponerse para ir a trabajar a la gasolinera. La vi una vez en el parque, y sus enloquecidos ojos de gata me miraron sin verme siquiera: ni presa ni amenaza. Le quería antes que esa chica. Supongo que esto fue lo que sintió Medea por Jasón cuando se enamoró, cuando lo conoció; que le miraba y notaba que le subía un fuego devorador por el pecho, hirviéndole la sangre, evaporándose acaloradamente por cada centímetro de su piel. Lo siento con tanta fuerza que me cuesta imaginar que Manny no lo sienta también.

Tengo la tripa dura como una calabaza, porque dentro de mí hay un bebé, este bebé que es tan pequeño como una pestaña de Manny rozándome la mejilla mientras lo hacemos. Y este bebé crecerá para ser la yema de un dedo en mi cadera, una mano en el cuenco de mi espalda, un brazo sobre mi hombro, si sobrevive. Creo que es de Manny; es el único con el que he tenido relaciones en los últimos cinco meses. Desde aquella ocasión en que me sorprendió en el bosque cuando yo iba buscando a Junior y me agarró, desde que conoció mi corazón de chica, solo le he dejado entrar a él. Después de nuestra primera vez, no quise acostarme con nadie más. Me encojo de hombros y finjo que no oigo a Marquise ni a Franco ni a Bone ni a ninguno de los demás chicos cuando me lanzan indirectas. Lo piden, y yo me alejo porque así tengo la sensación de que camino hacia Manny.

Se oye un ruido por encima del agua; alguien está gritando. Cuando salgo a la superficie y respiro, mis pulmones ávidos de aire, solo queda Skeetah, y está callado. Los murciélagos se arremolinan en el aire sobre nuestras cabezas y arrancan insectos del cielo, aleteando sin cesar como negras hojas de otoño. Skeetah me mira mientras nado hacia él y hacia la orilla, me mira mientras me visto

con mi ropa enjabonada, y guarda silencio antes de darse la vuelta para encabezar la marcha a través de la oscuridad, desnudo.

Día cuarto:
Vale la pena robarlo

Las pulgas están por todas partes. De camino a casa de mamá Lizbeth y papá Joseph, voy vadeando espumosos charcos de pulgas. Saltan y se me pegan a las piernas como abrojos, picando, hasta que me paro en lo que queda del porche: un par de tablas apoyadas al sesgo contra la casa como un muelle abandonado que se hunde en aguas tormentosas, mientras la marea de la tierra avanza para cubrirlas. Hace mucho que desapareció la puerta mosquitera, y la puerta de acceso cuelga de un gozne. Para entrar en la casa tengo que empujar la madera, que se desmenuza y se vuelve polvo entre mis manos, y pasar de refilón entre una maraña de telarañas y hojas.

La casa es un esqueleto de animal cada vez más seco; todos los testimonios de vida que había dentro se han ido rescatando a lo largo de los años. Papá Joseph ayudó a papá a construir nuestra casa antes de morir, pero cuando mamá Lizbeth y él ya no estaban fuimos cogiendo uno por uno el sofá, las sillas, los cuadros, los platos, hasta que no quedó nada. Mamá intentaba mantener la casa como siempre, pero la necesidad de una cama para que durmiésemos Skeet y yo, o de un cazo cuando el suyo se ennegrecía, era más importante que conservar la casa como un santuario, con sus colchas de ganchillo sobre los sofás como las había dejado mamá Lizbeth. Eso decía papá. Así que ahora picoteamos de la casa como si fueran sobras prácticamente comidas, y papá Joseph ya no es más que un pantalón de peto, una camisa gris, rapé y unos ojos que se han vuelto azules con la edad. Me acuerdo más de cuando vivía mamá Lizbeth. Me sentaba en su regazo y jugaba con su pelo, gris y lacio, fuerte como el alambre. Yo la ayudaba a tomarse las medicinas: dos puñados de pastillas tenía que tomar a diario, y yo se las iba pasando una a una. Ella me daba higos dulces, cálidos como el día, que recogíamos de un árbol que había detrás de la casa. Se reía de mí, decía que comía higos con el esmero de un pájaro; tenía una sonrisa negra y desdentada. Y a veces era brusca, no quería abrazos, lo que quería era sentarse en su silla en el porche y que la dejasen en paz. Cuando murió, mamá me dijo que se había marchado, y yo me preguntaba adónde se habría ido. Como los demás estaban todos llorando, me aferraba como un mono a mamá, mis piernas y mis brazos envolviendo su suavidad, y lloraba mientras el amor me empapaba como una lluvia de verano intensa y cegadora. Y entonces murió mamá, y no quedó nadie a quien agarrarme.

Me inclino y ahuyento las pulgas a manotazos. En la cocina, Skeetah está

jadeando y tirando de algo en un rincón, esforzándose con todo su cuerpo. Donde ayer había pelo corto a lo afro, hoy hay una cabeza rapada, de un tono más clara que el resto. Su cuero cabelludo parece tierra recién removida.

–Me ha dicho Junior que estabas aquí. ¿Qué haces?

–Intento sacar este linóleo.

–¿Para qué?

Skeetah intenta despegarlo del rincón. Una pieza grande se dobla ante él como la oreja de un perro.

–Está en la tierra. –Tira. Pienso que gruñirá, pero no sale ningún sonido. Sus músculos saltan como el chicle al estallar–. El parvovirus. Está en la tierra del cobertizo.

–Y ¿para qué va a servir el suelo de mamá Lizbeth?

–Para cubrir la tierra. –Tira, se oye un estallido fuerte y la loseta cede. La lanza hacia atrás y cae sobre un montón de cuatro o cinco piezas más.

–¿Le vas a poner un suelo a *China*? –Papá había empezado a construir nuestra casa nada más casarse con mamá. De tanto oír las historias sobre papá Joseph y él cuando era pequeña, siempre pensé que era algo que un hombre hacía por una mujer cuando se casaban: construirle algo donde vivir.

–No, Esch. –Skeetah corta la parte de abajo de la siguiente loseta con uno de los cúters oxidados de papá–. Voy a salvar a esos cachorros. *China* tiene la fuerza y los años suficientes como para que no la mate el parvovirus. –Da un tirón–. Son dinero.

–¿Por qué te has cortado el pelo?

–Me harté de él. –Skeetah se encoge de hombros, tira–. ¿Qué vas a hacer hoy?

–Nada.

–¿Te vienes conmigo?

–¿Adónde?

–Al bosque. –Skeetah da otro tirón y la siguiente loseta se desprende. La lanza lejos–. Tienes que correr. –Siempre he sido buena corredora. Cuando los chicos y yo echábamos carreras de pequeños, siempre quedaba entre los tres primeros. Gané a Randall varias veces, y en una o dos ocasiones casi gané a Skeet–. Necesito tu ayuda.

–Vale.

Me necesita. Antes de que *China* tuviese a sus cachorros, me pasaba días y días sin verle. Antes, podía estar paseando por el bosque en busca de huevos o intentando encontrar a Randall y a Manny, o yendo al hoyo a nadar, y me tropezaba con Skeetah, que le enseñaba a *China* a atacar, morder y enzarzarse con una vieja rueda de bici o con una cuerda. Jugaban al sogatira, levantaban una polvareda y dejaban ríos secos entre las pinochas. O *China* dormitaba mientras Skeetah se metía cuchillas de afeitar en la boca, deslizándolas entre la funda rosada

de su mejilla y su lengua y sacándolas de nuevo por los labios, tan deprisa que me parecían imaginaciones mías. Una vez le pregunté que por qué se las metía, y sonrió y dijo: «¿Por qué iba a ser *China* la única que tenga dientes?».

–Sí –digo.

A lo lejos se oye el gruñido del tractor de papá, se acerca. Skeetah recoge las losetas y las empieza a tirar por una ventana a la parte de atrás de la casa, adonde sabe que papá no irá porque allí la puerta lleva años cubierta de glicinias y kudzu. La puerta frontal es el único acceso a la casa. Lanza la última loseta y el cúter en el mismo momento en que papá abre la puerta de un empujón; el sonido de la madera parece un disparo rebotando por la habitación y pienso que ha roto el gozne, pero la puerta sigue derecha. Las telarañas dejan un rastro gris y lleva una hoja pegada al pelo. Su camiseta está oscura por la zona de los sobacos, por el cuello y en medio de la espalda. Sus botas pisan tan fuerte que suena como si fuese a atravesar la madera podrida del suelo. No abulta mucho más que nosotros. ¿Será esto lo que vio Medea cuando decidió seguir a Jasón, huir de su padre con su hermano? ¿Vería a través de los suntuosos ropajes al hombrecillo de hombros estrechos que había debajo? A pesar de que apenas trabaja ya, de que solo pilla chapuzas sueltas en barcos ostreros o remolcando chatarra, ha llevado la misma ropa de trabajo todos los días desde que tengo memoria: botas reforzadas, pantalones, dos camisetas, dos pares de calcetines. Todas las noches, mamá le dejaba la ropa en un ordenado montón sobre la silla de la esquina del dormitorio, y mientras se inclinaba sobre la silla, papá se le acercaba por detrás, le rodeaba la cintura con las manos, le susurraba al cuello. Nos decía que nos fuésemos a ver la tele, que nos largásemos a nuestras habitaciones, que nos apartásemos de la puerta. Ahora papá levanta la vista, sorprendido.

–¿Qué hacéis aquí?

–Nada –dice Skeetah, rápido y alto, y echa a andar hacia papá y hacia la puerta.

–Quieto ahí –dice papá–. Necesito que me ayudéis.

–Tengo que ocuparme de *China*.

–Aún no –dice papá. Agarra a Skeet del brazo cuando intenta pasar–. Aguantará.

Skeetah retoma el paso y se suelta de papá dando una zancada. Parece sorprendido al ver que los dedos de papá resbalan por su brazo, y papá me mira, apenas un instante, como confundido. Skeetah se detiene y se vuelve, y papá señala hacia el desván.

–Hay una nueva tormenta en el Golfo. Se llama José. Se supone que va a aterrizar en México.

Los ojos de Skeetah se abren como si quisiera ponerlos en blanco, pero no lo hace.

–¿Ves esas planchas de contrachapado que hay allí arriba? ¿Esas dos que no parecen demasiado podridas?

Skeetah asiente con la cabeza. Me extraña que papá no desprenda ese aroma a pan dulce de la cerveza mañanera.

–Sí.

–Necesito que cojas este martillo, las arranques de la pared y las tires al suelo. Esch y yo las sacaremos fuera y las pondremos en el tractor.

El techo de la sala de estar se desplomó hace años, así que ahora se ve fácilmente el desván, por donde asoman retazos de las vigas del tejado. Skeetah intenta saltar y auparse, pero aunque salta lo bastante alto no logra agarrar la viga porque el yeso que hay pegado como si fueran percebes se lo pone difícil.

–Esch, déjale a tu hermano que se te suba encima.

Skeetah le mira como si estuviera loco, pero no dice nada.

–Puedo hacerlo.

Papá podría hacer de escalera para Skeetah si quisiera, podría auparle con sus manos fuertes como una soga, pero no quiere. Todos lo sabemos.

–Venga, Skeet.

Me lanzo como veo que hacen las animadoras en el instituto cuando se suben unas encima de otras para formar sus pirámides, una estructura de barras humana: la rodilla delantera doblada, la pierna de atrás recta, mejor cuanto más duras y firmes. Papá está cruzado de brazos, mirando hacia el desván.

–Que no, Esch. Que puedo saltar.

–Que no puedes –dice papá–. Venga.

Skeet apoya una mano en mi hombro. Me sorprende la dureza de su piel; sus callos son como guijarros incrustados en la piel suave y arenosa de su mano, mientras que las manos de papá son como de grava por todas partes. Cuando Skeetah no está sonriendo, las comisuras de los labios se le tuercen hacia abajo. Ahora que está enfadado parece que tiene la barbilla dura, y su boca es una línea recta.

–Piso y me agarro, ¿vale? Lo más deprisa que pueda.

Asiento. Skeetah me mira un segundo más, y lo repite.

–Lo más deprisa que pueda.

Cuando Skeetah pisa, su deportiva se me hinca en el muslo y noto los surcos de goma como si fuesen tacos. Duele. No puedo evitar que se me escape un ruidito de la garganta, pero al momento la cierro y no puedo ni respirar. Se yergue y agarra una viga del techo por detrás del yeso. Me tiembla la pierna.

–Ahí es –dice papá.

Cuando Skeetah se impulsa apoyándose en mi pierna y tira con los brazos, es como si su pie me horadase la piel. Otro ruido se abre paso sin querer por mi garganta, y respiro con dificultad, avergonzada. De pequeños, cuando nos caíamos y se nos despellejaba la rodilla y llorábamos, papá ponía cara de exasperación y nos decía: «Basta. Basta». Me enderezo y me froto la pierna.

–Vale –dice papá. Lanza el martillo al desván, y Skeetah se desplaza hacia la zona que no puedo ver y empieza a arrancar. Me acurruco sobre mi pierna y me froto las marcas que me ha dejado Skeetah en la piel. La primera tabla sale enseguida. Miro justo cuando Skeetah la está tirando por el agujero del techo; aterriza demasiado cerca de los pies de papá. Me aparto de un salto–. Ten cuidado, chaval.

Papá me pasa el contrachapado y señala hacia la puerta. La otra pieza de contrachapado se resquebraja y se suelta, y al volverme veo que Skeetah la está lanzando a través del techo como si fuera un avión de papel, directamente hacia papá, que se agacha.

–¡Mierda!

–Lo siento –dice Skeetah a la vez que baja de un salto y cae como un gato. La tabla ha rozado a papá, ha rebotado en la pared y ha caído repiqueteando al suelo. Skeetah sonríe.

–Maldita sea, chaval.

–He dicho que lo siento. –Skeetah ya no sonríe, pero mientras empujo la tabla por la puerta sonrío para mis adentros, porque su cara tiene la misma expresión que el día en que por fin dominó la técnica de comer cuchillas de afeitar, y sé que va dirigida a mí.

En el interior del bosque que hay al este de casa, más o menos a un par de kilómetros entre pinos y robles tan grandes y viejos que han crecido hasta apoyar los brazos en la tierra, hay un pasto lleno de vacas apacentando. Lo bordea una valla de madera y alambre de espino. En medio se alza un establo grande y marrón, y a su lado, una casita blanca con un tejado de chapa alto y empinado y unos ventanucos. Allí viven unos blancos.

Skeetah encontró el lugar por casualidad mientras jugábamos en el bosque a un rescate de los que duran un día entero; horas y horas corriendo en círculos, escondiéndonos y buscándonos por equipos. Cayó en un claro en el que los pinos habían sido talados brutalmente, de manera que el prado del otro lado de la valla estaba salpicado de tocones como sillas en las que jamás habría de sentarse nadie. Las garcillas se abrían camino por la hierba, atentas y llamativas como novias quisquillosas, pegadas a los costados de las vacas. Salí del bosque como una exhalación y me olvidé de tocar a Skeetah, sobresaltada al ver cómo se abría el cielo en el prado, el extraño aspecto de las tierras. Había demasiado azul. Una camioneta salió silenciosamente de una sombra de un hueco del bosque que supuse que sería la entrada para coches, y una vaca mugió. Un hombre y una mujer blancos, mayores, bajaron de la camioneta después de aparcar, agitando las manos para disipar la polvareda que habían levantado. A lo lejos, oímos ladrar a un perro.

–Venga, Skeet –dije.

Permaneció allí un rato más, mirando la casa con ojos entornados, la cabeza

ladeada.

–Yo me voy –dije, y me di media vuelta para volver corriendo al suave envés del bosque, al verde tramo de los árboles. Iba ya por la más profunda penumbra del bosque cuando oí que se acercaba tan deprisa para darme alcance que mire atrás asustada, pensando que los blancos que vivían en aquella casa al borde del negro corazón de Bois Sauvage venían a por nosotros, pero solo vi a Skeet, que trotaba con el semblante tranquilo. Ni siquiera jadeaba.

Allí es donde dice Skeetah que vamos a ir cuando entra en mi habitación, después de quitarse los vaqueros que llevaba en casa de mamá Lizbeth y ponerse una camiseta del color de las pinochas y unos Dickies marrón oscuro con agujeros en las rodillas. No lleva calcetines debajo de las deportivas.

–Tienes que cambiarte –dice–. Ponte algo verde, marrón o negro. No te pongas nada blanco ni caqui.

–¿Por qué no?

–Tienes que camuflarte.

Skeetah sale a esperarme al pasillo, y yo rebusco en mis cajones hasta que encuentro una camiseta negra y un short negro de baloncesto que me dio Randall porque le quedaba pequeño. Al principio tenía el logo del instituto St. Catherine, lo que significa que lo robó y que era un pantalón de entrenamiento, pero está tan viejo que las letras azul libélula del bajo que impedirían que Skeetah le diese el visto bueno se han pelado, dejando una desvaída sombra gris en su lugar. Me recojo el pelo en una coleta, me pongo unos calcetines negros y las deportivas, me aliso la camiseta grandota sobre el vientre hinchado. Skeetah da dos golpecitos en la pared, y sé que este es su modo de decirme que me dé prisa.

–Vámonos.

Salimos corriendo por la puerta, dispersamos a las gallinas, que se arremolinan como pétalos de mirto arrastrados por un chaparrón de verano. Marrones, teja, blancas; el único sonido, el del frufrú de sus alas. *China* interrumpe, ladra.

Lejos del Hoyo, los pinos se extienden hacia el cielo; sus copas de agujas verdes están inmóviles. De vez en cuando, los árboles tiemblan con la brisa que se cuela por las copas. Es como si asintiesen a algo que no oigo, y me pregunto si será José, que canturrea allá en el Golfo, que tararea para sus adentros. La brisa no nos toca aquí abajo. Aquí abajo, el aire es denso y caliente. Los árboles son tan tupidos que solo hay un poco de maleza, y los arbustos se disputan los lugares luminosos de la tierra compacta y umbría. Hay pájaros, como ayer, pero estos son pequeños y marrones, tan pequeños que cabrían en el cuenco de mi mano o en las fauces de *China*. Nos siguen. Mientras cruzamos el bosque por un sendero oculto, las diminutas aves vuelan de árbol en árbol, cotorreando nítidamente entre ellas, siguiendo nuestro ritmo. En medio del denso aire, los robles están apartados de los

grupos de pinos: solemnes, inamovibles. De sus brazos cuelga musgo español, gris como las barbas de un viejo rey. Skeetah me coge la mano y casi doy un bote, sorprendida al notar su mano sobre la mía; sus dedos, duros, y los pequeños callos que la correa de *China* le ha hecho en la palma de la mano, secos y rasposos como el pan viejo. Tira de mí y corremos por un pasillo de pinos, robles, abedules, pájaros. No lo puedo evitar. Tiro de él en sentido contrario, y me río.

Acabamos yendo al mismo paso. Me noto la cara tirante y sofocada, y el aire que me entra por la nariz parece agua. Estoy nadando por el aire. Mi cuerpo hace aquello para lo que está hecho: se mueve. Skeetah no me puede dejar atrás. Soy su igual. Skeetah echa a correr un poco más deprisa, y al ver que mi brazo sigue relajado porque me mantengo a su altura, me mira fugazmente y sonríe de oreja a oreja. Plata. Lleva una cuchilla en la boca. ¿Correría así Medea con su hermano, cogidos de la mano, huyendo del dominio de su padre para unirse a los argonautas? ¿Sería cada paso como la carrerilla que toman los pájaros justo antes de emprender el vuelo? Al llegar al borde del claro, me suelta la mano. Caigo de rodillas, me echo hacia delante y hundo la cara en la paja de pino, aspirando la savia endurecida de las hojas caídas, sintiendo cómo me chorrea el sudor por todas partes. Necesito mear; noto un peso mojado que me hace pensar en el bebé. Encuentro un arbusto. Cuando vuelvo, Skeetah está pasándose la cuchilla sobre los nudillos cubiertos de cicatrices y lleva la camiseta en la mano. Se enjuga la pálida cabeza, secándose el sudor, que escuece. No quiero enseñar el estómago, así que no me enjugo la cara con el dobladillo de la gruesa camiseta que llevo puesta. Más allá del alambre de espino y de las vacas que holgazanean se alzan el establo y la casa, pequeños en la distancia. Han debido de construir la casa a lo largo de los años, porque es desigual: pegado a uno de los extremos de la casa hay un cobertizo, que, sumado al tejado del porche inclinado, parece un barco tripulado a ambos lados por remeros. Hemos llegado.

–Tienes que montar guardia.

–¿Adónde vas?

–Voy a ver si puedo colarme en el establo. ¿Ves el ventanuco que hay a ese lado? ¿El que está justo encima de ese remolque?

–Sí.

–Te apuesto lo que quieras a que ni siquiera las guardan con cerrojo.

–¿Para qué quieres meterte en un establo?

–Ahí dentro tienen vermífugo para vacas. Lo sé.

–No puedes dar vermífugo de vacas a tus perros.

–Sí que puedo. Rico estuvo hablando de eso mientras su perro y *China* se apareaban. Dice que es el mejor tipo de vermífugo que se le puede dar a un perro.

Se quedan un poco revueltos, pero se carga todos los gusanos. Todo el mundo lo hace.

–Así que ¿lo vas a robar?

–No me puedo permitir perder a ninguno más.

–Bueno, y yo ¿cómo te aviso si viene alguien?

–¿Ves ese grupito de tocones de ahí? ¿Esos tres que están apiñados casi en medio del prado?

–Sí.

–Te vas a tumbar ahí, y si vienen los blancos, silbas. Y sin dejar de agacharte, echas a correr hacia el bosque.

–Y ¿si te pillan?

–Tú no pares –dice mirándome a la cara, su cabeza estirada y apuntando al suelo como la de un perro atado a una correa que se planta delante de otro perro, en tensión, listo para el combate–. ¿Me oyes? No pares.

Nos movemos con cautela por los márgenes del prado, rodeamos el ojo de la casa y el establo, forcejeamos con la pestaña de madera. Skeetah todavía lleva la camiseta en una mano, pero se ha metido la cuchilla en la boca. Se desplaza cautamente por el bosque, doblando ramas con las manos como si fueran cadenas de perros, cogiéndolas sin apretar para no romperlas y soltándolas con dos dedos. Las sujeta para que pase yo, pero incluso así hay unas cuantas que me pillan, y cuando me dan en los brazos, o en la frente, parecen gomas que estallan. Se me escapa un ruidito.

–Lo siento –dice mirando atrás.

Me encojo de hombros a pesar de que no lo puede ver porque está escudriñando la casa. Nos estamos abriendo camino hacia la zona del pasto donde está la casa; Skeetah busca coches, movimiento. A la sombra de la casa, lejos del establo, gandulea un cachorro. Un chucho. Skeetah se detiene, se deja caer de rodillas. Se pone la camiseta y se humedece la yema de un dedo, lo levanta. Ha ladeado la cabeza y pone la oreja como si estuviese escuchando a los árboles, el zumbido intermitente de los insectos. Vuelvo a encogerme de hombros, esta vez subiendo las manos.

–¿Qué haces? –susurro.

–Ver si tenemos el viento a favor o en contra.

–Vale, Señor Cazador de Cocodrilos[4]. –Pienso que va a reírse, pero ni siquiera hace una mueca. Se humedece dos dedos más, los levanta–. Sabes que se murió, ¿no?

–Calla, Esch. –Skeetah guarda silencio, se seca las manos en los pantalones–. Ese debe de ser el perro que oímos la primera vez. –Se chupa el dedo y lo vuelve a levantar, pero enseguida lo baja–. Nada, que no me entero.

Estamos en medio de una zona de zarzamoras. La maraña como de alambre de espino se agarra a mis tobillos, me toca una espinilla, me hace sangre que cae en rayas cortas y profundas como los arañazos de los niños. Doy rodillazos al aire para soltarme, pero lo único que consigo es que la pantorrilla y la punta del pie se me enreden más.

–Quieta ahí. –Skeetah las agarra igual que antes las ramas, y tira–. Huelen la sangre, ¿lo sabías?

–A esta distancia no, Skeet.

–Vale, no me creas.

Las zarzas se despegan. Skeetah vuelve a humedecerse los dedos, pero esta vez me limpia las gotitas de sangre que se han acumulado en mis piernas como los jejenes en verano. Las limpia dando toquecitos, se vuelve a chupar los dedos, limpia. Su cara tiene la misma mirada paciente que la de mamá cuando nos veía hechos un asco en público, las bocas llenas de manchurrones de refresco, migas en las mejillas. Nos limpiaba como si fuéramos gatitos. Skeetah se inclina para limpiarme las costuras de los calcetines, y su cabeza calva resplandece por el sudor. Me coge la pierna y me equilibro apoyando una mano en su cabeza. Cuando le froto la piel rasurada me recuerda a las escamas; está fresca como un charco de agua que se ha ido oscureciendo y secando por los bordes a la sombra de un árbol.

Culebreamos por el bosque mientras vigilamos la casa por si hay movimiento. Nos escurrimos por debajo de arbustos tan enredados y llenos de maleza que no podemos atravesarlos ni en cuclillas ni a gatas. Nos deslizamos como serpientes; el polvo y la paja de pino se nos pegan a los codos, y avanzamos. Skeetah se detiene a menudo; por su cabeza resbaladiza caen paja y ramitas que se le enganchan a los hombros como el espumillón, y escucha. Yo también me detengo, me esfuerzo por quedarme tan quieta como él, por oír la amenaza, pero la sangre me late tan fuerte en los oídos que es lo único que oigo además de mi respiración. Skeetah se arrastra entre un grupo de árboles, y volvemos a empezar. El polvo se vuelve barro en nuestros brazos, nos pinta a rayas. El sol penetra a pedacitos entre las copas de los pinos, que murmuran una vez y dos y después callan. No hay nada más que nosotros arrastrándonos por la maleza. Un conejo se sienta y nos observa mientras llegamos a la mitad del círculo que forma el prado con su silenciosa casa. Mueve las orejas, nos mira de perfil; en su cara hay un gran ojo negro como una canica mojada, bien abierto y vidrioso como si contemplase algo sobrenatural. Seguimos caminando y allí sigue, incluso cuando se queda a solas en el pequeño claro por el que hemos cruzado, incluso cuando nos vamos hacia la carretera.

El sendero que lleva hasta la carretera es menos tupido. Aquí los árboles son casi todos de los que pierden las hojas en invierno, pero están verdes y llenos de verano. El viento les hace aplaudir a nuestro paso. La carretera es estrecha, y, por lo que puedo ver de la casa, solo quedan unas tres cuartas partes del prado entre

nosotros y el lugar de donde partimos. Una veta de conchas de ostra recorre la carretera por el centro, pero el resto está empedrado con guijarros que tienen todo el aspecto de venir del río. La arena se acumula en montículos a los bordes de la carretera, y nos pegamos a ellos de rodillas mientras Skeetah mira la entrada de coches con los ojos entrecerrados, su mano derecha alzada delante de mí. «Espera», dicen sus nudillos como de encaje.

Los insectos chisporrotean y nos responden. Calor. Un poco más abajo, en medio de la entrada de coches, duerme una serpiente. Skeetah me hace señas para que avance, y cruzamos corriendo la carretera. Nuestros pies saltan ligeros sobre los guijarros, como las piedras en el juego de las cabrillas.

El camino es interminable, se desvanece a lo lejos en el punto intermedio en el que se juntan los árboles de cada lado. Hubo un año en que tuvimos muy mala suerte y los colegios de St. Catherine nos cambiaron la ruta del autobús, de tal modo que nos recogían a las 6:30 de la mañana y nos pasábamos la siguiente hora cruzando el Bois negro que conocíamos para entrar en el Bois blanco que desconocíamos y que se extendía hacia el interior, más allá de iglesias y tienduchas de esas que venden cigarrillos y patatas fritas, bolsitas de aperitivos, bebidas frías en botellas de vidrio y chucherías, el tipo de tiendas que tiene enfrente un surtidor de gasolina con las letras raspadas. Randall se quedaba dormido con la cabeza contra el cristal, Skeetah hacía los deberes y yo me dedicaba a observar otras casas de otros prados solitarios; los remolques, las casas de ladrillo alargadas y bajas, las casuchas de madera que parecían hechas a toda prisa y que no debían de tener más de dos habitaciones. Y todos los chavales a los que recogíamos eran blancos: chicos robustos y anchos de hombros con pelo hirsuto sobre los labios y niñitas con las mejillas rojas y ojos de un azul acuoso, sus caras bien restregadas. Me pregunto si ellos también tendrán Skeetahs y Esches que se arrastren por los márgenes de sus prados, como hormigas desfilando bajo las tablas del suelo rumbo al azúcar que alguien se ha dejado abierto en la alacena.

La casa es fea desde todos los ángulos: el blanco desvaído por el sol ahora es beis, y las ventanas están todas cerradas y sus cortinas blancas, corridas. Es una casa ciega con los ojos cerrados. Pegado a la fachada de la casa hay un porche alzado de hormigón, y también unas mecedoras pintadas de azul chillón, el mismo azul chillón que he visto en las lagartijas que viven en las junturas de nuestras paredes, que se quedan agazapadas en el porche delantero. El establo está sin pintar y es alto, y las puertas están cerradas. La madera es vieja y oscura, como la madera que utilizó papá Joseph para construir la casa de mamá Lizbeth. Se le parece; es como si en cualquier momento las paredes, de puro viejas, se fuesen a despegar unas de otras por los bordes.

–Shhhh –susurra Skeetah, y no sé si me dice que no haga ruido o si pronuncia mi nombre. Pero no se mueve, así que me paro detrás de él. Señala. Allí, en el hueco

entre los árboles donde vimos por primera vez la casa y el establo, en el hueco entre los árboles que lleva hasta el Hoyo, hay alguien.

Skeetah camina con la espalda combada, tocando el suelo con los dedos mientras avanzamos fugaces de sombra en sombra. Abrazamos los árboles. Cuando nos tumbamos de lado, asomados a una colina de tierra roja, veo cosas que creo conocer, como el balanceo elástico de un brazo, el cauto vaivén de unas extremidades. Randall y Big Henry. Y después una voz aflautada. Junior.

–¿De quién es esa casa?

–De unos blancos, Junior –responde Randall.

–¿Seguro que los viste venir hacia aquí? –pregunta Big Henry.

–Junior y yo acabábamos de saltar por la cuneta que da al terreno cuando vimos que volvían aquí corriendo. A toda mecha.

–¿Cómo sabes que venían aquí?

–No es que lo sepa –murmuró Randall–. Pero han venido hasta aquí, y no son suficientes como para jugar al rescate. Si los encontramos, seguro que querrán jugar.

–Yo quiero ver las vacas –dice Junior dando saltos, intentando llegar con cada bote a la altura de la cara de Randall. Le llega hasta el pecho–. Por favor.

–No –dice Randall–. Desde aquí las ves bien.

Empiezo a incorporarme, dispuesta a ir con ellos. Skeetah me agarra de un brazo, me detiene cuando aún no he acabado de levantarme, y casi me duele ese modo que tiene de tirarme del hombro. Está diciendo que no con la cabeza, y no logro entender lo que hay en su semblante. Señala hacia el suelo, intenta que me agache a su lado para que no se enteren de dónde estamos, de lo que estamos a punto de hacer.

–Podrían ayudar –cuchicheo–. Más ojos.

Sigue sin soltarme la muñeca, estrechándola contra su costado como si fuese una cuerda, como si pudiera hacerme escorar. Doy un tirón y retiro la mano, que se escurre de la suya como un pez mojado.

–Sí –digo, y echo a andar. No le queda más remedio que seguirme, así que ni siquiera vuelvo la vista atrás. Se oye un susurro y un húmedo crujido de pinochas, y sé que me está siguiendo.

Randall, que es puro nervio y tiene los sentidos aguzados para ver lo que otros no ven, para oír lo que otros no oyen, es el primero en oírnos.

–Me pareció ver que veníais aquí.

–Sí –digo.

–¿Por qué corríais tan rápido? –pregunta Randall. Big Henry está descansando sobre un árbol, doblado de tal manera que está sentado en el aire y el tronco es el respaldo de su silla.

–No sé –digo.

Detrás de mí, habla Skeetah.

–Os tenéis que llevar a Junior a casa.

–¿Qué hay de malo en que esté aquí?

–Tengo que coger una cosa. –Skeetah se cruza de brazos.

–¿De dónde? –pregunta Randall. Y entonces mira a Skeetah, asiente con la cabeza y abre la boca como un pez–. Ah –dice, y calla.

–¿Qué? –pregunta Big Henry.

Skeetah respira hondo, una vez, y aprieta más los brazos contra el pecho.

–Para los perros –digo, porque Skeetah no habla.

–No –dice Randall.

Skeetah se limita a mirarle; sus músculos son cuerdas en sus brazos cruzados.

–Tú no sabes lo que tiene esa gente blanca en la casa. Podrían tener un rifle –dice Big Henry.

–No vamos a meternos en la casa –digo–. Vamos a meternos en el establo.

–No vamos a meternos en ningún establo. –Skeetah sube la voz, tensos los labios–. Voy a entrar yo en el establo y tú vas a montar guardia como te he dicho.

–Ninguno de los dos va a ir a ningún sitio. –Randall extiende los dedos, largos y flacos, acompaña sus palabras con una mueca y engancha el brazo de Junior, que está a su lado mirando–. Os vais a venir a casa conmigo.

–Bah, mierda –masculla Big Henry.

–No vamos a ningún sitio. –Skeetah descruza los brazos, que se separan de su cuerpo dando un trallazo, y le sale un vozarrón; parece uno de esos petarditos que nos dan el Cuatro de Julio que echan chispas por todas partes y van dando luminosos y psicodélicos saltos por el duro suelo del terreno–. En primer lugar, Esch y yo nos hemos pateado todo este prado y llevamos casi una hora vigilando la maldita casa. No hay nadie, y lo único que tienen es un cachorro al otro lado de la casa, allí, donde la entrada esa para coches. Y sé lo que necesito y sé dónde está. Y no creas que no vas a sacar nada de todo esto. Si mis perros viven, puedo conseguir ochocientos dólares por ellos. Ochocientos dólares. ¿Sabes qué podemos hacer con ochocientos dólares? No tendrás que pasarte una semana tras otra suplicándole a papá que te dé el dinero que falta para el campamento de baloncesto, ni tampoco tendrás que agobiarte pensando que tienes que jugar de miedo en la liga de verano para que te den una beca. Sé que quieres ir, y tú sabes que papá no lo tiene. –Skeetah se va apagando, las manos caídas a los lados. Ahora solo le sale un humo amargo, sulfuroso–. Tú no eres nuestro padre –masculla.

–Valiente estupidez –dice Big Henry.

–Soy el más rápido –dice Junior tirándole del brazo a Randall.

–Cállate, Junior –digo.

Randall agarra a Junior y le pone la mano sobre la cabeza igual que yo se la puse

a Skeet mientras me limpiaba la sangre. Junior calla, se da la vuelta y nos mira, y el brazo de Randall le rodea el cuello como una bufanda. Junior sigue sonriendo; todavía cree que está a punto de salir corriendo con nosotros.

–Tú no vas a correr a ningún sitio, Junior. –Junior pone cara larga. Los brazos de Randall le rodean el pecho. Randall mira la cabeza de Junior, le quita un poco de musgo que se le ha enganchado en el pelo–. ¿Harías eso por mí? –Randall habla a la cabeza de Junior, así que al principio no sé a quién se dirige; pero de pronto me acuerdo de Skeet, que ahora está a mi lado meneando la cabeza. Cada vez que la baja, el sudor le gotea sin obstáculos por la coronilla, por la pronunciada nariz y el sedoso labio superior, para terminar cayendo de su barbilla como una débil llovizna de verano.

–Sí –dice Skeetah, sin dejar de mover la cabeza–. Sí.

Skeetah esboza el plan. Creo que es eso lo que le da tan buena mano con los perros, con *China*: esa capacidad que tiene para coger tablas podridas y convertirlas en una caseta para perros, para improvisar una barbacoa de ardilla, para convertir una loseta rasgada en un suelo.

–Tú eres demasiado grandullón para estar ahí en el prado.

–Ni siquiera pensaba ir –dice Big Henry. Skeetah se encoge de hombros.

–Así que te quedas aquí en el bosque con Junior. Calla, Junior. Esto es importante. ¿Has oído hablar de Hansel y Gretel? Bueno, pues son los dueños de esa casa, y quieren engordarte como un cochinillo y comerte. Así que cállate y quédate en el bosque con Big Henry. Y si te escabulles como anoche…, a callar, Junior, que te vi, te pillo y te doy una paliza. Eso si los blancos no te comen antes.

–¿Quieres que te ayude a entrar al establo? –pregunta Randall.

–No, no me hace falta. Además, eres demasiado alto. Tú te vas a quedar en la linde del prado, pegadito a la valla, y lo vas a vigilar. Si ves algo, silbas.

–Y Esch ¿qué? –dice Randall.

–Esch se va a quedar en medio del prado, tumbada ahí donde esos tocones: tendrá mejor vista del camino de coches que tú porque estará más cerca. Si ve algo, silbará. Y bien alto, Esch. Nada de silbiditos de bebé.

–Aprendí a silbar con los dedos antes que tú, Skeet –digo.

–Ya lo sé. –Me echa una mirada, y los dos sabemos que dice la verdad–. Bueno, vale. Estáis todos listos. –Lo dice así, como una afirmación y no como una pregunta. Skeetah no nos deja margen para que no lo estemos–. Pues vale. En cuanto me veáis salir por esa ventana, quiero que echéis todos a correr. No miréis atrás. Corred.

Una línea nos atraviesa a todos, ensartándonos uno por uno de un extremo del prado al otro; a Skeetah, con las rodillas dobladas, su espalda, un balón negro,

corriendo hacia la ventana del establo. A mí, en una cuestecilla poco empinada, rodeada de matojos de hierba amontonados irregularmente a mi alrededor, apostada tras los tocones como una serpiente al acecho. A Randall, escondido en el bosque que hay a mis espaldas, agazapado detrás de un arbusto grande y bajo con hojas del tamaño de mis uñas. Y a Big Henry y Junior, que están todavía más allá, detrás de Randall. Cuando los dejé, Big Henry estaba dando botecitos, y Junior, algo más lejos, estaba en cuclillas con los pies abiertos en Y, escarbando con un palo para levantar las pinochas en forma de tejados puntiagudos.

Las vacas arrancan la hierba de cuajo, comen a un ritmo constante, masticando, tragando, sacudiéndose. Las garcillas aletean, caminan en pequeñas parejas. Una de ellas deja a su compañera para desviarse hacia mí, picoteando entre paso y paso, su pico, otra pierna. El pico la acerca más a mí. Siseo para que se detenga. Es más blanca que las otras garcillas. Sus plumas son suaves, sedosas, como si fuese más joven, como si hubiese nacido hace poco; un cuerpo esponjoso y cálido palpita bajo el plumón. Siseo de nuevo, y es una almohada aspaventosa que bate las alas en retirada. Las vacas ni se fijan en Skeetah cuando pasa de largo corriendo, a no ser que roce su plato de ensalada, y entonces dan unos pasitos sin rumbo y se instalan un poco más lejos. Skeetah se arrastra por debajo del otro extremo de la valla y sale disparado hacia la ventana que me enseñó, una sombra saltarina. Se lleva la mano a la cara y la aparta, y sé que se está sacando la cuchilla. Salta y se aúpa sobre el alféizar de la ventana, apoya los pies contra la pared para mantenerse en equilibrio y empieza a toquetear la ventana. Noto calor y humedad en las axilas.

–Pero ¿qué hace este? –Hablo sola, metiéndole prisa–. Venga, Skeet, hazlo.

Da un tirón, pero la ventana se resiste. Baja por la pared y se vuelve a llevar la mano a la cara. Agarra el dobladillo de su camiseta, se la quita, se envuelve el brazo y salta de nuevo al alféizar. Se apoya con el otro brazo y da un codazo a la ventana con la camiseta. Se rompe. Da otro codazo, y se hace añicos. Skeetah es todo antebrazos y rodillas, muslos truncados y hombros que se retuercen, y después es negro como el umbrío interior del establo, y después desaparece.

–Gracias a Dios –susurro a la garcilla, que no se aparta de mi lado y picotea trazando un extraño círculo cerca de mi pie.

Lo que alcanzo a ver de la carretera está vacío. Los árboles se mueven y parecen una cortina verde y centelleante a lo lejos; en el centro, la carretera se va reduciendo a una línea de terciopelo verde oscuro. Me quedo mirándola, me esfuerzo por ver algo, me paso la lengua por los labios una y otra vez, la retuerzo como una ola para volver a empezar. Se me empieza a dormir el brazo, así que me pongo de lado, echo un vistazo a la carretera. ¿Eso de ahí es azul, es un destello de metal como una estrella mortecina? Pero no hay nada. Siseo de nuevo al pájaro, me pregunto por qué no habrá venido Manny, me pregunto cuándo vendrá de nuevo,

si querrá más de mí la próxima vez. Si conseguiré que vuelva a mirarme a los ojos. Que no se vaya de mi lado.

El dolor es repentino, agudo. Se dispara por mis caderas, aprieto las piernas y me pregunto por qué siento la vejiga como una esponja empapada. No puedo evitarlo. Tengo ganas de mear. Otra vez.

–Mierda, Skeet –le digo a la pared del establo, a la carretera vacía y centelleante. Voy a aguantarme. Vuelve a dispararse, y me pongo a mecer las caderas sobre la hierba, apretando las piernas. A veces me ayuda moverme así, apretar así. La presión disminuye. Muevo la cabeza, la sacudo sin apartar la mirada de la carretera todavía vacía, y regresa. Insoportable, un renacuajo que ha crecido hasta los confines de su huevo. Presión. Puedo aguantarme. No puedo.

Me levanto, vuelvo la vista adonde sé que está Randall agazapado entre la hierba. Quizá pueda tirar de un lado de las bragas y del short para mear. Tiro del elástico de la entrepierna, pero me están demasiado apretadas. No puedo ponerme de cara a la carretera a mear. Ni hablar. Randall y Big Henry, y, más atrás, Junior, me verían. Pase que vean una imagen fugaz de mi hombro, de una pierna, incluso de un pezón, pero no puedo desnudarme en este prado, con el culo hacia ellos, y ponerme a mear. Si solo será un momento, me digo. Doy un salto y me agacho de cara al bosque donde están Junior, Randall y Big Henry, arrimo el culo al suelo cuanto puedo y me voy bajando a cachos los pantalones hasta que noto el aire en la piel. Fuerzo el pis, que cae en la hierba con la potencia de un chorro de agua saliendo de una manguera. Aplasta la hierba. El bebé y el pis son una misma cosa, están ahí cuando olvido que están ahí, cuando el olvido es tan perfecto que pienso que a lo mejor ya no están. Empiezo a subirme poco a poco los pantalones, pero se me atascan, y justo cuando estoy intentando evitar la hierba mojada de pis, lo oigo, y desearía no haberlo oído. Es el silbido de Randall, agudo y estridente, breve. Me subo los pantalones a trompicones, me venzo y apoyo las manos, y al volver la cabeza veo una calandra plateada y un manchurrón azul oscuro que van aumentando hasta que ocupa toda la entrada de coches.

Un súbito «están aquí» me recorre la cabeza como un murciélago, pero me meto los dedos en la boca y silbo, silbo y vuelvo a silbar hasta que oigo que Randall grita: «¡Esch!».

El brazo de Skeetah es lo primero que rompe la superficie de la ventana. La camioneta está subiendo por el camino y doblando por un lado de la casa, y yo empiezo a gatear hacia atrás; las vacas se apartan de mí nerviosas, los pájaros las animan a seguir, mi espíritu-garcilla suelta ruiditos chillones a mi vera y me abandona; y entonces se abre la puerta de la camioneta y me levanto, todavía encorvada y reculando. Hay un perro en la plataforma de la camioneta, y está saltando como una liebre, ladrando para llamar la atención, una vez, otra, otra más; tiene el pelo largo y lanudo, del color del oscuro cielo nuboso, y su oscura cabeza

apunta hacia el lugar del prado en el que me encuentro, su nariz se concentra en la línea que nos une.

El hombre blanco es el primero en bajar de la camioneta. Da un portazo, hace señas al perro con las manos como si echase una red para pescar percas de noche en la bajamar de la playa. Alguien me ha atado los pies con alambre de espino: no puedo correr. Skeetah tiene medio cuerpo colgando por la ventana cuando el perro salta de la camioneta, gruñe y termina ladrando como una pala que se arrastra por un asfalto cada vez más desgastado y pedregoso. Skeetah cae de bruces, frena el golpe con los antebrazos y la cabeza, se ovilla y se levanta. Da patadas al aire y sale corriendo mientras el hombre mira hacia el lado del establo que no puede ver y sigue al perro, que está saltando alrededor del establo y tiene el color de una tormenta envuelta en lluvia. Skeetah corre con un brazo alzado, sacudiéndolo como si golpease el aire con la palma de la mano, y me doy cuenta de que me está diciendo que corra; y yo me doy la vuelta para correr mientras el hombre que está detrás de nosotros grita: «¡Eh! ¡Eh, vosotros! ¿Qué hacéis en mi prado? ¡Eh!». Y a diferencia de él, que es demasiado viejo, su pelo del color del de su perro; que es corto de brazos y tripudo, y que, con la cara roja por la carrera, ha tenido que desistir en medio del prado, su perro es todo fuego, combustión y elasticidad. Skeetah me alcanza, dice: «Corre» casi sin aliento, así que dejo de mirar al hombre y a la mujer de cabello rojo chillón que acaba de bajar de la camioneta con las manos pegadas a la tela rosa que cubre sus caderas, y el hombre cruza el prado hacia nosotros, blandiendo la mano derecha como si llevase un bastón, renqueando. Corro. El perro aúlla alborotado, a varios metros de distancia de donde estamos.

–¡Eh! –grita el hombre al perro.

Lo último que veo es que está volviéndose hacia la casa y sigue gesticulando sin bastón. El bosque se abre y se nos traga. Big Henry y Junior se han marchado, y también Randall, que va brincando delante de nosotros como si fuese la gracilidad en persona, gacha la cabeza, sus piernas volando tras él como cintas negras. El ladrido se traba en el fondo de la garganta del perro, se rasga con sus dientes al salir. El corazón se me está desbordando, y siento un escozor en los brazos y las piernas. Noto el peso del pis en el centro. Ojalá pudiera soltarlo mientras corro.

–¡Eh! –oímos gritar al hombre otra vez, su voz amortiguada por la manta del bosque. Después, disparos de rifle–. *¡Twist!* –llama–. *¡Twist!* –La voz se disipa entre los hilos de la manta. Mis pies atrapan la tierra, la retienen y la sueltan a patadas. Skeetah corre a mi lado con ese estilo tan raro que siempre ha tenido, sus manos como cuchillas. Cada vez que ladra el perro, es como si sus dientes me arañasen el cuello. El miedo me pone la piel tirante.

–Venga –dice Skeet, y ya está adelantándome, dejándome sola.

Estiro las piernas y avanzo con los talones para ganar terreno. El perro retumba

detrás de mí. Entre un grupo de pinos que hay más adelante veo deslizarse a Big Henry: Junior se aferra a su corpachón con la cabeza vuelta para mirarnos. Su rostro estaría inmóvil si no fuera por los zarandeos que da Big Henry al correr, que le hacen abrir la boca temblorosamente con cada zancada. Me había imaginado que lloraría o gritaría, pero no. Entiende lo que es esta carrera frenética con un perro cochambroso pisándonos los talones. Ahora Big Henry está machacando el suelo; corre a toda velocidad entre los matorrales como un oso asustado, y por una vez sus pisadas son fuertes. Randall esquiva los árboles como un base. El perro amaga un mordisco y juro que noto su saliva en mis piernas, y entonces veo que Skeetah ha cogido una rama y que la tiene agarrada como un bate, pero después hace un *swing* como si fuera un palo de golf.

–Más rápido –balbucea Skeet de repente.

Sé que puedo, maldito sea el secreto que hay en mi barriga. Estiro los dedos de los pies, los arcos, los talones, los tendones, las pantorrillas, abro las articulaciones de las rodillas, el fulcro donde se unen mis muslos con mis caderas. Esta es la otra cosa que sé hacer. Correr.

–¡Mitad de camino! –chilla Skeetah cuando pasamos por una catedral de robles, dejando nubes en la polvorienta capilla del centro. El perro aúlla cada vez que salta. Sigue ahí. Pensaba que se acabaría aburriendo, que se iría dando saltos, pero no, es inexorable como un trueno que amenaza–. ¡Vete! –grita Skeetah, y de nuevo intenta dar al perro con la rama. Ahora estamos igualados, pero ni aun así nos libramos de él. Llegamos a una colina, sin pinos pero llena de agujas que la vuelven resbaladiza; abajo, Big Henry hace esfuerzos por levantarse, se intenta agarrar al suelo con un brazo y aprieta con una mano a Junior, que no se ha soltado durante la caída.

–¡Ya! –grito. Randall arranca a Junior de Big Henry, que sigue callado, y ahora somos un pelotón con Randall a la cabeza haciéndonos señas para que pasemos a través de los huecos más anchos que hay entre los pinos, sobre los matorrales más pequeños, alrededor de los robles más recios. Los palmitos restallan como látigos contra nuestras espinillas. Los ladridos del perro son agudos: «Éxito», dice. El hoyo está debajo y abrazamos su borde, corriendo cada vez más deprisa hacia la casa, hacia esa puerta trasera que se cerró de golpe o hacia el techo de un coche, para escapar. El bosque que hay entre el hoyo, nuestra casa y el cobertizo pasa en un suspiro, y de pronto estamos en la parte de atrás del terreno, y Skeetah arroja la rama. El perro derrapa y se detiene. Ladra fuerte de puro placer, llama excitadamente al hombre rubicundo. «¡Aquí, están aquí!», dice.

China es el sonido que acalla, el dedo sobre los labios a modo de admonición. Está encima de él, un borrón blanco sobre gris, nieve sobre nube, frío cortante. Implacable. Es un diente único y enorme. El gruñido de *Twist* se topa con el suyo, pero *Twist* ya se está dando la vuelta, encogiéndose, chillando. Randall corre hasta lo alto de las escaleras con Junior, que sigue con la mirada fija y la boca abierta; y

yo, mientras Big Henry se sube al techo de su coche, me he detenido al pie de las escaleras y veo cómo se tambalea Skeetah cuando deja de correr, su brazo todavía extendido, y se gira para mirar. *Twist* grita otra vez, y en su grito hay algo de desesperado. *China* lo agarra y arquea el lomo, ataca a la vez que da bandazos con todo su cuerpo contra el otro perro. Parece que está pariendo otra vez. El grito de *Twist* se convierte en un alarido. Lo tiene cogido por el cuello. Skeetah sonríe.

–¡Skeet! –grito. Le doy un golpe en la espalda y sus músculos parecen platos llanos entre la planicie de sus omóplatos. Me mira sorprendido; el sobresalto le ha borrado la sonrisa.

–¿Qué?

–Lo va a matar.

Vuelve a mirar a *China*, que está doblada en dos, que es un colmillo; le está arrancando gemidos espasmódicos al otro perro, que la ataca a bandazos, sangrando.

–Haz que pare –digo.

Skeetah se mete las manos en los bolsillos, toquetea algo y veo que hay unos bultos, grandes como puños cerrados. El vermífugo para vacas.

–Va a oír los aullidos de su perro y los va a rastrear hasta aquí –digo por encima de los gruñidos y los alaridos. *Twist* se revuelve como un tornado.

–¡Basta! –brama Skeetah lanzándose sobre *China*–. *¡China!* ¡Quieta! –grita, y agarra los muslos de sus dos patas traseras y tira. *China* sacude una vez la cabeza, feroz, y luego suelta, echando la cabeza hacia atrás de manera que la sangre sube y brilla en el aire antes de caer en gotitas sobre la arena, una suave ducha de rojo. *Twist* salta y corre, renqueando como su amo, hacia el hoyo y más allá, su aullido de pánico como una sirena que se pierde en la lejanía, rumbo a otra emergencia. A su paso deja lluvia roja.

Día quinto:
Quedan los huesos

Los cuerpos cuentan historias. Esto es lo que comprendo cuando me topo con Skeetah por la mañana en el cuarto de baño, mi vejiga llena del pis tempranero de embarazada, y le veo ante el espejo. No lleva puesta la camiseta. Se está pasando dos dedos por los cortes del estómago, de la misma manera que revisa la boca de *China* al final de cada pelea en busca de rasgones, de dientes caídos: suavemente, con sensibilidad. De la misma manera que otros meten los dedos en los pastelillos para chupar el glaseado.

–Venga, pasa –susurra a la vez que se pone una camiseta. En el baño hay una luz gris porque el sol aún no ha salido del todo. Nos cruzamos y se queda al otro lado de la puerta, que dejo entreabierta, mientras hago pis. Tiro de la cadena, bajo la tapa del váter, me siento y me aprieto la barriga, notando cómo me devuelve la presión contra la mano. Con la esperanza de que haya sido un sueño pero sabiendo de golpe que no lo es. Skeetah arrastra los pies por el pasillo, y cuando se da cuenta de que no voy a salir, vuelve al baño. Había visto los rasgones de su camiseta después de que *Twist* saliese corriendo, pero no sabía que tuviese tantas heridas.

–¿De cuándo es eso?

–De cuando salí por la ventana. Iba con prisas.

Meto tripa, y las náuseas me recorren el cuerpo. ¿Qué le digo?

–Perdona –digo–. Es que me estaba meando.

Coge una venda que de tan vieja se ha quedado blancuzca y se sube el dobladillo de la camiseta hasta debajo del cuello; parece que se está encogiendo de hombros. Está tan flaco que la venda le baila.

–Da igual –dice.

El vendaje es uno de los de Randall, seguramente de la rodilla, que la tiene tan baqueteada que su entrenador le dijo que tendría que operarse. La operación correrá a cargo del colegio, pero Randall la aplaza una y otra vez porque no quiere perder tiempo de juego. Al final de cada partido, la rodilla se le hincha como un globo de agua.

–Silbé nada más verlos.

–Ya lo sé. –Skeetah sostiene el vendaje con una mano, y con la otra intenta enrollárselo alrededor del torso. Las heridas están inflamadas; tiene cuatro tajos en el estómago y en el costado. No lo consigue.

–Déjame a mí –digo, y agarro una punta. Skeetah lo suelta. Ahora, el color de su

cabeza se acerca más al del resto de su cuerpo. Anoche, cuando me dormí, Skeetah estaba en el cobertizo con *China*, poniéndole el suelo, reinstalándolos a todos. La caseta sigue siendo tres maderas mal clavadas, cada vez más hincadas en la tierra–. ¿Te has puesto algo?

–Me he duchado, nada más. –Skeetah farfulla estas palabras hacia su sobaco–. Después me he echado agua oxigenada. Del frasco de *China*. –Esta es la otra cosa que hace con ella después de las peleas, limpiarle los cortes con una toalla que él mismo ha lavado, ha puesto en lejía y ha empapado de agua oxigenada. *China* sonríe perezosamente como una mujer que recibe cumplidos por el traje que acaba de estrenar para la fiesta del Cuatro de Julio.

–¿Esto está limpio? –El vendaje parece sucio, raído.

–Anoche lo lavé y lo puse en lejía –suspira.

Le enrollo una vez la venda y me imagino que se estremecerá con el roce de la tela, pero no lo hace. Por una vez, Skeetah no huele a perro. Huele como el viento incesante que empuja la marea allá en el golfo de México, pero no la de la playa. La marea de la bahía de los Ángeles, que huele a ostras recién desenterradas del barro. Papá nos llevaba allí a nadar cuando éramos pequeños, a una pequeña caleta. El agua estaba más turbia que la del río, y más fría, y el fondo era un paisaje de conchas de ostra. Desenterrábamos ostras, las lanzábamos lejos de la caleta. Las espadañas se mecían en las orillas y los pinos se asomaban sobre el agua. Los pelícanos flotaban en fila. Papá pescaba desde un muelle medio sumergido, y a veces con algunos amigos desde la cornisa de uno de los pilotes que hay debajo del puente, y casi siempre terminaba allí solo con una nevera de cervezas vacía y un par de bagres quejumbrosos en el agua helada. Sus amigos atrapaban gallinetas de siete kilos que le habían tenido que arrebatar al agua. Al acabar el día, papá nos gritaba para que saliéramos, más borracho que enfadado, mientras a nuestras espaldas la puesta de sol giraba por el cielo como una peonza. Nuestros pies eran siempre una maraña de cortes.

–Aprieta más –dice Skeetah.

A veces, mamá venía con nosotros a nadar a la bahía. Se quedaba fuera del círculo de papá y sus amigos, se sentaba en una silla de plástico y aluminio combada que papá se había encontrado en el Hoyo. A veces se reía con sus chistes, pero no bebía nada de cerveza. Por lo general se quedaba sentada con una caña de pescar apuntalada entre las piernas. Fue ella la que pescó una cría de tiburón; era del mismo color que el agua, tan larga como su brazo, y fuerte. Papá intentaba quitarle la caña y ella no le dejaba. Los amigos de papá reían, intentaban que se la diese a ellos, pero mamá la cogió con las dos manos y paseó al tiburón arriba y abajo por la arena cubierta de conchas de ostra, entre las cortantes espadañas, por debajo del puente y más allá. Lo estuvo paseando hasta agotarlo, sus brazos grandes y redondeados, fuertes bajo la grasa de mujer. Lo convenció para que

muriera. Y cuando la cría se rindió, la llevó a rastras y soltó una risotada que remontó hacia el cielo con los pelícanos y se alejó volando, tan compenetrada con el viento y tan ancha como las alas de los pelícanos. Aquella misma noche guisó la cría con mantequilla, macerada en suero para quitarle lo que tenía de salvaje. Cuando nos la comimos, estaba tierna, sabía a sal marina y no tenía espinas.

–¿Acabas ya? –Skeetah observa mis manos. Me pregunto si ya estará viendo las heridas que hay debajo del vendaje, si se estará imaginando el aspecto que tendrán cuando cicatricen. Sus propias cicatrices de combate.

–Sí –digo.

La última vez que mamá vino con nosotros a la bahía, papá dio un tirón al sedal para lanzarlo sobre el agua y enganchó la palma de la mano de mamá con el anzuelo. La púa se clavó muy adentro. Mamá se la sacó y la aclaró en el agua en la que estábamos nadando. Tenía un barrigón enorme porque estaba embarazada de Junior. Al cicatrizar se fue torciendo y amoratando, se hinchó, y cuando empezó a supurar tuvo que ir al ambulatorio para que le diesen un ungüento. Siempre que íbamos juntas a la tienda o salíamos por ahí y había que abrirse paso por una multitud, me ponía la mano en la nuca y yo notaba la cicatriz y me imaginaba aquellos pelícanos. De cerca, sus picos tenían incrustada la oscuridad, como las lapas en los cascos de los barcos; su color era el de la mano de mamá, y estaban afilados como cuchillos. No les gustaba que nadásemos cerca de ellos. Su mano era especial, suya y de nadie más, única. Mamá.

–Ayer corriste despacio.

Aprieto bien la venda. Skeetah coge del lavabo un imperdible oxidado y lo prende.

–Solo al principio –digo.

–¿Por qué?

–No sé.

La luz se cuela en el cuarto de baño sigilosa como la niebla.

Skeetah se pone otra vez la camiseta, baja la vista a mi cuerpo, a mi pecho, a mi estómago, a mis pies. ¿Qué sabrá? Cambio de posición, a duras penas evito cruzarme de brazos.

–A lo mejor es que estás engordando.

–¿Me estás diciendo que estoy gorda? –Intento no llorar. No quiero que lo sepa, pero no se lo puedo contar, porque no puedo decirlo. Aún no me lo he dicho a mí misma en voz alta. Lo único que he hecho es darle vueltas en la cabeza desde que vi las rayas.

–No –dice Skeet–. A lo mejor es que estás creciendo, nada más.

La luz del cuarto de baño es densa; lo tiñe todo después de que salga Skeetah y se lleve consigo el olor de la bahía, dejándome a solas con un olor como de fritanga

que me hace abrir el grifo del lavabo y vomitar haciendo el menor ruido posible, mi cara metida en la pila.

Estoy arrodillada sobre el lavabo. La pila es de un metal duro, y donde se junta con el plástico de la encimera hay un resalto. Se me está hincando en las rodillas. Quiero ver cuánto abulto, ver si se nota. Este es el único espejo privado que hay en la casa. En el cuarto de estar hay colgado un espejo grande con un marco de oropel, pero allí no puedo hacerlo. Tengo que verme como me ven Skeetah, Randall, Junior, papá y sobre todo Manny, tengo que ver más allá de mis manos, de estas manos que se ahuecan sobre mi vientre mientras duermo y que cuando me despierto han subido hasta mi cintura.

Me remeto el dobladillo de la camiseta por el sujetador. Mis pechos están henchidos, turgentes y sensibles como cuando me va a llegar el periodo. Pero aún consigo que me quepan, aplastados, en el sujetador. Ahí sigue la plana Y de mi torso, que me baja hasta la cintura. Marcas oscuras en mi estómago como pequeñas judías pintas, antiguas cicatrices de varicela de cuando era pequeña y me pasé tres días tumbada en el sofá, delirando de dolor. Randall, Skeetah y yo la pasamos a la vez, y aunque mamá debía de darnos friegas con loción de manzanilla cada hora, parecía que transcurría un día interminable y oscuro, como los días de invierno en Alaska, entre cada vez que me hacía apoyar la cabeza en su regazo, me subía la camiseta y me daba friegas de alivio y sueño en la piel. Me salieron bultitos ardientes hasta en la lengua.

Antes de quedarme embarazada, mi vientre era prácticamente plano; el ombligo, de botón: un ojo bien cerrado. La piel, oscura y con manchas más oscuras. Ahora no es que parezca que esté gorda, solo un poco rellenita. El ojo se ha abierto y es una rendija. Hay una capa de carne alrededor del ombligo. Me pongo de lado, los pies apoyados sobre la pila del lavabo, las puntas en el fondo, el culo sobre los talones, las rodillas hacia abajo, y me enderezo todo lo que puedo. Ahí está. No es una curva de sandía. Tan grande no es. No es una curva de melón cantalupo; no es tan insistente. Lo más parecido que se me ocurre es la curva del melón amarillo: larga y suave. Empujo con las manos, pero se resiste a reducirse a perlas densas como las de grasa. Devuelve el empujón, agua rebosante y tibia. Me desengancho la camiseta. Todos compartimos la ropa, así que casi siempre me toca llevar camisetas de hombre, vaqueros anchos y pantalones cortos de algodón. No se dan cuenta, pero está ahí. Quizá Skeetah viese algo cuando salí del agua y me vestí. No lo sé, pero no pienso darle la oportunidad de volver a verlo ahora. No le voy a dejar que vea nada hasta que ninguno podamos ya decidir acerca de lo que se puede ver, lo que se puede evitar, lo que es ciego y lo que habrá de convertirnos en piedra.

Los montones que papá ha estado acumulando para el huracán como nidos de

pájaros por todo el terreno no están aumentando hoy. Papá está oculto como una serpiente en la tierra debajo de su dúmper; sus piernas, embutidas en pantalones azul oscuro; los dobladillos, remetidos en las botas de trabajo que eran marrones cuando mamá se las compró por Navidad hace años y que ahora son negras. Junior está sentado junto a los pies de papá, cavando unos agujeros en la tierra. La allana para que no quede rastro de que ha cavado, solo agujeros.

–Pásame esa llave inglesa, chaval.

Junior no oye o no quiere moverse. Apisona delicadamente la arena con las palmas de las manos, igual que daba palmaditas a los perros callejeros que vivían en el Hoyo antes de que Skeetah trajese a *China* a casa. Siempre eran moteados, del color de los palos secos, de las hojas que se hunden en la tierra y se van oscureciendo, y seguían a Junior por el Hoyo, le lamían la cara cuando tenía una trifulca con Randall porque se negaba a bañarse o porque había suspendido otro examen. Bullían a su alrededor como un arroyo crecido con la lluvia cada vez que salía corriendo al terreno pelado o se metía entre los árboles y se echaba a llorar. Anidaban con él debajo de la casa. Pero ahora *China* lleva ya dos años instalada, y los perros han desaparecido. No recuerdo si *China* los mató o si se escabulleron uno tras otro por la noche cuando *China* creció lo suficiente como para desgarrar los neumáticos por la mitad. Junior siempre será el cachorro destetado antes de tiempo.

–¡Junior! –chilla papá.

Camino por la red rasgada de la sombra, intentando pasar por su lado sin que me vean. Quiero encontrar a Skeetah. Le toca dar la medicina.

–¡Junior! –Papá golpea la llanta del dúmper con la primera herramienta que encuentra; repica como una campana. Junior, absorto en sus agujeros, da un respingo–. ¡La llave inglesa!

Junior coge la llave inglesa. Para ser un crío, es fuerte. Cuando la agarra y flexiona el brazo, veo cómo se le apelotonan los músculos. Es flacucho al modo de los chicos que son malos comedores antes de llegar a la pubertad, momento en el cual o se quedan delgados o engordan antes de adquirir su cuerpo de hombre. La deja sobre la pierna de papá.

–Aquí está –musita Junior. Me muevo demasiado deprisa, y me ve. Hago un gesto para que no hable, pero ya ha empezado–. Esch, ¿adónde vas?

–¡Esch! ¿Dónde están tus hermanos? Necesito que me ayuden. –Papá es una voz que sale como humo de los bajos del vehículo.

–No sé.

–¿Qué? –brama.

–Que no lo sé. –Junior se está levantando para seguirme. Acelero el paso.

–¿Dónde está Skeetah? ¿Está Randall por aquí? –pregunta Junior.

–¡Alto ahí! –chilla papá–. Venid.

Papá sale de debajo del dúmper, que a su lado es una mole, como el resto de los desechos del terreno: neveras tan oxidadas que parecen huevos rellenos espolvoreados de pimentón, piezas de motor, una lavadora tan antigua que tiene un brazo de aquellos que zarandeaban la ropa y que parece una batidora.

–Quiero que te subas al asiento del conductor. Cuando te lo diga Junior, quiero que intentes arrancarla.

–Si quieres, puedo ir a por Skeetah.

–No. –Papá ya está metiendo otra vez el hombro debajo del dúmper–. Esto lo tengo que dejar arreglado hoy mismo. Ahora. Cuando pase esta tormenta, todo el que tenga un dúmper va a poder sacarse un dinero. Ayer mismo cayó José sobre México, pero ya hay otra tormenta allá en el Golfo. Depresión tropical número diez. Y como ha llegado tan lejos y el agua está tan caliente… –Papá se va callando, su voz se disuelve bajo el metal. El dúmper se rompió nada más morir mamá, y papá recibió cheques de discapacidad porque fue un accidente. No le pregunto cómo se supone que va a poder conducir un dúmper tan grande después de la tormenta sin que nadie le haga preguntas. Junior se pone en cuclillas a su lado. En el suelo, al lado de papá, hay un botellín de cerveza hincado en la arena, medio lleno.

Hay un montón de palancas, y no sé manejar ninguna.

–Dile a papá que no sé arrancarlo –le chillo a Junior. El asiento se está despellejando por las costuras como papel film, y el relleno de gomaespuma está húmedo. El salpicadero, el volante y el cristal tienen una costra de polvo dura como el caramelo.

De cerca, papá huele a vinagre, a sal. Es su olor a alcohol reciente.

–¿Ves eso de ahí?

–Sí.

–Es el embrague. Eso otro es el freno. Esto de aquí ponlo en punto muerto. Esto no hace falta que lo toques. Pero cuando arranques, aprieta el embrague y el freno al mismo tiempo.

–Vale.

–No toques nada más. –Sus manos son como las mías, como las de Skeet. De ahí nos vienen estos dedos planos y anchos. Pero le miro la cara y esa clavícula que se marca en el cuello de la camiseta como unos nudillos y no veo que me haya dado nada más. Rodea el dúmper y se aleja. A los pocos minutos, Junior se encarama malamente por el lateral.

–Dice que arranques.

Aprieto y giro la llave. Se oye un clic y después nada. Junior se deja caer y corre, reaparece trepando.

–Dice que otra vez.

De nuevo aprieto y giro la llave. Esta vez ni siquiera se oye un clic. Una mosca

entra zumbando en el dúmper, decide probar mi brazo. La espanto de un manotazo.

–¡Mierda! –Lo oigo amortiguado por la maquinaria.

–Pregúntale si quiere que lo repita.

Junior ni siquiera se molesta en bajar; se asoma y chilla. Sus pequeños músculos se estiran como cordones de zapatos. Cuando era un bebé, Randall era el que más le cogía, y el resto del tiempo lo hacía yo. Papá le dio de comer hasta que pensó que Randall y yo podíamos encargarnos. Le enseñó a Randall a calcular la medida adecuada para la leche del biberón, a templar el biberón en un cazo con agua para que la leche no se calentase en exceso, y después volvió a salir con su camioneta en busca de chapuzas domésticas y trabajillos sueltos. Más adelante, Randall hacía la mezcla de los biberones y los guardaba llenos en la nevera para que cualquiera de los dos se los diese a Junior. Cada vez que Skeetah le cogía, Junior lloraba. Cuando nos íbamos al colegio, papá llevaba a Junior a Mudda Ma'am, que tenía cabellos blancos que se trenzaba y se anudaba a la cabeza en espirales y a la que jamás vi vestida con nada que no fuese una bata. Cuidaba niños a cambio de dinero mientras sus padres iban a trabajar. Cuidó de Junior hasta que este tuvo edad para ir a Head Start [5], y como coincidió con el momento en que se le empezó a ir la memoria, dejó que los chavales se fueran con ella. Tilda, su única hija, volvió a casa para cuidarla, pero dedicaba casi todo su tiempo a patear un sendero de tierra que hay entre la casa de Javon y la suya para pillar crack. Me pregunto si Junior se acordará siquiera de Mudda Ma'am. Nunca habla de ella, nunca dice su nombre, ni siquiera cuando nos acercamos al parque y la ve vagar entre sus azaleas como una chiquilla que va perdiendo al juego del escondite. A veces me pregunto si Junior se acuerda de algo, o si tiene la cabeza como un colador y los recuerdos de quién le dio el biberón, quién le lamió las lágrimas y quién le mimó discurren como el agua por el metal antes de salir por el desagüe, dejando únicamente el día de hoy, sus agujeros de arena, su descamisado pecho de pájaro, a Randall chillándole: su presente limpio de memoria como las verduras limpiadas de la tierra en la que crecen.

Aprieto, giro la llave, espero.

–¡Para! –Papá está blandiendo la llave inglesa, pero el dúmper es tan largo que no veo su cabeza por encima del capó, solo su negra mano, la herramienta sucia–. Sal. Aún no está listo. Vete.

Bajo de un salto; Junior ya me está siguiendo los pasos.

–Ve a traerme otra cerveza, Junior.

–Siempre me dejas solo, Esch. ¡Espera! –dice Junior, y corre hacia la casa dejando a su paso una fantasmal estela de polvo.

–Necesita estar un rato a solas. –El que dice esto es Skeetah. *China* está a su lado. Intenta morder a los jejenes. Y con los brazos cruzados sobre el pecho y una

gorra de béisbol caída hacia atrás, está Manny. Cada vez que *China* cierra la boca intenta no estremecerse, pero no lo logra. Lo veo en las bolas de sus hombros.

–Igual deberías bañarla. –El que suelta el comentario es Manny. Se encoge de hombros para justificar el respingo que pega cuando *China* muerde y sacude la cabeza con la vista clavada en lo que se le ha escapado.

–Lo haré. –Skeetah se arrodilla, pasa la mano por el pecho de *China. China* alza la vista y su cuerpo entero vibra como el de una mujer bailando en Los Robles. El club de blues comparte dos hectáreas de bosque en pleno Bois con un campo de béisbol que sirve de sede para los partidos entre equipos negros locales que se celebran todos los domingos del verano. Un domingo, cuando éramos pequeños, las casetas de los aseos al aire libre se rompieron y Randall me acompañó al club para que usara el servicio. Él, Skeet y yo llevábamos todo el día mendigando monedas de nuestros amigos para comprar pepinillos y bebidas en el puesto de los refrescos, colgándonos de la alambrada que bordeaba los banquillos, viendo cómo el equipo visitante aplaudía, silbaba, daba patadas a los bates y practicaba tiros mientras mamá y papá salían y entraban en el club.

–Creo que nunca la había visto tan sucia –dice Manny.

China aún tiene un poco de sangre del otro perro, *Twist*, en las comisuras de la boca, como pintalabios. La tierra roja del Hoyo le ha dado un brillo rosáceo, como una gamba medio cruda que sigue pegajosa del mar. Manny nos ignora a mí y a Junior, que está dando saltos para tocar la rama de un árbol como si fuera una canasta de baloncesto. El mechero que lleva Manny en los bolsillos para fumarse sus puritos bailotea entre sus nudillos. Es su hábito nervioso, lo que hace sin darse cuenta cuando está haciendo unas cosas y pensando en otras.

–Estoy esperando hasta justo antes de la pelea para lavarla. Para que los deslumbre.

El día en que Randall atravesó conmigo Los Robles, lleno de recovecos, humareda y botellines de cerveza rodando como bolos sobre las mesas, me agarró tan fuerte de los hombros que me hizo daño. Mamá estaba en la pista de baile; hasta entonces jamás la había visto bailar, y jamás volvería a verla. Bailaba con un hombre, no con papá, mientras papá la miraba sentado al borde de la pista. Se meneaba como *China*, echaba la cabeza hacia atrás y su garganta emitía destellos de agua, y su cuerpo, que normalmente era compacto, era todo curvas. Era hermosa.

–Pensaba que no la harías pelear, con la leche reciente y todo eso. –El mechero se detiene, y Manny lo lanza al aire y lo atrapa. Enciende un purito y se lo encaja en la comisura de la boca mientras habla.

–No voy a hacerlo. Pero sí la voy a llevar. Para que nadie se olvide de quién es.

China se tumba en la arena con aire indolente. Sus mamas, todavía hinchadas pero quizás ahora un poco menos, se extienden aplanadas ante ella como una almohada. La piel donde se unen las mamas y el tórax está arrugada; sus pezones

son de un rosa pálido tan incoloro que son prácticamente blancos. Nunca le he tocado el pecho, pero imagino que si lo hiciera sus tetas estarían suaves y frescas en contraste con el calor del día. No resopla con la cabeza apoyada en el suelo como hacen otros perros, sino que se queda mirándonos a Manny y a mí. Como si lo supiera.

–Ya sabes que Rico va a estar allí. Va a llevar a *Kilo* a pelear.

Manny empieza a manosear de nuevo el mechero plata y rojo cuando menciona a Rico. En la imagen, que parece un tatuaje, pone *Corazones en llamas*, y se ven dos corazones en diagonal, ardiendo. Sus labios besan el purito y da una calada. *China* parpadea y bosteza. Detrás de mi pecho se mueve algo, como si alguien hubiese abierto a tope una manguera y el agua que se ha estado recociendo en el surtidor con el calor del verano saliese a raudales, escaldando. Es el amor, y duele. Manny nunca me mira.

–Bueno, espero que *Kilo* esté listo. Marquise me ha dicho que unos primos suyos de Baton Rouge han estado diciendo no sé qué gilipolleces de un perro bravo que han comprado, y también lo van a traer a pelear. –Skeetah acaricia el flanco de *China*, alisándole el pelaje sobre las costillas mientras se agacha a su lado. El rabo de *China* da un golpetazo, levanta polvo, se queda quieto.

–*Kilo* siempre está listo.

Rico es el primo de Manny, el chico de Germaine que trajo a su perro, *Kilo,* para cruzarlo con *China*. El perro de Rico, un gran músculo rojo con mandíbula asesina. Fue Manny quien le contó a Skeetah las virtudes de *Kilo.* A medida que *China* crecía, su carnosa musculatura de cachorra se iba endureciendo como una perla en el vientre de una ostra; la devoción de Skeet era el músculo de la ostra. Se volvió magra y fuerte. Manny se ponía a soltar chorradas cada vez que nos juntábamos todos bajo los árboles, como si pudiese rebajar la maravilla de la preciada perra de Skeetah. Creía que podía empañarla, que podía convencernos de que no era blanca, hermosa y espléndida como una magnolia en medio de este árido basurero que es el Hoyo, donde todo lo demás se muere de hambre, pelea, resiste.

Manny se sentaba sobre un cajón de leche o un tocón y decía: «Mi primo Rico tiene un perro de fuego. De la edad de la tuya poco más o menos, pero más grande. Más músculo. Tiene una mandíbula asesina». Skeetah pasaba de Manny o le miraba sin dejar de arrastrar a *China* por la arena, entre los trastos, enganchada con los dientes a una rueda de bici, y decía: «Ah, ¿sí?». «Sí –decía Manny, y sus dientes blancos destellaban en su hermoso rostro quemado por el cristal–. Sí.» *China* chillaba como chillan los perros, se plantaba sobre las ancas y hacía que Skeetah tropezase con ella. «Ya veremos», decía Skeetah.

Rico estuvo diciendo que *China* era poca cosa hasta el día en que vino con Manny al Hoyo y por fin la vio: le llegaba hasta las rodillas, era robusta como un

perro macho pero con una musculatura lustrosa, su largo cuello y su cabeza como los de una serpiente. Primero Skeetah la hizo subirse a un árbol torcido, y después destrozar medio neumático de un coche; tan fuerte tiró que el alambre de la goma le hizo sangre a Skeetah en las manos. Cuando se aparearon, *China* había permitido a *Kilo* que la chupase por atrás, se había dejado montar. Había sonreído como si le gustase. A Skeetah se le hinchaban los tendones del cuello, y escudriñaba tanto que parecía que tenía los ojos cerrados. *Kilo* le había puesto la bocaza en el cuello como si la besase, y babeaba sobre ella. *China* había intentado morderle, se lo había tomado como una llave de lucha. Detestaba lo que tenía de sumisión. Agarró a *Kilo,* amagó mordiscos hasta que se lo quitó de encima. Le hizo sangre: él a ella no.

–¿Cómo se llama el perro ese de Baton Rouge?

–*Bravo* –se rio Skeetah. *China* resopló sobre la tierra.

–Bueno, *Kilo* ha ido a pelear desde Florida hasta Luisiana. Una vez le rompió la pata a un perro. Ellos sí que se deberían ir preparando.

–¿La viste?

–¿El qué?

–La pata rota.

–No, me lo contó Rico. –Manny espanta un jején de un manotazo, da una calada fuerte al purito y suelta una neblina de humo delante de su cara–. Deberíais encender una hoguera. ¿Por qué tenéis siempre tantos bichos en el Hoyo? Estos jejenes son tan valientes que salen en pleno día. A la noche que la jodan. –Deja caer el purito, que humea unos hilillos y después se extingue en la arena.

–Aquí en el Hoyo es que somos unos salvajes. Incluso los jejenes. Los mosquitos son tan grandes que parecen murciélagos. –Skeetah nos señala con la cabeza a Junior y a mí–. Más vale que te andes con ojo. Junior parece un canijo, pero cuando menos te lo esperas te arrea un golpe en el cuello que te deja seco. Y Esch… –Skeetah se levanta y *China* da una vuelta a su alrededor, olisqueando el suelo–. Ya ves lo brava que es *China*. ¿Tú crees que la única otra chica que hay en el Hoyo iba a ser débil?

–Yo no digo que ninguna sea débil. –Manny aún no me ha mirado–. Pero sabes perfectamente que *China* ya no es tan brava como antes.

–¿Qué? –A Skeetah le empiezan a asomar los tendones.

–Cuando una perra pare así, después tiene menos fuerza. Aunque a ti no te lo parezca. Dar la teta y criar deja a los animales hechos polvo. Es el precio de ser hembra. –Por fin, Manny me echa una mirada. Resbala sobre mí como si yo fuera de cristal.

Skeetah ríe. Suena como si la risa se abriese paso a machetazos.

–¿Estás de broma? Es cuando más fuertes están. Tienen algo que proteger. –

También él me echa una mirada, pero la suya la noto incluso cuando ya la ha apartado–. El poder es justo eso.

China está lamiendo la mano de Skeetah igual que lame a los cachorros. Skeetah le aparta la cabeza pero ella sigue, y él deja de mirar a Manny. Los tendones del cuello se le alisan. El tono de amenaza desaparece; si fuera un perro, su pelo se aplanaría.

–Dar vida –Skeetah se inclina hacia *China*, la toca desde el cuello hasta la mandíbula, acaricia su cara como si la quisiera besar; *China* enseña la lengua– significa saber por qué merece la pena luchar. Y qué es el amor. –Skeetah le frota los costados, le toca las costillas.

–¿Ya la has desparasitado? –pregunto. ¿Pensará eso mismo Manny de mí, que soy débil? ¿Que este cuerpo que se lo traga, que tira de él y le coge hasta dejarle sin nada, tiene un precio? ¿Se alegrará Manny porque nunca tendrá que pagarlo?

–Qué va. No quiso tomarse el Ivomec. Lo derramó.

–¿Sabes mezclarlo? –Manny se mete el mechero en el bolsillo del short vaquero. Su camiseta sin mangas está tan blanca como sus dientes. Shaliyah debe de haber hecho la colada. Me pregunto si alguna vez le habrá dicho a ella lo de la debilidad. Si le habrá llamado hembra alguna vez, arrancando el final de la palabra de un mordisco, como si fuese caña de azúcar que aún no ha madurado.

Skeetah mira a Manny y deja caer las manos, afloja la mandíbula.

–¿Cómo que mezclarlo?

–Joder, vas a matar a la perra. –Manny sonríe como si quisiera reírse. Trago saliva y me doy cuenta de que quiero empujarle, abrir bien las manos sobre los músculos de su pecho y zarandearle por mirar a Skeet de esa manera, por insultarle. Por decir cosas de mí que ni sabe que está diciendo. Quiero que caiga hacia atrás y se haga daño en el brazo malo, y después dejarle postrado en el suelo. Obligarle a que por una vez me toque toda entera–. Se supone que tienes que mezclar el Ivomec con aceite de cocina y luego dárselo a la perra. Y no intentes hacerlo con agua si no tienes aceite. No mezcla bien.

–Esta mañana no ha tomado nada de nada. –Skeetah sigue sosteniendo la cabeza de *China*, abriéndole los ojos de par en par, escrutándolos.

–¿Estás seguro? –Manny todavía sonríe.

–Estoy seguro.

–Y con un poco basta. ¿Tienes una jeringuilla?

–Sí, bueno… –Skeetah se interrumpe–. Ayer compré una. –Me mira. Supongo que Randall le habrá contado a Manny lo que pasó con el granjero, el vermífugo y el perro, pero sé que Skeetah no quiere que se entere todo el mundo. Cuanta menos gente lo sepa, menos gente habrá que hable si al granjero le da por venir a preguntar a nuestra zona del bosque. Vivimos en el corazón negro de Bois Sauvage, y él vive allá lejos en las arterias pálidas, así que no creo que vaya a venir nunca por

aquí, blandiendo el bastón como un hacha, con su perro soltando espumarajos y probablemente con un rifle en la ventanilla trasera de su reluciente camioneta con cristales ahumados. Pero sé que Skeet diría: «Ya, pero aun así».

–Hay que echar medio centímetro cúbico por cada nueve kilos. ¿Qué pesa *China*, unos treinta kilos? Dale uno y medio. –Manny se cruza el brazo sobre el pecho a la vez que encoge un hombro. Está estirando la herida. Esto es lo que hace cuando se aburre. Aparta la mirada de Skeetah y de *China* y la dirige hacia el bosque, más allá de Junior, que se está asomando al oscuro cobertizo, donde los cachorros dormitan en su nuevo suelo de losetas. Hacia mí, nunca–. A poco más que le des, podría quedarse ciega. Y un poco más y se podría morir.

Skeetah arrastra a *China* por las ancas y le abre la mandíbula a la fuerza, para olisquearle la lengua. Ha pasado de ser amante a ser padre. Ella, su hija que lo adora. Trazo una línea en la arena con la punta del pie, me saco las manos de los bolsillos del short, adonde se habían deslizado para ahuecarse sobre mi barriga, empeñadas en desenmascararme para que Manny me mire como mira a *China*. Junior empieza a silbar en dirección a la oscuridad del cobertizo como si llamase a los cachorrillos para guiarlos hacia la luz, hacia un nuevo hermano, y amadrigarse con ellos bajo la casa como hacía con sus perros vagabundos.

–Apártate de la puerta, Junior –dice Skeetah. *China* le lame el aliento, saboreando sus palabras–. Esch, tenemos aceite, ¿no?

Papá guarda en el armarito una garrafa de siete litros de aceite vegetal para freír ostras o pescado cuando consigue pescarlos o se los dan sus amigos, pero dudo que a *China* le vaya a gustar su sabor. Meto un dedo en el aceite y me lo froto en los dientes. Demasiado metálico, demasiado soso. Pero la grasa de beicon que guarda papá sobre la encimera en una vieja lata de café que tiene el metal ceroso por los residuos sabe a manteca. Sabe como si el siguiente bocado fuese a ser de beicon salado y crujiente, tierno en el centro, churruscado por los bordes, tieso como una ramita. Esto seguro que le gusta.

Skeetah ha encontrado una caja de cartón grande, la ha cortado por la mitad y la ha forrado de tela, y no distingo si la tela es ropa vieja o si son sábanas o toallas viejas, porque debajo de los perros no hay más que trapos de color gris oscuro. En el fondo de la caja pone *Westinghouse*.

–La cogí de detrás del salón parroquial de la iglesia –dice Skeetah. Está sacando Ivomec con la jeringuilla. Es incoloro como el agua. Skeetah está sentado sobre una caja de herramientas oxidada y abollada por todas partes; el frasco de Ivomec entre las rodillas. Cuando cambia de postura, la caja de herramientas cruje contra el metal que hay dentro como una boca a la que le rechinan los dientes. Vuelve a cerrar el frasco, se lo mete en el bolsillo del pantalón. Manny se ha marchado, pero

Junior está de pie en la esquina, las manos a la espalda y apoyado contra la pared del cobertizo.

–Y ¿Manny?

–Dijo que tenía que hacer no sé qué. –Skeetah coge la jeringuilla con una mano, el recipiente de café lleno de grasa de beicon con la otra. Se tambalea.

–Dijo que volvería –salta Junior. Se mece sobre los talones, cae estrepitosamente contra el cobertizo y la chapa tiembla.

–Junior, para. Mierda, necesito un bol. –Skeetah se vuelve hacia mí–. ¿Me traes un bol, por favor?

–Junior, vete a por un bol. –Aunque tengo ganas de mear, el melón de debajo de mi camiseta maduro, no quiero salir del cobertizo.

–Te lo ha pedido a ti –dice Junior en voz baja, concentrado en los cachorros. Se están abalanzando a ciegas por la puerta de la caja, de cabeza.

–Junior, venga.

–No.

–Esch, por favor.

En casa, casi ni me siento en la taza del váter. Me inclino y aprieto la boca contra las rodillas, paso los labios por la sensible piel que tengo justo encima de las rótulas. Fuera, el gallo suelta su canto de mediodía y su llamada se abre camino entre el vago zumbido de los insectos. Me atacan las náuseas. Manny se ha ido; no quiero pensar en él, saber que estará por ahí comiéndose toda la luz del sol, fumándose un purito, entregando las compras a los clientes de la gasolinera, rozando a Shaliyah con sus manos suaves como la espadaña, pero lo hago. Voy por la sombra al cobertizo. Cuando no puedo evitar el sol, cuando me toca a través de las ramas, quema.

Skeetah vierte un puñado de grasa de beicon en el bol y después echa un chorro de Ivomec. Lo mezcla con el dedo. A pesar de que estamos a la sombra, en el cobertizo hace más calor, es como el interior de un puño caliente. Junior y Skeetah están bañados en sudor, y Skeetah parpadea como si estuviese a punto de llorar porque el sudor le corre como el agua desde el cuero cabelludo hasta la frente y le entra en los ojos. Estoy intentando ver si el Ivomec se mezcla bien en el bol cuando de repente se produce un eclipse de luz a la entrada y Skeetah alza la vista por encima de mí, cabreado.

–Apártate de la puerta. No dejas pasar la luz.

Es Manny. Tiene las dos manos apoyadas en el dintel, y se asoma por la puerta estirando el cuerpo como una gominola. Lo único que veo es su sombra y el blanco de su sonrisa. Me parece injusto que no pueda verle la cara, injusto que en este momento sea tan oscuro como yo, que el sol que hay detrás le bañe de oscuridad como la tinta cuando se corre sobre un papel humedecido.

–¿Alguien ha visto mi mechero? –La voz de Manny es tan clara y punzante

como las esquinas de la caja de herramientas donde está sentado Skeet.

–No. –Skeetah remueve la medicina con el dedo–. Apártate.

–Y ¿tú, Esch?

Niego con la cabeza.

–Te lo metiste en el bolsillo –dice Junior, y Manny se apoya en la jamba, rebusca en los bolsillos. La luz se difumina por la habitación. Veo el perfil de Manny, su lado quemado por el cristal; enseguida deja de hurgar y se vuelve hacia nosotros, y su cara está oscura de nuevo. Quiero que me agarre la mano como agarra las vigas oscuras que hay sobre su cabeza, que salga conmigo del cobertizo y nos alejemos del Hoyo. Que me ayude a soportar el sol. Que me abrace cuando se entere de mi secreto. Que sea distinto.

–No te veía, Junior –dice Manny.

–Gracias –dice Skeet. El aceite ha absorbido todo el Ivomec. La mezcla es color hueso, cremosa. Skeetah la prueba.

–No deberías hacer eso –dice la sombra de Manny.

–¿No tenías que irte a no sé dónde?

–Solo intento echarte una mano.

–Podrías echarme una mano apartándote de la luz: o entras o sales.

–Estoy fuera. –Manny se encoge de hombros–. Voy a echarme debajo de los árboles. No entro ni loco; a *China* no le caigo bien.

China está sentada delante de Skeetah, sin atender a lo cerca que estoy de él, absorta en el bol con la grasa de beicon. Está jadeando, le caen gotas de agua de la lengua.

–A *China* le cae bien todo el mundo. –Skeet vuelve a sacar la mezcla con la jeringa.

–Vale. –Manny ríe. De nuevo su sonrisa. Cada vez que le veo los dientes, siento que las náuseas me dan un codazo. Manny se aparta y la luz entra a raudales, y quiero que Manny se vaya, que vuelva, que nunca haya sido. *China* baila erguida sobre sus patas traseras porque Skeetah está de pie, jeringa en mano.

–Toma.

Me aprieto el bol contra la barriga.

China da saltitos sobre sus patas traseras. La que ayer arremetió contra el perro gris es hoy una mujer que avanza hacia su pareja en la pista de baile de Los Robles con una bebida en la mano, mientras suena en la gramola el primer acorde de la guitarra de blues. *China* cae sobre las patas delanteras e intenta alzarse de nuevo. Skeet se agacha, la coge por la nuca a la vez que le pasa la mano por la mandíbula y le sube la cabeza.

–Esta es mi chica –dice.

China sonríe. Su lengua se asoma fugazmente como un trapo húmedo y estrujado.

–Conozco a mi chica –musita Skeetah. Con la otra mano, acerca la jeringa a sus labios.

China ladra, menea la cabeza. Sus patas delanteras descansan sobre el pecho de Skeetah como las de una amante. Echa la cabeza hacia atrás a modo de sumisión, de súplica.

–Perra buena –dice Skeetah.

China hociquea la jeringa, lame.

–Esta es mi perra. –Skeetah cierra los dedos, la medicina desaparece y él se aparta. Los cachorros se retuercen y se acurrucan a los pies de ambos. *China* pisa sin querer al naranja, que suelta un gañido–. Siempre serás mi perra –dice Skeetah.

Fuera, Manny va y viene por el terreno, levantando arena con los pies.

–A ese su perra le ha debido de echar una buena bronca. –Skeetah suelta estas palabras entre el pelaje de *China*; desde la entrada, ella es la polvorienta bombilla de la habitación. Junior se pega a la pared, intenta acercarse más a los cachorros. En el terreno, el polvo que levantan los pies buscones de Manny forma una nube que le ensombrece, y su camiseta blanca, su piel dorada se vuelven oscuras como un melocotón magullado.

He oído hablar a las chicas de mi instituto. Son conversaciones que atrapo del aire de la misma manera que recogemos la ropa que cuelga reseca en la cuerda. Las chicas dicen que si estás embarazada y te tomas las píldoras anticonceptivas de un mes entero, te baja el periodo. Dicen que si bebes lejía, vomitas, y lo que terminaría siendo el bebé sale fuera. Dicen que si te das un golpe muy, muy fuerte en la barriga, si te tiras sobre el borde metálico de un coche y te da lo bastante abajo y te salen moratones, puede que abortes. Dicen que esto es lo que se hace cuando no te puedes pagar un aborto, cuando no puedes permitirte tener un bebé, cuando nadie quiere lo que llevas dentro.

En el cuarto de baño, de pie, me doblo y me amaso el vientre, amaso el melón para convertirlo en papilla, pero no hace más que rebotar: turgente. Empeñado en dar semilla. Podría buscar algo que fuese lo bastante grande y duro, y lanzarme: el capó del dúmper de papá, el tractor de papá, una de las lavadoras viejas que hay por el terreno. Tenemos lejía en el cuarto de la colada. Lo único que no podría conseguir serían las píldoras anticonceptivas; jamás me han hecho una receta, si me la hicieran, no tendría dinero para comprarlas, no tengo amigas a quienes pedírselas y jamás he ido al consultorio. ¿Quién me llevaría? ¿Papá, que a veces da la impresión de que olvida que soy una chica? ¿Big Henry, uno de los pocos amigos nuestros que tiene coche? ¿Manny? ¿Dientesen-la-oscuridad Manny? «Si me encargase de arreglar esto, jamás se enteraría –pienso–, jamás se enteraría, y así a lo mejor le daba tiempo.» ¿Tiempo para qué? Empujo. «Para ser distinto. Para quererme.»

Estas son mis opciones, y se reducen a cero.

El sol hace horas que se puso, y estoy sentada en la taza del váter apartando la toalla que Randall clavó con chinchetas a modo de cortina para asomarme al terreno. Veo a Skeetah, que arrastra madera hasta la puerta del cobertizo. La bombilla desnuda brilla hacia el exterior, iluminando la tierra en la que está arrodillado. Está arrancando clavos de la madera. Los insectos pululan por los márgenes de la luz. El armazón de la caseta, que estuvo varios días ahí tirado, hincado en la tierra como un espantapájaros caído, vuelve a estar derecho. Le está construyendo una casa. Está velando por ella, buscando indicios de enfermedad. Sabe lo que es el amor.

–Maldita sea.

La camioneta de papá entra en el terreno tan despacio que le oigo maldecir a través del runrún del motor. Así es como conduce cuando está borracho hasta las cejas. Muy despacio, y con las largas puestas. Sus faros rompen la burbuja dorada que recubre a Skeetah e inundan de luz el terreno. Skeetah levanta el brazo con el martillo y se protege los ojos. Papá aparca en paralelo al dúmper, que lleva allí quieto, con su costra de óxido y callado, desde que intenté arrancarlo esta mañana. Deja los faros encendidos y baja de la camioneta.

–¡He dicho que maldita sea!

Papá intenta subrayar sus palabras dando un portazo con la puerta de la camioneta, pero no lo consigue. La mano le resbala por el metal, y la puerta se cierra tan suavemente que ni la oigo desde el lugar donde estoy sentada, encima del váter, junto a la ventana.

–Maldito sea el de Repuestos de Van –rezonga papá–, ni siquiera tenía la pieza que necesito.

Se apoya en el lateral de la camioneta como en un ser humano, pronuncia estas palabras casi tan bajo como aquellas noches, cuando vivía mamá, en que volvía a casa borracho como una cuba. Mamá salía a su encuentro, lo recogía como a un chiquillo. Solo era unos pocos centímetros más baja y podía con todo su peso. Él le hablaba en susurros mientras subían por las losas de hormigón que formaban los peldaños del porche. Jamás llegamos a oír lo que le contaba. Supongo que le diría que la quería, empapado de ternura y aguardiente.

–Te has dejado las luces puestas –dice Skeetah.

–Y ahora ¿cómo gano yo dinero cuando pase la tormenta? –Papá da un manotazo a la camioneta, pero queda torpe, fuera de lugar. Resbala y se convierte en una caricia–. ¿Qué has dicho?

–He dicho que te has dejado las luces puestas. –Skeetah intenta arrancar un clavo que se resiste, la cabeza baja, concentrado. Mira a papá por el rabillo del ojo.

–Ah. –Papá mete la mano en la camioneta y pulsa el botón de apagar los faros.

Camina lentamente hacia Skeetah. Son sus andares de borracho: resueltos, pesados–. ¿Qué haces?

–Nada. –Skeetah para, deja de tirar del clavo pero permanece inclinado hacia delante.

–¿Nada?

–Nada de nada.

–Veo que estás haciendo algo, así que no puedes estar haciendo nada.

–¿No estás cansado?

–¿Qué?

–Llevas liado todo el día, buscando piezas para el dúmper ese.

–Razón tienes –dice papá–. Los de Tus Chatarras, los de Repuestos, todos me miraban como si estuviera loco. Ni una sola pieza de dúmper. Ni pizca de ayuda mientras rebuscaba entre los coches. Me miraban como si no supieran cuándo un hombre habla en serio cuando les decía que se acerca una tormenta tremenda.

Skeetah se pone recto, mantiene el equilibrio sobre las puntas de los pies, dispuesto a resistir más que papá. El martillo está sobre su rodilla.

–Esas tablas. ¿Has estado en mis montones?

–No.

–Las recogí para la casa. Tú siempre toqueteándolo todo. ¿Es que quieres que las ventanas se hagan añicos?

–Papá, tu madera ni la he tocado.

–Bueno, pues entonces ¿de dónde has sacado esta madera?

–Me la encontré tirada en el bosque. –Skeet se pasa el martillo una y otra vez por la pierna. Está esperando que llegue ese punto que pone de mal genio a papá.

–Tú en el bosque no te has encontrado ni una mierda. –Papá agita la mano como si estuviese espantando escarabajos nocturnos que huyen asustados, abriéndose paso entre los lustrosos bichos marrones de caparazones duros como caramelos. Escupe–. ¿Sí o no?

–Sí. –Skeetah está muy callado. El martillo, quieto.

–¡No me vengas con chorradas! –grita papá–. ¡Con todo lo que hago por vosotros y no sabéis agradecer nada! –Vuelve a subir los brazos, como si hubiese provocado el movimiento de más bichos. Intenta coger a Skeetah del brazo, obligarle a que se levante para después, seguramente, darle un empujón. Esto es lo que hace cuando quiere maltratar, humillar; nos agarra, nos zarandea y después nos empuja hacia atrás con fuerza para tirarnos al suelo. Para que caigamos despatarrados como niños que están aprendiendo a caminar: la cara y las manos manchadas de tierra, caras humedecidas por el llanto o por los mocos, avergonzados. Skeetah está rígido, tieso como el martillo que le cuelga a un lado. Papá intenta empujarle pero tarda demasiado en soltar; es como si sus manos

fuesen sordas a lo que su cerebro quiere que hagan, y se agarran a los hombros de Skeetah. Le zarandea.

–Suéltame, papá. –Lo dice tan bajo que casi ni le oigo.

China está en la entrada del cobertizo. No gruñe. No ladra. Está allí sin más, la cabeza ladeada, las patas delanteras en forma de herradura, las mamas añadiéndole volumen, el resto perdido en la oscuridad del cobertizo. Está quieta.

–¡Suelta!

–¡Con todo lo que hago! –Papá empuja tan fuerte a Skeet que se tambalea, pero reacciona a tiempo para no caerse.

Skeetah tropieza hacia atrás pero aterriza agachado, sin levantar los pies del suelo. *China* sale disparada. Skeet coge el martillo como si fuese una batuta.

–Quieta –grita–. ¡Quieta! –En su voz hay humedad. *China* se queda clavada en el sitio. Es una de las estatuas descascarilladas del cementerio que hay junto al parque, un ángel surcado de lluvia, radiante.

–Que se atreva –dice papá, los brazos caídos a los lados–. Ojalá se atreva.

Skeetah se acerca poco a poco a *China*, deja el martillo en el suelo y le pone la mano sobre el hocico. Bajo sus dedos, *China* es de mármol.

–Así me la llevaría por ahí por el campo y le pegaría un tiro.

–No.

–Llamaría a los de la perrera. Te obligaría a ver cómo se la llevan.

Skeetah tiene a *China* cogida por el lomo, el brazo remetido por debajo de su estómago, la mano perdida entre sus mamas. *China* no se vuelve a lamerle; observa cómo va apaciguándose papá. Skeetah le frota el pecho con la otra mano, le alisa el pelaje con grandes caricias.

–Estoy intentando que todos nos salvemos –dice papá. Skeetah se agacha–. Tenéis que aprender a valorarme. ¿Me oyes?

Los bichos nocturnos responden ssssssssí. Skeetah ignora a papá, acaricia a *China*, mira del uno a la otra.

–Vuelve a dejar esas malditas tablas donde las encontraste. ¿Me oyes?

China baja el rabo, pero sus orejas siguen pegadas al cráneo como una cresta de plumas. Skeetah le habla en susurros, murmura.

–¿Me oyes? –chilla papá dando un paso vacilante hacia Skeet. El rabo de *China* se yergue.

–Sí –dice Skeetah. Está vuelto hacia papá, mirándole abiertamente, su rostro, tranquilo y sincero; apenas se le mueve la boca al hablar–. Sí.

–Bien. –Papá da un paso atrás. Skeetah se apoya en *China* para impedir que se mueva. Papá da media vuelta para irse a casa. Camina torcido, arrastrando los pies, despacio y sin prisas, mirando cómo le miran Skeet y *China* mientras se marcha y los deja allí con el martillo abandonado y el armazón caído; y la oscura expansión

donde resuenan bichos, madera y viento se despliega y se aleja cada vez más de ambos, como la cola de un traje de novia.

Día sexto:
Un pulso firme

Papá está echando abajo lo que queda del gallinero. Hace tiempo que las gallinas y el gallo lo abandonaron. Al cabo de muchos veranos de lluvias intensas, la madera se ablandó y se pudrió; después, estos inviernos cortos que te congelan los nudillos la secaron y vaciaron la pulpa leñosa, y empezó a combarse y a desplomarse sobre el suelo. La cuerda de tender de mamá había estado atada a él, con el otro extremo enganchado a un pino. Al morir mamá, papá cambió la cuerda a un árbol más cercano; pero no la ató lo bastante fuerte, así que cuando Randall y yo lavamos la ropa y la tendemos con pinzas de madera, la cuerda se comba y nuestros pantalones cuelgan arrastrados por el suelo.

Skeetah durmió en el cobertizo con los perros después de enfrentarse anoche a papá martillo en mano. He estado sentada en el sofá que hay junto a la ventana de la sala de estar esperando a que regrese a casa, porque sé que dará la vuelta y entrará por la puerta principal para evitar a papá, que está en la parte de atrás. Pero Skeet no ha dado señales de vida. Era siempre el que más aguantaba sin respirar cuando empezamos a nadar en el hoyo, acurrucado entre los arrecifes de chatarra del fondo cenagoso; dábamos vueltas a su alrededor como barcos inquietos, llamándole para que saliese a la superficie, pero se quedaba abajo quieto y soltando burbujas. Interrumpo varias veces la espera para escamotear latas de salchichas e irme al cuarto de baño, donde me trago las cinco en un abrir y cerrar de ojos. Son tan ligeras que podrían ser de aire. Intenté leer esta mañana, pero me detuve en la búsqueda del vellocino de oro porque volví a distraerme con Medea, que, ruborizada, el corazón en llamas, sumida en un dulce dolor, solo puede pensar en Jasón. La diosa la golpeó con el amor, y no pudo elegir. Era incapaz de concentrarme. Mi estómago era un animal aparte, y los recuerdos de Manny asomaban uno tras otro a la superficie de mi cabeza, como nadadores; también yo era dueña de un tierno dolor. Encajé el libro entre la pared y la cama y me fui sigilosamente a la cocina a birlar las provisiones de papá para el huracán. Como, pero nada toca mi estómago, nada me dice que está lleno de comida, de algo más que comida.

«Zas, zas, zas», suena el martillo. La madera cruje. Cae un panel. Papá empieza a despotricar, invocando hijosdeputas, joderconestos y malditaseas. Estoy cansada de esperar. Cojo otra lata de salchichas, me la meto en el bolsillo del short. Me iré con

Skeetah como se fue Medea con su hermano cuando huyeron para emprender su gran aventura con los argonautas. Ofreceré mi ayuda.

Parece como si a Skeetah le hubiesen dado un puñetazo en cada ojo. El sonido del martillo de papá se cuela por la puerta del cobertizo, y late a un ritmo regular como la sangre. *China* está recostada; los cachorros chillan pegados a sus tetas. Tiene la cabeza apoyada en las patas, y cuando cruzo el umbral no levanta la vista. Junior es un cuervo; encaramado a un bidón de metal que hay junto a la puerta, se está comiendo un paquete de galletitas de crema de cacahuete. Me entra hambre.

–Algo pasa –dice Skeetah. Está sentado en el suelo, la espalda contra la pared. Echa la cabeza hacia atrás, y su nuez sobresale tanto que parece de hueso.

–¿Qué pasa? –digo. Le arden los ojos como si tuviera fiebre.

–Ha estado demasiado… tranquila. Solía dejarles mamar y luego se los quitaba de encima cuando ya tenían bastante, pero ahora llevan casi una hora mamando y ni se ha movido.

–A lo mejor solo está cansada, como decías ayer.

El martillo de papá palpita en la habitación.

–No es eso.

–Bueno, entonces ¿qué?

–Creo que le di demasiada cantidad.

–Hiciste lo que dijo Manny.

–¿Cómo sabes que Manny sabía lo que hacía?

–Supongo que le enseñaría Rico.

–Y ¿por qué iba Rico a enseñarle a Manny a hacerlo bien si sabía que Manny iba a enseñarme a mí?

–No haría eso.

–¿Quién?

–Manny. –Me trago su nombre. No puede ser tan malo. Lo sé.

Skeetah dirige sus palabras al techo, los ojos bien abiertos, los codos colgando de sus rodillas con las manos entrelazadas; esta es su plegaria.

–No lo sabes –dice.

–La gente no se pasa la vida conspirando contra *China* y contra ti, Skeet.

Se pone a gatas, mueve la mano delante de la cara de *China*. Ella le sigue con la mirada, suspira tan fuerte que levanta una polvareda de tierra en su suelo de linóleo.

–Yo no he dicho eso, Esch. –Skeetah pone la mano sobre el cuello de *China* con el mismo cuidado con que mamá sacaba las galletas del horno. *China* vuelve a resoplar, aparta con desgana a uno de los cachorros–. Esta es mi chica.

–Lo más seguro es que solo necesite comer algo.

–No puedo perderla.

Parece como si a Skeetah se le hubiese cubierto la calva de barro después de dormir en el sucio suelo del cobertizo. Este mismo aspecto tenían los brazos de mamá cuando recogía verduras en la huertita que cultivaba detrás de casa. Estaba vallada con listones de madera de una vieja cuna que se había encontrado papá al borde de la carretera. Hay peligro en lo que dice Skeetah, en pensar siquiera que *China* podría morir. Es temerario decirlo en alto, invocarlo, hacerlo posible.

–¿Por qué no te das un baño? –Imagino los tajos que tiene en el costado, cómo se infectan y enrojecen por debajo de la vieja venda de Randall. En el Hoyo pillamos forúnculos con la misma facilidad con que antes pillábamos perros callejeros, y conozco el tema lo suficiente como para entender que son infecciones bacterianas. No va a querer ir al hospital, y en caso de que fuese necesario, papá no iba a querer llevarle–. Tu estómago.

–Estoy bien. –Masajea la cabeza de *China* al compás del martillo de papá.

–En la pelea tienes que estar limpio. Sano. Ella también. Si tú estás mal, ¿qué va a hacer ella? –Este es el modo de llegar a su corazón. Su orgullo. Deja de acariciar a *China*, apoya la mano en la cálida esfera de su cráneo. *China* suspira y aparta a otro cachorro de una patada. El triángulo de sol desaparece y aparece de nuevo en el suelo, oculto por las nubes y de nuevo libre; cuando Skeetah me mira, entorna los ojos.

–Vale. Vigílala. –Skeetah se levanta, camina hacia la puerta y al pasar le da un empujón a Junior que casi le tira del barril.

–¡Capullo! –chilla Junior.

–Y Junior que no toque nada.

China da pataditas a los cachorros. Se arrastra boca arriba para escabullirse de ellos, y solo deja de removerse cuando su espalda se topa con la pared. Los cachorros sueltan grititos, dan zarpazos al aire, se ponen de lado inútilmente. Sus ojos son rodajitas de uñas. Hay cuatro: la que es un clon blanco de *China*, el rojo que se parece a *Kilo,* el canijo pinto y el blanco y negro con dibujos en el pelaje. Se bambolean lejos de *China*. Me agacho en la entrada; la tripa empuja y me presiona los muslos, las rodillas; me estiro la camiseta para que no se me pegue al estómago. *China* nos observa a todos perezosamente, y después apoya la cabeza en las patas, cierra los ojos y, al menos eso parece, se duerme.

–¿Esch?

–¿Qué, Junior? –Los cachorros se desplazan dando bandazos. Junior baja de un salto de su percha, cae a mi lado con un ruido sordo y se pone en cuclillas.

–Tienen que volver con *China* –dice. Deja las manos colgando sobre las rodillas, pero incluso así parece como si las tendiera para tocarlos–. Van a salir por la puerta.

–¿Cómo, si estamos tú y yo aquí sentados?

–Hay huecos. –Junior mueve la mano por el espacio que hay entre los dos–.

Aquí.

–No los toques. –Vuelvo a estirarme la camiseta. El aliento de Junior huele a crema de cacahuete. Estoy muy cansada; el cansancio me arrasa como una lluvia fuerte y cegadora. A *China* le tiembla la oreja mientras duerme. Ojalá pudiese hablar.

–Jo, Esch. –Junior se inclina hacia delante, volcándose poco a poco sobre los cachorros–. Solo voy a ponerlos donde estaban, ¿lo ves? –Coge a la blanca por el cogote, la estruja con toda la mano y la coloca medio metro más atrás para que esté más cerca de *China. China* respira con aire somnoliento. Junior me mira sonriendo, sus labios, cerrados sobre los dientes, sobre los numerosos huecos, sobre los boquetes que han abierto las caries en las grietas–. ¿Lo ves?

–Vale, pero date prisa. –*China* sacude el rabo dormida, y después se queda quieta–. Antes de que se despierte.

–Vale.

Junior coge el cachorro rojo, lo deja junto a su hermana. Sus labios se separan y muestran sus dientes, y esta vez sonríe de verdad.

–Date prisa –susurro. Quiero dormir como *China*, acostarme en el suelo fresco del cobertizo.

–Vale –susurra. El de las manchas se remueve un poco en su mano, débil y ciego como una lombriz, antes de que lo coloque en su sitio.

–Ya no puedes tocarlos más –mascullo. Un músculo se contrae en el costado de *China*: una sábana blanca ondeando al viento en una cuerda de tender–. ¿Me has oído?

Junior coge el último cachorro, el canijo pinto, por la barriga. El dedo pulgar se junta con el dedo corazón cuando lo agarra por las costillas. El cachorro es flacucho, por ahora no tiene grasa de leche como los demás. Junior se lo lleva a la nariz; visto tan de cerca, parece que el pelaje se mueve. Las pulgas se abren camino por el pelo aterciopelado. Se le vence la cabeza, y la sacude en dirección contraria. Me sorprende que su cuello sea tan fuerte cuando todo él no es más que un puñado de pelo, piel y huesos que cabe en la mano de un niño.

–¿Me oyes?

–Sí. –Junior no se mueve.

–¡Que lo sueltes! –bufo.

Quiero darle una bofetada, pero sé que despertaría a *China*. Junior está olisqueando al cachorro, y juraría que de no estar yo delante se pondría a lamerlo. *China* suelta en sueños un gruñido quejoso.

–¡Maldita sea! –Agarro el delgado palo que es el brazo de Junior. Le hinco las uñas. Espero que note el temor que hay en mis manos.

–¡Vale, Esch! –gimotea Junior apartándose de mí sin soltar el cachorro. *China* patalea.

–¡Venga! –Las hinco aún más. Estoy sudando, tengo las axilas calientes. Estoy ardiendo–. ¡Junior!

–Vale.

La sonrisa de Junior ha desaparecido. Su boca se tensa por las comisuras, mostrando las encías de abajo. Es su cara de llorar. Su espalda es estrecha y dura como una regla. Se inclina, deja que el cachorro ruede por su mano. El cachorro da un tumbo y cae de costado, se detiene y barre el suelo con la cabeza. Junior suelta el brazo, lo aprieta contra su pecho y se niega a mirarme. En cambio, se queda contemplando a los cachorros y susurra furioso a través de sus labios amohinados.

–Me ha dolido, Esch. Ha dolido de verdad.

–Y ¿si llega a entrar Skeet? Y ¿si *China* llega a despertarse?

Noto que mis manos están débiles ahora que ya no agarran a Junior. Cuando era un bebé, Randall y yo nos los pasábamos el uno al otro en el sofá mientras le dábamos de comer, le hacíamos masajes en el estómago o le acariciábamos la cabeza. Randall decía que fruncía el ceño como mamá.

–Me has hecho sangrar. –Junior se escupe en la mano, se frota el antebrazo donde le he dejado marcas rojas que parecen ojos guiñados–. No hacía falta que apretases tanto.

–No escuchas –digo. De pequeño, Junior jamás lloraba.

–De todas formas. –Se restriega los ojos con la mano llena de saliva.

–Nunca se sabe –digo. *China* resopla otra vez en sueños–. Eso sí que lo entiendes, ¿verdad que sí, Junior? –Señalo a *China* con la mano–. Ya la conoces.

China vuelve a gruñir dormida, alto y fuerte. Toco la espalda de Junior, voy palpando la cadena de canicas de su espina dorsal. Da un respingo sin dejar de apretarse el brazo y me mira, sus ojos como el corazón oscuro de una ostra. Echo un vistazo a *China* para asegurarme de que está dormida, para asegurarme de que sus cachorros no se están alejando demasiado, para asegurarme de que la camiseta no se me ha pegado a la barriga. Otra vez estoy cansada. Junior se arrodilla en el suelo, lo bastante lejos como para que no le pueda coger pero cerca de mí todavía. Había supuesto que saldría corriendo a meterse debajo de la casa.

–Lo siento –digo.

Junior se inclina y apoya los brazos en el suelo, el culo en pompa. Mira a los cachorros y mueve la cabeza. De bebé, así era como caía dormido en el sofá, en la cama con Randall. Los cachorros se alejan de *China*, nadando a ciegas, como si surcasen aguas muy profundas, para volver con él. Me pregunto si se habrá estado colando en el cobertizo cuando nos vamos con *China*, si ya habrá jugado con ellos.

–¿Podemos ir hoy al parque? –pregunta. Papá da dos golpetazos al gallinero y suelta un taco. Tiene resaca. Va a estar de muy mal genio. Quito la tapa de la lata de salchichas, saco una y se la paso a Junior. *China* se da la vuelta para ponerse de cara a la pared, para escapar en sueños todo lo posible de sus cachorros, y asiento.

–Sí, podemos ir.

Cuando éramos pequeños y mamá nos despertaba por la mañana para ir al colegio, lo primero que hacía era tocarnos la espalda. Y cuando sentía que rebullíamos bajo sus manos, cuando sentía que empezábamos a entrar en la mañana, nos decía suavemente que despertásemos, que era hora de ir al colegio. Cuando murió y tuvo que ser papá quien nos despertase, no nos tocaba. Daba golpes a la pared de al lado de nuestra puerta, bien fuertes: gritaba: «Despertad». Cuando Skeetah vuelve a salir al cobertizo con una camiseta de tirantes negra y un short vaquero, ya está sudando. Despierta a *China* de la misma manera que nos despertaba mamá. Los cachorros se alejan de él rodando. Los mete en una caja más grande, donde se revuelven y arañan sin que nadie los vea.

–Tiene que levantarse –dice Skeet. Cuando le decimos que vamos a dar un paseo al parque, ni lo duda–. Tiene que hacer ejercicio para soltarlo todo.

Skeetah le pone una correa a *China* y la coge en brazos, echándosela al hombro. Las patas traseras se le enredan en los muslos y le cuesta caminar. Skeetah lleva sin hacer esto desde que era una cachorra. En aquella época, *China* sonreía por encima de su hombro, lamiéndole la sal de la oreja y del cuello. Ahora frunce el ceño, los ojos semicerrados, dando cabezadas de sueño. Un hilillo de saliva cae colgando hasta la espalda de Skeetah. Skeetah la aúpa una y otra vez sobre su hombro, y hasta que no damos la vuelta a la casa, hasta que no rodeamos una vieja bañera y la carcasa de un coche que no recuerdo haber visto nunca en marcha y saltamos la cuneta que da a la accidentada carretera, no la suelta. Un viento súbito mece los pinos de ambos lados, y *China* se escora como ellos. Está temblando. Su pelo blanco sacude el polvo de los hombros de Skeetah, que parecen duros. Skeetah está frunciendo el ceño. Tira de la correa.

–Venga.

Junior se choca contra mi costado.

–Ahora mismo vuelvo –dice Junior, y aún no ha terminado de hablar cuando sale disparado hacia la casa.

China le mira con desgana. Skeetah tira de la correa, una vez más, y echa a andar. *China* se incorpora pesadamente, le sigue con paso quedo. La correa le tira de las orejas, le rodea la cabeza como un garrote. Skeetah camina encorvado y no vuelve la vista atrás. Un halcón nos sobrevuela en círculos, dejándose llevar por una corriente de aire. Desciende en espiral y después bate las alas para remontar hasta que desaparece entre las plumosas copas de los árboles. Nuestra casa es del color de la herrumbre, casi ni se ve bajo los robles y entre los desechos, está torcida. Los ladrillos de cemento sobre los que se asienta son del color de la arena. Sigo a Skeetah, que camina tan deprisa que su figura va menguando en el calor del mediodía. Me figuro que Junior regresará con un balón, pero entonces oigo el

chirrido de unas ruedas de bicicleta y le veo alejarse pedaleando por la carretera, de pie. La bici negra se bambolea cada vez que da a los pedales. Incluso para Junior es demasiado pequeña. Cuando gira bruscamente cerca de mí, me doy cuenta de que no tiene sillín. Por eso va de pie. Me río.

–¿De dónde la has sacado?

–Me la encontré –jadea. Más que sonreír parece que suelta aire, y al momento ya está jadeando otra vez, virando para dar vueltas alrededor de Skeetah. Si en otras ocasiones *China* habría perseguido a cualquiera que fuese montado en bici, en esta sigue caminando despacio, la cabeza gacha, y pasa de Junior. Skeetah, a su vez, pasa de *China* y sigue recto, la espalda doblada, su silueta una sola línea tensa y preocupada. La correa sigue tirante. Corro para alcanzarlos.

A medida que vamos penetrando en el corazón de Bois Sauvage, cada vez más lejos de nuestro Hoyo, las casas aparecen poco a poco, ocultas tras los árboles, cada vez más cerca las unas de las otras hasta que solo las separan parcelas irregulares de bosque. Pasamos por delante de la casa escopeta[6], extrañamente estrecha, de Big Henry. La casita rosa de Marquise, que solo tiene tres ventanas y está en medio de un patio abarrotado de azaleas, parece una flor ajada más. La casa de Franco, el niño rico, es verde, y por el motivo que sea alguien de su familia ha pintado de blanco el medio metro inferior de los troncos de los árboles del patio. Unos chicos más mayores llamados Joshua y Christophe tienen una casa azul-gris con un porche con mosquitera a un lado y buganvillas descontroladas bajo los robles del patio, y luego está la casa de Mudda Ma'am, que antes fue amarilla y ahora es de un color habano descolorido y está asfixiada por las glicinias. El remolque de Manny está al otro lado de Bois Sauvage, lejos de esta parte del barrio: la pequeña iglesia católica, el cementerio sin orden ni concierto al que solía ir Skeetah a cortar el césped, el parque del condado con el aparcamiento de suelo de tierra, que se esfuerza por imponer cierto orden, cierta urbanidad, al Bois. Y que fracasa. Los bosques desbarajustan los contornos del parque. Las acacias de Constantinopla forman arcos con sus brazos largos y gráciles como los de un jugador de baloncesto y sueltan flores rosadas como si fueran balones. Los pinos brotan en las zanjas que bordean el parque, al lado de las canastas de baloncesto sin red, bajo la sombra fragmentada del desdentado juego de madera que poco a poco se va hundiendo en la tierra y junto a las mesas de piedra, con sus esquinas pulidas por la lluvia, del merendero; incluso entre la maleza del campo de béisbol. Las cuadrillas de mantenimiento, por lo general presos del condado vestidos con monos de rayas verdes y blancas, vienen aquí una vez al año y con poco entusiasmo intentan recortar el bosque invasor, cortar el césped a punto de florecer, los plantones de pino. Las cosas salvajes de Bois Sauvage pasan de ellos; cada año vamos a peor.

Junior se aleja de mí aullando de entusiasmo, y la goma de las ruedas medio desinfladas suena como el chirrido de una sierra cortando un tocón. Cae en picado a la cuneta y vuelve a subir; su bicicleta navega un instante por los aires antes de aterrizar con una sacudida tan fuerte que casi le deja hincado en el no-asiento. Echa un vistazo atrás y suelta un alarido orgulloso, y después entra en el parque haciendo eses. Skeetah sigue arrastrando con gesto decidido a *China*, que lleva la cabeza y el rabo gachos, como avergonzada. No sigue a Junior hasta el parque, hasta las canastas de baloncesto, donde hay gente jugando.

–¿Qué haces?

–Obligarla a andar para que lo suelte todo.

–Pero si ya la has paseado casi cuatro kilómetros hasta el parque. ¿No crees que ya lo habrá sudado todo?

–No.

Skeetah engancha la correa de *China* y se aleja de mí al trote, en dirección al cementerio. El calor es una manta azul mojada. Me doy media vuelta, sigo a Junior hasta la cancha. Bajo los árboles, en las pequeñas gradas de madera combadas, hay gente sentada; veo sombras alargadas y oscuras que enmarcan sus caras, largas piernas relucientes cruzadas a la altura del muslo, shorts cortísimos: dos chicas.

Unas nubes cruzan por delante del sol, y veo unos rostros claros: Shaliyah, su prima Felicia. Me detengo donde estoy, en la periferia de la cancha, enfrente de la sombra que arrojan el roble y las gradas, y me siento desgarbadamente en la hierba. Tengo la sensación de que me caigo.

Manny está en la cancha, girando, desenrollándose como una serpentina para meter el balón en la canasta. Me pregunto si ella verá su herida como la veo yo, si la verá en la súbita caída de su brazo cuando lanza un gancho demasiado deprisa, como si no pudiese estirarlo lo suficiente. Me pregunto si se fijará en cómo mueve el brazo sobre el pecho cuando corre, como si aún albergase la esperanza de que con esfuerzo podrá superar el desgarrón, sanarlo, devolver a su cuerpo la lisura y la perfección de antes. Me pregunto si se fijará en que lo trata con favoritismo durante las relaciones sexuales; en que echa casi todo su peso hacia su izquierda y siempre se queda pegado a mi oreja derecha, respirando. Una hormiga se me sube por el hueso del tobillo, olisqueando con sus antenas. Le doy un manotazo y cae entre la hierba puntiaguda. El sudor se extiende por mi camiseta, entre mis pechos, que vibran suavemente. Ahora me duelen siempre. Siento que la oscuridad de mi piel atrae el calor, y sin poder evitarlo echo un vistazo a la sombra; y veo cómo el trocito de metal que lleva Shaliyah en el brazo atrapa el sol a través del árbol y lo devuelve dorado. No pienso sentarme allí.

Big Henry, Marquise, Javon, Franco, Bone y Randall están todos en la cancha. Respiran como si sollozasen. Sueltan tacos. Van todos descamisados a excepción de Big Henry; se dan codazos, caen sin importarles que el hormigón les levante la piel

de las manos, las rodillas y los codos como si fuese un montón de pétalos. En cada uno de sus rostros hay un entusiasmo boquiabierto, el mismo semblante que tiene Skeetah cuando se enrolla la correa de *China* alrededor del puño, tan tirante que le deja marcas en la piel; cuando dice: «Atenta, atenta. Ataca». Es la cara que se les pone a casi todos mientras follan. Debajo del roble, Shaliyah mueve una caja de caramelos delante de su cara, abanicándose. Se frota un brazo y luego el otro, y sacude la mano como si se estuviese quitando el sudor. Es tranquila y serena como un gato doméstico; su manera de moverse es la de las chicas que solo conocen a un chico. Centradas, como si el amor que ese chico siente por ellas las anclase profundamente como las raíces de un árbol, las mantuviese en su sitio; como los robles, que no se desarraigan con el viento de los huracanes. Amor como certeza. Así es como me imagino que se debe de sentir *China* cuando vuelvo la cabeza y veo a Skeetah recorriendo el perímetro del campo de béisbol, la correa tirante todavía.

Manny pide un tiempo muerto, se acerca hasta la canasta que está más cerca de mí con los ojos cerrados, sin aliento. Se apoya en el poste, estira el brazo, echa las caderas hacia atrás. Randall, con las manos entrelazadas en la nuca, clava la vista en la carretera, en Skeetah y en *China*, que corren a lo lejos. Manny traza grandes arcos con los brazos; estira los músculos, mira a los lados de la cancha, y cuando me ve sentada en la hierba, a pocos metros de distancia, se le tuerce la boca.

–Venga –chilla Manny.

El partido vuelve a empezar y Manny es como *China* cuando los ácaros le brean el oído. Se persigue el rabo, se da de cabezazos contra los arbustos con la esperanza de sacudírselos, hasta que Skeetah la sujeta entre sus rodillas, le agarra la cabeza y le da el tratamiento. Así corre Manny por la cancha, serpenteando entre Big Henry y Marquise para entrar en bandeja. Salta sobre Randall para los tiros en suspensión, pero Randall inevitablemente los saca de la cancha de un manotazo; y aunque los tiros de Manny empiezan a quedarse cortos a causa del brazo malo, sigue lanzando, ajeno a las llamadas de Franco para que le pase. La mirada de Manny se convierte en la de *China* la primera vez que pilló ácaros en el oído; aún no había terminado de crecer, aún tenía el torso corto y las patas largas. Cuando los ácaros empezaron a revolverse con el calor y a morderle frenéticamente la oreja, arremetió contra el último perro callejero de Junior, un perro blanco y negro con una sola oreja, y le arrancó la otra. Bone le pasa el balón a Manny y Manny lo coge y se estremece cuando nota el tirón en el brazo, y ataca a Big Henry debajo de la canasta, a pesar de que Bone es el otro gigante que juega dentro, y a pesar de que Big Henry le saca al menos quince centímetros a Manny y es el doble de grande. Big Henry bloquea las rodillas y caen los dos. Resbalan por el hormigón.

–¡Esto no es rugby! –grita Marquise.

–¡Falta! –chilla Manny poniéndose en pie de un salto.

–Pero ¿tú qué coño dices? –pregunta perplejo Big Henry, apoyándose en las puntas de los pies y en las yemas de los dedos para levantarse.

–¡Jugad y callaos! –dice Randall. Hace un gesto con el brazo hacia la carretera, hacia el punto lejano por donde ha desaparecido Skeetah–. Juguemos y ya está, joder. –Pone la mano sobre Manny, que está de puntillas delante de Big Henry; le aprieta el hombro, y lo que Skeetah es para *China* lo es él para Manny. Manny se calma. El ritmo se vuelve más lento, y cuando pide su último tiempo muerto, se queda descansando en el poste que hay delante de Shaliyah. Agita los dedos, y ella ríe.

El partido va perdiendo intensidad hasta que llega a un final perezoso y escalonado, en el que Randall tira desde el centro de la cancha y hunde el balón en un triple. Marquise se va corriendo al grifo con Franco a la zaga. Randall deja rodar el balón hasta que se frena entre la hierba, y después se acerca a mí y apoya las manos en las rodillas. Le cae sudor a chorros, y resuella igual que un caballo. Big Henry se posa a mi lado en la hierba, grácil como una garza, y luego se tumba boca arriba y se cubre los ojos con los brazos porque el sol asoma por detrás de las nubes y nos ciega.

–Buen partido –dice Randall.

–Gracias –resopla Big Henry.

–¿Qué coño está haciendo Skeet? –Randall escupe sudor al hablar.

Manny camina hacia las gradas, hacia Shaliyah.

–Obligando a correr a *China*.

–Eso ya lo veo. Pero ¿para qué?

–Ayer la desparasitó y dice que hoy está mala.

–Ah, ¿sí?

–Creo que tiene miedo de haberle dado demasiado.

Randall contrae la boca como si hubiese probado una uva amarga; se mordisquea el rosado interior de la mejilla.

–Qué puede hacer. –Es una afirmación. Me encojo de hombros y miro debajo de las gradas. Shaliyah debe de haberle comprado una bebida isotónica a Manny, que está debajo del roble volcando la botella para que el líquido le caiga directamente a la garganta. El sol riela entre las hojas de roble y le atrapa la piel, de manera que su cuerpo entero brilla fracturado como la cicatriz de cristal de su rostro.

–¿Qué?

–¿Qué puede hacer? –Esta vez Randall lo pregunta.

–Nada –dice Big Henry. Tiene los brazos abiertos. Me está mirando. En realidad no está gordo, pero es grandón por todas partes: las manos como guantes de béisbol, la cabeza como un melón, el pecho como una barbacoa de acero, las piernas como ramas que salen de un tronco indomable–. No puede hacer nada –dice Big Henry. Tengo la sensación de que puede ver mis pechos hinchados a través

de la camiseta, la barriga que abulta un poco más de la cuenta cuando me siento y deja bien claro que hay algo más que grasa. Sonríe, vacilante y tierno en sus movimientos, pero su sonrisa parece un pensamiento fugaz.

–Pues vaya mierda. –Randall se dobla por la mitad y se seca la cara con el short de baloncesto–. Mierda.

–¿Estás preparado para el partido de mañana de la liga de verano?

–Sí. –La voz de Randall se amortigua con el pantalón; la tela la vuelve trémula.

–¿Te van a pagar el campamento de baloncesto este año?

–No sé. El entrenador dice que la cosa anda entre Bodean y yo.

–¿Estás nervioso?

–Solo eligen a uno, y yo encesto dos por cada canasta de Bodean por partido. Me esfuerzo más que él.

–Ya estás pensando en todos esos ojeadores del campamento, ¿a que sí? –Big Henry se ríe.

–Creo que lo que más me favorece son los jerséis negros. –Randall se recuesta y se pasa las manos por la nuca–. O azul clarito. –Sonríe, pero sé que una parte de él habla en serio, que ya sabe a qué universidad quiere ir.

Big Henry se apoya en los codos y se incorpora. Manny se sienta junto a Shaliyah en la grada, se arrima a ella, restriega su hombro sudoroso contra el suyo. Shaliyah chilla y salta para levantarse, pero él la estrecha contra su cuerpo. Shaliyah se retuerce y vuelve a chillar, riendo. El sol se abate sobre mí, ardiendo, evaporando de mi cuerpo el sudor, el agua y la sangre para dejarme solamente la piel, mis órganos resecos, mis huesos quebradizos: mi cuerpo de uva pasa. Si pudiera, metería la mano dentro y me sacaría el corazón y esa minúscula semilla mojada que algún día será el bebé. Que se vayan los primeros para que el resto no duela tanto.

–La hierba te va a picar.

–Ya lo sé –dice Randall. Se estira la goma del short–. Agua. –Se encamina hacia el grifo a través de la hierba; desenvuelto, alto, negro.

–Te vas a asar aquí fuera. –Big Henry me toca el dorso de la mano con dos dedos, aprieta.

–Sí. –Manny está restregando el sudor de su frente contra la mejilla de Shaliyah, que pasa de los grititos a un alarido. Qué blancos son sus dientes.

–¿Quieres venir a sentarte en mi coche? Lo he aparcado a la sombra. Con las ventanillas bajadas. –Big Henry echa un vistazo a las gradas y después se pone de lado y se levanta con un solo movimiento rápido. A veces olvido que fue atleta.

–Vale. –Ahora las nubes son más lentas; están suspendidas en la distancia sobre la hilera de árboles como si recelasen del sol–. Vale.

Sin apartar la mirada del suelo, me levanto, me alejo de la cancha, camino. Aguantándome a duras penas las ganas de volver la vista atrás. Ni siquiera veo a

Junior cuando se me acerca como un bólido gritando de entusiasmo, dando virajes con su bici a mi alrededor. Ríe. Entre los árboles del aparcamiento de tierra ha aparcado Javon. Su coche brilla como el inminente crepúsculo. Marquise está apoyado en el parachoques. Randall nos sigue a la carrera y se recuesta sobre el capó y el parabrisas de Big Henry; su espalda mojada parece un pudin. En el interior del coche, Big Henry y yo nos quedamos sentados con las puertas abiertas, una pierna fuera, la cabeza hacia atrás. Big Henry pone a Outkast.

Randall suelta gracietas y Big Henry se ríe. Cuando el sol reposa sobre el borde de los árboles, nos marchamos; Manny está en la cancha con su chica. Juegan a un uno-contra-uno, y él la vacila, hace que el balón se le caiga de la mano y salga rebotando por la cancha. El viento rosa, cada vez más suave, transporta la risa de Shaliyah. Big Henry cierra la puerta. Yo doy un portazo a la mía, y Randall se desplaza sobre el parabrisas hacia el lado del pasajero. Junior agarra la puerta por arriba sin bajarse de la bici, y Big Henry le cubre la mano con su manaza. Big Henry acelera y luego afloja, y de esta manera seguimos a Skeetah y a *China*, que ahora van los dos corriendo, los dos aspirando la oscuridad y resplandeciendo bajo el sol poniente y las raudas nubes, hasta que llegamos a casa.

Los cachorros gimotean pidiendo leche. Han oído a papá martillear en el gallinero, desmantelar cada clavo y cada tabla hasta bien entrada la tarde, que está negra como los pinos. Se retuercen unos contra otros. Skeetah los coge uno por uno del cuello, los coloca delante de *China*, que sigue con el hocico pegado al suelo. Aún no le ha quitado la correa, así que está en el suelo hecha un montoncito al lado de *China*, pesada y afilada como una cadena de bicicleta. *China* respira por la boca, pero cada vez que espira parece como si se le enganchase algo húmedo en el fondo de la garganta. Cada vez que coge aire cabecea. Sus patas están inmóviles, pero el sudor que le ha provocado Skeetah atrapa el polvo rojo de su pelaje, lo canaliza y hace que le corra por el lomo como acuarela. Bajo la bombilla, mis brazos parecen más negros, más sucios que nunca. Me recojo el pelo, lo ato entresacando un tirabuzón de abajo con el que anudo lo demás. Quiero retirármelo de la cara. Mamá se equivocaba: no tengo esplendor. No tengo nada.

–¡Randall! –chilla papá. Se hace raro oír la noche sin sus martillazos.

–Qué –dice Randall desde la entrada del cobertizo. Big Henry está a su lado. Junior se aferra a la espalda de Randall, se agarra a sus hombros, a sus bíceps, se suelta sin querer y el sudor le hace resbalar. Skeetah, con la correa floja entre las manos, mira hacia la puerta, mueve la cabeza al oír la llamada de papá. Parece como si *China* se estuviese comiendo la tierra.

–Ven aquí.

Randall suspira, agarra a Junior de los antebrazos, se dobla y vuelve a auparle.

–Que sí, que voy.

Me pongo en la entrada donde estaba Randall, a un lado de Big Henry, para

verlo todo. Junior se lame los dedos y se los restriega a Randall por las orejas.

–Arg. Te he dicho que pares. –Randall se frota las orejas, pero sé que no puede librarse de la humedad–. Te voy a bajar.

–No, Randall. Por favor.

–Bueno, pues entonces para. Eso que haces es asqueroso. –Randall se detiene, entrelaza sus largos brazos a modo de asiento por debajo del culo de Junior y le aúpa de nuevo–. ¿Qué?

Papá solo ha derribado una de las paredes del gallinero. Las gallinas se pasean tambaleantes y aturdidas entre sus pies, perplejas al ver que desmantela su casa a pesar de que llevan años sin dormir en ella. En la penumbra que se forma con la bombilla del cobertizo y los faros de papá, parecen negras. Papá suelta el martillo y las gallinas se dispersan, aleteando como hojas al viento.

–La tormenta, que ya tiene nombre. Es mujer, como las peores. Katrina.

–¿Hay otra tormenta? –pregunta Randall.

–¿De qué te crees que llevo hablando todo este tiempo? Sabía que iba a venir –dice papá. «Como las peores –repito–. Es mujer.» Pone cara de desesperación, mira el gallinero con el ceño fruncido–. Vamos a intentar una cosa.

–¿Qué cosa?

–Quiero que te subas a mi tractor, y después yo te dirijo hasta esta pared de aquí. –Papá señala la pared más larga–. Vamos a derribar este maldito armatoste.

Randall aúpa otra vez a Junior. Junior apoya la cara sobre el hombro de Randall.

–No sé conducir este trasto.

–No tienes más que meter la marcha y acelerar. El volante ya lo sabes mover.

–Y ¿hay que hacerlo en plena oscuridad?

Papá da un paso a un lado y le veo la cabeza, que apenas le llega a Randall al hombro. Su cara dice que está sonriendo, pero su voz dice que no.

–¿Cómo que si hay que hacerlo en plena oscuridad? La borrasca esa del Golfo ya se ha convertido en un huracán. O sea, que no tenemos madera suficiente para entablar las ventanas y ¿piensas quedarte ahí sentado, preguntándome que por qué hay que hacer esto de noche?

Randall calla. Junior se escurre otra vez.

–Va derecho a Florida. Sube en diagonal; ¿tú dónde crees que va a caer?

–Florida… –suspira Randall–. Cuando ya han azotado se suelen debilitar, ¿no? –Esta vez Randall no aúpa a Junior, que intenta agarrarse a su cintura con los pies. Por ahora no lo está consiguiendo. Su barbilla desaparece por detrás del hombro de Randall, y su cabeza se hunde entre sus omóplatos–. Yo solo digo que tú lo podrías conducir mejor que yo.

–Ya sé que puedo. –Papá no hace caso del cumplido. Cuando los cumplidos vienen de Randall, por lo general funcionan–. Pero la vista no me alcanza para

golpear donde hace falta. Si lo haces tú, yo te puedo decir cómo tienes que dar para que se derrumbe todo de una sola vez.

Los pies de Junior bajan hasta las rodillas de Randall. Junior acaba en el suelo y a duras penas evita caerse. Le quiero decir que vuelva al cobertizo porque sé que le está crispando los nervios a papá y que así solo conseguirá crisparle más, pero no se lo digo. Esta noche es Patroclo para Aquiles, que es Randall.

–Venga. –Papá se adentra en la oscuridad sin detenerse a comprobar si le sigue Randall. Randall dobla la esquina con las manos entrelazadas en la nuca, moviendo la cabeza. Junior le sigue como su sombra.

Skeetah suelta a *China* de la correa, y después se enrolla el metal alrededor del antebrazo y del hombro hasta que se convierte en un ala de plata maciza. *China* se va con paso quedo a su rincón, se desploma de golpe en lugar de sentarse elegantemente primero, como suele hacer, para después recostarse con suavidad sobre su lado de siempre. Apoya la cabeza en el linóleo, que Skeetah ha debido de barrer a conciencia porque no levanta polvo. Skeetah se dirige hacia la puerta, deja la correa sobre el bidón de gasolina, la coloca meticulosamente, se entretiene con los eslabones. No soporta mirar a *China*.

–¿Crees que habrá sido por eso? –pregunta Big Henry.

–No lo sé –dice Skeetah.

–A lo mejor solo está cansada –les digo, con la esperanza de que las palabras alisen el ceño de Skeetah, que desenreden su nudoso frunce. Que logren que deje de mirarse las manos. Big Henry se apoya en un pie y luego en el otro, se inclina sobre la jamba de la puerta. Cuando se mueve parece que las langostas, las cigarras y los saltamontes meten más ruido, molestos.

–La has tenido corriendo un buen rato.

–Sí. –Skeetah juega con los eslabones igual que jugaba con higadillos, con avena, con remolachas enlatadas que tenían la misma forma que los tubos de salsa de arándanos. Esto era antes de que creciese, antes de que le saliera músculo en las rodillas, se le llenasen los hombros de nudos y empezase a engullir desde frijoles hasta champiñones o gallinejas, como si le diera lo mismo comer una cosa que otra.

–Y sigue dando de mamar. Probablemente esté cansada, nada más.

El tractor de papá ruge en la oscuridad, intimida a los insectos. Va pisando ramas, cubos de basura de plástico, guardabarros caídos. Se resquebrajan y se rompen. Papá deja esquirlas a su paso. Randall y Junior le siguen, tropezando entre los escombros. Skeetah mueve la cabeza.

–Los va a tener ahí fuera toda la santa noche. –Skeetah coge el bol de *China* del estante alto donde lo ha escondido; tan alto está que se tiene que poner de puntillas. Randall o Big Henry podrían haberlo cogido sin estirarse siquiera. Papá deja el tractor en marcha, levanta la pierna y baja de un salto. Skeetah vierte la comida de *China*, la deja encima del bidón–. Espera un momento.

Big Henry se aparta para que salga Skeetah, y después me sonríe. La luna brilla como un tubo fluorescente por detrás de su cabeza. Sopla un viento sereno, y el pelo que se me escapa y me toca la cara es como una telaraña sin amarras, a la deriva. Randall sube al tractor y se sienta. Junior se aúpa y empieza a descascarillar el metal.

–¿Qué haces? –le pregunta papá a Junior.

–Ayudar a Randall.

–Ni hablar. Baja.

–No voy a estorbar.

–Baja.

–Por favor.

–He dicho que no.

Randall se corre hacia delante, se señala la espalda.

–Que se siente detrás de mí. No me estorba.

Junior se ha inclinado para contentar a papá, para que piense que está a punto de obedecer, de saltar, pero sigue agarrado al asiento y no se baja.

–Por favor, papá.

Papá carraspea y escupe. Su camiseta tiene un enorme agujero a la altura del cuello y un dobladillo irregular, como si alguien hubiese estado tirando.

–Date prisa –dice papá.

Hace una seña a Junior para que se meta en el tractor, y Junior sube, se escurre detrás de Randall, le pasa los brazos por la cintura con la mirada expectante de un chiquillo en un tiovivo. Skeetah da un portazo y sale por la puerta trasera con una taza de no sé qué en la mano. Las polillas revolotean alrededor de su cabeza como un amasijo de cenizas. Pasa de largo y huelo grasa de beicon.

–Tiene que comer –dice Skeetah a la vez que suelta chorritos de grasa del color de la savia de pino sobre la comida seca de *China. China* le mira, después aparta la mirada. Skeetah le acerca el bol, pero ella no le hace ni caso. En el rostro de Skeetah, los ojos son pura oscuridad–. Venga.

China le hace una mueca, un alarde de dientes y encías rojas. Los cachorrillos se le acercan temblorosos por el linóleo, como si le olieran la leche a través de las mamas, a través de la carne rosada. Sus pezones parecen chicle masticado.

–Venga. –Papá hace señas para que el tractor avance–. Esta es la esquina. Justo aquí.

–Vale –musita Skeetah, ajeno a los cachorros, que se arrastran, y acercándole tanto el bol a *China* que podría apoyar en él la cabeza. Las rayas que tiene Skeet entre los músculos parecen pintadas con carbón.

–¡Vale! –grita papá–. Ahora sigue, sigue recto, justo ahí. –Randall acelera y el tractor avanza suavemente. La cabeza de Junior da un bandazo, pero se mantiene bien agarrado. Cuando Randall vuelve a acelerar y el tractor da una sacudida, se

oye crujir la madera y a continuación un gemido metálico–. ¡Quieto ahí! Llevas alambrera enganchada en la calandra.

Papá tira del alambre, zarandea la calandra y el capó. Da un tirón, se vence tanto hacia delante que casi mete la cara en la calandra, desenmaraña el alambre y vuelve a tirar. Randall está inmóvil.

–Hazlo –ordena Skeetah a *China*.

Las orejas de *China* están aplanadas como si tuviera cuchillos de plástico pegados a la cabeza y su boca está húmeda y rosada como el pollo crudo, solo que sin hueso. Está temblando; sus músculos caen presa de todo tipo de espasmos. Está temblando de arriba abajo; Skeetah y ella están ahora a la misma altura y no hace caso del cachorro rojo tierra, que rodea su bol, zangoloteando en busca de leche. Este es el cachorro que es una réplica del padre, de *Kilo*; el más gordo, el mejor alimentado, el bravucón. El que rebosa una promesa de vida. Cuando al fin se les abran los ojos, creo que los suyos serán los primeros en hacerlo.

El tractor está al ralentí y el motor gira, suena como si se fuese a mover.

–¡No lo hagas! –Papá grita a la vez que tira, pero sus resoplidos se comen el «No»; y no sé qué habrá oído Randall, pero afloja el freno, mete la marcha y el tractor se impulsa con suavidad–. ¡Para! –grita papá. Está tirando en sentido contrario, su mano enganchada al alambre, y retuerce con tanta fuerza que su brazo parece una soga larga.

El cachorro rojo se arrastra sigiloso, rodea el bol de *China*, le olisquea la teta. *China* se revuelca, se levanta. El ruido sordo del tractor es su gruñido. Tiene las patas estiradas, la cabeza alzada. Skeetah se echa hacia atrás. El cachorro rojo se acerca a *China* con movimientos ondulantes; un ácaro gordo. *China* muerde, cierra la mandíbula sobre el cuello del cachorro como cuando lo coge, pero aquí no hay ni rastro de ternura. *China* no es más que un par de ojos blancos. Está masticando. Lo está zarandeando como si fuese un neumático tan gastado que Skeetah no tiene por dónde cogerlo.

–¡Para! –chilla Skeetah–. ¡Para!

Randall mete la marcha y luego cambia a la marcha de aparcar, pero el montículo sobre el que está el gallinero impide que el tractor avance con el motor en ralentí.

–¡No! –grita papá.

Papá suelta la mano. Está manchada de gasolina. Se la lleva al pecho. Tiene la camiseta bañada en gasolina. La mandíbula, caída. Camina hacia la luz del cobertizo. La gasolina de su camiseta se vuelve roja. El sonido que sale de su boca abierta es como un gruñido.

–¡No! –grita Skeetah.

La sangre de la camiseta de papá es del mismo color que el cachorro carnoso que hay en la boca de *China. China* lo lanza lejos. Cae con un ruido sordo sobre la chapa y resbala. Randall llega corriendo. Big Henry se arrodilla con papá en la

tierra; ahí, cortados de cuajo como troncos de árboles caídos, están los que eran los dedos corazón, anular y meñique de la mano izquierda de papá. La carne de los dedos es roja y húmeda como los labios de *China*.

Skeetah se arrodilla en la tierra, buscando a tientas el cachorro mutilado; su cabeza y sus hombros chocan contra bidones metálicos, cajas de herramientas, viejas motosierras.

–¿Por qué lo has hecho? –llora Skeetah.

–¿Por qué? –les murmura papá a Randall y a Big Henry, que están de pie a su lado; la sangre le cae a chorros por el antebrazo. Le están apretando la muñeca, intentando contener la sangre. Skeetah aporrea todos los metales que va encontrándose. *China* tiene la boca sangrienta y los ojos brillantes como Medea. Si *China* pudiese hablar, esto es lo que me gustaría preguntarle: «¿En esto consiste la maternidad?».

Día séptimo:
Perros de pelea y hombres de pelea

Íbamos demasiados en el coche de camino al hospital. Papá, con la mano envuelta en una toalla rojo floreciente, iba sentado en el asiento delantero. Conducía Big Henry. Junior, Randall y yo íbamos en el asiento de atrás, el olor a sangre como el del Golfo en marea baja. Y además olor a perro, como si *China* estuviese apalancada en medio del asiento del conductor, lamiéndose los bigotes con la lengua ensangrentada y hociqueando al Skeet ausente. Con su respiración quejumbrosa, papá sonaba como una versión ampliada de los cachorros. Me pregunté si se daría cuenta de esto a través del dolor. Su cuello era nervudo y largo como el de un pavo guisado. Fuimos al hospital por el interior, a través de kilómetros y kilómetros de bosque, pasando por casas solitarias como comadrejas en la oscuridad que los faros del coche atrapaban a medias para después soltarlas. Junior me dejó que le cogiera la mano. Al llegar al hospital, Randall y Big Henry, medio a rastras, medio en brazos, pasaron a papá por las puertas para entregárselo a unos camilleros que parecía que nos estaban esperando, y ellos le sentaron en una silla de ruedas. Nos quedamos en el vestíbulo. Los camilleros trajeron a papá con nosotros. Se marcharon y nos dejaron susurrando con la enfermera de admisiones del turno de noche, que asomó por detrás del mostrador con un uniforme rosa con corazones rojos, Crocs rojos y una tablilla sujetapapeles en la mano. Papá se echó hacia delante en la silla de ruedas y la sangre le cayó por el muslo como un arroyo famélico, dejó el asiento calado; la enfermera empezó a hacer preguntas, y mientras papá, con la cabeza bamboleante, se enderezaba, le miró y vio su mano. La enfermera tenía un hueco entre las dos paletas, como mamá. Se encajó la tablilla debajo del brazo, agarró los mangos de la silla de ruedas, preguntó cómo se llamaba papá. Randall iba respondiendo mientras la enfermera se llevaba a papá y él los seguía.

Junior cayó dormido en la silla y se desplomó sobre Big Henry, que estaba encorvado con los codos apoyados en las rodillas, frotándose las manos para quitarse la sangre. La sangre se volvió rosa y se extendió por su piel como una medusa. Tres sillas más allá había una pareja blanca; el hombre era calvo, con unos pelillos ralos como pelusas de diente de león alrededor de las orejas, y la mujer, pelirroja, con una permanente de rizos finitos bien tiesos, como se les suele poner el pelo a las mujeres blancas entradas en años. La ropa que llevaban estaba limpia y tenía los bordes planchados y descoloridos. Cada pocos minutos, la mujer frotaba

el crucifijo de oro que llevaba sobre el pecho, y el hombre se quitaba las bifocales de montura de plata y las limpiaba. Se pasaron todo el rato que estuvimos allí escudriñando la recepción, sin volver un instante la mirada hacia Big Henry y sus manos, hacia los pies de Junior, que daba patadas dormido como si soñase que se caía, hacia mí. Me preguntaba a quién esperarían, pero no llegué a enterarme porque vino a buscarlos una enfermera y desaparecieron. La sala de espera estaba limpia y desvaída de tanto fregarla; olía a ozonopino, café y fatiga.

Cuando Randall y papá salieron por el largo pasillo, eran las tres de la madrugada. Bajo las luces, Randall parecía mayor que papá, y papá tenía los ojos vidriosos como si estuviese borracho, claros y brillantes como las garrafas de cristal que yo había llenado de agua, pero no estaba de mal genio. Iba pegado a Randall, arrastrando los pies; su mano, envuelta hasta la muñeca con gasa y esparadrapo, parecía un nido de polillas de oruga ovillado en un árbol de pacana, un hilo de larvas comiéndose las maduras hojas verdes de debajo para estallar en un aluvión de alas negras en el calor sofocante del otoño. Solo que la mano de papá no surgiría entera y temblorosa. La mano de papá no serían las polillas sino las ramas peladas, como huesos, que quedan bajo la cáscara.

Ahora, papá duerme. No ha dormido hasta tan tarde desde la semana después de morir mamá, cuando me lo encontraba junto a la mesa, sobre el sofá, a un lado de la pila del baño, en el pasillo, el torso sobre el umbral, las piernas fuera. Dondequiera que estuviese había latas y botellas, sobre todo de cerveza, desperdigadas a su alrededor como versiones reducidas de sí mismo. El sol asoma por encima de las copas de los árboles, cayendo a raudales sobre el pequeño claro que rodea la casa. Los ventiladores están todos soplando en las ventanas, así que la casa zumba como si estuviese viva. Big Henry duerme en el sofá. Randall ronca en su habitación. La puerta de papá está cerrada. El gallinero sigue en pie con tres paredes; el tractor lo toca ligeramente como si le ofreciese un hombro recio, con músculos de goma, donde apoyarse. Junior está viendo una reposición de *Arcoíris de lecturas*, el volumen tan bajo que apenas si se oye por encima de los ventiladores. No lo sube.

Anoche dejamos a Skeetah en el cobertizo. No vino corriendo con nosotros al coche. Cuando volvimos a casa, dormía en su cama en la habitación que comparte con Randall, arrebujado en su sábana, así que solo vi un bulto. Aún llevaba los zapatos, que sobresalían por debajo de la manta como las cerdas de un cepillo de dientes. En lugar de la cortina había arrastrado una pieza de chapa que había rescatado, probablemente del tejado de mamá Lizbeth y papá Joseph, para encajarla en la entrada del cobertizo. *China*, tumbada en la tierra y atada con la cadena al esqueleto medio devorado de un coche, era un bulto blancuzco como la masa de galletas. La había separado de los cachorros. Al despertarme esta mañana, Skeetah se había marchado. Y *China* también.

Papá está recostado sobre unas almohadas cuando entro a su dormitorio, precedida de un bol de sopa de fideos y pollo que llevo cogido con un agarrador y que se sale un poco por los bordes. Está comiendo galletitas saladas de una en una; primero se las coloca entre los labios y después las impulsa hacia dentro. Cuando mastica suena como papel de cuaderno arrugado. Dejo el bol y la cuchara sobre la mesilla de noche, que está abarrotada con un vaso de agua del grifo, una lata de Budweiser que le sirve de cenicero y las medicinas contra el dolor y las infecciones. Su brazo descansa sobre una colina de mantas viejas y cojines de ganchillo que Randall amontonó anoche. Papá está viendo la pequeña televisión en blanco y negro que hay encima del ancho tocador con espejo de enfrente de la cama. Papá no ha cambiado nada desde que murió mamá: hay unos pequeños candeleros de cristal con largas velas color melocotón encajadas a presión, y dos ramilletes de flores artificiales en unos floreros achaparrados que parecen copas colocados por mamá a ambos extremos del tocador. Hay fotos de nosotros, polaroids que mamá encajó entre el cristal y el marco del espejo. En un marco hay una foto de ella con papá, los dos de pie, pegados los torsos. Tiene las manos apoyadas en los hombros de papá, el pelo bien planchado y alisado hacia atrás, un vestido con un corte delantero que muestra su clavícula, tan densa, bruñida y hermosa como un pomo de bronce. Sonríe sin abrir la boca. Papá no sonríe nada, pero le rodea la espalda con las manos, y su cabeza tiene la misma inclinación seria y orgullosa que la de Skeetah cuando se pone al lado de *China* en las peleas de perros, luciéndola antes de que empiecen la rebatiña, los ladridos y los dientes cortantes.

–Mueve la antena –dice papá. Su voz suena seca como la galleta. Se inclina, coge una bandeja de mimbre que hay junto a la cama y se la coloca cansinamente sobre el regazo. El bol se tambalea en su mano izquierda. Al dejar la sopa, derrama un poco sobre el agarrador.

Solamente hay interferencias. Cojo la antena derecha, tiro hacia arriba.

–Hacia abajo –dice papá.

El ventilador de la ventana no mete nada de aire en la habitación. Cada día parece más caluroso que el anterior. Agarro la antena izquierda, separo una antena de la otra como un hueso de la suerte.

–Ya está.

«–Katrina ha tocado tierra en Florida… a muchos kilómetros de Miami. –Son las noticias locales. La mujer del tiempo está hablando con el presentador y señala a la pantalla interactiva que tiene delante, pero la televisión es tan antigua y la resolución, tan mala que el mapa parece cemento, y la tormenta, una mancha de aceite.

»–Las primeras informaciones apuntan a que habría varias personas fallecidas. ¿Tiene alguien… idea de dónde… proyección de la tormenta? –La voz de Mike suena ecuánime y fluida cuando la pillamos a través de las interferencias.

»–… no está claro. Por ahora es una tormenta de fuerza uno…, podría amainar… podría cambiar. –La mujer tiene el pelo claro; puede que sea rubia.

»–Y entonces ¿qué les aconsejarías a nuestros oyentes que…, Rachel? –La tele gime una interferencia, así que separo más las dos partes de la antena.

»–… se preparen lo mejor que puedan para la tormenta. Katrina está en… si no se debilita… avanza hacia el noroeste, también deberían prepararse… el gobierno dará órdenes para una evacuación obligatoria.

»–Y esto ¿qué significa?

»–Significa que nuestros espectadores pueden… preparativos para permanecer en sus hogares durante el huracán, sino que quizá deberían empezar a… una posible evacuación». –Parece que Rachel está sonriendo.

–No veo, Esch.

Me aparto. Mike se vuelve hacia la cámara.

«–… carreteras estarán abiertas para la evacuación. Es mejor salir más temprano… horas… en un atasco.»

–Sigues en medio –dice papá. Sopla la sopa y la remueve con la cuchara, pero no come, sino que deja caer la mano buena detrás de la bandeja, sobre su regazo.

Mamá sonríe serenamente desde la foto. Ni se imagina que tres años después estará muriendo desangrada en la misma cama en la que ahora está tumbado papá con tres dedos menos. En una de las polaroids, estoy bailando en la cocina. Es en una de aquellas fiestas que daban mamá y papá, en las que los amigos de papá, y un par de los de mamá, se reunían a beber cerveza y a comer ostras y patatas fritas, bien doradas en el mismo aceite, el mismo limo, la misma sal. Mamá enchufaba el radiocasete de la cocina, ponía cintas de Bobby «Blue» Bland, Denise LaSalle y Little Milton, y yo bailaba mientras la gente aplaudía y se reía con los espasmódicos movimientos de mis manos, todos sudando en la cocina. Mamá decía: «Esta es mi niña, mi chica bailona», y yo daba más patadas o agitaba más los brazos. La música me dejaba para el arrastre. Ahora me miro y miro a mamá, miro a Randall saltando y miro los ojos oscuros y la mueca de Skeet, que en la foto tiene toda la pinta de tener lombrices, y me cuesta resistirme a coger las fotos del espejo, llevármelas a mi habitación y tenderlas sobre mi cama para intentar descifrarlas, para encajar unas con otras como un rompecabezas gigante.

«–Preparativos… llave». –dice Rachel.

Cierro la puerta de papá.

China está ladrando sin resuello. Cada vez que aspira, espira con un ladrido sordo y fuerte como una bofetada. El sonido se proyecta por el bosque. Sentada en los escalones de atrás, la oigo como si se estuviese acercando, pero no la veo aparecer acompañada de Skeetah. Solamente está el día; más caluroso que el anterior, denso como el agua a punto de hervir. *China* se atraganta. Hay otros

perros; en el bosque que hay cerca de casa, al otro lado del Hoyo, al final de la calle sinuosa y comida de grava, y ladran con ella. La rodean como un coro. Sus voces chisporrotean por el cielo, en todas partes a la vez. Por ahí fuera, lo sé, está Skeetah entre todos estos perros, tirando de ellos. Es la mano que agarra la correa. Es la palma de la mano. Flexiona y vienen, afloja el puño y se diseminan por la tierra roja, los pinos, los arroyos, los robles. Aúllan. Tosen.

China suelta un grito enorme, y callan todos a una.

El partido de Randall es hoy. Limpio el espejo del baño con la palma de la mano y el cristal se resquebraja por los bordes, la superficie reflectante, descascarillada como si fuera purpurina. Me unto las manos de aceite y me las restriego por el pelo, que al relajarse forma tirabuzones. Cojo dos horquillas que dejó mamá en un estuche de plástico debajo de la pila, me las engancho por detrás de las orejas y el pelo me enmarca la cara como una almohada. Junior está cantando con la televisión; las palabras, indescifrables, y su voz, más aguda que la de una niña. Sonrío, vuelvo la cabeza hacia la derecha, hacia la izquierda. Este es mi aspecto, pienso. Esta es la mentira. Skeetah es un olor antes de que le vea: el sudor aceitoso de los perros, las pinochas verdeando y un hedor a sucio, como la leche cuando lleva demasiado tiempo al aire en una cocina calurosa. Se queda en la puerta. Me doy vaselina en los labios, froto el uno contra el otro, intento que queden brillantes.

–¿Qué ha sido ese ruido?

–¿De qué hablas?

–*China*, que está ladrando como una loca.

Fuera, Randall está driblando. Le veo por la ventana lanzando el balón a canasta, tirándolo contra la casa cuando rebota, cogiéndolo, tirándolo otra vez. El sol cae a plomo, derramándose sobre el claro en el que se entrena. Randall está calentando. El balón no está del todo inflado, así que cada vez que lo toca suena más bien como una bofetada.

–Nada.

El cuello de la camiseta de Skeetah está dado de sí como un babero. Lo mira, sacude la cabeza, lo coge con ambas manos y tira. La camiseta se rasga. El pelo que acaba de brotar en su cabeza pincha como el velcro.

–Pues no parecía que no fuera nada.

La camiseta es negra, así que lo mojado es sudor. No puede ser sangre. Me habría dado cuenta. Skeetah suelta la camiseta, que cae con un bofetón húmedo sobre las losetas. El olor a Skeetah se desplaza por la habitación como el humo que sale cuando arden hojas mojadas.

–Se olvidó.

–¿De qué se olvidó?

–De quién era yo, ayer.

–Querrás decir que se olvidó del cachorro, ¿no?

Randall atrapa el balón cada vez que rebota en el tablero y vuelve a lanzarlo. No deja que toque el suelo. Impide una y otra vez que haga ese ruido sordo como de algo que se desploma. Estira las comisuras de los labios, sonriente.

–No. Se olvidó de mí.

Skeetah se inclina, abre el grifo de la bañera, levanta el gancho de la ducha. El agua pulverizada sale fría, una fina bruma.

–¿Hasta cuándo vas a tener a *China* con la correa puesta?

–Lo que haga falta. –Skeetah aparta sus zapatos a patadas, una vez, dos–. Todo lo que haga falta. –Se quita los calcetines como si pelase un plátano, y el olor que despiden es olor a podrido. Me sube un escalofrío por el estómago.

Big Henry se ha subido al capó de su coche. Marquise está sentado a su lado, doblado casi por la mitad de manera que parece un cangrejo, y no se le ven más que la espalda, los brazos y las piernas mientras lía un porro sobre el metal azul. *China* está delante de Big Henry, su lengua cuelga rosada y recta como un signo de exclamación. Sonríe y acto seguido hace una mueca, así una y otra vez; tiene dos caras. Sobre el rosa del Hoyo de su pelaje hay una capa de marrón sucio, que le graba las líneas de los músculos en el hombro, en el anca y en el lomo con la nitidez de un rotulador. Big Henry se echa a un lado, inclinándose ligeramente como si fuese a echar a correr. Me meto las manos en los cortísimos shorts, me miro las deportivas que he restregado para dejarlas lo más blancas posible: color hueso, un crema sucio como el de las claras de huevo con pimienta. Big Henry se aleja de *China*, que vuelve a hacer una mueca. Me siento cerca del parabrisas de Big Henry, al otro lado de Marquise, que se mueve para hacerme sitio.

–¿Crees que estará listo?

–¿Quién? –dice Marquise.

–Que a ti no te digo, so bobo. –Big Henry se ríe y se muerde la lengua a la vez que nos dirige una mirada furtiva a *China* y a mí.

–¿Te refieres a Skeetah? –pregunto. Big Henry niega con la cabeza por encima de Marquise, que sigue mezclando, seleccionando y midiendo meticulosamente a la vez que mueve la espalda al compás.

–A Randall.

En estos instantes, es probable que Randall esté apretujado en el cuarto de baño con Skeet, diciéndole entre dientes que se dé prisa en salir de la ducha o lavándose con un trapo y jabón delante de la pila, dejando chorretones por toda la encimera, por el suelo, por el váter, pasando de Skeet, seguramente pensando en el partido. Hace años que es demasiado alto para lavarse dentro de la pila.

–Es rápido. Enseguida estará listo.

–Me refiero a si estará listo para el partido. –Entonces Big Henry sonríe un poco, nada más que un hoyuelo en la comisura de los labios.

–Ah. –Asiento con la cabeza, la cara me arde–. Lleva todo el día entrenando. Seguro que lo está. –El sudor me deja resbaladiza la parte de atrás de los muslos; me escurro por el metal como el barro por las laderas cuando llueve mucho, y me freno lenta, pegajosamente contra la espalda de Marquise.

–Vaya, Esch, no sabía que me tuvieras tantas ganas. –Marquise se da la vuelta y dibuja una sonrisita sin dejar de chupar el porro para cerrarlo. Me guiña un ojo, los bordes de su lengua, blancos por los pedacitos de papel de liar que se pelan y se quedan pegados como si fueran comida. Conozco ese guiño, esa sonrisa. Así fue como sonrió nada más acabar la última vez que nos enrollamos, hará más o menos un año, mientras se limpiaba de espaldas a mí; echó esa sonrisa como sal por encima del hombro. Agarro la juntura donde se une el parabrisas con el capó, y me aparto de él para que no nos sigamos tocando. No me gusta su sonrisa.

–Déjala en paz, Marquise.

–Solo la estoy jodiendo un poco.

–Hace demasiado calor para que jodas a nadie.

Me deslizo por el lado del coche, me quedo de pie, bajo la vista y tiro de los pantalones cortos para que no se me arrebujen en la entrepierna y me delaten. Cuando al fin levanto los ojos, Big Henry me está mirando con la misma semiintensidad aturdida con que antes miraba a *China*, fijamente pero como pensando en otra cosa a la vez. Me encojo de hombros, y luego, cuando me doy cuenta de que no me ha preguntado nada, me vuelvo a encoger de hombros.

–Voy a por Randall. –Empiezo a andar y después echo a correr a trompicones. Noto que me miran.

Cuando nos vamos al partido, papá está durmiendo. Dejo una taza llena de agua y un paquete de galletitas saladas en la mesilla de noche y arrimo los frascos de las medicinas para que le sea más fácil cogerlos. Duerme con la boca abierta, la cara, flácida por la medicación, y babea. Mientras que las caras de dormir de Junior o de Randall son aniñadas, gordas y tersas, la cara dormida de papá es la de Skeetah: el ceño fruncido, la piel tirante: la cara paralizada en plena pelea. Desde el tocador, mamá me lanza una mirada radiante, sus manos acariciando a papá, sonriente.

Me alegro de ir en el asiento trasero del coche junto a la ventanilla, con el huesudo culo de Junior retorciéndose en mi regazo, Skeetah en medio dando caladas al porro, Marquise a su lado en la otra ventanilla, opaca a través de la humareda. La cabeza de Big Henry podría ser la de cualquier otro chico bajo la gorra de béisbol, y Randall se apoya en el reposacabezas, los ojos cerrados, completamente quieto a excepción de sus párpados, que saltan como libélulas. No

me parece que esté soñando. Junior cambia de postura, y le abrazo fuerte; es mi escudo.

El partido de la liga de verano es en el gimnasio de la escuela primaria de St. Catherine. La señorita Dedeaux nos contó una vez que la escuela primaria fue en tiempos la escuela negra del distrito, antes de que se pusiera fin a la segregación racial en las escuelas en 1969, después del último gran huracán, cuando la gente estaba demasiado cansada encontrando los cadáveres desarraigados de sus familiares, enterrándolos de nuevo, durmiendo sobre plataformas que habían sido los cimientos de sus casas o debajo de carpas, y recorriendo kilómetros y kilómetros en bici o a pie en busca de agua fresca y comida como para seguir oponiéndose a la ley que prohibía la segregación. Papá fue a esta escuela cuando era solo para negros, y mamá también. En una de las noches de blues de papá y mamá, después de bailar tanto que me temblaba todo el cuerpo, mamá contó la historia de cómo se conocieron, que papá siempre le estaba tirando del pelo en el pasillo, burlándose de sus trenzas de niñita cuando lo demás estaba tan desarrollado, y de cómo un día se dio la vuelta y le atizó tan fuerte en el pecho que a papá se le cortó la respiración. Entonces ya no volvió a tirarle del pelo, y pasó a dejarle regalos en el pupitre: trocitos de dulce de pacana que robaba a su abuela, nueces de pacana enteras envueltas en papel de periódico, moras cubiertas de polvo de la cuneta, recalentadas por el sol, chorreando zumo negro. Así empezaron.

Ahora hay galerías de arte provisionales, hechas con papel de embalar y cinta adhesiva, a lo largo de la pared que hay pegada a la puerta. Se agitan con el viento que mueve el ventilador industrial, y en el puesto de los refrescos una mujer con cabello ondulado, un diente de oro y labios del color de las azaleas arquea las cejas al ver a Junior, que cuando pasamos por delante va arrastrando los pies. Los lunares se funden con las pecas formando un desaliñado pintarrajo en su cara. Sobre la mesa de tijera hay bolsas de patatas fritas dispuestas en filas, una contra otra, de manera ordenada y regular. Agarro los huesudos hombros de Junior y voy empujándole hasta lo más alto de las gradas, donde nos sentamos.

El interior del gimnasio está oscuro, las vigas de acero del techo, perdidas en una húmeda neblina que parece un cielo cubierto; hace más calor aquí, en lo alto de las gradas. Big Henry se ha sentado al lado de Marquise, que está apoyado en un codo con aire desgarbado y trata de sonsacarle una bebida isotónica. Randall ya está entrenando en la cancha, pasando el balón a sus compañeros de equipo, que se cruzan y descruzan y hacen ganchos, que lanzan rebotes como arcos perezosos. Skeetah se arrellana en la tribuna hasta que toca el suelo con el culo, despatarrado, con las suelas vueltas hacia la cancha, los brazos abiertos de par en par sobre el asiento de atrás. El cúmulo de nudos que es su cuerpo se relaja. Se seca la frente con el dobladillo de la camiseta y las gotas de sudor asoman de nuevo. Asiente

lánguidamente con la cabeza. Está sonriendo, sus dientes, blancos y uniformes: hueso reluciente. Está colocado.

–Te sorprende que haya venido. –Skeetah dirige sus palabras a la cancha con la sonrisa relajada. Parpadea con solemnidad.

–Sí.

–Lo hecho, hecho está. –Skeetah se encoge de hombros; sus hombros se elevan y se asientan como plumas lustrosas–. *China* va a volver a mí. A sí misma. Pronto.

–¿Ya se los has vuelto a llevar para que coman?

–Sí. La agarré del hocico. Cada vez que movía la cabeza hacia ellos, le daba un papirotazo en la nariz.

–¿Tú crees que los otros tres cachorros van a salir adelante?

–Joder que si van a salir adelante. –Skeetah recuesta la cabeza en la grada que hay detrás de sus hombros. Traga, y su nuez se desliza como un ratón por el gaznate de una serpiente–. Esto no va a poder conmigo.

Junior me está dando golpecitos en la pierna, tamborileando en morse.

–¿Esch?

–Venga, ve. Y no te acerques al puesto de los refrescos.

Junior me dirige una sonrisa en la que faltan varios dientes, y luego se la traga para que parezca que se puede confiar en él.

–Y tampoco intentes robar nada.

Junior suelta un gritito, torciendo las comisuras de los labios a modo de súplica.

–No.

–Toma. –Big Henry se mete la mano en el bolsillo, la ahueca y coge calderilla como si fueran canicas. Suelta las monedas en la mano ahuecada que le tiende Junior, y Junior baja saltando por las gradas. La camiseta se le hincha por detrás como una bandera fofa.

–No da ni las gracias. –Marquise se acaricia las trenzas.

–¡Gracias! –grita Junior.

Big Henry apoya los codos en las rodillas, pone gesto de resignación. Encorvado, su cara es una sorpresa que surge de la ancha hondonada de su espalda. Me echa una mirada y es como si me hubiese pasado el dinero a mí, como si lo hubiese soltado en mi mano igual que el terroso dulce de pacana, las harinosas pacanas, las moras ennegrecidas por el sol. Skeetah, parpadeando, los ojos entornados, contempla el partido, en el que Randall y sus compañeros de equipo ya están bañados en sudor, brillando oscuramente bajo la tenue luz como la piedra empapada de lluvia que bordea la barrosa playa del hoyo. Big Henry se lo pregunta al aire que tiene delante, pero todos saben a quién le está hablando.

–¿Quieres algo?

Qué distintas son sus manos de las de Manny, qué grandes; y pausadas como las gavillas de las raquíticas palmeras que se ven por la playa, impropias del Golfo del

Misisipi, cuando se resisten al pujante viento que amaina al pasar por las islas barrera.

–No –digo. Tengo que ir al servicio.

Voy sorteando grupos de chicos y chicas, algunos de mi colegio y otros de Bois Sauvage y St. Catherine, hasta que llego al pie de las gradas. Aun así, el gimnasio no está ni medio lleno. Los padres, seis o siete en total, y sus hijos pequeños ocupan solamente la primera fila. Las chicas dan palmetazos y se deslizan por los bancos sin levantarse; los chicos llevan camisetas blancas, camisas sin mangas, gorras, shorts de baloncesto. Hay risas, gritos estridentes. Están todos coqueteando, diciendo con golpecitos, bromas y rubores lo que les gustaría hacer en privado.

En la cancha, Randall ya ha empezado a pestañear para quitarse el sudor, que le ciega. La camiseta se le pega a los lados, apretada como un capullo. Salta para coger un rebote, se alza entre el montón de jugadores, pero le rodean enfadados y cae. El árbitro pita y Randall avanza hasta la línea de saque, botando sobre las punteras. Es como si ninguna parte de él tocase nada: la cancha, el balón, la camiseta a la que da tironcitos para que respire la piel. Es una grulla del *bayou*, posándose sin hundirse en el negro pantano antes de levantar el vuelo.

–Disculpada estás.

Menuda impresión cuando me tropiezo con él. Es robusto, macizo, con el tipo de pecho que se les pone a los hombres cuando la mole de músculos empieza a reblandecerse. Su fresca marchitez tiene un toque rojizo en el marrón, que se ilumina cuando, ladeando la cabeza hacia mí, atrapa la luz que entra por la puerta. Lleva un grill de oro, el mismo grill que tenía el día en que Skeetah y él aparearon a *China* y a *Kilo.* Abre más la boca, y las letras son joyas bruñidas por la saliva, una por diente, y troqueladas en el oro: R-I-C-O.

–Disculpa.

Manny está tras él, a un lado. Viste de azul; Shaliyah, Rico y él deben de venir de la peluquería, porque se ha cortado tanto los rizos que ahora solo tiene ondas negras; pero su rostro resalta sin el marco del pelo, y es hermoso: la nariz pronunciada, la mandíbula que desemboca en un hoyo donde hay una reciente señal morada, la cicatriz brillante de su rostro que hace que el resto de su piel se vuelva aún más intenso. Hace un gesto con la cabeza, sube una ceja como diciendo «qué pasa» con esa desenvoltura de los chicos cuando se saludan entre ellos. El gesto va dirigido a mí. Shaliyah está a su lado con sandalias y minifalda, toda ella curvas y turgencias como una carretera llena de rodadas pulida por la lluvia. Lleva pendientes, pulsera y collar de oro incluso aquí, donde no tenemos que pagar para entrar.

–¿Qué tal? –dice Rico; pasa escopetado por delante de mí y yo me pego al borde

de la cancha. Manny tira de la mano de Shaliyah y siguen a Rico. Me abro camino por una corriente de chavales, todos de la edad de Junior o menos, que están en la puerta intercambiando caramelillos que chupetean del envoltorio, patatas fritas con sabor a queso y refrescos de colores neón a los que han raspado las etiquetas con sus deditos huesudos. El cuarto de baño está por detrás del gimnasio, en otro edificio más pequeño, y voy corriendo.

El baño está oscuro, más oscuro aún que el gimnasio, y es pequeño, con un solo lavabo y dos retretes verde oscuro. Las paredes son de hormigón gris. Me meto en el retrete más alejado de la puerta, la tranco, meo en cuclillas, tiro de la cadena y limpio el asiento, y después me siento sobre la taza, que parece una silla de lo estrecha que es. Meto la nariz entre los muslos y respiro. Mi barriga y mi camiseta, arrebujadas, son como una almohada encajada en mi regazo. Ojalá me la pudiera sacar. Me arden los ojos. En el interior de mi pecho se balancea un machete de izquierda a derecha, de arriba abajo, rompiendo lo vivo, abriendo a su paso una senda carnosa llena de cosas verdes que gotean. Noto la cara mojada contra mi pierna. Así me quedo hasta que termina, hasta que el tictac del váter cesa, la puerta se abre con un chirrido y el machete para, oliendo a savia y a metal.

Me enjugo la cara con la camiseta, abro el retrete y allí está él, cerrando la puerta de fuera, sellando la oscuridad.

–Este es el de las chicas –digo débilmente.

–He estado pensando en ti –dice Manny, y nada más decirlo ya me ha vuelto a meter en el retrete de un empujón, lo ha cerrado, me ha cogido de los brazos y nos ha dado la vuelta a los dos para sentarse sobre el váter. Se baja la cremallera del pantalón, y le agarro la polla lo bastante fuerte para que le duela. Quiero que le duela. Ni se inmuta, concentrado como está en mi pantalón aflojado. Tira de mí para ponerme a horcajadas sobre él, y ya está dentro. Fácil, húmedo. Me agarra los hombros, tira fuerte, se echa hacia atrás, vuelve a tirar de mí, su cara en mi pecho. Es la primera vez que me agarra por encima de la cintura, que mantiene un rato las manos cerca de mi cara. Que me toca–. Espera –dice, y nada más decirlo ya me está obligando a levantarme, quitándome el short y las bragas, abatiéndome de nuevo sobre él. La ropa se me engancha en un tobillo, cuelga como si estuviese mal tendida en una cuerda. Nunca lo habíamos hecho así. Sus manos me cogen el culo y trata de mirar abajo, de ver, pero nos quedamos cara a cara. El sudor se le acumula en el nacimiento del cabello, queda atrapado en los surcos rojos que ha dejado la maquinilla, como rastros de hormigas, en la parte superior de su frente. Hace una mueca y mira hacia abajo, para otro lado, por encima de mi hombro, al techo.

Le agarro la cara.

Debajo de mis manos, su mandíbula, recién afeitada, parece la lengua de un gato.

Mis dedos son negros como la corteza de los árboles en contraste con su piel más clara.

Me va a mirar.

Se encoge de hombros, tuerce la cabeza. Da coletazos como un pez atrapado. Meneo las caderas. Es demasiado dulce.

Me va a mirar.

Resopla, baja la cabeza y la hunde en mi hombro. Tiro con fuerza, y mis manos se deslizan por su cara. Agarro de nuevo.

Me va a mirar.

Con los ojos cerrados, gruñe mientras se agarra a mis costados sudorosos. Ninguna de las chicas a las que conozco tiene las pestañas tan largas. Son preciosas. Los pulgares de sus largas manos me aprietan el estómago para tirar de nuevo, pero de repente tropiezan. Vuelve a apretar con fuerza: mi barriga devuelve el empujón. Baja la mirada y la vuelve a subir, a mis ojos: lo que siempre he querido, aquí. Está mirando. Me está viendo, y sus manos me están rodeando para sentir la curva de melón, la hinchazón que es más que hinchazón, la grasa que no es grasa, el bebé en ciernes, y sus ojos son tan negros que son negros del todo, y son una noche sin estrellas. Todo lo que siempre he querido. Lo sabe.

–¡Joder! –grita Manny, y nada más decirlo me empuja para zafarse de mí. Me choco contra la puerta, ausente ya la áspera lengua de gato que es su rostro, y agarro acero, aire, nada. El cuarto de baño huele a la sal del barro de las marismas, a renacuajos muriendo en bajíos cada vez más secos, y se está subiendo la cremallera y abriendo la puerta, aplastándome contra la esquina del retrete, dejándome plantada en medio del oscuro cuarto de baño, con las piernas goteando, los pechos en plena floración dolorosa, una de las horquillas de mamá colgando de un mechón de pelo antes de caerse al váter y perderse en la espumosa mugre de la taza. Me seco, tiro de la cadena, me quedo mirando el giro espiral del agua, una tormenta bebé, mientras se va tragando la horquilla hasta hacerla desaparecer.

He cruzado el umbral del baño tres veces, y cada vez que pienso que ya he llorado bastante, que puedo volver al partido y sentarme con mis hermanos como si no hubiese pasado nada, los ojos me empiezan a gotear y el pecho me quema; arde más que el luminoso aire lleno de abejas que se adormilan entre los mirtos, y tengo que volver al baño. Me meto en el otro retrete, subo los pies, me pongo en cuclillas sobre el váter. Aplasto la cara contra mis rodillas saladas. Cuando consigo respirar, salgo del retrete para echarme agua fría en la cara, pero mis ojos siguen rojos y mis párpados hinchados en el espejo grotesco. Y entonces pienso que Manny me ha visto y que se ha apartado de mí, de lo que llevo, arrancándome de las manos su rostro de oro quemado, y ya estoy llorando otra vez por lo que he sido, por lo que soy y por lo que seré; otra vez.

–Esch, ¿estás bien?

–Estoy bien.

–Me ha dicho Big Henry que venga a echarte un ojo. Ya le he dicho que no quería entrar al baño de las chicas, pero dice…

–Ya voy. Espera un segundo.

Al menos mi cara está seca. A lo mejor solo piensan que voy colocada. Quiero que Junior vaya por delante de mí cuando rodeamos el edificio para volver al gimnasio, así que camino despacio; pero entonces él camina más despacio para no dejarme sola, y tardamos diez minutos en dar la vuelta hasta la entrada principal.

–¿Estás bien, Esch? –pregunta Junior.

Unos aplausos desganados salen revoloteando como pequeños murciélagos nocturnos. Algún que otro grito de ánimo. Suena a vacío.

–Sí. –Estoy respirando por la boca. En el servicio lloré tanto que me entraron náuseas. Los críos se arremolinan en torno a la puerta del gimnasio como nuestras gallinas, y supongo que Junior se irá corriendo con ellos, que me dejará y podré entrar disimuladamente al gimnasio yo sola, pero no. Engancha el brazo a mi codo como si me escoltase, y yo mantengo la cabeza gacha y los ojos entornados de modo que solo veo piernas anónimas, calzado deportivo y pies enfundados en sandalias doradas mientras Junior me guía por las gradas. Sorteamos a Big Henry, nos sentamos detrás y a un lado de Skeetah; aquí arriba, en la oscuridad, Junior y yo somos los que más alejados estamos de la muchedumbre y de la cancha. Solo una vez sentada me doy cuenta de que Manny, su chica y Rico están unos pocos asientos más abajo, a la derecha. Manny está echado hacia delante, apartado de ella, como si quisiera bajar corriendo por las gradas para meterse en el partido. La camiseta le tira por los hombros, por la espalda tensa, y miro hacia otro lado.

–¿Esch? –pregunta Skeetah. Ahora está un poco menos colocado, sus ojos, un poco menos mortecinos.

–Estoy bien. –Intento que mi voz salga fuerte.

–Que le jodan a ese. –Skeetah me toca suavemente la rodilla, subraya sus palabras con un gesto de la cabeza. Es como si tocase con su mano la tristeza que hay en mí, así que aparto la rodilla, aprieto los labios. Ya quiero llorar. Me vuelve a tocar la pierna, esta vez con un dedo: suavemente, deprisa–. Que le jodan. –Esto lo escupe contra la espalda de Manny, lo bastante alto como para que Big Henry lo oiga.

–¿Qué pasa? –pregunta Big Henry. Digo que nada con la cabeza y bajo la vista.

Skeetah da un palmetazo al banco con las dos manos. Suena un fuerte eco. Rico, que estaba hablando con Manny y dándole codazos, sus manos como pájaros, se vuelve al oírlo y sonríe para enseñar su oro. Manny sacude la cabeza, pero aun así Rico se levanta, sube los escalones de dos en dos y se planta delante de mí y de Skeetah. En la penumbra, sus dientes relucen.

–Me he enterado de que tu perra ha parido a nuestros cachorros –dice Rico.

–¿Nuestros cachorros? –pregunta Skeetah.

–Sí, nuestros. Pensaba que íbamos a medias.

–Ah, ¿sí?

–¿Están sanos?

–¿Por qué no le preguntas a tu primo si están sanos?

–Quiero verlos.

–No hay nada que te interese. –Skeetah abandona lentamente su postura recostada para incorporarse. Se encorva mientras habla, los hombros combados, los músculos dispuestos.

–¿A qué te refieres?

–Ha sido la primera camada de *China*. Algunos han nacido muertos, y otros se han muerto.

–Manny dice que hay uno clavadito a *Kilo*. Ese es el que quiero.

–Está muerto. –Skeetah se pone de pie; apenas es un poco más alto que Rico, que está en la grada inferior, y abulta la mitad. Pero Skeetah ladea la cabeza, mira a Rico con los ojos entornados, y sé que no tiene miedo, que nunca tendrá miedo–. Lo mató *China* –dice, y en su voz resuena la letra de una canción. Casi lo dice cantando, regodeándose.

–Bueno, pues entonces quiero otro.

–El único que te puedes quedar ya es el canijo.

–¿Para qué coño quiero yo un canijo? –Rico suelta una risotada. Suena tan metálica y tan dura como sus dientes.

–Bueno, pues es lo que hay. Ese y uno blanco y negro. Los dos son pequeños.

Skeetah no dice nada de la blanca, de la que es un clon de *China*.

–¿Manny?

–Qué. –Manny sube hasta nosotros por las escaleras, mira a Skeetah y a Rico. No hago caso de sus ojos negros.

–¿No dijiste que Skeetah tenía una blanca que era clavadita a *China*?

–Y la tiene –dice Manny.

–¿No te parece que es un poco pronto para ponerte a reclamar uno de los cachorros de mi perra? –dice Skeetah. Está echado hacia delante, tirando de la correa–. Tienen una semana. Sabes tan bien como yo que si superan las seis primeras semanas, salen adelante. Así que hasta que no pasen seis semanas, nada de reclamar ni una puta mierda. –Skeetah sonríe y se frota los pulgares con los dedos, sus manos medio cerradas en puños como si ya le escociesen de golpear a Rico, a Manny. Sé que es a él a quien de verdad le tiene ganas: a Manny. Big Henry y Marquise se acercan con paso resuelto y tranquilo para flanquear a Skeetah.

–¿Qué pasa, que los negros de Bois Sauvage de verdad os creéis que lo podéis mangonear todo? Os voy a joder vivos.

–Venga, a relajarse todos –dice Manny–. Se pueden hacer las cosas de otra manera.

–¡Que te jodan! –La voz de Skeetah resuena cada vez más aguda, y le resquebraja la cara–. ¡Eres un hijo de la gran puta!

–¿Le vas a permitir a este tío que te hable así? Si fuera yo, le partía la…

Es lo que Skeetah estaba esperando que dijese Rico. Skeetah le da un puñetazo a Rico. Lo hace con todo su cuerpo, cae como una tromba de lluvia sobre la cara ancha y sudorosa de Rico, con la furia constante y la potencia veloz de los pequeños: feroz como *China*. Los árbitros están tocando el silbato en la cancha, y a nuestro alrededor la gente se levanta, como si hiciera la ola. Manny intenta atrapar a su primo Rico y Big Henry extiende el brazo para agarrar a Skeetah, pero Manny ya ha vuelto a empujar a su primo hacia Skeetah, le ha voleado como si fuera un balón, y Manny está dándole puñetazos a Skeetah, y Marquise está sobre Manny, y Big Henry desliza su cuerpo entre ellos a modo de barrera para que pare todo; pero entonces Rico le da un puñetazo, y ya están enzarzados, rodando escaleras abajo, rasgando la multitud como si fuera un trozo de tela.

Randall está en medio de la cancha, luchando por arrebatarle el balón al corrillo mientras un árbitro se desgañita pidiendo que cese el juego, cuando, distraído por el alboroto de la multitud, para y ve a los chicos, que bajan las gradas a golpes, a Junior y a mí cogidos del brazo, corriendo por el borde de las tribunas hacia la puerta. Randall parece perdido en la cancha, el balón, acunado en su mano caída. El otro árbitro está pitando a Skeetah, a Rico, a Manny, a Big Henry y a Marquise, que en este momento se abren camino a guantazos por un lado de la cancha mientras la multitud los saca por la puerta envueltos en esas olas espumosas que solo se dan antes de los huracanes.

–¡Lárgate de aquí, Batiste! –El entrenador de Randall le chilla: la toallita verde con la que se ha estado secando la cara chasquea como una bandera en un vendaval–. Esa es tu gente, ¿no? ¡Eres tú! ¡Estás acabado! ¡Largo!

Randall lanza el balón contra la pared del gimnasio, y rebota de vuelta a la cancha. Los jugadores que no se han quedado clavados en el sitio contemplando la pelea intentan atraparlo. Tiro del brazo de Junior, y somos los primeros en salir por la puerta; es rápido. Randall se mete de un salto en plena pelea, que ya se está desparramando por la puerta, y empieza a chillarles a todos, a insultarlos, a sacarlos uno a uno de su furia hasta que se alza en medio de todos ellos: el más alto de todos, negro como el hierro, rígido como una verja.

–¿Qué coño os pasa?

–¿Quién coño te crees que eres? –chilla Rico. Manny le tiene cogido del hombro, tira de él para apartarle de Randall.

–¡Suéltame! –dice Skeetah. Tiene la cara cubierta de pequeños arañazos como abalorios. Big Henry le agarra del brazo, y Marquise está junto a ellos respirando

pesadamente, mirando con aire de desafío–. Voy a matar a ese hijo de puta. ¡De mí no va a sacar nada!

–Mañana te voy a dejar con el culo al aire –dice Rico con sorna; le sangran los labios–. Con tu puta perra.

–Sabes perfectamente que a una perra que acaba de parir no se la puede llevar a pelear. –Big Henry da un paso hacia Manny y Rico y se tambalea sin soltar a Skeetah. Los labios de Big Henry están hinchados por un lado, abultados y húmedos.

–Ya sabía yo que por algo no me gustaba este cabrón –suelta Marquise. Tiene la frente magullada.

–Que le follen –dice Skeetah–. Que le follen. No va a quedarse con ninguno de mis cachorros.

–Skeetah –Randall se inclina hacia Skeetah, sus manos todavía en alto–, como mañana la lleves a luchar a la pelea esa y gane *Kilo*, los cachorros se morirán. Lo sabes.

–*Kilo* no va a ganar –grita Skeetah, y se da contra Big Henry, que le está agarrando con los dos brazos, abrazándole.

–No puedes –dice Big Henry.

–Mi primo viene con su perro *Bravo*. Peleará en lugar de *China*. Si gana, que te jodan –dice Marquise.

–Y ¿si gano yo? –pregunta Rico.

–También que te jodan –dice Skeetah.

Randall le da un codazo a Skeetah en el pecho, apunta con un dedo a Rico como para hacerle callar.

–Entonces te ganas un cachorro –dice Randall.

–¿El que yo elija? –dice Rico con voz ronca.

Randall mira a Skeetah, asiente despacio.

–Sí, el que tú elijas.

Skeetah niega con la cabeza.

–Que les follen –dice Skeetah.

Rico sonríe; lleva su nombre grabado en sangre en los dientes dorados.

Skeetah escupe.

–Sí –dice Randall–. Sí.

Día octavo:
Que se enteren

–¿Esch?

Junior me toca, y me doy media vuelta.

–¿Vas a ir a la pelea?

Esta mañana me he despertado dolorida.

–Skeetah dice que si tú no vas, no puedo ir yo.

Alguien me ha estado pegando.

–Está a punto de lavar a *China*.

Me han estado pegando mientras dormía.

–Skeetah y Randall se han peleado porque Randall dice que no debería llevarla. Dice que *China* no pinta nada allí.

No pienso levantarme para ir al baño. No quiero comer.

–Dice que Skeetah siempre hace el imbécil, y que siempre lo fastidiamos todo. Como su partido. Dice que ahora el único modo de ir al campamento sería que Skeetah consiguiese el dinero.

Me ovillo. Debajo de la almohada y la sábana, me ovillo en torno al dolor, en torno al secreto que se escabulle.

–Randall ha encestado tan fuerte esta mañana que ha arrancado la canasta de cuajo. Le ha obligado a Skeet a que la arregle. –Junior me da un toque en el hombro–. La ha roto. ¿Esch?

Quiero que me deje de doler.

Intento leerme entero el libro de mitología, pero no puedo. Me he quedado atascada en la mitad. Cuando suelto el libro y me seco la cara mojada y aspiro mi aliento mañanero, dispuesta a pasar la tarde bajo la sábana, aquí es donde me he quedado. Medea mata a su hermano. Al principio, su sobrino, que les habla de ella a los argonautas, la ve como una persona con poder, como alguien que ayuda a su familia, de la misma manera que yo intenté ayudar a Skeet la primera vez que *China* se puso mala a causa del Ivomec. Pero en el caso de Medea, el amor malogra la ayuda. La autora dice que hay varias versiones de lo sucedido. Una dice que miente a su hermano y le invita a subir a la nave con los argonautas mientras se están escapando, y que Jasón le tiende una emboscada. Que vio morir a su hermano, que vio con sus propios ojos cómo le rebanaban la cara igual que a una gallina: la piel rosa mudada en carne sangrienta. La otra versión dice que ella misma

mata a su hermano, que su hermano huye con ella y con los argonautas creyéndose seguro, y que ella le corta en pedacitos: hígado, molleja, pechuga y muslo, y va tirando cada trozo por la borda para que su padre, que los persigue, tenga que ir más despacio para recoger los trozos de su hijo.

Lo leo una y otra vez. Es como si Medea estuviese conmigo bajo las sábanas, las dos bañadas en sudor. Para alejarme de ella, del olor a Manny, que después de una noche y una mañana aún no se me ha ido, me levanto.

Junior está sentado en el suelo del pasillo al otro lado de la puerta.

–¿Qué haces aquí sentado?

Junior se encoge de hombros, me mira.

–Iba a salir, pero Skeetah está preparándolo todo para lavar a *China* y la casa se está llenando de barro por debajo. ¿Por qué no te despertabas?

–Estaba cansada.

–Papá ha preguntado que por qué no le has llevado nada de comer esta mañana. Randall le ha dicho que no te encontrabas bien.

–¿Le ha hecho unos huevos a papá?

–Sí.

–¿Qué hace ahora?

–Dormir. Ha estado hablando del huracán a grito pelado; dice que no se detiene, que según la mujer de las noticias viene directamente hacia nosotros. Randall le ha dicho que se calme. Se ha ido con Big Henry a la tienda a por cervezas, y después papá se ha dormido.

Junior me sigue por el pasillo hasta el dormitorio de papá. Randall ha clavado una manta sobre la ventana, la ha doblado por la mitad sobre la caja del ventilador, que zumba y deja pasar la luz. Papa duerme sentado, desplomado igual que le dejé ayer. La tele está baja, un petardo que chisporrotea. En la pantalla hay un mapa del Golfo, y Katrina gira como una peonza, como si el largo brazo de Florida acabase de lanzarla. Hay dos latas de cerveza junto a la cama; una está abierta, las dos sudan. Dejo la puerta entornada.

–¿Vas a la pelea?

Junior me toca el brazo por detrás, y me detengo a la entrada del baño. Me pellizca, le miro: los ojazos oscuros, los huecos de los dientes caídos, las largas pestañas. Abre los ojos como platos, parece esperanzado.

–¿Eh, Esch? ¿Por favor?

–¿Quién te ha cortado el pelo?

–Me lo ha afeitado Randall esta mañana. Dice que hace demasiado calor para tener pelo.

–Tiene razón. –Pongo la mano sobre su cabeza abombillada, se la sacudo.

–Esch. –Sonríe, y se parece a Skeet en la foto del dormitorio de papá. El

ambiente está pesado, pesado como el agua del hoyo.

–De acuerdo –digo–. Iremos.

Me siento de lado en el váter, apoyo los brazos en el alféizar de la ventana; es como si unos siluros me hubiesen acribillado el cuerpo y mi barriga fuese la plomada. Enfrente del cobertizo, Skeetah pone una mano bajo el agua de la manguera: hace tanto calor que sé que el agua sale hirviendo del grifo. Esperará hasta que el agua se enfríe para ella. La primera vez que Skeetah la rocía, *China* tiembla. Está de pie, las patas bien abiertas, el lomo recto, la cabeza alta. Está dando lametones al agua, y es como si jamás hubiera estado enferma. Cuando bebe de la manguera a lengüetazos, se pone coqueta como una niña con un chupa-chups. Estornuda y cierra los ojos, y una cortina de mugre empieza a caerle por los costados. Es la primera vez en varios días que la veo sin correa.

–Venga –dice Skeetah–. Te vamos a sacar brillo.

Skeetah cierra el agua, coge un bote de lavavajillas casi vacío y se lo vuelca sobre el lomo. Empieza a restregar, y el jabón se vuelve gris rosáceo. Le frota el jabón por la superficie ancha y plana de la cabeza, baja por la cara. Cuando tira del pelaje hacia atrás se le ven los dientes apretados, la afilada curva de los colmillos sobre las encías rosadas. Sus ojos son rendijas, medio cerrados de placer. Se estira entre las manos de Skeet. La está poniendo en forma, masajeándola. La nariz de *China* apunta al aire, larga y hermosa como un ala extendida. Skeetah se arrodilla ante ella, le pasa la mano por el pecho y ella le lame, feliz.

–Has vuelto a mí –dice.

–No deberías llevarla.

Randall dobla la esquina de la casa. Supongo que voy a ver un balón en sus manos, pero no. Es como si le faltase la nariz.

–Anda y bésame el culo, Randall.

–No tienes ningún motivo para estar enfadado. Yo sí.

–Es mi perra. Son mis perros.

–Estabas haciendo el gilipollas. Tenía que hacer algo.

–Que le jodan al entrenador. –*China* vuelve a sonreír al notar la piel estirada. Skeetah restriega con fuerza. Parece que *China* tiene la piel a rayas–. Y a Rico, que le follen. *China* no tiene nada de débil.

–Sigues sin pensar en los cachorros.

Skeetah abre la manguera. *China* se mueve en círculos por el agua.

–¡Quieta! –grita Skeetah, y se queda clavada en el sitio–. No deberías haber ofrecido un perro que no es tuyo.

–Tampoco era tuyo el partido y te lo cargaste. ¿Qué hago yo ahora con lo del campamento?

–Si te hubiera soltado a ti esa cabronada, tú también te habrías tirado a él. –

Skeetah hace una mueca–. ¡Y vaya manera de mirar a Esch!

–¿Rico se lo ha hecho con Esch? –Randall, que mientras discutía ha ido abriendo una zanja con sus pisadas en el suelo embarrado, se para en seco.

Skeetah resopla y mira hacia la ventana donde estoy sentada, pero el sol brilla demasiado. No puede verme. La boca se le tuerce como si hubiese mordido un hueso de melocotón, y ríe una vez, un gruñido amargo, fuerte.

–Tú no te enteras de nada, ¿no? –Skeetah reajusta el pulgar sobre la manguera y el agua sale disparada en dos chorros chispeantes. Al chocar contra el flanco de *China*, suena sólida–. No tienes por qué venir hoy. Esto no tiene nada que ver contigo. ¿Por qué no te vas a lanzar unos tiros?

Randall dice que no con la cabeza, hurga con el pie en tierra seca. Se levanta polvo, que se dispersa por el aire tranquilo. Mira hacia el cuarto de baño, y yo me aparto y noto la cisterna del váter fría y resbaladiza a través de la camiseta.

–Voy a ir –le oigo decir–. Hiciste una promesa. Dijiste que pagarías el campamento si vivían –dice en voz más alta.

–¡Vale! –grita Skeetah–. ¡Estás levantando polvo, Randall!

–Eres igualito a papá. Por una cosa o por otra, siempre pareces un loco.

Oigo la puerta de la cocina, que se abre y se cierra con un chirrido cuando Randall deja solo a Skeetah y se mete en casa.

El agua para. Me inclino tanto que apenas veo nada por la ventana. Skeetah está otra vez arrodillado delante de *China*, echando el último chorrito de jabón sobre su pelaje, frotándola para que quede más blanca que el blanco: *China* es el corazón frío y nuboso de un cubito de hielo.

–Mira cómo brillas –musita Skeetah en su oreja–. Blanco cocaína. –La peina, su mano, una cuchilla–. Deslumbrante.

El puñado de terrenos escuálidos, casas de muros finos y caravanas de Bois Sauvage parece poca cosa si se compara con el bosque, como enfrentar un cachorro contra un perro hecho y derecho. Aquí hay fosas para nadar que solo son charcos grandes y otras del tamaño de piscinas en las que vierten sus aguas unos riachuelos claros y esmirriados, pero la tierra las ennegrece y las hojas de los árboles las dejan hechas un asco, como las pulgas a los perros. Hay macizos de magnolias tan altos, verdes y lustrosos que es imposible trepar por ellos, y el aire que los arropa huele siempre a melocotón. Hay robles tan grandes y viejos que sus brazos se extienden, negros y gruesos como troncos, hasta apoyarse en el suelo. Hay estanques llenos de cieno y de altas hierbas amarillas, y de noche vibran con la coral de eructos de las ranas. Hay claros donde los ciervos comen, se asustan y se alejan coceando. Hay tortugas que avanzan a duras penas entre la paja de los pinos y el barro, intentando evitar la cazuela. Marquise nos contó que una vez se metió por el bosque con Bone y Javon a buscar setas después de una lluvia intensa y se toparon

con un lobo, flaco como un zorro, gris sucio, que los miró como si le hubiesen disparado y después desapareció.

El sendero que desemboca en una de las partes más profundas del bosque sale de la carretera, lejos de casa. *China* nos guía, relajada en su extremo de la cadena; la correa es de acero mate, y el collar, cromado. Skeetah la robó. Ha vuelto a afeitarse la cabeza, y se ha echado al cuello una toalla de manos a modo de bufanda. Big Henry carga con Junior a hombros y Randall les va a la zaga; en su mano, un palo enorme que cogió cuando saltamos la cuneta y que provocó que Skeetah se riese de él y le dijera: «No te va a servir de nada contra esos perros». Después señaló a *China* y dijo: «Pero ella sí». Aun así, Randall no se desprende del palo. Marquise ya debe de estar allí con su primo. Los cuervos graznan. Estoy atenta por si oigo a los chicos y a los perros por ahí por el bosque, pero lo único que oigo son los pinos que se acallan unos a otros, los robles que se agitan, las hojas de magnolia que, duras y anchas, suenan como platos de papel movidos por el viento, este viento que restalla antes que Katrina en algún lugar del Golfo, que se acerca como la voz queda de alguien que va hablando justo antes de cruzar la puerta de una habitación.

Una nube cruza por delante del sol, y bajo los árboles todo se oscurece. Pasa de largo, y el oro se funde entre las hojas, cae sobre la corteza y el suelo: monedas de papel de plata. Pronto llegamos a una cortina de lianas que cuelgan desde las ramas más bajas hasta el suelo alfombrado de agujas, y la atravesamos a rastras. Skeetah sacude el polvo de las tetas de *China*, nos hace un gesto con la mano para que sigamos. Llevamos un buen rato caminando cuando oigo el primer ladrido.

–¿Estás cansada? –pregunta Randall.

–No –digo. Me noto el estómago lleno de agua, duele, pero eso no se lo pienso decir. Aparto una rama, la suelto, pero aun así me araña el brazo. A Medea su viaje la llevó al agua, que era la carretera del mundo antiguo, donde la muerte estaba tan cerca como las olas, el sol, el viento. Donde la muerte era tan abundante como los peces que esperan en el agua, abanicando las aletas, observando la superficie, oscureciendo el fondo con sus sombras. *China* ladra como si estuviese respondiendo al perro.

El claro es una hondonada ancha y oval, probablemente una laguna seca que se vuelve ancha y profunda cuando llueve; una maraña de juncos amarillos y secos recubre el fondo, y los árboles crecen en círculo a su alrededor. Los chicos, acompañados por sus perros, hablan y fuman en corrillos, se pasan porros y cigarros, preguntan: «¿Qué tiempo tiene el tuyo?» o «¿De dónde has sacado ese collar?» o «¿Cuántos ha tenido?». Habrá unos diez perros, unos quince chicos. Yo soy la única chica. Está el hermano pequeño de Marquise, Agee, que se pone a competir con Junior para ver quién trepa más deprisa por un árbol gris, de ramas

bajas, que hay fuera del círculo de perros y hombres de pelea. Los perros son marrones y habanos, blancos y negros, a rayas pintas, tierra roja. No hay ninguno blanco como *China. China* resplandece bajo el sol del claro, las orejas en punta, el rabo tieso. Los perros dormitan, se pasean, ladran, tiran de la correa y se asoman al claro en el que van a pelear, intentando meterse dentro del sol, sentirlo en sus hocicos negros y húmedos. Hoy se van a enfrentar todos, perro contra perro. Los chicos se han acercado al claro atraídos por el cotilleo sobre la pelea entre *Kilo* y *Bravo* del mismo modo que los argonautas se acercaron a Jasón al inicio de su aventura. Cada uno echará a su perro al ring con la esperanza de que haya un buen combate, un corazón salvaje, una victoria; de volver a casa desde el bosque, su peligroso mar Egeo, y poder decir: «Mi perra ha ganado» o «Mi negro ha podido con él». Algunos chicos están nerviosos; se meten las manos en los bolsillos, las sacan, blanden los trapos para el sudor y atizan a los jejenes. Otros chicos están confiados: hombros relajados, sonrientes. Big Henry se seca la cara con un trapo que se ha sacado del bolsillo, y Randall se apoya en su palo, mirando con el ceño fruncido a los perros que retozan. Un halcón nos sobrevuela en círculos, se da la vuelta, desaparece.

Marquise está con un chico que debe de ser su primo; los dos son del color de las nueces de pacana, los dos llevan aros de oro en las orejas y los dos son bajos, pero el primo está un poco más gordo. La camiseta que lleva puesta es tan grande que lo engulle.

–¿Qué tal? –dice Marquise–. Este es mi primo Jerome.

–Ya me ha contado el primo vuestro problemita. –Jerome lanza una mirada a Marquise, y después se seca la cabeza con un trapo, ya húmedo, que se ha sacado del bolsillo–. No tenéis de qué preocuparos. –Agita la correa y su perro, *Bravo*, se levanta de donde estaba tumbado al sol, se acerca a Jerome y se sienta. Es completamente negro, con el hocico blanco.

–Dijiste que era grande, primo, pero… –el susurro de Marquise termina en una risita–. No pensé que tanto.

Bravo es enorme. Es gordo y alto, y tiene las patas delanteras tan arqueadas que de frente parece una herradura. Mientras que el pelo de *China* es sedoso, el de *Bravo* es basto, tan basto que veo las cicatrices de las peleas, negras y gordas como sanguijuelas. La lengua le cuelga, sonríe. Al jadear le vibran los costados haciendo un sonido sibilante, y respira tan fuerte que forma ondas en la camiseta de Jerome.

–¿Dónde está el otro perro?

Marquise deja de acariciar a su perra *Lala*, a la que le ha recortado las orejas y le ha puesto pendientes, unos aros iguales a los suyos, y se yergue para señalar con la cabeza el otro lado del claro. Marquise jamás lleva a su perra *Lala* a pelear. Es de un suave color habano, y está casi tan limpia como *China*. Está tumbada sobre las pinochas, nos mira arqueando una ceja. Skeetah me contó una vez que la perra de

Marquise duerme con él en la cama, dentro de la casa, todas las noches. Skeetah se encogió de hombros y esbozó una especie de sonrisa después de contármelo, pero cuando vi cómo se le subía un lado de la boca a la vez que se le bajaba el otro pensé que, de no estar aquí papá, también *China* dormiría al pie de la cama de Skeetah todas las noches.

Al otro lado del claro, *Kilo* está tirando de la correa que agarra Rico. Olisquea el suelo con aire de asombro y después escarba la tierra con las zarpas. La tierra sale despedida entre sus patas traseras: está abriendo un túnel a través de la hierba seca hacia el lecho de la laguna. Me pregunto si allá abajo habrá ranas, secas y frías, escondidas entre el barro agrietado. Si intentarán aplanarse para esconderse de la afilada zarpa. Rico está mitad al sol, mitad a la sombra, dirigiéndose entre risas a Manny y a un chico oscuro más mayor que se ha puesto zapatos blancos con pinta de nuevos ni más ni menos que para ir a una pelea de perros en el bosque. El grill de Rico brilla, pero Manny, cruzado de brazos, es más de oro que la sonrisa de Rico, y por ese motivo le odio.

–He llevado a *Bravo* a pelear desde Baton Rouge hasta Pensacola –dice Jerome–. Ha ganado más veces que las que ha perdido. –*Bravo* vuelve a tumbarse entre la paja de pino y resopla, y la paja sale revoloteando como plumas delante de su cara–. Está preparado.

Me arrimo a Randall por la sombra; está hincando el palo en la tierra arcillosa, una y otra vez. Big Henry se estira la pechera de la camiseta para separársela del cuerpo, la airea. Me sonríe. Skeetah está al sol, el único chico del claro amarillo que le hace frente a la luz con los perros. Nos ignora, mira hacia el bosque sin vernos; está tan quieto como *China*, que, pegada a él, también nos ignora y mira hacia otro lado, de pie, sin sentarse ni un momento. Me pregunto si la habrá amaestrado para esto, para que permanezca de pie a su lado, para que ni siquiera las ancas se le ensucien al sentarse, y resplandezcan. *China* es blanca como la arena que habrá de convertirse en perla, Skeetah es negro como una ostra, pero los dos son uno solo frente a estos chicos que no saben lo que significa querer a un perro como lo quiere Skeetah.

Los chicos se reúnen en el centro del círculo, pendientes de mantener a sus perros en la linde; entregan las correas a sus amigos. Se arraciman para negociar los combates.

–¿Qué hostias dices, cómo que quieres a *Bravo*?

–El tuyo es demasiado grande para el mío.

–Será un cachorro, pero es peleón.

–Puede enfrentarse a cualquiera de ellos. Esta de débil no tiene nada.

–Yo digo que un límite de dos peleas.

–Yo digo que de tres.

–Y ¿a quién coño le importa lo que tú digas?
–Yo también digo que de dos.
–*Sugar* tiene fuelle para dos como poco.
–Y *Homeboy,* para tres.
–*Ojacc* es capaz de pelear con todos y reventarlos.
Un coro de gruñidos.
–*Buddy Lee* también.
–*Truck* os va a machacar.
–¿Veis a *Slim*? ¿Entendéis lo que le haría a *Kilo*?
–El único digno de *Kilo* es *Bravo*.
–Pues *Wizard* le tiene ganas a *Kilo*.
–Que ya he dicho que *Kilo* solo está aquí para *Bravo*.
–Ya le habéis oído todos. *Kilo* no está aquí más que para *Bravo*.

En el centro del círculo muerto, los chicos restallan como el aire antes de una tormenta. Skeetah y *China* permanecen en la linde. La discusión de los chicos va subiendo de tono hasta convertirse en un zumbido furioso, y el aire que hasta ese momento estaba quieto se abate abriéndose paso por el claro, levantando polvo, obligando a los chicos a cerrar los ojos. Quizá tenga razón papá; quizá Katrina venga a por nosotros. Big Henry se tapa la nariz con su trapo. ¿Bendeciría Medea a los héroes antes de que emprendieran su viaje? ¿Estaría en la cubierta de aquel barco como estoy yo en este claro, una mujer en sazón, tejiendo conjuros para que la lluvia encubriese la partida de los héroes, para que encubriese su traición? ¿Le habría dicho Jasón que la amaba? Manny tiene la correa de *Kilo* entre las manos y los ojos clavados en *China*. Skeetah y *China* no se mueven.

–Venga, vamos –dice Marquise.

Skeetah y *China* salen del círculo, se detienen a un lado de donde estamos nosotros pero un poco apartados, un poco más cerca del círculo; la camiseta de Skeetah se va oscureciendo húmedamente por el cuello, por la espalda, y *China* está inmóvil salvo por sus orejas, que se sacuden los jejenes que intentan aterrizar.

Skeetah llevó a *China* a pelear tan pronto como supuso que ya no crecería más, con un año. Siempre hubo una ganadora incuestionable en aquellas peleas contra los perros de los chicos de Bois Sauvage, de St. Catherine. Ha peleado contra todos y cada uno de estos perros. Salvo en dos de sus primeras peleas, en las que *China* luchó pero sangró más que el otro perro, y perdió parte de la oreja, siempre ganaba echándose encima del adversario y agarrándole la garganta con los dientes, su cara, un puño cerrado. Entonces el otro perro aullaba y Skeetah la llamaba a su lado, y así era como se enteraban todos de que *China* había ganado.

Ahora no hay ningún perro que olisquee a *China*. No se acercan retozando a mordisquearle juguetonamente la cara o el hombro. Skeetah y ella se mantienen al

margen, y cuando empieza la primera pelea entre los dos primeros perros es la única pareja que ni se inmuta. La pelea es veloz, confusa. Los perros se encuentran en el centro y van dando tumbos por la linde del lecho de la laguna, levantando polvo, hierba dorada, palos, sangre. Se retuercen, gruñen, gimen. El gris chilla primero, pero es el marrón y blanco el que cae, el que se suelta y quiere alejarse de la cruda luz, de la ardiente hondonada, de las abrasadoras ráfagas de viento, de las uñas, los bandazos, los dientes. Los chicos agarran a los perros por las patas traseras, los separan, despotrican, los vuelven a soltar. Junior está brincando de puntillas detrás de Big Henry, que se seca el cuello a pesar de que de tanto secárselo no da tiempo a que el sudor se concentre, a que forme una capa de glaseado. Randall, que ha estado haciendo molinetes con el palo como un director de banda, ha parado, y con los ojos fijos en la pelea sostiene el palo como si fuera un garrote. Al gris lo apartan aullando, mientras el marrón y blanco intenta zafarse de las manos de su chico. Skeetah acaricia una vez a *China*, que está observándolo todo; un leve toquecito en la cabeza, y ella le lame el dedo. No se aparta de él ni un instante.

–*Ojacc* ha podido con él –dice el chico del perro gris, aceptando la derrota. El chico del perro marrón y blanco sonríe, frota la cabeza de su perro.

La perra de Marquise, *Lala*, salta a la hondonada como un conejo; sus lingotes de oro centellean, y ladra hacia el perro marrón y blanco como si quisiera felicitarle. *Ojacc* continúa ansioso. Se retuerce como un signo de interrogación, desprende una pata de la mano de su chico y muerde. *Lala* da un patinazo y se detiene, pero aun así el marrón y blanco le hunde los dientes en la pierna como una grapadora. Su chico tira, y Marquise engancha la correa de *Lala* con las dos manos. El marrón y blanco suelta, gruñendo.

–¡Quieto! –grita su chico.

–¡Hijo de perra! –grita Marquise, y *Lala* se le acerca cojeando, gimiendo. Se arrodilla junto a *Lala* y ella se funde con él, fiel a su color mantequilla. Los perros ladran y se yerguen sobre las patas traseras tirando de las correas, y los chicos tiran en sentido contrario. *China* se remueve y sus tetas se menean. Skeetah sacude la cabeza, escupe. Los chicos se enrollan las correas en las muñecas, continúan por los brazos. Los perros, asfixiados, llegan a un punto muerto y apoyan las barbillas sobre las patas, tendidos entre la paja y la hierba. La perra de Marquise gimotea sin parar, y cuando Marquise le pone la mano sobre los labios, la baba se abre camino a través de ella. Al acabar la siguiente pelea, Marquise la suelta y ella se sienta de cara al bosque con el lomo pegado a sus piernas, y agacha la cabeza. Junior se acerca corriendo, le da palmaditas en la cabeza. Para cuando ya han peleado todos los perros menos *Kilo* y *Bravo, Lala* lleva un rato sentada con el trasero sobre el regazo del hermanito de Marquise y la cabeza sobre el muslo de Junior, y le está lamiendo la pierna.

Rico y *Kilo* entran en la hondonada. El resto de los perros y de los muchachos respira agitadamente, sangra, está bañado en sudor. Rico sonríe a la vez que *Kilo* hace una mueca; *Kilo* es recio pero, a diferencia de su amo, alto, y su pelaje es rojo como la tierra que hay debajo de las pinochas, igual de limpio y de seco. Rico se enrolla la correa en el puño, tira de *Kilo*, le da unas palmaditas a lo largo del áspero costado, mira y dice:

–¿Estamos preparados?

Jerome nos deja. *Bravo* le sigue contoneándose. Se detienen a poca distancia de *Kilo* y Rico. *Bravo* sacude un par de veces la cabeza mirando a Jerome, dando toquecitos a la correa con la frente, sonriendo, y Jerome se agacha a su lado, despacio, susurrándole al oído. Al otro lado del círculo, Rico masculla algo al oído de *Kilo*, pero el viento vuelve a soplar, una nube tapa el sol y sus voces se pierden en el susurro de los árboles que nos rodean. Y de pronto el viento amaina, vuelve a coger fuerza, la nube se mueve y el claro es una bola brillante, y Jerome grita: «¡Preparados!», y desengancha la correa de *Bravo* a la vez que Rico se aparta de *Kilo. Bravo* y *Kilo* no están amarrados a nada ni a nadie y se están revolcando por la hondonada, furiosos con el otro que se alza ante sus ojos, que no ha agachado ni el rabo ni la cabeza.

–¡Venga, hijo, a por él! –grita Jerome. Bate palmas como signos de exclamación, una tras otra–. ¡A por él!

Se encuentran en el centro. Se yerguen a la vez sobre las patas traseras, apoyando el uno las patas delanteras en los hombros del otro como si bailasen. La cabeza de *Bravo*, negro mate, es la primera en atacar. Suyo es el primer mordisco. *Kilo* recula encabritado y se aleja retorciéndose. Al caer, hunde los dientes en el cuello de *Bravo*.

–¡Sacúdele! ¡Sacúdele! –grita Rico inclinándose tanto que parece que va a caer de bruces en el círculo.

Kilo no le hace caso. Muerde y suelta, amaga un mordisco y vuelve a morder. Sus dientes lanzan un destello blanco, un destello rojo, otro más.

–¡Agárrale, chaval! –grita Rico.

Bravo no quiere dejarse agarrar. Su cabeza es un cuchillo, y abre un tajo goteante en el hombro de *Kilo*. Un caudal rojo se extiende por *Kilo. Bravo* es más lento que *Kilo*. Pero es fuerte.

–¡Venga, hijo! –chilla Jerome.

Caen los dos, se separan. *Kilo* se levanta de un salto antes que *Bravo*, gruñe, se abalanza de nuevo. *Bravo* se incorpora torpemente y sale al encuentro de *Kilo*. Diente contra diente. El uno mordisquea la cara del otro, se besan. El uno gruñe en la garganta del otro.

–¡Venga, hijo! –grita Jerome.

Pero *Bravo* piensa que le ha llamado, que tiene que correr hacia Jerome. Sale

disparado girando y chorreando, negro como el aceite quemado, y cae con una sacudida; parece un charco en el suelo, porque *Kilo* se le ha echado encima y le está clavando los dientes en el lomo. *Bravo* se vuelve a lanzar sobre *Kilo*, su gruñido, un inmenso desgarrón.

–¡Llámalo! –chilla Jerome. Ya no es una pelea limpia. Jerome ha cometido un error.

–*¡Kilo!* –grita Rico, y agarra a *Kilo* de las patas traseras–. *¡Kilo!* –Es más un tosido que un grito. *Kilo* suelta, sacude la cabeza entre una nube de polvo, pelo y gotitas de sangre. Jerome agarra a *Bravo* de la pata delantera. Rico arrastra a *Kilo* por las patas traseras hasta el otro lado de la hondonada, lejos de *Bravo*. Los dos perros están acribillados a cortes. La camiseta de Rico ya no es tan blanca.

Jerome se arrodilla, aprieta el trapo contra la herida que tiene *Bravo* en el lomo. Se ve negra a través del trapo, y cuando lo pasa por el corte la sangre sale limpia. Vuelve a apretar, espera hasta que se reduce a un hilito. El blanco hocico de *Bravo* está surcado de rojo. Jerome le hace un gesto a Rico.

–¿Otra vez? –grita Jerome.

–Sí –dice Rico.

Junior suelta la cabeza de *Lala*.

–Me voy otra vez al árbol –le dice al hermano pequeño de Marquise–. ¿Te vienes?

Dejan a *Lala*, que se sienta sobre las patas traseras con aire perplejo. Big Henry está cruzado de brazos. Randall está mirando fijamente el lomo de *Bravo*, el palo pegado a la pierna; se lo echa al hombro y suspira.

Jerome le da un azote en el anca a *Bravo*, que sale corriendo por el claro al encuentro de *Kilo*. Los dos perros se confunden en uno solo. Son dos cabezas, cuatro patas, dos rabos. Son una bestia arcaica, feroz, que surge del mar rugiendo de hambre. *Bravo* da un latigazo con la cabeza, nítida por un instante, y hunde los dientes detrás del hombro de *Kilo*.

–Mierda –masculla Randall.

Kilo suelta un grito ahogado y casi se dobla por la mitad a la vez que agarra la pata delantera de *Bravo*.

–¡Sacúdelo, hijo! ¡Sacúdelo! –chilla Rico.

–¡Cógelo! –grita Jerome.

Hierven, rojo contra negro. *Kilo* intenta que corra la sangre. *Bravo* gruñe y sacude mil veces la cabeza, devolviéndole a *Kilo* lo que recibe de él. Ninguno se rompe; ninguno se doblega.

–Están empatados –dice Big Henry.

Los dientes de *Bravo* y de *Kilo* se incrustan en el contrario cada vez que uno da

o recibe un bandazo. Están afilando los cuchillos de sus colmillos sobre una piedra hecha de carne. Los dos resisten. Ninguno se rinde.

–Llámalo –dice Skeetah.

–*¡Bravo!* –chilla Jerome, y agarra la pata trasera de *Bravo* y tira.

–*¡Kilo!* –Rico agarra.

Los perros se separan, se los llevan a rastras. *Bravo* está lleno de cortes, y su hocico blanco nunca ha sido blanco, siempre ha sido rojo. Los hombros rojos de *Kilo* parecen cubiertos de un hilo más rojo, un ajado chal granate, y su respiración es el sonido que más se oye en el claro, por encima del viento que muere y se eleva. El huracán de papá está tanteando el terreno.

–Gana *Kilo* –dice Rico.

–Y una mierda –dice Jerome.

–Pero ¿tú qué dices? Ha podido con él –dice Manny.

–Yo no sé qué habréis visto vosotros, pero desde luego a *Kilo* no lo habéis visto ganar –dice Marquise.

–Todo el mundo ha visto que *Kilo* lo tenía agarrado –dice el amigo de Rico de los zapatos blancos, que ahora son de un amarillo amarronado.

–Qué hostia lo va a ver todo el mundo. Ha sido empate –dice Big Henry, y de repente todos están hablando a la vez. «*Kilo* ha podido con él.» «No, *Bravo*, con *Kilo.*» «¿Qué pasa, tío, estás ciego?» «No, y ¿tú?» Los chicos discuten. Los perros que hay a su alrededor ladran y se revuelcan en las pinochas, se lamen las heridas y menean el rabo. Alzan las húmedas narices contra el viento que se mueve.

Rico se yergue después de pasarle un trapo a *Kilo*, que sangra y sonríe. Engancha la correa de *Kilo* y lleva a su perro, que camina despacio con la cabeza gacha, al otro lado del claro, donde estamos nosotros. Rico está mirando con el ceño fruncido a Skeetah, que sigue apartado al borde de la hondonada y casi está rozando la cabeza de *China* con un dedo. *China* brilla tanto que cuesta mirarla.

–Bueno, ¿cuándo me llevo el cachorro? –le pregunta Rico a Skeetah.

–Mi perro no ha perdido –dice Jerome enganchando y poniéndose de pie.

–No hay un vencedor claro –dice Marquise.

–Ya oís lo que dicen todos. Hay empate –dice Randall, y da un paso adelante para ponerse al lado de Jerome, de cara a Rico. Rico aspira y suelta un escupitajo. Ojalá el viento lo atrapase y se lo tirase a la cara o a los blanquísimos zapatos blancos. Randall lleva el palo cruzado sobre los hombros y la nuca, y los brazos le cuelgan como los de un espantapájaros. Big Henry le sigue de cerca, flanquea a Marquise. Manny empieza a cruzar el claro, seguido del chico de los zapatos amarilleados. Están viniendo todos, reuniéndose todos en el centro. Como los perros.

–He dicho –Rico señala con el dedo a Skeetah y a *China*, que jadea a su lado– que dónde está mi cachorro. –Camina hacia Skeet y los chicos, que han formado

una célula flotante en torno a Rico y Jerome. Marquise sube y baja los talones sin moverse del sitio, flexiona las manos. Si yo fuera chico, creo que pelearía como Marquise.

–No –dice Jerome–. Mi perro no ha perdido. Como mucho es un empate.

–Me la suda lo que tú digas –dice Rico apuntando a Jerome con el dedo, los ojos clavados en Skeetah–. Y quiero la blanca.

–Hay empate. Tablas. –Randall bloquea a Rico, se pone delante de Skeetah. Estira los hombros, agarra el palo con una mano, lo blande y lo coge como un bate de béisbol. Se van juntando todos en un nudo cada vez más apretado, negro en contraste con el día–. No podéis decidirlo vosotros.

–Nosotros sí –dice Skeetah–. Nosotros sí que podemos. –Desengancha la pesada cadena mate del cuello de *China*, sonríe; ella sonríe con él.

«¿Cómo que la vas a poner a pelear? –dijo Randall a Skeetah con un grito susurrado después de que Rico se echase a reír y se llevase a *Kilo* al otro lado del claro para restregarlo–. ¡Es madre!» Los chicos y sus perros se dispersaron en torno al círculo del claro; el nudo aflojado, deshilachado. «Y él es padre –dijo Skeetah señalando a *Kilo* con un gesto–, y ¿eso qué coño importa?» *China* husmeaba el costado de Skeetah. «Sus tetas», dijo Randall. «Son para los cachorros, y a ti eso no tiene por qué preocuparte», masculló Skeetah. «Los cachorros –dijo Randall–, ¿qué pasa con los cachorros?» «Todos peleamos –dijo Skeetah–. Todos. Y ahora déjame en paz de una maldita vez para que pueda hablarle a mi perra.»

–¿Randall? –Junior y el hermanito de Marquise se han bajado corriendo de la acacia–. ¿Skeetah va a poner a *China* a pelear?

–Tú vuelve al árbol –dice Randall–. Lo digo en serio. Sube.

–Venga –le digo a Junior–. Y no bajes hasta que termine todo.

Junior coge un palo y se lo tira al hermanito de Marquise, que lleva una camiseta verde chillón espolvoreada con flores rosa del árbol y unos vaqueros de pinzas cortos. Esas pinzas se las ha hecho su madre, pienso.

–No te caigas –digo.

–Vale –refunfuña Junior para que me entere de que estoy sacándole de quicio, y nada más decirlo huyen.

Marquise está hablando muy alto con el tipo de voz de quien pretende que le oigan, y dice que Rico es un hijo de perra, que su perro es un debilucho y que hostias, que *Kilo* no ha ganado. Big Henry mueve la cabeza, se pasa el trapo por la frente una y otra vez. Jerome le está dando la razón a Marquise a voz en cuello. Se nota que son primos. *Bravo* se ha vuelto a repantigar a los pies de Jerome, sangrando ligeramente, la lengua fuera, sonriendo de nuevo. Le entra sangre en el ojo y pestañea. *Kilo* holgazanea boca arriba entre la paja, arqueándose en forma de

C. Randall está blandiendo el palo, esta vez como si fuera un palo de golf; engancha lianas, las desgarra de las ramas. Me mira sin inmutarse.

–¿Y? –Randall golpea y salen volando tierra y pinochas secas–. Se morirán. ¡Puto campamento! –escupe.

Desde el otro lado del círculo, Manny nos mira. Mientras los perros peleaban, girando como si fueran los radios de la rueda del claro, rechinando los dientes y forcejeando, músculo contra músculo y diente contra diente, me era fácil acotar la perspectiva, evitar a Manny. Las cejas de Manny se están tocando, tiene los ojos bien abiertos; casi parecen apenados. Me digo a mí misma que no me importa y me imagino alta como Medea, envuelta en vestiduras moradas y verdes, con huesos y oro por alhajas. Aunque me siento incómoda, echo los hombros hacia atrás cuando me acerco a Skeetah, que está en la linde del claro en un macizo de palmeras, arrodillado, susurrándole a *China* al oído, restregándola tan fuerte que le ondula la piel cada vez que le pasa la mano por encima. La relaja, habla con ella. A la sombra, el pelaje de *China* parece de plata. Está muy quieta, la mirada fija en el otro lado del claro. La lengua de Skeetah asoma fugazmente, y una cuchilla que yo ni sabía que llevaba en el carrillo le baila por un instante en la punta antes de que la vuelva a aspirar. Está recitando algo, y lo dice tan deprisa que suena como si lo cantase.

–*China* blanca –musita–, mi *China*. Como la lejía, *China*; tú dales, que se vuelvan rojos y blancos, *China*. Como la coca, *China*, tan fuerte que te esnifen y les sangre la nariz, *China*. Que se desangren, *China*, sácales las entrañas, *China*, que se crean que se han esnifado la cuchilla, *China*. Déjalos temblando, *China*, haz que te quieran, *China*, que te necesiten, *China*; que se enteren de que por mucho que se empeñen no pueden vivir sin ti, *China*. Mi China –farfulla–, que se enteren, que se enteren, que se enteren.

Cuando Skeetah se coloca frente a Rico en su lado del claro, ya ha dejado la cadena de *China* en el suelo y le ha quitado el cromado de la garganta. *China* está pegada a su pierna derecha, las orejas tiesas, el rabo recto, y nada en ella se mueve. Ni siquiera distingo si respira. Qué blanca es. Es el corazón blanco y puro de una llama. *Kilo* es todo rojo, todo músculo, un corazón en movimiento dentro del claro. Ladra fuerte, una vez, y Rico le desengancha la correa y le da un azote. *Kilo* corre.

–Ve –dice Skeetah.

China sale lanzada por el claro antes de que *Kilo* pueda llegar al centro, y lo recibe con un gruñido punzante. Nada de amagar mordiscos a las patas o a la cara. Solo existe el cuello de *Kilo*. Se eleva con él, embiste y muerde.

–¡Cuidado con ella, hijo! –grita Rico.

China vuelve a agarrar a *Kilo* de la nuca. Hunde su cara en él. Cuando la aparta

tiene las mandíbulas cerradas, y le arranca pelaje. Boquea como para tomar aliento, y vuelve a hincarle los dientes.

–¡Venga, *Kilo*! –chilla Rico.

A *China* le gustaría horadarle con la cabeza como una lombriz que abre un túnel en la tierra roja.

–*¡Kilo!* –chilla Rico.

Kilo se abate con el cabezazo que le da *China*. Se engancha a su pata. Es un movimiento débil, facilón, y pienso que se lo habrá enseñado Rico.

–¡Venga, muchacho, sacúdela! –chilla Rico.

Kilo está sacudiéndola. *China* taladra con la cabeza, convirtiendo lo que antes era un chal en una bufanda de un rojo vivo; pero *Kilo* le tira de la pata, su cuerpo entero ondulándose; le hierven los músculos, su pelaje deja de ser tierra para convertirse de nuevo en agua, un diluvio rojo. Cada vez que da un bandazo gruñe, pero el último gruñido, cuando *China* le cubre la oreja y un lado de la cara con su afilada mandíbula y muerde, termina en grito.

–¡Agárrala! –grita Rico.

Skeetah se vuelve a cruzar de brazos, agacha la cabeza. *China* besa a *Kilo* en un lado de la cara, un morreo de amante, el beso de una madre a un padre, profundo.

–¡Que la agarres, joder! –chilla Rico.

–*¡China!* –llama Skeetah, y *China* suelta a *Kilo* a pesar de que *Kilo* le sigue royendo el pie. Vuelve la mirada hacia Skeetah como para decirle: «Ya voy, amor, ya estoy aquí».

–*¡Kilo!* –chilla Rico. Agarra a *Kilo* de las patas traseras y se lo lleva a rastras. *Kilo* se relame como si acabase de comer algo que le gusta, y la pata de *China* queda libre. *China* se va saltando hacia Skeetah, su sonrisa roja como pintalabios corrido. La sangre que tiene en la pierna es una liga carmesí.

–¡Joder! Ni siquiera tiene que arrastrarla –dice Jerome.

Rico limpia el cuello de *Kilo* hasta que la sangre parece menos una bufanda y más un collar. Observa a su perro, que, con la nariz pegada a la tierra, respira tan agitadamente que rocía el suelo de baba y sangre. Manny se arrodilla junto a Rico, susurra. Sean cuales sean las palabras de Manny, sé que estarán mostrando la maldad que hay en él, que es Jasón traicionando a Medea y pidiendo la mano de la hija del rey de Corinto después de que Medea matase a su hermano por él, traicionase a su padre. La boca de Manny se mueve y leo: «No vale una mierda, no tiene agallas». Mira a *China* mientras susurra, pero tengo la sensación de que me mira a mí.

–¿Preparada? –pregunta Skeetah.

China está a su lado, ajena a la sangre que le salpica los costados, apretando los labios; sus costillas se hinchan y se contraen. Se apoya sin vacilar en la pata que ha mordisqueado *Kilo*, que está roja, gomosa y cruda por encima de la articulación.

Rico hace una señal con la mano, manda callar a Manny. Manny se pone de pie, Rico, con él. Los chicos han cambiado de sitio. Se apiñan detrás de Rico y de Skeetah, así que tengo que arrimarme a la linde para ver el lecho seco de la laguna, los manchones rojos allí donde ha caído sangre. El círculo de chavales en el que los perros han estado peleando todo el día se ha esfumado como la niebla.

–Tienes razón –dice Rico. Le da un azote a *Kilo* en el costado. *Kilo* se levanta gruñendo, corre tambaleándose hasta el centro de la hondonada. Es un arroyo convirtiéndose en río.

–¡Ve! –dice Skeetah. *China* alza la cabeza hacia el sol y ladra una vez, dos. Es una risa. Clava los pies en la paja y echa a correr de un salto.

–¡Agárrala! –grita Rico.

Kilo se arremolina en torno al hombro de *China*. Gira y muerde. *China* le devuelve los mordiscos, el beso, con furia.

–¡Agárrala, hijo! –grita Rico.

Se levantan y se abrazan, erguidos sobre las patas traseras. *China* da patadas con las delanteras, se aparta de un empujón del pecho de *Kilo* para desenrollarse como un látigo y azotar con la cabeza, para morder y rasgar otra vez, pero justo cuando se echa hacia atrás es como si *Kilo* le acabase de ver las tetas, blancas, llenas, pesadas, calientes, y agacha la cabeza como un cachorro para beber. Pero no bebe. Muerde. Se traga su teta.

–No –dice Skeetah.

–Sacúdela bien –jalea Rico.

Kilo es una vorágine. Hace girar a *China*, la sacude. *China* intenta darle zarpazos, la mandíbula abierta de par en par, y comerse sus ojos. Pero *Kilo* no suelta.

–¡Salta! –grita Skeetah–. ¡Salta, *China*!

Es lo que le dice cuando quiere que salte desde los árboles. Que se abalance. Que vuele. *China* embiste a *Kilo*. Se prepara, se contrae como un músculo. Chupa la oreja de *Kilo*, muerde, se echa hacia atrás y empuja fuerte con las patas, todo a la vez. Se rasga. Tiene el pecho sangriento, desgarrado. El pezón ya no está.

–*¡China!* –grita Skeetah, y *China* aterriza sobre las patas delanteras, va corriendo hacia él.

Kilo aúlla y cae de espaldas lejos de *China*, su oreja hecha jirones.

–¡Ven, *Kilo*! –llama Rico, y *Kilo* corre hacia Rico arrastrando su oreja destrozada por el suelo, se da un topetazo contra la pierna de Rico y deja un estampado sangriento.

–Ya te lo dije yo, Skeet –dice Randall.

–Cállate –dice Skeetah.

El tajo es una llama roja que se está tragando la mama de *China*.

–No puede pelear –dice Randall.

Skeetah aprieta el cuello de *China*, le murmura al oído. Esta vez no oigo lo que dice. Skeetah le susurra tan de cerca que solo le veo la mitad de los labios por detrás del blanco surcado de venas rojas de la oreja de *China*. La teta gotea sangre. *China* lame la mejilla de Skeetah.

Rico se levanta, sonriendo ya.

–A lo mejor no quiero la blanca –dice–. A lo mejor quiero ese de colores que se parece más a *Kilo*. –Ríe.

Skeetah se levanta, y *China*, rotunda y blanca, le mira.

–Va a pelear –dice Skeetah.

Randall se quita el palo de los hombros, lo gira y se lo pone delante.

–Ya está bastante jodida –dice Randall.

–A ver, primo: si ha perdido, ha perdido –dice Big Henry despacio, como si estuviese saboreando las palabras.

–No ha perdido –masculla Skeetah.

Rico ríe.

Skeetah se encoge de hombros y toca con un dedo a *China* en la punta de la nariz.

–Es mía, y va a pelear.

Kilo hace una mueca.

–Venga, vamos a darle a este tío lo que quiere –le dice Rico a *Kilo*.

El sudor y la sangre caen a chorros rojos y grises por las costillas de *China*.

–Adelante, *Kilo*.

Kilo corre.

–¡Ve, *China*! ¡Ve! –grita Skeetah, y *China* sale a toda velocidad; su mama sangrienta es un torrente y va dejando un reguero en la maleza.

Se encuentran. Se yerguen. Se abrazan. Se muerden, cuello contra cuello. Arrancan gruñidos el uno del otro, y el viento irrumpe en el claro y se lleva los gruñidos.

Kilo vuelve a agarrar el hombro de *China*, sacude el cuello para zarandearla.

Skeetah tiene los puños apretados, y parece como si su cuerpo entero se erizase.

–¡Que se enteren! –grita Skeetah, apenas más alto que si hablase.

China oye.

–Que se enteren.

China es fuego. Echa hacia atrás la cabeza como si estuviese comiendo oxígeno, cogiendo fuerzas, y vuelve a caer ardiendo sobre *Kilo* y le coge del cuello con los dientes. Se lanza sobre él encorvándose, una llama amorosa, y lame. Se da la vuelta y se pone encima de él, a pesar de que *Kilo* no le ha soltado el hombro. Se remueve debajo de ella. *China* mastica. El fuego evapora el agua.

–Que se enteren que se enteren que se enteren de que no pueden vivir sin ti –dice Skeetah. *China* oye.

«Hola, padre –dice dándole un lengüetazo a *Kilo*–. No tengo leche para ti.» *China* resplandece. *Kilo* intenta morderle otra vez las mamas, pero *China* le aparta con el hombro. «Pero sí que tengo esto.» Su mandíbula es una ratonera que se ha cerrado de golpe sobre el ratón, que es el cuello de *Kilo*.

El chillido que suelta *Kilo* es fuerte y agudo, como si el viento silbase al pasar entre los dientes de *China*.

Skeetah sonríe.

Skeetah grita:

—¡Ven, *China*!

China da vueltas, se lleva parte de la garganta de *Kilo*.

China viene.

–¡Aguanta! ¡Aguanta! –chilla Rico, sudoroso, la cara contraída en un gesto agrio. Arrastra a *Kilo* por el polvoriento fondo de la laguna. Manny se arrodilla, nos repasa con un solo vistazo a Skeetah, a *China* y a mí, y parece que nos odia a todos. Ojalá no me doliese, pero me duele.

Kilo suelta un alarido.

Unas flores rosadas de acacia revolotean a la deriva con la brisa. El hermano de Marquise ha dejado solo a Junior; se ha bajado corriendo del árbol para ocultar la cara en la pierna de Jerome, sus hombros temblorosos cubiertos de un polvo rosa. Junior sigue acuclillado en la acacia; sobre las ramas, sus manos parecen blancas, y se mueven bruscamente como si quisiera romper la madera. Tiene los ojos abiertos como platos, clavados en *Kilo*, que chilla. Junior acompaña con un ritmo los alaridos de *Kilo*, y es una canción.

Día noveno:
Eclipse de huracán

Me despierta el ruido de alguien vomitando en el cuarto de baño. En mi duermevela, me veo a mí misma en el baño, encorvada sobre el váter, una mano detrás de la taza, devolviendo. Pero entonces las arcadas se vuelven más fuertes, suena como si mi lengua saliese serpenteando por la garganta, y me doy cuenta de que no estoy vomitando. Yo jamás he sido tan escandalosa; jamás ha salido de mí ese sonido. El cuarto de baño desaparece, me despierto y veo la penumbra del alba, el techo, a Junior, dormido en su cama gemela con las sábanas y la almohada tiradas por el suelo; y nuestra puerta, entornada.

Es papá el que está en el suelo del cuarto de baño. Papá el que apoya una mano detrás de la taza, una rodilla en el suelo. Papá el que parece a punto de zambullirse en el váter, de perder la lengua.

–¿Papá?

–Llama a Randall –musita, y entonces se le comba la espalda y suena como si le estuviesen desgarrando.

El pasillo sigue a oscuras. Randall está en su cama, Skeetah no. Al acabar la pelea de ayer, lavó a *China* a la luz de la bombilla de la puerta de atrás. La restregó a conciencia y después se sentó en los escalones a untar una pomada antibiótica que iba sacando de un tubo sucio y estrujado en los lugares donde *Kilo* la había desgarrado hasta dejarla en carne viva. La pierna, el hombro y la teta rasgada parecían fiambre, y Skeetah cogió la misma venda desgastada que había envuelto su costado y la cortó en tres partes iguales. Le vendó la pata, el cuello y el hombro, el estómago, y lo prendió todo con imperdibles. *China*, sus ojos un par de rajas, se estuvo quieta, jadeando tranquila, dejándose remendar. Cada pocos minutos meneaba el rabo, y entonces Skeetah acariciaba todo lo que no estaba rojo: los pies, el lomo, el rabo. Debe de haber dormido con ella en el cobertizo. Tengo que zarandear un par de veces a Randall para que se despierte; pone los ojos en blanco, levanta los brazos para protegerse la cara.

–¿Qué? –dice–. ¿Qué pasa?

–Es papá. Está en el baño, vomitando.

Randall me mira como si no pudiese verme.

–¿Qué?

–Papá. En el cuarto de baño. Está malo.

Randall asiente con la cabeza, parpadea. Se está despertando.

–Dice que te necesita.

Cuando llegamos al final del pasillo, Randall está dando botes, sacudiéndose el sueño de los brazos y las piernas. Papá tiene la cabeza apoyada en el váter, la cara vuelta hacia nosotros, los ojos cerrados y los brazos caídos con las manos boca arriba sobre las losetas medio despegadas de manera que parecen pinos jóvenes.

–Estoy malo –gime papá–. No puedo parar.

–Venga, papá.

–No. –Papá intenta quitarse a Randall de encima cuando Randall se inclina y le agarra de los sobacos, pero está débil y sus manos se sueltan como ramas secas–. Me tengo que quedar cerca del váter.

–Te voy a poner un cubo de basura al lado de la cama. –Randall tira de papá, consigue levantarle el torso; pero las piernas le arrastran, y se queda desmadejado como las sábanas en la cuerda antes de que las estiren y las tiendan con pinzas. Cuando los abuelos aún vivían, mamá lavaba las sábanas de las dos casas todas de una vez, y había tanta ropa de cama que papá tuvo que poner más cuerdas. Mamá se iba hasta el fondo y las colgaba arrebujadas antes de extenderlas. Las sábanas estaban tan gastadas que casi podíamos ver a través de ellas. Formaban habitaciones nubosas, y en ellas jugábamos al escondite. En invierno nos mojaban la cara y nos la dejaban dolorida de frío, pero en verano, a pesar de que hacía tanto calor que las sábanas no duraban mucho tiempo mojadas, aplastábamos la cara contra ellas, intentando encontrar el frescor oculto. Mamá nos regañó por ensuciarlas una vez que las llenamos de huellas de barro; después de aquello, acercábamos las manos lo justo para no tocarlas, arrimábamos la nariz para ver si podíamos ver a la otra persona corriendo por el siguiente pasillo hinchado. Ahora, lavar y tender la ropa es cosa mía y de Randall: no creo que Skeetah sepa siquiera poner la lavadora.

–Agárrale de las piernas –dice Randall, así que me agacho y tiro. Papá pesa más de lo que parece. Tiene los ojos cerrados y cada vez que resuella se echa el aire en el brazo; hace gárgaras al respirar–. Venga.

Tengo que caminar de espaldas por el oscuro pasillo, así que vamos arrastrando los pies despacito. Después de morir mamá, papá nos enseñó a Randall y a mí a usar la lavadora. Era cosa nuestra lavar las sábanas, tenderlas. Al principio solo las lavábamos cuando nos lo decía papá, pero luego empezamos a lavarlas cuando estaban ya tan sucias que nos despertábamos varias veces en plena noche con picores, rascándonos la espinilla, un tobillo. Así tendíamos las sábanas al principio, cuando los dos éramos demasiado bajitos para colocarlas sobre la cuerda: poniendo en medio la sábana mojada y flácida, contando, levantando y lanzando al unísono el húmedo algodón con la esperanza de que se enganchase. Los tobillos de papá son tersos como las naranjas. No me los imaginaba tan tersos.

–A la una, a las dos y a las tres –dice Randall, y levantamos a papá y le echamos sobre la cama como hacíamos con las sábanas. Por un instante, Randall es la mitad

que él, flaco como un cinturón estirado, sus rodillas, grandes como pelotas de sóftbol, todo hueso y pellejo, y otra vez somos niños, y mamá acaba de morir y estamos tendiendo sus sábanas. Me escuecen los ojos. Papá deja un rastro húmedo en la funda de la almohada. Gime y se agarra la mano herida.

En la mesilla de noche hay más latas de cerveza, medio vacías. Tiemblan cuando Randall se arrodilla junto a la cama para buscar la medicina de papá, que está en el suelo.

–¿Te duele la mano? –pregunta Randall. Papá se pone de lado, de cara a nosotros, y yo me voy al cuarto de baño y vuelvo con el cubo de la basura y se lo coloco debajo de la nariz, pegado a la cama. En el fondo del cubo hay envoltorios de caramelos y un gurruño de papel higiénico, pero está casi vacío. Randall enciende la lamparita de papá, lee los frascos para ver cuál es la medicina contra el dolor. Es grande y oscuro y tiene hasta el último centímetro de su cuerpo empedrado de músculos; a veces me pregunto si papá se asombrará de que esta máquina tan alta que es Randall saliese de él y de mamá. Si Randall le asombrará. Y luego veo a Manny, que resplandece casi tanto como *China* en el claro, y me pregunto qué saldrá de él y de mí: algo dorado y ancho como él, negro y pequeño como yo, o algo más que cualquiera de los dos. Papá vino, una vez, a uno de los partidos de Randall, y permaneció todo el rato a las puertas del gimnasio, asintiendo para sus adentros con la gorra de béisbol en la mano, mirando la cancha con el ceño fruncido y siguiendo el partido a medias. Se marchó antes del descanso.

–Papá, aquí dice que no debes beber alcohol con estos antibióticos. Ni con las pastillas para los dolores.

Papá niega con la cabeza y no se mueve.

–La cerveza no cuenta –refunfuña hacia la almohada–. Es como un refresco.

–Probablemente estés vomitando por eso.

–No puedo quedarme aquí tumbado. –La mano sana de papá está temblando–. Tengo que preparar la casa.

–Esch, ve a por agua. –Randall coge una lata, la estruja con una sola mano entre sus largos dedos, que se cierran como una araña–. Y llévate estas.

Me pongo las latas de cerveza en la camiseta. Papá murmura. Cuando vuelvo con el agua, Randall le está dando las pastillas a papá, que por lo menos se ha incorporado sobre un codo aunque tenga un lado de la cabeza apretujado contra el cabecero. Se traga toda el agua con las pastillas como si por hacerlas bajar deprisa pudiese impedir que se le suban más tarde.

–El huracán –dice papá.

–Tú dinos lo que hay que hacer –dice Randall, y me pide que le traiga a papá dos trozos de pan para el estómago y que se los ponga en la mesilla.

Hoy la brisa se ha convertido en viento, sopla con más fuerza, sopla más que

ayer en el bosque y en el claro. Con los dedos encuentro una linterna en la caja de herramientas que hay en la trasera de la camioneta de papá, además de un martillo y un taladro. Los clavos están todos caídos por el fondo de la caja, como plumas y paja en un gallinero. «Las ventanas primero –había dicho papá–. Tenéis que tapar todas las ventanas.» Tardo en seleccionar los clavos; me pincho el dedo con uno y me lo chupo, pero no hay sangre, solamente dolor. Me pregunto si el cachorro tendrá esta misma sensación cuando se meta en la boca el pezón destrozado de *China* una vez que cicatrice: duro, una cicatriz que recubre el dolor.

Skeetah sale del cobertizo y vuelve a correr la chapa que ha estado utilizando a modo de puerta. Abre el grifo, se inclina y bebe, deja que le corra el agua por la cabeza. Cuando se acerca a mí, el agua le está cayendo como una sarta de cuentas por el cuello y cubriéndole la clavícula, igual que el chal rojo de *Kilo*.

–¿Qué hacéis ahí metidos en la camioneta de papá?

–Está malo –digo.

Randall tiene medio cuerpo fuera de la camioneta y el otro medio dentro, y está sintonizando la radio en busca de la emisora negra. Sus piernas son tan largas que apoya las plantas de los pies en la tierra apisonada que hay debajo de la puerta del pasajero. Grita hacia el parabrisas para que le oiga Skeetah:

–Quiere que dejemos la casa preparada para el huracán.

–Dice que pongamos primero las tablas –le digo a Skeet. Va sin camiseta, y se ha apretado tanto el cinturón que la pretina del short cuelga como una cortina de baño y el cuero se le clava en la piel. Es el pantalón del día anterior. No me equivocaba; ha dormido en el cobertizo con *China*.

–Yo no puedo –dice Skeetah–. Tengo que lavar otra vez a *China*, hacerle la cura de los cortes. Tengo que asegurarme de que no se le ponen feos.

–Y ¿cuánto vas a tardar? ¿Quince minutos, media hora? –Randall se está asomando desde el interior de la camioneta; la música sube en volutas por detrás de él, minúscula y metálica porque la furgoneta de papá no tiene graves. La canción termina con un tintineo, y la pinchadiscos empieza a hablar suavemente, su voz tranquila y casi tan profunda como la de un hombre.

«–El huracán Katrina ya es un huracán de fuerza tres. Está previsto que toque tierra en Buras-Triumph, Luisiana, a lo largo de la mañana del lunes. El Centro Nacional de Huracanes ha emitido una alerta de huracán para el sudeste de Luisiana y para las costas de Misisipi y Alabama. El equipo de JZ94.5 les mantendrá al tanto de la situación de la tormenta a lo largo… » –Randall apaga la radio. Skeetah mueve la boca, mira al suelo. Sus cejas, tan oscuras y uniformes que parecen pintadas, se juntan formando un gancho. Las de papá también lo hacen. Las mías son tan claras que casi ni se ven.

–Tengo que ir a la tienda a por provisiones. Papel de liar y cosas así –dice Skeetah.

–Podrías pillar más latas de comida cuando vayas. –Randall pone cara de harto.

–No llevo dinero para eso.

–Ah, y entonces cómo pensabas comprar… –Randall se detiene a mitad de la frase–. Mierda. Voy a coger dinero del monedero de papá. Coge lo más barato. Cualquier cosa que venga en lata. No vamos a poder cocinar nada.

–Ya lo sé –dice Skeetah.

–No tendría ni que habértelo pedido. –Randall se frota la cabeza–. Que no te pillen.

–Nunca me pillan.

–¿Cómo vas a ir?

–Ya he llamado a Big Henry.

–Date prisa y vuelve. –Randall enciende otra vez la emisora. El rapero suena como una ardilla. Randall empieza a toquetear el botón, pero se vuelve a asomar–. ¡Necesitamos tu ayuda!

–Vale –dice Skeetah. Se seca el chal de agua, que se emborrona y se convierte en una corbata que le baja por en medio de las costillas. El ambiente es tan sofocante que ni siquiera con el viento se evapora el agua–. Echadle un ojo a *China* –dice, y el viento repentino le mete dentro de casa.

–¿Junior?

Le necesito para que saque los clavos del cubo. Sus deditos de araña lo harán mejor que los míos. No está en su cama, pero sus sábanas y su almohada siguen en el suelo. Las recojo, las dejo sobre el colchón. La cortina de nuestra ventana se agita. Apago el ventilador.

–Junior.

No está en el cuarto de baño. El último en entrar se dejó la tapa del váter subida, como siempre. La puerta del dormitorio de Skeetah y Randall está cerrada; oigo moverse a Skeetah de acá para allá. Hay un agujero en la mitad inferior de la puerta, de una vez que Skeetah se enfadó y la abolló de un puntapié; apareció papá por detrás y la emprendió con él a patadas, y después intentó darle un tortazo.

–¿Está ahí Junior?

–No. –Las paredes son tan delgadas que suena como si Skeetah estuviese a mi lado. *China* fue el motivo de que Skeet la emprendiese a patadas con la pared: cuando *China* se puso lo suficientemente gorda y sus pechos lo suficientemente grandes para que papá se diese cuenta de que estaba preñada, papá le dijo a Skeet que no quería una invasión de perros en el Hoyo. Lo dijo borracho, y jamás volvió a decirlo después de aquella noche, después de que Skeet le parase la mano cuando intentó darle un tortazo y le dijera: «No me pegues en la cara», como si estuviese dispuesto a aceptarlo en cualquier lugar menos en ese.

–¿Junior?

Está al lado de la cama de papá; su espalda pequeña y estrecha, vuelta hacia mí; su cabeza calva, inclinada. Tiene un brazo colgando, y el otro por delante como si estuviese participando en una carrera de huevos de Pascua, manteniendo un huevo duro en equilibrio sobre una cuchara. Solo que aquí no hay ninguna cuchara, nada más su dedo índice, que sostiene firmemente ante la nariz dormida de papá, casi rozando su bigote desgreñado, la desnuda piel de pollo que tiene encima del labio. Jamás he visto a Junior tan quieto.

–¿Qué haces?

Junior da un respingo. Se vuelve y se apresura a llevarse el dedo a la espalda. Bajo sus ojos hay moretones que le dan el aspecto de un hombrecito marrón y nervioso. Le agarro el dedo y le saco de la habitación, cierro la puerta.

–Esch –susurra Junior. Baja la vista como para contemplar a través del suelo los huecos que tiene debajo de la casa, en la tierra.

–¿Qué era eso? –pregunto. Aprieto, y no hay más que piel sobre hueso. Su dedo sigue estirado. Protesta e intenta zafarse, pero no suelto.

–No respiraba.

–¿Cómo que no respiraba?

Le arrastro por el pasillo, y aunque se retuerce, aunque se deja caer y clava los pies en el suelo, consigo llevarle hasta nuestro dormitorio. Me arrodillo delante de él.

–¿Qué estabas haciendo?

Junior me mira a la garganta, a la mano, adonde sea menos a la cara. Le doy un tirón, y me mira a la cara.

–Parecía que estaba dormido pero luego parecía que no respiraba así que quería sentir que respiraba. ¡Suéltame!

–Nunca vuelvas a entrar ahí cuando esté dormido. –Vuelvo a zarandearle del brazo–. Está malo.

–Ya lo sé –lloriquea Junior–. Sé que está malo. –Junior cierra la mano y de repente tira, y su mano se desliza como cuerda mojada entre las mías–. Sé lo de su mano y lo de la cerveza y las medicinas. –Da un bote–. Lo vi cuando se reventó la mano. ¡Me lo encontré! –Cada vez habla más alto–. ¡Veo cosas!

–¿Te encontraste qué?

–¡Su anillo!

–¡Junior!

–¡Mira! –chilla. No veo sus dientes de leche, pequeños y amarillos como caramelos; solamente su garganta, húmeda y rosada, y vuelve a ser un bebé, siempre con la boca abierta, siempre en busca del pezón, agarrando nuestros dedos, la manta, el babero, las patas de sus perros callejeros, y chupando. Es el Junior bebé y después ya no lo es; es un Skeetah en miniatura, y la mano que no ha utilizado para comprobar la respiración de papá rebusca en sus bolsillos y

enseguida saca algo, algo pequeño y granate, del tamaño de un cuarto de dólar, y lo lanza al otro lado de la habitación–. ¡De todos modos no le servía para nada! –Respira como si acabase de correr, y nada más decirlo ya se está escabullendo pasillo abajo como una araña. Casi le pillo al llegar a los escalones.

–¡Randall! –chillo–. ¡Coge a Junior!

Randall se abalanza desde la camioneta y es una larga raya negra que dobla vertiginosamente la esquina de la casa por donde se ha marchado Junior, y después le oigo dar porrazos debajo de la casa. Junior está tan pegado al suelo que no le veo.

–¡Junior –grita Randall–, sal de ahí!

Junior guarda silencio.

–¡Me vas a obligar a meterme ahí a sacarte! –dice Randall apretando los dientes, y se debe de estar arrastrando, porque Junior ha asomado por mi lado de la casa y quiere echar a correr, los ojos que se le salen de las órbitas como a los conejos; pero le tengo atrapado, y patalea y vuelve a patalear, y me sorprende que no tenga pelaje.

»¿Qué es lo que ha hecho? –Randall aparece por la esquina, la pechera toda roja por la tierra.

–Tenía la alianza de papá.

–¿Que qué? –Randall frunce el ceño.

–Tenía la alianza de papá. Se lo encontró en el dedo y lo sacó. Estaba en su bolsillo. –Con cada palabra, el rostro de Randall se va deslizando y resquebrajando hasta que parece un cristal roto con todas sus grietas, y sé que es porque es incapaz de creerse lo que le digo.

–Chaval, y a ti ¿qué demonios te pasa? –grita Randall. Me arranca a Junior de un tirón, y su otra mano cae con fuerza sobre el trasero flacucho–. ¿A ti qué te pasa? –grita Randall, su voz más alta. Atiza de nuevo–. ¡Junior!

Junior echa a correr en círculos huyendo de la mano de Randall, así que empiezan a girar; pero Randall es más rápido y más fuerte, y su mano cae una y otra vez.

–Es. Asqueroso. ¡Podrías! ¡Haberte! ¡Pillado! ¡Una! ¡Enfermedad! –Randall le da un par de azotes, su mano, tiesa como una tabla–. ¿Por qué lo has hecho?

–¡Se lo dio ella! –gime Junior. Su voz es una sirena–. ¡Y a él ya no le servía para nada! –Solloza–. ¡Yo lo quería para mí! –Gime–. ¡A ella!

Skeetah se ríe cuando le contamos lo que ha hecho Junior.

–Está loco.

–Es malo.

–Pero ¿al menos habéis encontrado el anillo? Seguro que se va por ahí a esconderlo en algún sitio.

–Sí, lo he encontrado yo –digo. Estaba sobre mi cama; lo había recogido con un cacho de papel higiénico y lo había lavado bien en la pila. El oro estaba deslucido y viejo, con una palidez casi como de plata, y nada en él hacía pensar que alguna vez hubiese tocado la piel de mamá–. Estaba cubierto de sangre. –Después de limpiarlo había vomitado.

Junior tiene hipo; ha metido medio cuerpo en la caja de herramientas que hay en la trasera de la camioneta de papá y está seleccionando clavos. Los hipidos sollozantes reverberan en el metal y salen fuera con más fuerza. Los clavos que encuentra los va soltando sobre la plataforma de la furgoneta, y tintinean.

–¿Qué has hecho con él? –pregunta Skeetah.

–Lo he metido en mi cajón de arriba –digo.

Skeetah ríe. Sus dientes son lechosos; su sonrisa, ancha.

–Deberíamos buscar los dedos. Son proteína gratis. –Ríe–. Se los podríamos dar de comer a *China*.

–Cállate. Qué cosa más desagradable –digo.

–No sé qué le pasa a este. –Randall mueve la cabeza, incrédulo.

Skeetah se ríe mientras se mete en el cobertizo arrastrando una madera, pero minutos después todavía le oímos tronchándose y hablando solo. Cuando Big Henry se acerca a buscarle con el coche, Skeetah está encajando otra vez la chapa en la entrada del cobertizo, sonriendo para sus adentros. Big Henry aparca y se acerca lentamente con un refresco en la mano, y me sorprende que no sea una cerveza. Le saludo con un gesto pero me quedo con los brazos cruzados en la plataforma de la camioneta detrás de Junior, que sigue hipando y moqueando sobre la caja de herramientas.

–Y a ese ¿qué le pasa? –pregunta Big Henry, y cuando alzo la vista veo que me está mirando a mí, que me pregunta a mí. Se ha afeitado los pelos sueltos y la perilla, así que tiene la cara tersa y más clara que el resto del cuerpo, y suavizada por el brillo que le da el sudor. Me quedo mirando la estrecha y huesuda espalda de Junior; suelta otro clavo. *Tin*.

–Venga –se ríe Skeetah, y se van.

«Tapad las ventanas.»

Le digo a Junior que se guarde los clavos en la camiseta y que se quede con Randall y conmigo mientras comparamos los tamaños de las tablas con los de las ventanas, las arrastramos por la casa y las dejamos en los lugares donde se van a clavar. Randall tiene el único martillo con un mango entero que hemos encontrado. Yo me encargo de sostener la madera por abajo, en la medida que puedo, mientras Randall pone los clavos. Junior se estremece al respirar. Intenta tragarse el labio cada vez. Después de clavar las tablas siempre queda algo de cristal a la vista, del tamaño de un ojo o del tamaño de una mano, pongamos como pongamos las piezas

de madera. Randall se concentra, pero aun así se machaca dos dedos y se pone a saltar como loco, como si estuviese en un entrenamiento, farfullando tacos. Junior interrumpe su respiración entrecortada para soltar unas risitas. Yo también me río. El barro se ha convertido en polvo por falta de lluvia, y cuando Randall clava, el tablero tiembla y me cae en la cabeza una llovizna roja que viene de donde se ha endurecido la tierra.

«Meted las garrafas de agua.»

Las garrafas de cristal que sacamos Junior y yo de debajo de la casa están amontonadas en la cocina. Parecen sacos de renacuajo, apiñadas, arrimadas unas a otras para hacerse compañía: turbias en el centro. Cuando Junior y yo las metimos en casa, estaban llenas de polvo, eran opacas. Enjuago una bayeta para Junior y otra para mí, y nos sentamos en el suelo de la cocina a restregar. Esto es un eclipse de huracán, la madera sobre las ventanas, el interior de la casa tan oscuro que el blanco de la camiseta de Junior es lo más luminoso que hay. Nos sentamos en el cuadrado de luz que forma la puerta abierta, y pasamos las bayetas hasta que se vuelven de color rosa. Esto es lo que beberemos. Esto es lo que usaremos para cocinar. Randall intenta tapar los huecos de la madera, pero no puede. No hay suficiente madera. La luz se cuela en la casa, furtiva y fina como si fuesen cables eléctricos que salen de las grietas del cristal desprotegido. Papá se levanta de la cama, despotricando y chocándose con cosas, y entra a trompicones en el cuarto de baño. Vomita. Pide agua a gritos, y le digo a Junior que se la lleve. Cuando voy a mear, cojo la linterna que encontré en la caja de herramientas de papá y veo que no ha apuntado bien al váter, y que hay vómito en el suelo del baño. Lo limpio con las bayetas que les hemos pasado a las garrafas; cuando sacamos fuera las bayetas para enjuagarlas con la manguera en vez de en la pila llena de platos, el agua sale amarilla y roja.

«Lléname el depósito.»

Junior va sentado en medio con las piernas colgando, oscuras y flacas. Conduce Randall. Saco la mano por la ventanilla del pasajero, dejo que el viento la recoja, la venza, me la coja como si fuésemos de la mano. Las dos ventanillas están bajadas porque papá no tiene aire acondicionado, y las piernas se me pegan a las esterillas que puso mamá en el asiento cuando éramos pequeños y la tapicería se calentaba tanto en verano que parecía que nos derretía la piel. «Está demasiado caliente para los críos», había dicho, y atizó las esterillas hasta dejarlas bien limpias, las lavó y las remetió por los asientos. Antes de que Randall se sentase, pude ver que papá había dejado el asiento del conductor muy desgastado. El resto de la tela parece casi tan grueso como cuando la puso mamá. Recuerdo que me picaba la primera vez que me subí con ellos a la cabina de la camioneta, pero no me quejé. Por aquel entonces

cabíamos todos en la cabina, y no había ninguna ley sobre cinturones de seguridad. Ahora estamos cruzando por el campo en dirección a la carretera interestatal, donde está la gasolinera más cercana. Los pinos silban y azotan en los márgenes de la carretera; el viento racheado los pone a bailar. La franja de cielo que hay más allá de los pinos está cubierta, gris, y el sol busca colarse en ráfagas, abrirse paso como el fuego a través del papel parafinado. En la gasolinera, Randall ni siquiera permite a Junior que se baje y vaya a la tienda en busca de algo por lo que suplicar; entro yo y pago en metálico, y Randall reposta. El aire acondicionado está tan fuerte y las luces fluorescentes brillan tanto que me cuesta respirar; tengo calor, el cuerpo empapado como una esponja, los pechos y el estómago llenos de agua hirviendo, las extremidades en llamas. Randall llena el depósito, y en el viaje de vuelta aprieta a fondo el acelerador por la carretera secundaria. Vamos por el asfalto a todo gas, dejando atrás los árboles, y el motor brama; vencemos al cielo y al viento. Junior enseña los dientes y sonríe.

«Cocina lo que haya en la nevera.»

Hay seis huevos en la nevera. Varias tazas de arroz frío. Tres lonchas de mortadela de Bolonia. Una caja de cartón vacía de la gasolinera con huesos de pollo rebañados. Casi dos litros de leche. Kétchup y mayonesa. El hornillo es de gas, así que cuando Randall enciende los fuegos, la cocina adquiere un resplandor anaranjado y trepan sombras por las paredes. El día intenta iluminar la entrada abierta y fracasa. Junior se sienta a la tenue luz de la puerta, la barbilla sobre las rodillas, abrazadas las piernas. Hace dibujos en la tierra del suelo. Está enfadado porque Randall le ha dicho que no, que no puede ver la tele. Que todavía tiene que andarse con ojo. Randall fríe los huevos con la grasa de beicon que guarda papá en la vieja lata de café que hay sobre la encimera; echa el arroz y condimento criollo. Yo frío las lonchas de mortadela, y *China* debe de olerlas porque se echa a ladrar; ladridos fuertes, suplicantes. Repartimos en cuatro platos los huevos y el arroz, la mortadela partida por la mitad, reservando un poco para Skeetah. Junior y Randall se beben la leche. A papá le llevo su plato, pero como está dormido se lo pongo sobre el tocador y le dejo echando una cabezadita en la cueva de su dormitorio. Está oscuro, pero aun así duerme con el brazo malo sobre los ojos.

«Aparca mi camioneta en el claro que hay pegado al hoyo.»

El único claro propiamente dicho que hay en el Hoyo está pegado al hoyo. Hubo que talar árboles para hacer sitio a las maniobras de los dúmperes, para abrir la tierra. Randall rodea la casa con la camioneta de papá, sortea los árboles; los espejos retrovisores se salvan por los pelos. Las gallinas salen desperdigadas por delante de la camioneta, cloqueando como en protesta; el viento las recoge y hace que vuelen con saltos torpes. Randall aparca al lado de la parrilla improvisada en la

que asamos la ardilla; agarrados al metal hay trocitos negros de restos carbonizados, y sobre ellos, un hervidero de hormigas rojas, una línea viva. Mientras subimos las ventanillas de la camioneta y cerramos la caja de herramientas, Junior se agacha junto a la parrilla. Cuando terminamos, Randall dirige un gesto de reprobación a Junior, le dice: «Ya está bien»; el dedo de Junior está en medio de las hormigas, y se han esparcido como un charco sobre su mano. Todas están curvándose, picando, hincando sus mordiscos en la piel. En el semblante de Junior hay una mirada orgullosa que dice: «Mirad cuánto duro». Cuando Randall le agarra del brazo y yo le espanto las hormigas de un manotazo, su piel está hinchada, blanca y roja, llena de bultos que cada vez son más grandes.

–Pero ¿a ti qué es lo que te pasa, Junior? –pregunta Randall.

«Coge lo más barato que encuentres», había dicho Randall, así que cuando Skeetah y Big Henry empiezan a descargar el maletero, supongo que habrá cajas de cartón cortadas por la mitad llenas de sopa de tomate. Skeetah saca una bolsa grande de pienso para perros, se la echa al hombro y la lleva al cobertizo. Después saca otra bolsa de veinte kilos y la suelta al lado de la primera, y allí se quedan, como gemelas abollonadas. Desde el cobertizo llegan los ladridos de *China*, agudos. Tiene hambre.

–¡Ya vale! –grita Skeetah, y *China* se detiene en pleno ladrido, se lo traga. Skeetah descorre la puerta de chapa del cobertizo y *China* sale tranquilamente, le roza con la cabeza, hociquea sus pantalones, le lame la mano. Él se agacha y la acaricia.

Randall, Junior y yo llevamos cerca de una hora sentados en el terreno, las faenas, hechas; la casa está demasiado oscura, demasiado calurosa. Es un puño cerrado. Junior ha estado jugando con un cable viejo, usándolo como una cuerda. Lo ha atado a distintos árboles y se ha puesto a dar como si fuera una comba. El árbol era su compañero, pero no tenía a nadie que saltase en el centro. Al final, Randall desató el cable y yo me acerqué y cogí el otro cabo. Mientras el cielo se oscurecía y el sol empezaba a filtrarse de manera más intermitente entre las nubes, dábamos vueltas al cable para que Junior saltase sobre el polvo.

Randall es el primero en acercarse al coche. Hay dos cajas arrumbadas en un rincón del maletero, las tapas abiertas y desdobladas. En una hay cerca de quince latas de guisantes con letras verdes sobre un fondo plateado, y varias de carne en conserva. Y en la segunda caja hay veintitantas bolsas de ramen. Randall coge la caja que contiene los guisantes y la carne, y yo, la del ramen. Randall agarra su caja con un brazo y los músculos se le apelotonan; mira a Skeetah y se encoge de hombros, sube la mano como si estuviese lanzando un balón a una canasta demasiado alta.

–¿Por qué habéis cogido tantos guisantes?

–Era lo único que quedaba.

–Y ¿solo tres de carne en conserva?

–Estaban desplumados. Era lo último que había en los estantes.

–Te dije que no cogieras nada que haya que cocinar. ¿Qué vamos a hacer con una caja llena de ramen?

–Comérnosla. –Skeetah, que está al lado de *China*, levanta la vista. Está revisándole las mamas, quitando la venda amarronada para ver las costras que recubren las heridas rojas y acuosas. *China* le chupa el antebrazo.

–¿Con qué vamos a cocinar los fideos? Ya sabes que la electricidad se va cuando hay tormentas eléctricas, conque imagínate durante un huracán.

–Tenemos la parrilla en el bosque. Podemos cocinarlos sobre un fuego.

–¡La leña estará mojada!

–Pero si no va a ser para tanto. Seguro que se da media vuelta y ni nos toca.

–No, Skeet. Llevamos todo el día oyendo la radio. Es de fuerza tres y viene directo hacia nosotros. Y ¡tú vas y traes dos sacos de comida para perros! ¿Cuánto te crees que nos van a durar estos guisantes?

–¡En casa hay más cosas!

Odio los guisantes. El estómago, que últimamente ha estado tirando de mí, exigiéndome que coma a todas horas del día para alimentar al bebé, me arde.

–¡Justitas para cinco personas! –digo; jamás me había oído una voz tan dura.

Skeetah desenvuelve la mama de *China*, y cae colgando, magullada y mustia ya por la falta de uso; es una marca oscura, que desfigura lo que antes era tan blanco, tan impoluto. La cicatriz vuelve lo que queda todavía más hermoso. Skeetah mira a *China* como si estuviese dispuesto a zambullirse en ella y ahogarse si pudiera.

–¿Alguna vez has probado la comida para perros? –pregunta Skeetah.

La caja de Randall da una sacudida, y parece como si quisiera tirarla.

Big Henry cierra el maletero, sube las manos mostrando las palmas, como para tranquilizarnos.

–Tío, a nosotros nos sobra un poco. Mamá y yo compramos cajas de refrescos y conservas a principios del verano, y desde entonces venimos comiendo de lo que da su huerta para que no se gasten. Seguro que a Marquise también le sobra algo, porque su madre no hace más que dar voces diciendo que come demasiado y que tienen que asegurarse de que les queda suficiente comida, por si las moscas. Skeetah, no tienes por qué comer comida para perros.

–Está salada. Sabe a nueces de pacana. En el peor de los casos, podremos comer como *China*. –Skeetah acaricia a *China* desde los hombros hasta el cuello, sube por su mandíbula de cuchilla y le coge la cara, que se arruga cuando le estruja la piel. Parece como si tirase de ella para darle un beso. *China* entorna los ojos. Me entran ganas de darle una patada. Randall se echa la caja al hombro, me quita la caja del ramen y da media vuelta para irse a casa. Junior está atando su cable alrededor de

un viejo cortacésped, tirando de él como si jugase al sogatira El sol brilla, abrasa como el fuego, se encauza por los huecos que hay entre los árboles iluminando a Skeetah y a *China* y haciéndolos resplandecer mientras se arrodillan el uno frente al otro, los ojos a la misma altura. Skeetah ya ha olvidado la conversación, y *China* jamás la oyó.

–No somos perros –dice Randall–. Ni tú tampoco. –Se mete entre el pulgar y el índice de la casa, la casa aprieta y Randall ya no está. El día se nubla, y así se queda.

Día décimo:
En el ojo sin fin

Me comí los huevos y la mortadela de Skeetah. Él estaba en el cobertizo con *China*, limpiándola. Me lo comí todo. Pasé la lengua por el plato, lo dejé relimpio. Me habría comido el plato. Randall me echó una mirada fugaz y después se puso a sacar todas las latas de los armaritos. Nos sentamos alrededor de la mesa de la cocina y empezamos a dividir, apilar y contar: veinticuatro latas de guisantes, cinco latas de carne en conserva, una lata de concentrado de tomate, seis latas de sopa, cuatro latas de sardinas, una lata de maíz, cinco latas de atún, una caja de galletitas saladas, unos copos de maíz que nos podríamos comer sin leche. El arroz, el azúcar, la harina y la maicena no servían para nada. Había treinta y cinco paquetes de ramen.

–¡Mierda! –gritó Randall, y tiró la lata de concentrado de tomate que tenía en la mano a la otra punta de la habitación. Fuera, el viento soplaba entre los edificios.

Después del desayuno, los oigo hablar mientras estoy en el cuarto de baño. Fuera, el gallo está cacareando, y *China* le responde con ladridos. Están en el dormitorio de papá. Cuando meo y me inclino para coger el papel higiénico, la tripa me presiona la parte de arriba de los muslos, insistente. No hago caso, abro con cuidado la puerta y avanzo sigilosamente por el pasillo para poder oír a Randall y a papá a través de la puerta abierta.

–Ya lo sé –dice Randall–. Pero aun así no tenemos bastante.

–Si de todos modos os los coméis secos.

–Junior es el que se los come secos. Nadie más.

Papá respira pesadamente; oigo que se atraganta con una flema, y luego tose y la suelta.

–Tengo dinero suficiente por si hay una emergencia después de la tormenta. Nunca se sabe lo que va a pasar.

–Pero qué me dices de…

–No es que sea mucho, hijo –dice casi sin aliento. Randall es el único al que ha llamado así, y solo en un par de ocasiones–. Me aseguré de que teníamos conservas suficientes para varios días. Ni más, ni menos.

–No creo que sean suficientes.

–La FEMA[7] y la Cruz Roja siempre llegan con comida. Al menos podemos contar con eso. Si no es demasiado fuerte, puede que incluso haya gasolina.

–Todavía estamos creciendo, papá. Esch, Junior, yo. Incluso Skeet. Todos tenemos hambre.

–Nos apañaremos con lo que haya. –Papá tose–. Siempre lo hemos hecho. Y seguiremos haciéndolo. –Se aclara la garganta, escupe–. Tu madre –dice, y se interrumpe–. ¿Habéis visto mi alianza?

–Sí. Lo encontró Junior –dice Randall–. Voy a por él.

Y después solo se oye el sonido del ventilador, que sopla con fuerza y constancia desde el tocador de papá, desplazando el aire caliente unos pocos metros antes de morir en la caja caliente de su dormitorio. Sigo a Randall hasta la habitación que comparto con Junior, hurgo en el cajón, encuentro el anillo y lo planto en su mano sudorosa para que pueda devolvérselo a papá, que se lo meterá en el bolsillo del pantalón o en el de la camisa o se lo pondrá en una cadena alrededor del cuello, en cualquier lugar que le siga tocando la piel ya que ha perdido el dedo donde lo llevaba.

Papá es el único que aguanta dentro de la casa, oscura y cargada. Los demás, en cuanto podemos, salimos fuera. Hay una cortina azul gris sobre el cielo, y no hay sol, y si hace mejor fuera de casa que dentro, es solo porque sopla un viento tenaz, un viento que tira de mi ropa y muestra mi cuerpo tal y como es. La luz viene de todas partes y de ninguna. Las gallinas están sentadas en un árbol bajo, sobre los postes de una vieja valla, sobre una lavadora vieja, sobre el dúmper y sobre la leña de su gallinero desmoronado. Se apiñan, y es como si no soportasen estar en el suelo, entre el polvo que se levanta. Me siento en los escalones, Junior, a mi lado, su piel mojada contra la mía, Randall, sobre el depósito de gasolina con su balón, lanzándolo al aire y cogiéndolo antes de que el viento malhumorado pueda arrebatárselo.

Skeetah está amontonando cosas enfrente del cobertizo. A primera vista diría que está limpiando a fondo, pero no, porque no está sacando herramientas, ni bidones de gasolina, ni podadoras rotas, ni bastidores de bici ni tiestos. Su montón es todo para *China*: pienso para perros, cadenas, correas, mantas, sus boles de comida. Pasa la mano por los boles para limpiarlos y los coloca en el escalón junto a Junior y a mí, donde exudan charquitos. Lleva su manta a la cuerda y la tiende, y después se inclina y se pone a rebuscar a gachas entre los cachivaches que hay por el terreno.

–¿Qué hace? –pregunta Junior.

Me encojo de hombros.

Skeetah se endereza con un palo grande en la mano, una rama desprendida por algún aguacero, y empieza a atizar la manta. Cae una tromba de suciedad, intermitente como la lluvia fría. Hay algo que se queda flotando un poco más de lo normal, una nube lenta, y veo que parte de *China* está en la manta, que se le está

cayendo el pelo. Me vienen a la cabeza los cereales con leche, los Krispies con azúcar.

–Necesitamos más comida –digo.

Randall atrapa el balón, lo abraza contra su estómago.

–¿Se te ocurre algo?

Me chupo los labios. Tengo ganas de masticar algo.

–Aún no –digo.

Randall frunce el ceño. Junior apoya la cabeza en mi hombro.

–Estoy cansado –dice.

Quiero decirle: «No te pegues tanto, que hace demasiado calor», pero miro sus rodillas como pelotas de béisbol, su cabeza, que parece demasiado grande y pesada para su cuello nervudo, y digo en cambio:

–¿Quieres fideos?

–Sí.

Skeetah frunce el ceño mientras atiza la manta. *China*, que estaba agazapada junto al cubo, da un respingo y echa a correr nada más hincar los dedos en la tierra. Corre hacia la montonera que antes era el gallinero y brinca, sonriendo, ladrando. Intenta chuparles las plumas. Las gallinas se agachan, se apiñan. *China* pasa de largo como una exhalación, gira hacia los postes de la valla, salta y casi se da un topetazo con ellos. Las gallinas se desgañitan y dan saltitos, caen de nuevo sobre la madera. Ignora a las diez o doce que hay en el árbol y sale disparada hacia la lavadora. Vuela y cae encima, y las gallinas que estaban allí posadas se dispersan.

–¡Skeet! –chillo.

–*China* –llama Skeet, y atiza otra vez la manta.

Entro en la casa oscura para hacerle los fideos a Junior, y papá está tan dormido y tan tranquilo que tengo la sensación de estar a solas.

–Deberíamos ir a buscar huevos –dice Randall. Junior sigue sentado en los escalones, la cara metida en el bol, sorbiendo el aguachirle que queda una vez que las largas y sinuosas cuerdas de ramen han cruzado sus labios después de pasar por su barbilla. No le gusta nada que parta los fideos antes de echarlos a cocer en la olla.

–Necesitan nevera.

–Los podemos cocer. Durarán bastantes días.

Junior se está bebiendo lo que queda de sopa, todavía encorvado sobre el bol. Ojalá hubiese hecho para mí; se me hace la boca agua cuando pienso en la sal. La espalda de Junior es el caparazón de una cría de tortuga, tan delgada que se chascaría si alguien se la pisase.

Skeetah está colocando la manta doblada sobre las bolsas de comida, además de las cadenas y las ruedas de entrenamiento de *China* y de las jeringas y la medicina

que le robó al granjero. Junior mete el dedo en el bol, rebaña bien el condimento del fondo y se chupa el dedo. Entra estrepitosamente en la cocina, tira el bol a la pila y vuelve a salir estrepitosamente. Corre hacia Randall; las plantas de sus pies lanzan destellos amarillos, el color de los ojos de *China*.

–Deberías calzarte –digo.

–¿Vienes, Skeet? –pregunta a la vez que Randall se deja caer por el depósito de gasolina y cae erguido, la mirada puesta ya en el bosque, en el polvo, en el viento.

–Ya os alcanzaré. Tengo que pasear a *China*. Esto de estar encerrada no le va a gustar un pelo.

Randall echa a andar con aire de resignación entre la lavadora, la podadora y la vieja caravana rota, como si buscase la salida de un laberinto. Las gallinas cloquean, sus plumas se alborotan con el aire que levanta a su paso y después se asientan. Tengo hambre.

–No nos vendría nada mal otro par de ojos –digo–. Mamá también te enseñó a ti a buscar, y sabes perfectamente que Junior aún no sabe descubrirlos.

–Un segundo, ahora voy. –Skeetah se encoge de hombros. *China*, pegada a su rodilla, ladea la cabeza y saca la lengua, como si fuese la primera vez que me ve. Las orejas se le doblan como servilletas.

Suspiro sin saber si podrá oírlo a través del viento, y sigo a Randall por los desechos del terreno para iniciar la búsqueda. El viento me embiste con tanta fuerza que me imagino que es el viento que invocó Medea después de dar muerte a su hermano para que impulsase el barco, tan deprisa que iba dejando una espuma sangrienta por estela; apenas si tengo energía para caminar, para empujar a la contra. Las mañanas en las que tengo hambre, como esta, las náuseas siempre son más intensas. Se oye a *China* correteando alrededor de Skeetah, el temblor del cobertizo de hojalata, la risa de Skeetah y los ladridos de *China*, pero los dejo allí, a su aire, y continúo, sin apartar la vista del suelo.

Las gallinas han hecho sus propios planes para la tormenta; han guardado los huevos, los tienen bien escondidos. Cuando Randall, Junior y yo nos desplegamos entre los robles y los pinos para buscar, Randall se agacha junto a Junior y le cuenta cómo nos enseñó mamá a encontrar huevos. «Mira pero sin mirar –decía–. Te encontrarán ellos a ti. Tú camina sin rumbo y ya vendrán ellos.» Se había inclinado igual que Randall, su mano fuerte y suave sobre mi nuca, sujetándome como a los perros. «Suelen ser marrones y tienen plumas pegadas –decía, señalando–. Los huevos son así por la madre. Según sea el color de la madre, así será el color del huevo.» Sus labios eran de color rosa, y cuando se inclinaba de esa manera me llegaba el olor a polvos de talco esparcidos por la delantera del vestido, veía la piel marcada de lunares de su escote, la suave caída de sus pechos en el sostén. «Como tú y yo –dijo–. Como tú y yo. ¿Lo ves?» Mamá me sonreía, y sus pestañas se cerraban como una venus atrapamoscas. Su grueso brazo se rozaba con

el mío, y yo miraba adonde me indicaba y, en efecto, allí estaba, un tesoro de huevos acurrucados unos contra otros: crema, blancos, marrones, marrón oscuro y tan moteados que casi parecían negros. Las gallinas merodeaban, murmurando. «Mira si será rufián el gallo que siempre se escaquea –decía mamá–. Pero la madre… La madre siempre está aquí. ¿Lo ves?»

Los pinos se encogen de hombros en un cielo que cubre como una camiseta mojada. Debajo, Randall llena la camiseta de Junior de huevos que recogen de los lugares más difíciles, lugares a los que solamente Junior, con sus dedos de alfiler, tiene acceso: los codos del motor del dúmper, entre el culo de una nevera vieja y apestosa y la tierra, encajados en los muelles de un colchón pelado a mordiscos por los animales. Busco y no encuentro nada.

Los huevos que lleva Junior en la camiseta están calientes; estiran el cuello de la camiseta en forma de V, y en el punto donde se le juntan las clavículas parece como si tuviese dos canicas pegadas a la piel. Coloco los huevos en el cazo negro y rugoso que usaba mamá para guisar el gumbo, los cuento según van rodando y asentándose. Randall agarra los lados de la camiseta de Junior porque parece como si Junior estuviese ladeando el cuerpo para imitar el bamboleo de los huevos Veinticuatro. Hay veinticuatro huevos que cocer, guardar, comer. Ya es algo.

Cuando aparece Manny, no hay un sol que le extienda la mano, que le acaricie como a un perro, que le haga resplandecer y brillar. Manny no quema, pero aun así hay en él algo que reluce, como un fuego que se consume y conserva el calor en las cenizas. Soy la primera que le ve porque estoy sentada en los escalones. Junior y Randall están de espaldas colocando los huevos en la cazuela. Al ver que le estoy mirando, Manny se fija en el secreto justo cuando va a dar un paso, como si tuviera un cordón desatado, y los ojos se le abren de par en par, se vuelven más blancos. Pero sigue caminando, cada vez más grande y verdadero, a través de la penumbra, del viento y del tembloroso verde del día, hasta que se oyen más sus pisadas que los insectos, que van acallándose uno tras otro como si Manny fuese la tormenta que se avecina. ¿Adónde irán?, pienso, y Manny está mirando la espalda de Randall, no mis ojos, y le odio, y me pregunto si algún día dejaré de quererle.

–Primo –dice.

A Randall casi se le cae el huevo número veinticuatro.

–Mierda –dice Randall, y se vuelve.

–Perdona. –Los hombros de Manny. Sus hombros y su cuello eran lo que más me gustaba. Quiero pegar la boca a su cuello una sola vez. Manny es lo más ligero que hay en el claro del bosque. Quiero que vuelva a resplandecer sobre mí, una sola vez. Pero mira a Randall, y sonríe a medias. Es entonces cuando veo la cicatriz de su rostro, la piel mal estirada. No ha venido aquí por mí–. ¿Hablamos?

Randall se inclina, mete el último huevo en el cazo, me pasa el cazo y habla con

Manny pero me mira a mí.

–Sí –dice–. ¿Puedes ir cociendo estos?

Salen juntos, se detienen al pie de los escalones de atrás.

Me quedo con el cazo donde estoy. Los huevos se bambolean y chocan, suenan como si alguien tirase piedras a puntapiés al fondo de un arroyo seco.

–Junior, vete a jugar –dice Randall desde la puerta. Junior sale como una bala, liberado de sus tareas. Es todo calvorota y brazos y piernas borrosos. Echo agua al cazo en la pila hasta que cubre los huevos.

–Y ¿Skeetah, no está aquí?

–Creo que está por ahí por el bosque paseando a *China*.

–Esa perra es una bestia.

–Ya.

Echo sal al agua, pero en el salero hay más arroz que sal.

–¿Te ha llamado el entrenador por lo del partido?

–Dijo que le iban a pagar el campamento a Bodean.

–No lo sabía.

Enciendo la lumbre con una cerilla y pongo el agua a hervir. Me quedo a unos pasos de la puerta en la oscuridad de la cocina para que no me vean, y con los ojos entrecerrados miro a través de la mosquitera.

–Lo siento –dice Manny.

–Vale. –Randall suspira.

–No sé qué pasó.

–Que mi mejor amigo se enzarzó con mi hermano, eso es lo que pasó.

–Tenía otras historias en la cabeza. No era nada contra Skeet.

–Él no opina lo mismo. Cree que le hiciste envenenar a su perra.

–Jamás haría una cabronada así. Tú me conoces.

Randall no tiene nada en las manos. Manny se abanica la cara como si estuviese espantando jejenes.

–También cree que te estás tirando a mi hermana.

–Randall, venga ya, tío.

–¿Qué es lo que quieres?

–Somos como de la misma familia.

Manny se mete las manos en los bolsillos y se agacha como para esquivar un golpe, como si le avergonzase decir lo que acaba de decir.

–El que sí es de tu familia es Rico. Yo no soy de tu sangre.

–Como si lo fuéramos.

–Ese es el problema. –Randall sacude la cabeza como un caballo intentando zafarse de las riendas–. Puede que yo lo sea; los demás, no Yo soy el único.

–Eso no es cierto.

–Sí que lo es.

–He visto crecer a Junior, igual que todos vosotros. Eso no se puede negar.

– ¿También a Esch y a Skeet?

–A ellos también.

–No –dice Randall–. No es lo mismo. –Unas burbujas de aire, minúsculas como las que salen de las bocas de los peces en el agua, suben del fondo del cazo, se agolpan en el centro. Empieza a salir vapor–. Tengo cosas que hacer. Luego te veo.

Randall entra en la cocina y aparto la vista del cazo como si no hubiese estado de puntillas ante la tenue luz azul del fuego del quemador, como si no hubiese estado escuchando.

–Va a tardar siglos en hervir. Déjalo –dice Randall. Alto, tieso, lo dice sin mirarme. Pasa de largo bruscamente, cierra la puerta de su dormitorio. Al oír que se cierra me falta tiempo para salir por la puerta mosquitera, corriendo, todavía de puntillas, apenas rozando el suelo con los pies. Allí está, desvaneciéndose entre los árboles, un sol poniente. Salto por la cuneta a la carretera.

–¡Espera! –llamo. Jamás me había oído la voz así de aguda.

Manny para y se da la vuelta, y su rostro es una flor de magnolia que revolotea en el viento, sus ojos, el brillante corazón amarillo. La veo, no la veo.

–¿Qué? –dice cuando le alcanzo–. ¿Randall quiere algo?

Los ojos de Manny resbalan sobre mí y se detienen en la cuneta, en la carretera, en el cielo que tiene el color de una sartén restregada.

–No –digo–. Yo.

–Tengo que irme. –Da media vuelta, me enseña la nuca, el pelo, los hombros. La veo, no la veo.

–Estoy embarazada.

Se planta de perfil. Su nariz es como un cuchillo.

–¿Y?

El pelo le crece tan deprisa que ya se le ha empezado a rizar. En las raíces se le concentran gotas de sudor.

–Es tuyo.

–¿Qué?

–Tuyo.

Manny niega con la cabeza. El cuchillo corta. El sudor resbala por la cicatriz, cae en el asfalto podrido.

–Aquí no hay nada mío. –Manny pestañea cuando me lo dice. Me mira de frente, por segunda vez en su vida–. Nada.

Nada. Pestañeo y, a saber por qué, veo a Skeetah, a Skeetah de rodillas junto a *China*, siempre de rodillas, siempre acariciándola, queriéndola, conociéndola. La cara de Skeetah cuando estaba enfrente de Rico, cuando le decía a *China:* «Que se enteren».

Me abalanzo sobre él como *China*.

De pequeña jugaba a las peleas con Skeetah y Randall. En una le pegué un puñetazo a Skeet en el estómago y tuve la sensación de que mis brazos eran fideos, como si él no tuviera músculos a los que pegar y yo no tuviese músculos con los que pegarle. A Randall le di una patada en el pecho una vez que se estaba metiendo conmigo, y se le cortó la respiración. Otra vez me peleé con una chica en los vestuarios del colegio por reírse de mis pechos recién salidos; me aconsejó en tono burlón que le dijese a mi madre que necesitaba un sujetador. Mi madre ya llevaba cuatro años muerta. La chica me enganchó la camiseta justo por donde pasaría la tira del sujetador y me dio un empujón, y yo me volví y, ciega de ira, arremetí contra ella para partirle la cara y la emprendí a patadas en las piernas y a codazos, zurrándola con todo mi cuerpo. Era el doble que yo, pero la pillé por sorpresa sin darle tiempo a zafarse de mí. Me tropecé con el banco y me abrí un buen tajo en el brazo con las taquillas, pero a la chica aquella la dejé con un chichón cada vez más grande y morado en la cabeza y con el labio rosa y dolorido como los morros de cerdo escabechado en conserva. Tres años después del incidente, siempre me saluda cuando me ve por el pasillo. Soy rápida.

Le estoy abofeteando; una vez, otra, mis manos, una ráfaga, un borrón negro. Su cara arde y escuece como el agua hirviendo.

–¡Eh! ¡Eh! –grita Manny. Frena cuanto puede con los codos y los antebrazos, pero serpenteo y le esquivo. Le abofeteo tan fuerte que me duelen las manos.

–¡Te quiero!

–¡Esch! –La piel de su garganta está roja; su cicatriz, blanca.

–¡Te quería!

Le doy en la nuez con la V que forman el pulgar y el índice. Se atraganta.

–¡Te quería! –Es Medea empuñando el cuchillo. Es Medea cortando. Le surco la cara con las uñas, dibujo arañazos rosa que se vuelven rojos, que se llenan de sangre.

–¡Puta estúpida! ¿A ti qué te pasa?

–¡Tú!

Manny me agarra de los sobacos, me levanta y me tira. Salgo volando hacia atrás. Primero aterrizan las puntas de mis pies, apenas rozando la carretera, y después, con un ruido sordo, mis talones; pero voy demasiado deprisa como para parar y caigo en el suelo de culo. Intento frenarme con mis manos escocidas y me escuecen más. Me he raspado la piel.

–¿Cómo te atreves a decirme que tienes algo mío cuando te follas a todos los que vienen al Hoyo?

–¡Solamente he estado contigo! –Vuelvo a lanzarme sobre él.

–¡Más vale que le vayas con ese cuento a Big Henry! –Manny se retuerce y me vuelve a empujar, pero al separarme me llevo el cuello de su camiseta.

–¡Lo sé! –digo–. ¡Sé que es tuyo!

–No lo es.

–Se lo voy a decir a Randall.

–¿Te crees que no saben que eres una putilla? –Lo dice escupiendo y sale rojo; le he hecho sangrar.

Manny mueve la cabeza y resopla, da unos pasos hacia atrás para alejarse de mí y de pronto ya está corriendo por la carretera menguante, la susurrante maleza se lo está tragando; y yo estoy temblando como las hojas, como el verde que me rodea, doblada por la primera ráfaga delatora de los vientos que se acercan.

–¡Tú! –grito.

Mañana, pienso, todo se habrá arreglado. Lo que llevo en mi vientre es implacable; de la misma manera que amanece un día insoportable tras otro, nacerá. Me quedo mirando a Manny mientras va empequeñeciéndose, y las costillas se me rompen como la leña seca del verano y arden, arden.

–Al bebé se le notará –chillo–. ¡Se le notará!

Pero el viento me arrebata la voz y se la lleva más allá de los pinos, donde la suelta para dejarla morir.

Randall me encuentra sentada en la cuneta. Mis piernas cuelgan por la linde, las zarzamoras me las arañan y me suben hormigas por los dedos de los pies, pero no me importa. Las lágrimas me caen como agua por la cara y me la tapo con la camiseta, pero hace demasiado calor y no puedo hacerlo desaparecer. Nunca podré pararlo nunca nada. Cuando Jasón traicionó a Medea y la mandó al exilio para casarse con otra mujer, Medea mató a la novia, al padre de la novia y por último a sus propios hijos, y después se fue volando por el viento a lomos de unos dragones. Gritaba; Jasón la oía.

–¿Qué pasa?

–Nada. –Se lo digo a través del algodón.

–Nos vamos a la casa de los blancos.

–¿Quiénes vais?

–Tú y yo.

–¿Para qué?

–Necesitamos provisiones –dice Randall, y el día calla un instante y oigo cómo entra y sale su respiración–. ¿Te ha dicho algo?

–No. –Me enjugo la cara, dejo que la camiseta se deslice y caiga. Tengo los ojos hinchados y calientes como uvas maduras–. No ha dicho nada.

–Necesito tu ayuda, Esch. –Jamás había visto suavizarse ninguna parte del cuerpo de Randall estando él despierto; ni la larga línea de sus brazos, ni sus piernas como postes de acero ni su cara, que siempre están cambiando, haciendo, guardando y disparando a cosas. Pero ahora, solo por un momento, su cara se

suaviza, y se parece a las fotos que le sacó mamá de bebé, fotos de un Randall al que veo ahora por primera vez–. Por favor, Esch.

Me inclino y me restriego bien la cara con la camiseta, pero las lágrimas siguen saliendo.

–No puedo –sollozo.

–Por favor –susurra Randall.

–¿Por qué? –murmuro.

–Te necesito.

Restriego, me enjugo las lágrimas como si pudiese enjugarme el amor de Manny, el odio de Manny, a Manny. Y luego me levanto porque no puedo hacer otra cosa. Salgo de la cuneta y me quito las hormigas porque no puedo hacer otra cosa. Sigo a Randall alrededor de la casa porque no puedo hacer otra cosa; no sé si será fuerza o si será debilidad, pero esto es lo que hago. Tengo hipo, pero me siguen saliendo lágrimas. Después de morir mamá, papá decía: «¿Para qué lloráis? Dejad de llorar. Llorar no cambia nada». Jamás dejamos de llorar. Simplemente, llorábamos más bajito. Lo ocultábamos. Aprendí a llorar de manera que apenas salieran las lágrimas, tragándome su agua caliente y salada y sintiéndolas bajar por mi garganta. No podíamos hacer otra cosa. Trago y miro con los ojos entrecerrados a través de las lágrimas, y echo a correr.

El comienzo de mi carrera por el bosque con Randall es más fácil; mientras que Skeetah y yo íbamos lanzados, cogidos de la mano, Randall y yo corremos sin prisas. Al principio no jadeo, y me obligo a mí misma a hacer preguntas, a hablar a través del otro dolor.

–¿Dónde está Junior?

–Correteando por aquí.

–Y ¿Skeet?

–También.

En el bosque no charlotean las ardillas, no hay conejos embrujados ni tortugas andariegas. No sé adónde habrán ido, pero aquí no están. Cuando miro al cielo, de un gris que tiembla mientras corro, veo grandes bandadas de pájaros que oscurecerían el sol si las nubes, cada vez más cerradas, nos permitiesen verlo. Se van todos volando, vuelan hacia el norte. Las bandadas se deshacen, bajan en picado, remontan el vuelo y son la mano de Randall con un balón, la de Skeet con una correa, mis piernas a la carrera. Sigo mirando hasta que se desvanecen por detrás de los árboles, y después solo quedamos nosotros, el bosque, el chasquido de las hojas a nuestro paso. Las lianas se me enganchan a los brazos, a la cabeza; corremos a toda velocidad hasta que salimos al claro que hay delante de la valla, del prado, del establo, de la casa, y me dejo caer de rodillas y Randall se echa hacia atrás como a punto de desplomarse, jadeantes los dos, los dos mojados como unos recién nacidos.

No hay vacas, no hay garcillas. Randall salta la valla sin manos, salta tan alto como un ciervo, pero yo me arrastro boca abajo y noto la barriga como un bol rebosante de agua. Ahora me la trago casi toda, y lo que me moja la cara es sobre todo sudor. Avanzamos con cautela por el prado, dando patadas a boñigas de vaca y hongos. La hierba parece más densa, más tupida. No hay ni rastro de la camioneta azul, del hombre y la mujer blancos, del perro perseguidor. Las ventanas de la casa y el establo están cubiertas por gruesos tableros de contrachapado, pero cuando Randall me aúpa rodeando la suave presión de mi abdomen con un brazo y con el otro a modo de taburete debajo de mi culo, pego la oreja a la tabla de la ventana que rompió Skeetah y oigo a las vacas, grandes y estúpidas, moverse por el establo con suaves mugidos de protesta, chocarse contra los muros como si buscasen un modo de escapar. Me seco los ojos.

–La casa –dice Randall.

Randall me baja lentamente. La madera está áspera bajo mis manos. Cuando miro las tablas que tengo delante, veo un manchurrón oscuro como de pintura, una lágrima granate de cuando Skeetah se cayó de la ventana; es su sangre. Me pregunto si el viejo blanco renqueante sonrió al verla, si sintió una especie de alegría al enterarse de que el chico se había herido o si se limitó a menear la cabeza y a seguir entablando, dando furiosos martillazos sin ton ni son, torciendo los clavos en forma de coma.

Las tablas de esta casa son más uniformes, más seguras. No son un parcheado de tablas de distintos tamaños como las de la nuestra; no quedan grietas por las que asome el cristal, solo un contrachapado liso y hermético como unos párpados cerrados.

–Toma. –Randall intenta deslizar el dedo entre el tablero y la pared, pero solo le cabe la uña–. Inténtalo tú –dice, pero a mí tampoco me entran los dedos. Creo que ni los de Junior cabrían–. Deberíamos haber traído una palanca.

Le doy la razón con un gesto de la cabeza.

–¡Joder! –grita Randall. Da un puñetazo al contrachapado y hace una mella en el centro, un hoyito, y se oye el ruido que hacen la madera y el cristal al romperse. Cuando retira el puño tiene la piel levantada, se lo ha destrozado, y deja sangre en la tabla. Se agarra la mano. Su cara tiene el mismo aspecto que me imagino que tendrá el cristal que hay detrás del tablero; duro y surcado, cada pieza desgajándose de la contigua por las rajaduras, negras las grietas. Parece que tiene los ojos húmedos–. Mierda. –La sangre se le acumula en los valles de los nudillos, cae en cascada por los dedos. Me mira–. Ni siquiera con una palanca podría hacerlo.

–Tú no eres Skeet –digo. El sabor de mis lágrimas es el de las ostras crudas.

–Tenemos que hacerlo, Esch.

–Es demasiado grueso.

–Tenemos que intentarlo.

Randall se lleva la rodilla al pecho como si se estuviese poniendo unos pantalones y después da un fuerte talonazo justo en medio del contrachapado, donde está la mella. El cristal de detrás se hace añicos. Da otra patada y la madera se parte; suena igual que un disparo. Randall para y miramos a nuestro alrededor, asustados, pero no hay ningún viejo blandiendo una pistola como si fuera un hacha, ninguna mujer vestida de rosa; tan solo las vacas mugen en la oscuridad del establo, el susurro del viento entre los árboles, el aire tan húmedo y tan caliente que podría ser lluvia.

–Una vez más –dice Randall a la vez que da otra patada, sus músculos en tensión contra el día sofocante, contra la casita de caramelo sellada; y la tabla se parte en dos pero se resiste a caer porque tiene clavos, y Randall está encogido en el suelo, agarrándose la rodilla mala–. Me he equivocado de rodilla –dice, y se sopla la rótula como si le sangrase y quisiera librarse a soplidos del dolor y de la arenilla, como hacía mamá con nuestros raspones cuando éramos pequeños. Si los raspones estaban en la parte de delante de las rodillas, se llevaba nuestros pies al pecho para limpiar las heridas, y entonces notábamos los latidos de su corazón, fuertes como el ruido sordo de nuestras pisadas sobre el suelo, a través de las plantas de los pies–. Mira dentro.

Acerco un ojo a la rendija y veo la oscuridad y el vuelo vaporoso de las cortinas. Debajo de la oscuridad, el olor a vacío del popurrí y el ozonopino. Por la grieta caben dos dedos, nada más.

–Ahí no hay nada. Huele a limpio. Se debieron de llevar todo durante la evacuación.

Randall se frota la piel de alrededor de la rodilla.

–Tenía pinta de ser de esas mujeres que no dejan que nada se desperdicie.

Randall ríe, pero la risa es seca y le raspa la garganta como hojas caídas que el viento arrastra por el suelo.

–Venga –dice.

Randall se aprieta la mano contra el pecho y echa a andar a saltitos, la rodilla mala en alto. Me detengo al lindero del claro y vuelvo la vista hacia el establo, las vacas a salvo en su interior. Las veo rozándose en la fétida oscuridad del heno, sus narices húmedas apuntando al techo, preguntándose adónde se habrán marchado el azul, la amarga hierba verde, sus pájaros guardianes. Anhelando la caricia de un ala.

A la vuelta, se me hace raro ver a Randall caminar sin balancear sus largos y flexibles brazos. El bosque es un animal dormido: sigue vacío. Nada es como debe ser. Oigo el susurro de las hojas antes que Randall y tengo que alargar el brazo para detenerle, porque viene observándose la rodilla mala.

–Mira.

Es *China*. Suelta una cosa de color teja y luego le mete la nariz y la remueve como si fuera un destornillador. Después apunta con la cabeza y se zambulle en la

cosa que ha soltado, revolcándose en ella; se mueve como el humo, las almohadillas rosadas de sus pies agitándose en el aire. Tiene los ojos cerrados y luce una sonrisa ancha y malévola que deja ver sus encías. Su pelo está cada vez más rojo.

–¿Qué es eso? –pregunta Randall.

China debe de oírle porque deja de retorcerse y se levanta de un salto, agua que se hiela, labios sellados, el rabo tieso. Nos ve, contempla su premio, levanta la nariz hacia el cielo que hierve a fuego lento y ladra, una vez solamente. Después sale corriendo.

Es una gallina muerta, en carne viva y todavía caliente. Pienso que se parecerá al interior de mi garganta, rosa, con sal y sangre.

–Es nuestra –digo, pero Randall guarda silencio y echa a andar a saltitos en dirección al hoyo y a casa.

–¿Qué haces?

Randall lo dice como si llevase todo el día corriendo en la cancha del parque, cada vez más oscuro y más erguido, corriendo hasta reducirse a puro músculo y aliento. Está cansado, y se queda a la entrada de su dormitorio con la luz del pasillo encendida, la mirada ausente. Ha sido una larga caminata. Voy arrastrando los pies por el pasillo con el alcohol y una toallita húmeda para su puño, que mantiene pegado a la cara para chupárselo. Junior se chupó los nudillos hasta los dos años, después dejó de hacerlo.

Skeet está sentado en su cama y *China* apoya las patas delanteras en su regazo, la nariz en alto; cuando mueve el cuello es grácil como los lirios araña que crecen en el *bayou*, inclinados sobre el agua. Está lamiendo la barbilla de Skeetah. En su mandíbula hay manchurrones rosa de la gallina. Skeetah sonríe con esa sonrisa tímida que no le he visto en la cara desde que robaba paquetes de Kool-Aid cuando éramos pequeños y chupaba los amargos polvillos que le teñían los dientes de azul eléctrico o rojo sangre. Los cachorros suspiran y gimotean en su cubo, que está en la esquina de su habitación junto con los sacos de veinte kilos de pienso para perros, las cadenas, las ruedas medio destrozadas y la manta de *China*.

–Voy a meterla dentro durante la tormenta. –Skeetah no levanta la vista.

–No jodas –dice Randall.

–No pienso dejarlos en el cobertizo.

–¿Por qué no?

–Porque no es lo bastante fuerte, por eso.

–Al cobertizo no le pasa nada.

–Es demasiado endeble para ellos.

–Esto es una casa, Skeetah. Para humanos. No para perros.

Skeetah levanta la vista. De la tímida sonrisa no queda ni rastro. Amordaza a *China* con ambas manos para evitar que le lama, y se queda quieta como los restos

que hay por el terreno. Las heridas costrosas que la cubren le dan el mismo aspecto herrumbroso.

–No pienso dejarlos ahí fuera.

Entonces la cara de Randall se resquebraja, y lo único que queda es una ventana abierta.

–Se lo voy a decir a papá.

–Pues ve y díselo, joder. –Skeetah es todo dientes. Suelta a *China* y se levanta, y *China* resbala, cae de pie, abandona el dormitorio detrás de Skeet. Los tres se paran ante la puerta del dormitorio de papá; Randall la empuja y entra.

–Papá. –Ni un ruido–. ¡Papá!

Papá está tumbado de espaldas a nosotros como si acabase de caerse de algún lugar alto, un árbol o una valla, y los huesos se le hubieran hecho añicos. Se vuelve hacia nosotros, se incorpora pesadamente apoyándose en un codo.

–¿Qué? –Suena como si le arrancasen las palabras, como si hablara sorteando el dolor–. ¿Qué queréis?

–Skeet quiere meter los perros dentro durante la tormenta.

–¿Dentro? –Los ojos de papá brillan en la oscuridad como los de un armadillo–. Dentro ¿de qué?

–Dentro de casa.

–No –dice papá. Se recuesta en las almohadas, gira hacia donde tiene la mano.

–No –dice Skeetah. Aparta a Randall de un codazo, se planta delante de papá. *China* camina pegada al muslo de Skeetah, se sienta con la lengua colgando; casi parece un perro normal–. No pienso dejarlos ahí fuera.

–¿No? –Papá se vuelve hacia él, se yergue vacilante sobre un codo–. ¿Cómo que no? ¡He dicho que no se pueden quedar y no pueden! –Gritaría si estuviese mejor de lo que está, pero cada dos palabras se detiene a tomar aliento y todo sale con resuello.

–Si se van ellos, me voy yo –dice Skeetah.

–¿Qué? –musita papá.

–Si se van ellos al cobertizo, me voy yo al cobertizo. –Skeetah se adentra un poco más en la negra habitación de papá, y es un hueco rodeado de oscuridad; su voz no sale de ninguna cara, de ninguna cabeza. *China* resplandece como la arena blanca de una playa de río a la luz de la luna.

–Tú no te vas a ningún cobertizo –papá tose, tiene la garganta seca– con ningún perro.

–Sí que me voy. –La oscuridad se mueve–. Y como Randall intente impedírmelo, aquí nos vamos a pelear. Todos.

–No me hagas levantar. –Papá cuelga las piernas por un lado de la cama y se apoya en la mano buena, pero los pies se le enredan en las sábanas y trata de

desenredárselos con la mala; entonces la retira bruscamente y se tambalea, colocado como está de calmantes. Se ladea como si estuviese borracho.

Skeetah se marcha del dormitorio de papá y sale a la luz de la bombilla del pasillo como un nadador a la superficie de una poza oscura: Manny nadando desde el fondo de la poza negra, comiendo luz, chapoteando, naciendo.

–Todas las cosas merecen vivir –dice Skeetah–. Y *China* y los cachorros van a vivir.

–Skeet –dice Randall, y Skeet y *China* se detienen; se juntan los tres en la entrada, las orejas de *China,* pegadas a la cabeza, el rabo, tieso, inmóvil y tenso como Skeetah.

–¿Qué? –le espeta Skeetah. Están a ambos lados de un espejo grotesco, el uno bajo, el otro alto, los dos puro músculo y tendón, tensión, nudillos heridos, manos que se curvan.

–Me niego a dormir en la misma habitación que ella. –Randall estira el brazo. Su mano buena agarra.

–¡Basta! –La voz de papá es dura, fuerte. Se desploma como si soltar esto le hubiese consumido todas las fuerzas–. No. Nada de peleas.

Tengo que inclinarme para oírle. Se balancea, hinca el puño del brazo bueno en el colchón para sostenerse.

–Es un fuerza cinco –dice papá–. La mujer de las noticias dijo que es un fuerza cinco.

–Ah –digo, pero es más una bocanada que una palabra. Aunque papá ya se ha enfrentado a uno de fuerza cinco, nosotros somos demasiado jóvenes para recordar el último huracán de fuerza cinco que azotó la costa: Camille, hace casi cuarenta años. Pero mamá nos contó historias sobre aquel.

–Se queda dentro de la habitación, Skeet. A la primera que la vea salir, la saco a patadas en plena tormenta, ¿me oyes? Randall, confórmate con eso.

El brazo se le tuerce.

–Necesito un poco de sopa, Esch.

Skeetah se cruza de brazos, mira a Randall torciendo la cabeza como un perro. Randall mueve la cabeza de lado a lado.

–De todos modos, solemos dormir en la sala de estar, Randall –digo en un susurro, recordando lo tierno que fue conmigo cuando me encontró en la cuneta.

–Esch –musita papá. Se recuesta de lado, de cara a la puerta.

–Sí, papá –dice Randall–. Ya voy yo a por la sopa. –Me roza al pasar, rígidos los brazos, y nos deja a Skeetah y a mí en medio del pasillo. El gas silba en la cocina.

–Todas las cosas necesitan una oportunidad, Esch –dice Skeet, y *China* y él se meten por su puerta. *China* se tumba en el suelo cuan larga es, de nuevo con las orejas en punta. Da golpetazos al suelo con el rabo, y sonríe. Se le estira la piel a ambos lados de la mama costrosa. Skeetah saca los cachorros de uno en uno

ahuecando las manos por debajo de las redondas barrigas, y los deja en el suelo; les tiemblan las naricillas y empiezan a tambalearse en dirección a *China*. Ella los mira como ha mirado antes a las gallinas. Los lame–. Todas –dice Skeetah, y me mira sin verme.

Día undécimo:
Katrina

Cuando mamá me explicó por primera vez lo que era un huracán, pensé que los animales salían todos corriendo, que huían de las tormentas antes de que llegasen, que unos días antes levantaban la nariz al viento y lo sabían. Que quizá sacaran las lenguas, rosadas y calientes, para catar, para asegurarse. Que los ciervos miraban a sus parejas y saltaban. Que los zorros chachareaban para sus adentros y emprendían la marcha bamboleando los hombros. Y quizá los animales más grandes lo hagan. Pero ahora pienso que hay otros animales, como las ardillas y los conejos, que no lo hacen. Quizá los pequeños no corran. Quizá los pequeños hagan una pausa sobre las ramas o en la tierra cubierta de pinos con la nariz en alto, atrapen ese aire de tormenta cercana que probablemente les huela a sal, a sal y a fuego limpio y abrasador, y se preparen como nosotros. Las ardillas guardan plumas, guardan paja de pino, guardan mudas de pelo y bellotas de roble en las entrañas de sus árboles; las forran para guarecerse en lo más profundo de los troncos, tan seguras que apenas si oyen la tormenta que se desata a su alrededor. Los conejos se plantan de perfil, juntas las ancas; huelen ese olor a tormenta que de repente se abate sobre ellos como un estruendo y cavan un túnel a través de la arcilla roja y de la arena, cavan hasta que la tierra se vuelve negra y fría, cavan más allá de las raíces hasta que las enormes galerías que han ido abriendo son tan profundas que se topan con las reservas subterráneas que explotamos con nuestros pozos, y durante el huracán oyen el chapoteo del agua por encima y por debajo mientras permanecen tranquilamente sentados en la mano de la tierra.

Anoche pusimos camastros en la sala de estar, cuyas ventanas habíamos tapado con maderas desiguales. Randall y yo, lado a lado, en el suelo, y Junior, en el sofá. Cada uno se trajo su propia almohada fofa, sus sábanas encimeras y bajeras y las viejas mantas eléctricas, que un cortocircuito enfrió hace ya tiempo. Amontonamos todo para hacer unos colchones tan endebles que al sentarnos notábamos la alfombra nudosa del suelo. Lavamos todos los platos. Llenamos hasta arriba la bañera y las pilas de la cocina y del cuarto de baño con agua para fregar y para echar al váter. Nos comimos varios huevos duros, y Randall hizo fideos para todos. Nos colocamos los boles calientes sobre el regazo y vimos la tele. Nos turnamos para elegir los programas. Randall vio un programa sobre reformas del hogar en el que una pareja de recién casados remodelaba una habitación de su casa, que pasaba de despacho a cuarto infantil color verde menta. Yo escogí un documental sobre el

guepardo. Junior fue el último en elegir, y desde el momento en que los dibujos animados aparecieron en pantalla, incluso después de dormirse Junior, nos dejamos teñir en la oscuridad por sus vivos colores. Papá se quedó en su dormitorio, pero dejó la puerta abierta. Skeetah se quedó en el suyo con *China* y los cachorros, pero su puerta estaba cerrada.

Antes de dormirme, estuve leyendo a la titilante luz de la televisión y de una lámpara polvorienta. Para la Grecia antigua, para todos sus héroes, para Medea y su hermano mutilado y su desconsolado padre, el agua significaba la muerte. Desde el cuarto de baño, sentada en el váter, oí un traqueteo de metal contra metal, alguna máquina rota venciéndose sobre otra como una lápida medio hundida, y supe que era el viento que empujaba una lluvia intensa.

La víspera de la llegada de un huracán, suena el teléfono. Cuando vivía mamá, lo cogía ella; es una llamada de la autoridad estatal a toda la gente de la zona donde se va a desatar una tormenta. Randall es el que responde desde que perdimos a mamá; escucha la grabación entera al menos una vez cada verano. Skeetah respondió una vez y colgó antes de que la grabación pudiese seguir más allá del hola. Junior nunca lo ha cogido, ni tampoco papá. Yo lo cogí por primera vez ayer. Habla una voz de hombre; suena como un ordenador, como si tuviese una garganta de hierro. No recuerdo exactamente lo que dice, pero lo recuerdo en general. «Evacuación obligatoria. El huracán tocará tierra mañana. Si deciden quedarse en casa y no se han marchado para entonces, no seremos responsables. Han sido avisados.» Y también: «Estas podrían ser las consecuencias de sus acciones». Hay una lista. Y no sé si esto lo dice, pero es la sensación que da: «Pueden morir».

Es entonces cuando el huracán se convierte en una realidad.

El primer huracán que recuerdo vino cuando tenía ocho años, y de los dos o tres que nos caen al año fue el peor que he vivido. Mamá me dejó arrodillarme junto a la silla que había arrastrado hasta la ventana. Ni siquiera entonces encajaban del todo las tablas, y había huecos por los que podíamos atisbar, seguir el avance de la tormenta en la oscuridad. La radio de pilas no nos contaba nada práctico, pero el terreno sí: los árboles que se doblaban casi hasta romperse, arqueándose como el sedal; el baqueteo de los bidones de aceite vacíos a través del patio; el agua discurriendo en arroyos claros, tallando cañones. Mamá tenía una barriga enorme porque estaba embarazada de Junior, y le puse la mano encima y me quedé mirando. Junior fue una sorpresa, un feliz accidente; a Skeetah, a Randall y a mí nos había tenido con un año de distancia entre cada uno, y después no hubo más en ocho años. Me arrodillé a su lado, arrimé la oreja a su barriga y oí el acuoso borboteo de Junior en su interior, mientras fuera el viento tiraba de ramas y raíces y arrancaba un árbol de cuajo a tres metros de casa. Mamá miraba con el ojo

pegado a la rendija entre la tabla y la ventana. Se mecía como si el bebé que llevaba dentro la impidiese estarse quieta. Me acariciaba el pelo.

Aquella tormenta, Elaine, fue de fuerza tres. Katrina, como dijo el presentador a última hora de la noche cuando ya estábamos instalados en la sala de estar, haciéndose eco de papá, ya ha alcanzado la fuerza cinco.

Durante Elaine, Randall y papá habían dormido. Skeetah se había sentado al otro lado de mamá, enfrente de mí, y mamá nos había hablado de la gran tormenta que vivió de pequeña, la leyenda: Camille. Dijo que arrancó el tejado de la casa de mamá Lizbeth y papá Joseph. Dijo que el olor de después era lo que recordaba con más claridad, un olor como a basura a punto de pudrirse, plagada de gusanos bajo el sol ardiente. Dijo que los muertos recientes y los muertos de antaño abarrotaban las playas, las calles, los bosques. Dijo que papá Joseph se encontró un esqueleto en el terreno, reluciente, sin nada de carne ni de ropa, pero que aun así apestaba como un diente picado en la boca. Dijo que papá Joseph no llegó a dejar los restos en la iglesia, sino que se los llevó al bosque metido en un saco para ostras; mamá pensaba que habría enterrado allí los huesos. Dijo que mamá Lizbeth y ella recorrieron muchos kilómetros para sacar agua de un pozo artesiano. Dijo que enfermó, y que casi todo el mundo enfermó porque ni siquiera allí estaba limpia el agua, y que había soñado que jamás se libraría del agua porque no podía dejar de cagarla ni de mearla ni de vomitarla. Dijo que jamás habría otro como Camille, y que si lo había, no quería verlo.

Anoche me dormí después de que se durmieran todos, y ahora me despierto la primera. Papá ronca tan alto que le oigo en su dormitorio. Randall duerme con la cara vuelta hacia el sofá en el que está dormido Junior, de espaldas a mí, corvado como si ocultase algo. A Junior le cuelga un brazo del sofá, una pierna, y tiene la colcha medio caída. La televisión está muerta. La casa está tranquila de una manera que no es habitual, su zumbido eléctrico en silencio; mientras dormíamos, la inminente tormenta ha puesto una mano estranguladora sobre la casa. Nos hemos quedado sin electricidad. Al otro lado de la rendija de la ventana de la sala, la mañana está gris oscura y opaca como el agua de fregar los platos. La lluvia repiquetea sobre el tejado de chapa oxidada. Y el viento, que ayer solamente se dejaba ver, suspira y dice: «Hola». Me quedo tumbada en la oscuridad, me subo la raída sábana hasta el cuello, clavo la vista en el techo y no respondo.

Mamá había replicado a Elaine. Había hablado por encima de la tormenta. Nos había metido en casa en plena tormenta, nos había mantenido a salvo. Este secreto de mi cuerpo que ha dejado de ser un secreto: ¿lo mantendré a salvo? Si pudiese hablarle a esta tormenta, volverla inofensiva con un hechizo como hizo Medea, ¿podría oírme este bebé que es del tamaño de una de mis uñas, de la uña de mi meñique? Si yo hablase, ¿me recordaría una vez nacido, me conocería? ¿Me miraría

con la cara de Manny, con su piel dorada, con mi pelo? ¿Tendería los dedos, rosados, y agarraría?

El sol no se deja ver. Debe de estar ahí fuera, sobre el furioso huracán que bate contra la costa como *China* contra la puerta de chapa del cobertizo cuando quiere salir y Skeet no la deja. Pero aquí en el Hoyo estamos atrapados en esa hora en que el sol se oculta tras los árboles y aún no ha huido por el horizonte, esa hora en que va y viene, en que la luz llega de todas partes y de ninguna, en que todo es gris.

No consigo dormirme y lo único que veo es el bebé, ese bebé al que he dado forma completa en mi cabeza, una Atenea negra que me tiende los brazos. Que me entrega ese nombre como si fuese mío: «Mamá». Trago sal. La voz que resuena en mi cabeza es sofocada por el silbido largo y agudo de un tren. Y después desaparece, y solo queda el sonido del viento como una serpiente que es lo bastante grande como para tragarse el mundo deslizándose por las montañas. Y luego el viento como un tren, otra vez, y la casa cruje. Me ovillo.

–¿Has oído eso?

Es Skeetah; apenas puedo verle. No es más que la estela de una oscuridad mayor que se mueve en la oscura abertura del pasillo.

–Sí –digo. Mi voz suena como acatarrada; todo el moco de mi llanto se aloja en mi nariz. «Un tren –dijo mamá–. Camille llegó, y el viento sonaba como los trenes.» Cuando mamá me contó esto, aplasté la nariz contra su rodilla. Ya había oído trenes cuando íbamos a nadar a la playa de las conchas de ostra y a lo lejos resonaba el fragor del tren que pasaba por en medio de St. Catherine. No me podía imaginar que el viento sonase así. Pero ahora lo oigo, y puedo.

–¿Dónde está la lámpara?

–En la mesa –digo con voz chillona. Skeetah se dirige hacia la mesa, chocándose con los trastos en la penumbra, y toquetea el quinqué hasta que lo enciende.

–Venga –dice Skeetah, y le sigo a la parte de atrás de la casa, al dormitorio que comparte con Randall, que da la sensación de ser más pequeño de lo que es y de estar cargado, caliente y rojo a la luz de una lámpara de queroseno más pequeña que Skeet debe de haber encontrado en el cobertizo. Pasamos y cierra la puerta después de echar un vistazo a la puerta abierta de papá. El viento chilla. Los árboles extienden los brazos y baten las extremidades contra la casa. Skeet se sienta en su cama al lado de *China*, que se despatarra, levanta la cabeza para mirarme perezosamente y se lame la nariz y la boca de una tacada. Me subo a la cama de Randall, me abrazo las rodillas. El cubo de los cachorros está en silencio.

–¿Tienes miedo?

–No –dice Skeetah. Le pasa una mano a *China* desde el cogote hasta el hombro, el torso, el muslo. *China* echa atrás la cabeza y vuelve a lamer.

–Yo sí –digo–. Nunca había oído el viento sonando así.

–Ni siquiera estamos en la bahía. Estamos lo suficientemente metidos entre los árboles como para que no nos pase nada. Piensa en la de años que llevan aquí los Batiste sobreviviendo a un huracán tras otro sin que les pase nada. Hazme caso.

–¿Te acuerdas de cuando mamá nos dijo que el viento sonaba así cuando azotó Camille? –Me aprieto más las rodillas–. Lo de Elaine fue otra cosa.

–Sí, me acuerdo. –Skeetah frota la barbilla de *China* con los dedos, y parece como si le quisiera sonsacar algo, porque *China* se inclina hacia él y esboza una sonrisa, intenta besarle–. Recuerdo cuando lo dijo. –Deja de acariciar a *China*, se inclina para apoyar los codos en las rodillas, se frota las manos, aparta la vista–. Pero no consigo recordar su voz –dice–. Sé cuáles fueron sus palabras exactas, nos veo a ti y a mí arrimados a sus rodillas, pero solamente las oigo con mi voz, no con la suya.

Quiero decir que yo sí conozco su voz. Quiero abrir la boca y que su voz salga de mí como una impresión; que al hablar yo, mamá cobre vida para Skeetah exactamente igual que la oigo yo. Pero no puedo.

–Al menos tenemos el recuerdo –digo–. Junior no tiene nada.

–¿Te acuerdas de lo último que te dijo?

Cuando estaba pariendo a Junior, mamá hundía la barbilla en el pecho. Jadeaba y gemía. Sus gemidos terminaban con un tono estridente, sonaban como el chirrido de unos frenos en mal estado cuando un coche se detiene. Pero no gritó ni una vez. Skeetah, Randall y yo mirábamos a hurtadillas encaramados a un viejo módulo de aire acondicionado que había al otro lado de su ventana, y una vez que hubo sacado a Junior, una vez que Junior rompió a llorar, ladeó la cabeza, sus ojos como espejos, y se quedó mirándonos, y pensé que nos chillaría que bajásemos de la ventana, que no fuésemos tan cotillas. Pero no lo hizo. Nos vio. Parpadeó despacio. La piel de encima de la nariz se le agrietó y se mordió el labio. Entonces movió la cabeza de lado a lado, alzó la barbilla hacia el techo como un animal a punto de ser sacrificado, como los cerdos cuando papá y papá Joseph los agarraban antes del cuchillo, y cerró los ojos. En ese momento se echó a llorar, sus manos cogiéndose la barriga por debajo del estómago desinflado, blando como un balón pinchado. Jamás la había visto llorar. Pero no dijo nada, ni siquiera después de que papá llamase a unos amigos, Tilda y el señor Joe, para que viniesen a casa a cuidarnos, ni siquiera después de que los subiese a ella y a Junior a la camioneta y se quedase desplomada contra la ventana, mirándonos mientras se alejaban con papá al volante. Moviendo la cabeza. Puede que aquello significase «No». O «No os preocupéis…, voy a volver». O «Lo siento». O quizá estuviera diciendo «No lo hagas. No te conviertas en la mujer que está en esta cama, Esch». Pero me he convertido en ella.

–No –digo–. No me acuerdo.

–Yo sí –dice Skeetah, y apoya la barbilla en los puños–. Al meterse en la

camioneta nos dijo que nos quería. Y luego nos dijo que fuéramos buenos. Que cuidásemos los unos de los otros.

–No me acuerdo de eso. –Creo que son imaginaciones de Skeetah.

–Pues lo dijo. –Skeetah se yergue, vuelve a recostarse en la cama y deja que su mano repose sobre el cuello de *China. China* suspira–. Te pareces a ella. ¿Lo sabías?

–No.

–Pues te pareces. No eres tan grande como ella, pero en la cara te pareces. Tus labios, tus ojos, algo hay. Y cuanto mayor eres, más.

No sé qué decir, así que hago una especie de mueca y digo que no con la cabeza. «Pero mamá, mamá siempre está aquí. ¿Lo ves?» La echo tanto de menos que tengo que tragar sal, imaginarme que cae como zumo de limón en el tajo reciente que es mi pecho, sentir su escozor.

–¿Has oído eso?

–¿El qué? –Vuelvo a sonar congestionada. Las hojas azotan el tejado en montoneras. La lluvia es intensa, incesante, cae sobre el tejado en oleadas rápidas y ruidosas. Al menos el viento no vuelve a sonar como un tren.

–Eso –dice Skeetah ladeando la cabeza, su oreja vuelta hacia la ventana. Los ojos le brillan a la luz de la lámpara. Se levanta y *China* se levanta con él, las orejas rectas, el rabo tieso, la lengua ausente. Por ahí fuera, en mitad de la tormenta, hay un perro ladrando.

–Sí –digo, y a continuación estamos los tres pegados a la ventana, atisbando por el escaso borde que dejan las tablas. Oímos al perro pero no lo podemos ver; lo que sí vemos son los pinos, los árboles delgados que se doblan con la tormenta, que se doblan hasta casi romperse. Incluso los robles están perdiendo hojas y ramas bajo la luz gris, bajo el batir de la lluvia. El perro ladra fuerte, deprisa como un tambor, y algo hay en el modo de elevarse el ladrido al final que me recuerda los gemidos de mamá, esos pinos que se arquean, un cuerpo que ya no puede más y se desmorona, algo a punto de romperse. Las notas altas son pequeños desgarrones. El perro rodea la casa, su ladrido está cerca y está lejos. ¿Será uno de los chuchos de Junior, uno de sus parientes sarnosos que busca un refugio, el fondo fresco de una casa, un niño de piernas huesudas, que no haya lluvia?

–No podemos. –Skeetah se arrima a la ventana como si pudiese abrirse paso a través del cristal y la tabla y salvar a ese perro invisible que para él, lo sé, tiene que ser *China. China*, erguida sobre las patas traseras y presionando las delanteras contra la pared, se deja caer y se arrima al costado de Skeetah, le da un cabezazo en el muslo, su lisa cabeza blanca y sus orejas gachas tan suaves como las mantas en las que papá trajo arrebujado a Junior cuando volvió del hospital a casa sin mamá. «Este es vuestro hermanito. Claude Adam Batiste segundo. Llamadle Junior.» Y

después: «Vuestra madre no ha salido adelante». El perro buscador ladra por última vez antes de que la lluvia y el viento aprieten como un collar de castigo y lo silencien. *China* responde con un gruñido, pero se lo traga cuando Skeetah se arrodilla ante ella, le coge la cabeza entre las manos y le alisa las orejas; entonces sus ojos se convierten en rajas, sonríe, se le estira la piel y su cabeza podría ser un cráneo pelado.

China chilla y da un salto que acaba en ladrido, corretea por la cama de Skeetah, sobre sus rodillas; esto es lo que me lleva a apartar la mirada de mis rodillas dobladas sobre la cama de Randall, de mi barriga, de mi empeño por amadrigarme en mí misma, y dirigirla hacia donde hay seguridad. *China* mira al techo; sus dientes brillan en la oscuridad, desgarran ladridos.

–*China*, ¿qué pa…? –Skeetah intenta agarrarla, impedir que siga retorciéndose y corriendo, y se oye un bramido ensordecedor. Entonces *China* salta de la cama de Skeetah y sale disparada hacia la puerta como si quisiera astillar la madera a dentelladas. Skeetah abre la puerta de golpe, y en ese mismo instante Randall entra corriendo en el dormitorio de papá con un quinqué, Junior aferrado a su cintura mientras fuera el viento grita y se estremece la casa. No hacía falta el quinqué; hay un boquete en el techo de la habitación de papá, y el tronco y las ramas de un árbol se agitan en la abertura. Es un gran arbusto que crece torcido. *China* ladra, su nariz al viento.

–¡Papá! –Randall se abalanza hacia el viento y la lluvia que se cuelan a raudales por el enorme boquete; el día gris irrumpe con su puño. Papá está de rodillas delante del tocador, metiéndose un sobre en los pantalones. Se levanta y nos ve.

–¡Seguid! –dice. Nos hace gestos con la mano herida y la venda lanza destellos. Papá se desmadeja y después se tensa como una cuerda de tender enredándose en el viento, y nos saca a empujones de la habitación en ruinas al pasillo, dando un portazo al salir. Junior no se suelta de Randall.

–Nos quedaremos en la sala de estar. –Papá lo dice a la vez que se desploma en el sofá, hundiendo la cabeza en el cojín como hundía mamá la suya en la almohada, enseñando el cuello. Parpadea demasiado.

–Tu mano –dice Randall.

–Está bien –dice papá–. Nos vamos a quedar aquí hasta que pase la tormenta.

–Y ¿cuándo crees que será eso? –pregunta Skeetah.

–Dentro de unas horas.

China chilla y vuelve a ladrar.

–Ella lo sabía –digo.

–¿Sabía qué? –La cara de papá está mojada, y no sé si es agua o sudor.

–Nada –dice Skeetah.

–Lo del árbol –digo yo a la vez. Skeetah acaricia el cuello de *China*, que suelta

un gruñido atragantado y se sienta, apoya la cabeza en el muslo de Skeetah, en su cadera, la nariz vuelta hacia él.

–*China* no sabía nada –dice Skeetah, y *China* y él avanzan como uno solo, como un animal nuevo, hacia el claro de luz del pasillo, donde el viento se cuela silbando en una fina lámina por debajo de la puerta de papá. Están volviendo a la habitación de Skeetah y Randall.

–Ven a la sala, Skeet –dice papá. Arquea las cejas, cierra los ojos. Enseña los dientes–. Por favor.

Cojo mis mantas, me envuelvo con ellas y me siento donde antes había estado tumbada. Skeetah regresa con *China*, deja el cubo y la comida, las correas y los juguetes de *China* en el rincón de la sala más alejado de papá, al lado de la tele. Coloca su manta en el rincón, hace una silla, y *China*, larga y blanca, se tiende sobre su regazo, apoya la cabeza en una pata y se empieza a chupar las rosadas almohadillas de los pies. Skeetah la acaricia, deja en el suelo el quinqué, y en la penumbra, a la luz de la llama, *China* emite un resplandor amarillo como la mantequilla.

–Junior –dice Randall–, espero que no te hayas meado encima.

Junior se inclina, toca el suelo que tiene debajo del culo, oculta la cara entre los muslos.

–Yo no he sido.

–Entonces, ¿por qué esta todo esto mojado?

Llevamos un rato sentados en la sala de estar, aterrorizados y aburridos. Intento leer a la luz de la lámpara de aceite, pero los sonidos de las palabras no consiguen trabarse a través del sonido del viento y la lluvia que azotan implacablemente la casa; son fragmentos. Jasón ha vuelto a casarse, y Medea plañe. «Ahora estoy desterrada, ¡oh, Dios, oh Dios! Estoy sola.» Y luego: «¡A la muerte, a la muerte sea sometida, antes de alcanzar este día!». Cierro el libro, ni siquiera señalo por dónde voy, y me siento encima. Tengo frío. Skeetah y *China* parecen dormidos, la mano de Skeetah sobre el flanco de *China*, el esternón de *China* sobre la rodilla de Skeetah; pero cuando habla Randall, los dos abren los ojos al unísono como rendijas. La media baraja del juego de UNO que Randall le estaba intentando enseñar a Junior se ha pegado al suelo en torno a las piernas de Junior. Me quito las colchas de encima; el chorrito de aire que susurra por debajo de la puerta de papá pasa rozándome como un muchacho por el pasillo de un colegio, insistente y brusco, y «¿Por qué tengo los shorts mojados? ¿Se ha ido? ¿Estoy sangrando? ¿No debería dolerme?». Me levanto. El suelo que tengo debajo está oscuro.

China gira y se pone a cuatro patas mostrando los dientes, y cuando arremete, Skeetah la agarra del pescuezo. La sujeta. Se levanta y mira la habitación con tranquilidad.

–Es agua. Está entrando en casa –dice Skeetah.

–Qué va a estar entrando agua en casa. La madera se está humedeciendo un poco por la lluvia, nada más –dice papá.

–Está subiendo a través del suelo –dice Skeetah.

–No hay ningún sitio del que pueda venir. –Papá sacude la mano señalando en derredor, la sacude como si quisiera impedir que alguno de nosotros le dé algo que no quiere: antibióticos, una nota de un profesor, un folleto para recaudar fondos para el colegio.

–Mira –dice Randall, y se acerca a la ventana que da a la calle y se encorva como un anciano, atisbando–. Hay montones de árboles en la carretera.

–Pero a que no ves agua –dice papá.

–No.

Skeetah y *China* pasan por delante de Junior, que está quieto donde le ha dejado Randall, delante del sofá. Junior se coge un pie y lo suelta, después el otro; se mira las plantas como si fuese incapaz de creerse que tiene pies y que están mojados. Se estira el short para separárselo del cuerpo, pero aun así se le pega. Skeetah escudriña por la ventana, con *China* a su lado.

–Allí –dice Skeetah. Randall y yo nos acercamos corriendo a arrimarnos a Skeetah junto a la ventana, pero Junior llega primero y nos quedamos todos apelotonados; los pies, mojados; la alfombra, una esponja empapada, y papá, mirando la ventana como si no estuviese entablada, como si pudiera ver a través de ella.

En el terreno se está formando un lago. Se mueve bajo los árboles rotos como un animal que repta, una serpiente de ancha nariz. Su cabeza desaparece por debajo de la casa en la que estamos, la cola cada vez más ancha como si se hubiese comido algo de un tamaño superior al suyo; y la enorme cola se extiende por atrás y se adentra en el bosque, en dirección al Hoyo. *China* ladra. El viento riza el agua y viene a por nosotros.

El agua me cubre las puntas de los pies.

–El Hoyo –suspira Randall.

Entonces papá se levanta, se acerca despacio a la ventana; tiene torcidos todos los huesos de las articulaciones. Randall se aparta para que papá pueda ver por la grieta.

–No –dice papá.

Cambio de postura, y el agua me lame los tobillos. Está fría, fría como el primer baño del verano. *China* ladra, y cuando salta desde la ventana y rebota, salpica.

–¿Papá? –dice Randall. Le pasa el brazo por el hombro a Junior, que, encogido y con los ojos abiertos como platos, se abraza a la pierna de Randall. Pero por una vez el brazo de Randall no parece de metal, de cinta, de piedra; se dobla por el codo, blando, sin músculo, y simplemente parece humano.

–¡Papá! –chilla Junior, pero hunde la cara en la cadera de Randall y la cadera de Randall se traga el final de la palabra. Junior se eleva un par de centímetros: debe de estar de puntillas. El agua me llega a la mitad de la pantorrilla.

–Mira –digo.

Hay algo largo y azul oscuro entre los árboles. Es una barca. Alguien ha venido a salvarnos. Pero entorno los ojos y el viento amaina un instante y no es una barca, y nadie ha venido a salvarnos. Es la camioneta de papá. El agua la ha recogido, la ha empujado hasta aquí desde el Hoyo. La serpiente ha venido a comer y a jugar.

–Tu camioneta –dice Skeetah.

Papá se echa a reír.

La serpiente se ha tragado entero el terreno y está abriendo la mandíbula por debajo de la casa.

–Abrid el desván –dice papá.

El agua me lame las corvas.

–Está atascada –dice Randall. Tira del cordel que cuelga de la puerta del desván, que está en el techo del pasillo.

–Aparta –dice Skeetah.

El agua me sube a lengüetazos por los muslos. Skeetah me pasa el cubo de los cachorros.

–Date prisa –dice Randall.

De los tres cachorros salen gañidos que suenan como ladridos susurrados. Son sus primeras palabras.

–Tira –dice papá. Frunce el ceño, deja la mano suspendida como si estuviese tirando de la cuerda.

El agua se desliza entre mis piernas, y doy un salto.

–¡Vale! –chilla Skeetah. Se cuelga de la cuerda igual que si se estuviese columpiando de un árbol, y la puerta del desván desciende con un crujido.

–¡Arriba! –dice Randall, y mete a Junior a empujones en el desván. *China* está nadando al lado de Skeetah; cabecea como una boya.

–¡Ve! –dice Skeetah, y me impulsa hacia la escalera. Estoy flotando; los dedos de mis pies se arrastran por la alfombra del pasillo. Me agarra la espalda y me sujeta mientras subo trabajosamente con el cubo al desván.

–¡Esch! –dice Junior.

–Estoy aquí.

En la oscuridad, los ojos de Junior son blancos. El viento golpea el tejado, que cruje. Randall es el siguiente, después, papá y, por último, Skeetah y *China*. Encajo el cubo entre mis rodillas, me siento sobre una pila de cajas, saco un adorno roto que se me está clavando en el muslo. Adornos navideños. Randall está sentado sobre una vieja motosierra; Junior, encogido de miedo a su lado. Papá saca el

paquete que se metió en los pantalones cuando el árbol cayó en su dormitorio. Es una bolsa de plástico transparente. Abre el paquete, saca fotografías. Justo antes de que Skeetah tire de la puerta del desván, de que nos encierre a cal y canto en la oscuridad, papá, vacilante, con la suavidad de quien se saca una pestaña del ojo, amaga con tocar unas fotografías, pero su dedo reluciente se para en seco y vuelve a envolver las fotografías y a guardárselas en el pantalón. Mamá.

La puerta del desván se cierra con un gemido.

El tejado es fino; oímos cada titubeante ráfaga de viento, cada torrente de lluvia. Y está todo tan oscuro que no nos podemos ver los unos a los otros; pero oímos ladrar a *China* y su ladrido suena como el de un perro gordo, un ladrido profundo, como paño grueso que se rasga.

–¡Calla, *China*! –dice Skeetah, y *China* cierra la mandíbula tan deprisa y fuerte que oigo el clic de sus dientes. Acerco la cabeza al cubo; los cachorros no lo oyen. Siguen lloriqueando. Los palpo; aterciopelados todavía, su pelaje convirtiéndose ya en seda, se retuercen al sentir mi mano. La blanca, el pinto, el blanco y negro. Lamen buscando leche.

–La casa –dice Randall, y aunque su voz es firme, tranquila, apenas logro contener el pánico cuando la casa se ladea, despacio como un barco sin amarras.

–Es el agua –dice Skeetah–. Es el agua.

–¡Mierda! –chilla papá, y nos preparamos en la oscuridad mientras la casa se vuelve a inclinar.

–Agua –digo.

–Jamás llegó hasta aquí –musita papá–. El maldito arroyo.

–Papá –digo, y me sorprende que mi voz salga tan clara, tan sólida, tan segura, como una mano tendida en la oscuridad–, el agua está en el desván.

Esta vez el agua es más veloz; envuelve con dedos líquidos los dedos de mis pies, mis tobillos, empieza a subir poco a poco por mis pantorrillas. Una seducción rápida. El viento brama.

–Hubo una familia… –dice Randall.

–Ya lo sabemos –dice papá. Catorce de una misma familia murieron durante Camille. En el desván. La casa vuelve a despegarse de sus ladrillos, y se mece.

–No nos vamos a ahogar en este puto desván –dice Skeet, y oigo golpetazos, uno, otro, otro más. Alzo la vista y me caen escombros en los ojos. Está aporreando el interior del tejado. Está abriendo un camino.

–Aparta –dice Randall–. Junior, tú vete con Esch. –Y noto los deditos de alfiler de Junior sobre mis muñecas, y se choca contra algo y es un mono subido al cubo, enganchado a mi regazo.

–Ya lo tengo.

Randall está blandiendo algo en la oscuridad, y cuando lo estrella contra el

tejado hace una abolladura, abre una rendija de luz. Aporrea la madera, resopla. No sé qué es, pero sea lo que sea está abriendo un agujero. Lo vuelve a blandir; en la madera asoma un agujerito que no debe de ser mayor que mi dedo, y veo que está blandiendo la motosierra, golpeando el tejado con el extremo romo.

–¿Hay gas –Randall aporrea– aquí dentro?

–No me acuerdo –grita papá. La tormenta habla por el agujero, encauza el viento y la lluvia. Lo miramos con los ojos entrecerrados. El agua me llega por encima de la entrepierna. La casa se escora.

Randall tira de la correa una vez, otra vez. A la tercera arranca y la sierra cobra vida entre zumbidos. La mete a empujones por la estrechísima abertura, corta una línea irregular, la saca otra vez, corta otra línea irregular, un paréntesis, antes de que el motor se atragante y pare. Intenta arrancarlo de nuevo pero no hay manera. Así que blande la sierra, un incómodo martillo, y la madera se raja, se comba hacia fuera. Repite, y el párpado cerrado que había trazado con la sierra cortante, con los golpes, aletea, y el tejado se abre. La tormenta chilla «Os estaba esperando.» La luz inunda el desván inundado, sofocante como un ataúd. Randall coge a Junior, que gira y se aferra a su espalda apretando las manitas como pinzas, y sube a meterse en las hambrientas fauces de la tormenta.

Es terrible. Es el viento flagelante, un cable que azota como si fuera un cinturón de castigo. Es la lluvia, que hiere como las piedras, que se adentra por nuestros ojos y los incita a cerrarse. Es el agua, arremolinándose, acumulándose y desparramándose por todas partes, marrón con una contracorriente de rojo, la arcilla del Hoyo como un corte que no para de gotear. Son los restos del terreno: las neveras, los cortacéspedes, la autocaravana y los colchones, flotando como una flota. Son árboles y ramas que se rompen, estallando como petardos del Gato Negro en un infinito chisporroteo de explosiones, una vez y otra y otra más. Somos nosotros apiñados en el tejado, yo con el alambre del asa del cubo echado al hombro y temblando contra el plástico. Está en todas partes. Papá se arrodilla detrás de nosotros, intenta agruparnos a todos con él. Skeetah abraza a *China*, y *China* aúlla. La camioneta de papá se escora lentamente en el terreno.

Skeetah está encorvado, tocándose los vaqueros. Se los quita y trata de estirarlos; las perneras se agitan con el viento. Mete las patas traseras de *China* en la entrepierna, y después se echa una pernera al hombro y la otra se la remete por debajo del sobaco.

–¡Átalo! –grita Skeetah.

Hago un nudo. Mis dedos están rígidos y entumecidos. Tiro todo lo que puedo de la tela mojada, compruebo que está bien. La cabeza y las patas de *China* están aplastadas contra el pecho de Skeetah, inmovilizadas bajo la tela. *China* es su bebé en un pañuelo portabebés, y está temblando.

–¡Mirad! –dice Skeet, y señala. Sigo su dedo hasta el armazón hueco de la casa de mamá Lizbeth y papá Joseph. La mitad superior y los aleros de la casa sobresalen del agua–. ¡Está sobre una loma! –grita Skeetah.

–¿Cómo vamos a llegar hasta allí? –chilla Randall.

–¡El árbol! –Skeetah va bajando poco a poco por el tejado hacia un roble expandido que toca nuestra casa y se extiende hasta la casa de MaMa. Asoma como un juego infantil sobre las aguas revueltas–. ¡Vamos a trepar por el árbol!

–¡No! –chilla papá–. ¡Nos quedamos aquí!

–Y ¿si el agua sigue viniendo? –pregunta Randall–. ¡Mejor será que corramos ese riesgo y no que nos quedemos aquí y nos ahoguemos!

Junior está apretando los dientes, tirantes los labios. Tiene los ojos abiertos como platos. Mientras Randall baja con cuidado por el tejado hacia la rama, Junior vuelve la vista atrás. Randall se aprieta un brazo contra el pecho, agarra el brazo de Junior.

–¡Igualito que la primera vez que nadamos en el hoyo, Junior! ¡Agárrate fuerte! –Randall se agacha en el borde del tejado con Skeetah, los dos encorvados como pájaros, sus plumas alborotadas por el vendaval, los dos abrazados a sus fardos. Skeetah salta.

Agarra de rebote la rama más próxima, cae a medias en el agua y a medias fuera. *China* gañe y empieza a revolverse, pero Skeetah la abraza más fuerte y va bajando hasta que la rama se arquea sobre el agua. Y luego salta de nuevo para coger la siguiente rama restallante. Salta y agarra. Me coloco bien el cubo en el hombro, me acerco con cuidado a la linde. El viento me aplasta contra el tejado. Randall salta, cae de barriga sobre la misma rama cercana; sus brazos otra vez de hierro, ciñendo a Junior contra su cuerpo. Skeetah y Randall gatean malamente apoyando un brazo y las piernas por las ramas semidesnudas del roble, aprovechándolas para impulsarse con sus cargas hasta que llegan al agua, momento en el cual patalean, retroceden a toda prisa por la rama y saltan a la siguiente rama restallante. Randall se detiene, se agarra bien a la rama, mira atrás.

–¡Venga! –chilla.

En cuclillas en el borde del tejado, me aferro a la chapa con los dedos de los pies, con los de las manos. Recoloco el cubo. Mi corazón es un pájaro herido que bate las alas contra la jaula de mis costillas. Creo que no voy a poder respirar.

–Salta –dice papá.

Me inclino y salto.

El huracán me envuelve en su mano. Planeo. Caigo sobre la rama más gruesa; la madera se me clava, el cubo repiquetea, soy incapaz de respirar, se me desgarran los ojos. Me subo a duras penas a la madera, me arrastro por la rama; mis pies entran y salen del agua, el asa de acero del cubo se me hinca en el hombro; mi fardo vivo pesa muchísimo. El esqueleto de la casa de mamá Lizbeth está muy lejos; no sé si podré llevarlo tan lejos. Me acerco poco a poco al extremo de la rama, allí donde se

sumerge en el agua para unirse al tronco del árbol, y me sostengo con las manos y los pies. Agarro. Salto. Engancho la siguiente rama, donde me espera Randall. Las ramas que estamos cogiendo se estremecen, se retuercen en el agua y en el aire. Las ramitas pequeñas chasquean como cuerdas de tender que se han soltado. Es un animal, está vivo, luchando contra el agua, intentando sacudírsenos de encima.

Miro atrás y veo a papá volando por los aires. Su torso choca contra la rama con tanta fuerza que el cuerpo se le dobla y casi mete la cara en el agua. Sigue conmocionado; se ha quedado sin aliento. Nos mira, parpadea. Susurra pero no podemos oír lo que dice, solo verlo: «Marchaos».

Skeetah ha conseguido llegar hasta la mitad del árbol, que brota del agua, y está nadando y avanzando de rama en rama. Le seguimos entre las ramas restallantes, por el agua rizada. Entre bolsas de plástico que rozan la superficie de la riada como pájaros. Entre la cuerda de tender que anuda las ramas como una red de pesca. Entre nuestra ropa, arrastrada al exterior de la casa anegada. Entre las tablas arrebatadas de las ventanas, arrancadas por los dientes de la tormenta. Entre las cortinas de lluvia que desaguan contra la camioneta de papá, que gira perezosamente, y entre los desperdicios, hasta que nos apiñamos al final de la rama de más alcance, la más cercana a la casa de los abuelos. Nos agarramos unos a otros y a las ramas tambaleantes. *China* está tocando el pecho de Skeetah con la pata, dando cabezazos. Intenta zafarse de él; Skeetah la agarra, y las puntas de los dedos de su mano están blancas. Siento como si el cubo me estuviese desgarrando la piel del hombro, como si llevase tres perros adultos en lugar de tres cachorros. Mientras que en nuestra casa apenas se veía la copa del árbol, aquí las ramas están claramente por encima de la riada. Aquí el agua llega hasta la mitad de la ventana más próxima: la casa debió de construirse sobre una pequeña loma, y no nos habíamos fijado.

–Voy a nadar, voy a romper la ventana. Entrad –dice Skeetah.

–Date prisa –dice Randall.

–¡Esch, tú ven conmigo! –dice Skeetah.

–¡No es el momento! –grita papá.

–¡Esto no tiene nada que ver con los cachorros! –Skeet me mira con los ojos entornados.

–¡Es demasiado pequeña! –vocifera papá. Me coge el codo que tengo libre con su mano buena. Aprieta.

–Está embarazada. –Skeetah señala.

La cara de papá se demuda, y empuja.

En ese instante antes de empujarme, papá la vio. La camiseta grandota y los pantalones cortos que son como mi segunda piel, empapados de agua. Donde había codos angulosos, muslos rectos como pinos y un estómago como una carretera

asfaltada, la ropa mojada resalta la diferencia. Papá vio la curva de la cintura, la delatora insistencia de una barriga. Papá vio fruta. Agito los brazos y caigo hacia atrás con el cubo, con los cachorros chillones. Y un segundo después de empujarme, papá ya ha extendido su mano buena y tiene la mala asida a la rama sobre la que está agachado, sus ojos abiertos y heridos, y apenado como no lo he visto desde que nos entregó a Junior a Randall y a mí y dijo: «Vuestra madre…» ; y pataleo intentando agarrarme al aire, pero el huracán me abofetea y caigo boca arriba en el agua, y los cachorros salen volando del cubo con los ojos abiertos por vez primera como rendijas, y juraría que me juzgan al caer.

–¡Esch! –grita Randall, y Junior anuda las piernas a su cintura como si fueran una lazada. Randall le agarra las espinillas, las piernas delgadas como reglas. No se puede zambullir–. ¡Que nades! –chilla.

Pataleo y doy palmetazos al agua, pero me cuesta mantener la cabeza a flote. Es una boca rosa abierta y con colmillos, y me está tragando.

–¡Joder! –grita Skeetah. Mira a *China*, que se revuelve contra el portabebés.

–¡Esch! –grita Junior; el agua me está arrastrando hacia un lado, me aleja cada vez más de la ventana y me expulsa al terreno, hacia el gaznate del Hoyo. Engancho al cachorro que tengo más cerca, el pinto, que se queda desmadejado en mi mano, y me lo meto en la camiseta. La blanca y el blanco y negro han desaparecido.

–¡Joder! –chilla Skeetah. Agarra la cabeza de *China*, le susurra algo mientras ella se remueve. Muestra los dientes a la vez que se sacude para separarse de él. Se retuerce. El torso se le ha salido del portabebés que le ha hecho Skeetah. Skeetah la agarra de la cabeza y tira, y el cuerpo sale haciendo todo tipo de contorsiones. *China* sale lanzada, se ensortija en el aire y cae de frente con un chapuzón. Ya está nadando, luchando. Skeetah salta.

El agua traga, y yo grito. Se me hunde la cabeza y la pruebo; sabe fresca, fría y, no sé por qué, a sal, como saben las lágrimas bajo la lluvia. Los bebés, pienso. Doy patadas más fuertes como si estuviese echando una carrera, y, a pesar de que mi cabeza asoma sobre el agua, la mano del huracán la empuja una y otra vez hacia abajo. ¿Quién vendrá en mi ayuda? Y el huracán dice: «Sssssssshhhhhhhh». Me hace callar a través del agua con una voz sorda y profunda, pero entonces noto en la pierna una mano de verdad, una mano humana fría y dura como el alambre de espino que tira de mí, y subo y salgo del agua sostenida por Skeet, que apenas si pisa, que apenas si logra mantenernos a los dos a flote. *China* es una cabeza blanca que se aleja girando en el agua implacable, ladrando, y Skeetah mira de la una a la otra mientras le grita «¡Date prisa! ¡Date prisa!» a Randall, que rompe los restos del cristal y la madera de la ventana con las manos, con los hombros, con los codos, y que se zambulle con Junior pegado a él como un caparazón; y Skeetah me empuja por la ventana, su mano, una correa que me aprieta el brazo, su otra mano

apartando el agua, y está gritando: «*China*, ven, *China*», pero *China* no está; y papá, con su mano mala destellando, viene hacia nosotros nadando, hundiéndose, sacudiéndose; y ya ha cruzado la ventana y estamos todos forcejeando, intentando agarrarnos a las paredes, a los armarios rotos, a la madera, hasta que Randall alcanza el techo abierto y se aúpa con Junior al desván medio comido, donde el huracán toquetea el tejado cada vez más abierto, y Skeet me sube de un empujón mientras Randall me agarra la muñeca y casi me la rompe para impulsarme, y después Skeetah se apoya en algo que hay enterrado bajo la riada y se cuela por la abertura, y papá está boca arriba en el agua manteniéndose con una mano y dos pies, y Randall vocifera: «¡Ayúdale!», y Skeet está tumbado junto al agujero del suelo del desván mirándonos, con la cara descompuesta, torcida, y le está tendiendo una mano a papá, levantándole; y el cachorro debe de haberse muerto en mi camiseta porque no se mueve, y lo saco a la vez que toso y escupo el agua, el huracán y el hoyo, y no puedo parar; y Skeetah está agarrándose y mirando a través del tejado devastado, llamando a *China* mientras la ve cortar las aguas arremolinadas, derecha como una serpiente de agua, en dirección al bosque caído que restalla a lo lejos, y Junior se mece, se mece en cuclillas y se tapa los ojos con las manos porque no quiere ver más; está gimiendo «NoNoNoNoNoNoNoNoNoNoNO».

Día duodécimo:
Vivos

Estuvimos sentados en el desván abierto hasta que el viento amainó y mudó de avión de combate en tos intermitente. Estuvimos sentados en el desván abierto hasta que el cielo se iluminó y pasó de un naranja enfermizo a un limpio gris blanquecino. Estuvimos sentados en el desván abierto hasta que el agua, que había bullido debajo de nosotros como una sopa hirviendo, se fue retirando lentamente para volver al bosque. Estuvimos sentados en el desván abierto hasta que la lluvia aflojó a goteo. Estuvimos sentados en el desván abierto hasta que nos entró frío y las suaves rachas de viento nos empezaron a helar. Nos apiñamos en el desván de mamá Lizbeth e intentamos calentarnos frotándonos los unos contra los otros, pero en vano. Éramos un amasijo de ramas mojadas y frías, desechos humanos en medio del resto de todo aquello.

Pasé corriendo por delante de papá, que con los ojos cerrados mascullaba en el hueco formado por su mano lisiada y su mano sana, unidas como si rezase, y por delante de Randall, que seguía cogiendo a Junior, que seguía con los ojos tapados, para llegar hasta Skeetah. Skeetah estaba en cuclillas en la parte del desván donde apenas quedaba tejado, cerca de la parte delantera de la media habitación larga y baja, asomado a la inmensa ausencia. Parecía como si quisiera saltar. Le toqué entre los omóplatos. Tenía la piel caliente, acalorada como de haber corrido, como si hiciera un día resplandeciente. Dio un respingo, pero en lugar de volverse para mirarme siguió escudriñando el agua hirviendo, los árboles que salían volando, la vieja lavadora que giraba como un coche de choque por el terreno, el viento que desgarraba la tierra. Bajo mis pies, la madera estaba mojada y esponjosa, como a punto de ceder. Puse una pierna a cada lado de sus muslos, me arrimé a él por detrás, le pasé los brazos por debajo de las axilas y apoyé la cara en su hombro.

–La he fallado –dijo.

Pestañeaba mucho.

–No es verdad –le dije a su cuello.

–Sí. –Su voz sonaba como un rastrillo arrastrado sobre las rocas.

–A nosotros no nos has fallado –dije.

Negó con la cabeza y me rozó la frente con la mejilla. Le temblaban los músculos de la mandíbula. Empezó a tiritar. Le abracé más fuerte, le cogí de la misma manera que a aquellos chicos con los que había follado porque me resultaba

más fácil darles lo que querían que negárselo, que obligarlos a verme. Mis brazos jamás habían sido tan fuertes.

Apreté. Con todo mi cuerpo, apreté. Impedí que se desmoronase, pero temblaba tanto que parecía que quería desvencijarse, separarse por los nudillos, reventarse las costillas, que sus hombros se dislocasen y se le desencajasen las rodillas: estremecerse hasta no ser nada, un montón de piel, huesos y músculos flácidos. No ser Skeet.

–Todo va a ir bien –dije.

El huracán rio. Un árbol, despojado de sus ramas, cruzó el terreno a saltitos, aterrizó con un crujido contra la camioneta de papá y se paró en seco como si hubiese ganado a la rayuela sin pisar fuera de las rayas. El cielo estaba tan cerca que me parecía que podía alargar el brazo y hundirlo en él.

Skeetah miraba la tormenta con los ojos entornados, así que me puse a mirar con él, a buscar cualquier cosa de color blanco, cualquier cosa que estuviese por donde *China* se había marchado girando, nadando furiosamente, ladrando. Bolsas de plástico, una secadora rota, una nevera vieja. No veíamos nada que conservase el calor como *China*, nada que luchase. El huracán sopló y despegó una esquina de nuestra casa; la chapa salió repiqueteando por los aires.

–Ya no es constante –dije–. Se está calmando. –Veía la sala de estar, una desordenada casa de muñecas. Los árboles chasqueaban en señal de protesta a nuestro alrededor. Skeetah canturreaba.

–*China* –dijo.

El tractor, que había estado sepultado bajo el agua, asomó la cabeza; empezaba a verse el capó.

–Cuando llegue a la mitad de las ruedas, me voy –dijo Skeetah.

No dije nada, simplemente entrelacé más los dedos como si quisiera retenerle allí en una cadena humana.

Cuando apareció la primera rodaja de caucho sobre las aguas onduladas, Skeetah dio un respingo. Parecía un banco de peces entre mis brazos. El viento soplaba y los árboles se alborotaban. En el cielo se oía un ruido de remolino, un silbido que descendía y se elevaba en círculos. El huracán gruñó y me pareció estar oyendo a papá, multiplicado por un millón, gimiendo mientras retiraba la silla después de comerse varios platos de pescado frito, pan blanco con las espinas, cerveza. Asomó el hierro del centro del neumático, y era un ojo que se abría. De repente, Skeetah se zafó de mi abrazo encogiéndose de hombros: un banco de peces estallando en torno a una roca.

–¿Adónde vas? –pregunté.

Skeetah ya no estaba a mi lado; pasó por delante de Randall, se puso enfrente de papá.

–¿Skeet? –dijo Randall. Junior ocultó la cara en la embarrada camiseta de

Randall.

Skeetah estaba en el agujero por el que habíamos subido. El cristal de la ventana le había cortado la cara, los muslos, el pecho, y la piel se le estaba tiñendo de rojo. Entonces me miré los brazos, miré a Randall, a Junior, a papá; todos estábamos sangrando, todos, llenos de cortes.

–Chaval –dijo papá.

–Tengo que encontrarla –dijo Skeetah.

–La tormenta no ha terminado. –Papá se puso de lado, subió las rodillas y se volvió a instalar como si quisiera estar más cómodo, encontrar un agarradero para levantarse, pero los huesos del tejado estaban tan abatidos que era imposible.

Skeetah, en cuclillas, se volvió. El temblor de antes, calmado. Volvía a ser un solo animal, o al menos pensaba que pronto volvería a serlo.

–Me está esperando –dijo, y saltó a través del techo para caer en el agua con un chapoteo.

–¡Skeet! –gritó Randall.

Miré por la ventana destrozada, por el tejado hecho jirones, y le vi vadear hasta el terreno con el agua hasta la cintura, la cabeza erguida, los hombros echados hacia atrás, los brazos en alto y las manos extendidas con las palmas a pocos centímetros del agua, como si quisiera apaciguarla.

–Ten cuidado –musitó papá, y yo me quedé mirando a mi hermano mientras se adentraba casi desnudo en la tormenta cada vez más lejana. Iba camino del Hoyo; el agua se arremolinaba a su alrededor, y las copas rotas de los árboles y los desechos surgían de las aguas como un laberinto. Se detuvo, volvió la cabeza y nos miró. Hice señas con la mano desde la ventana en ruinas. El aire se estaba enfriando. Se dio la vuelta, dobló un árbol que crecía de lado y se desvaneció entre las fauces del laberinto. A su paso dejó una fina estela.

Cuando el agua se retiró, el morro de la camioneta de papá estaba encima del depósito de gasolina destrozado. La mitad inferior estaba en el suelo. El agua que había dentro del coche había salido, dejando un cieno turbio en las ventanillas. El terreno era un único charco inmenso que fuimos vadeando, con los tobillos congelados por las primeras aguas frías que tocábamos desde las lluvias de marzo, hasta que llegamos a la puerta trasera de la casa, que estaba abierta de par en par. La puerta mosquitera había desaparecido. El interior de la casa estaba mojado y embarrado como la camioneta de papá. El agua había barrido la comida de los estantes, y la estuvimos buscando como hacíamos con los huevos hasta que encontramos varias latas plateadas de guisantes. Encontramos los paquetes de ramen, todavía con el precinto, en el sofá. Cargamos todo en las camisetas. Mis manos tenían el rosa de la sangre de Skeetah, de cuando le había abrazado. Me las lavé en un charco que había en la sala de estar.

–Aquí no nos podemos quedar. Necesitamos un refugio. –Randall hizo una mueca–. Tu mano, y el agua … –La voz de Randall se fue apagando–. A saber qué había en el agua.

Papá le dio la razón moviendo la cabeza, sus labios flojos como los de un bebé. Parecía aturdido. Miraba su camioneta, la casa en ruinas, el terreno invisible bajo los árboles y los depósitos de la tormenta.

–Dónde –dijo, y era una afirmación sin respuesta.

–Con Big Henry –dijo Randall.

Junior iba a lomos de Randall, los ojos al fin destapados y abiertos. Parecía borracho.

–Y ¿qué hay de Skeet? –pregunté.

–Nos encontrará –dijo Randall–. ¿Papá? –Le tendió un brazo a papá, indicó la carretera con la cabeza.

–Sí. –Papá carraspeó.

–Podemos arreglarlo –dijo Randall.

Papá bajó la vista, se encogió de hombros. Me echó una mirada y por un instante la vergüenza le correteó por la cara como una araña, de lado, deprisa; después miró más allá de la casa hacia la carretera y echó a caminar despacio, torcido, renqueando. En la parte de atrás de la pierna tenía un tajo que le sangraba a través de los pantalones.

Nos abrimos paso por los árboles caídos, descuajados, hasta que llegamos a la carretera. Íbamos descalzos, y el asfalto estaba caliente. No habíamos tenido tiempo de encontrar los zapatos antes de que la mano de la riada irrumpiese en la sala de estar. La tormenta había arrancado los árboles como si fueran hierba y los había desperdigado. Sabíamos dónde estaba la carretera porque sentíamos en los pies las piedras que agujereaban el asfalto; los árboles que había conocido, los robles del recodo, el grupo de pinos del tramo largo, el magnolio de la encrucijada, estaban todos rotos, desplomados. El sonido del agua que discurría por las zanjas como un rápido nos acompañó por la carretera hasta el corazón de Bois Sauvage.

La primera casa que vimos fue la de Javon; las tejas del tejado, arrancadas, el piso de arriba, calvo; la casa estaba oscura y parecía vacía hasta que vimos a alguien que debía de ser Javon, alguien claro como Manny, delante del montón de leña que debió de ser la cochera, encendiendo un mechero: una chispa de calor en el aire frío que había dejado la tormenta. En la siguiente casa más cercana, donde el barrio empezaba a abigarrarse, vimos lo que habían sufrido otras personas: todas las casas habían hecho frente al huracán, y todas las casas habían perdido. Franco, su madre y su padre estaban en medio del patio mirándose los unos a los otros y el paisaje destrozado de su alrededor, aturdidos. Había desaparecido medio tejado. A Christophe y Joshua les faltaba el porche, y también parte del tejado. Un árbol se

había estrellado contra la casa de Mudda Ma'am y Tilda. Y al igual que las casas se abigarraban, había gente en la calle, gente descalza, medio desnuda, abriéndose paso entre árboles caídos y camas elásticas abolladas, hablando unos con otros, moviendo la cabeza, repitiendo la misma palabra una y otra vez: «vivos vivos vivos vivos». Big Henry y Marquise estaban delante de la casa de Big Henry; le faltaba una pieza del tejado, como a todas las demás, y la rodeaban seis de los árboles que antes se erguían en el patio y que ahora la cercaban como una verja verde.

–Es un milagro –dijo Big Henry–. Los árboles han caído todos en dirección contraria a la casa.

–Precisamente ahora íbamos para allá a ver cómo estabais –dijo Marquise.

Big Henry asintió con un gesto, blandió el machete que llevaba en la mano, la hoja oscura y afilada.

–Por si había que abrir un camino para llegar hasta vosotros –explicó Marquise.

–¿Dónde está Skeet? –preguntó Big Henry.

–Buscando –dijo Randall mientras aupaba más a Junior sobre sus espaldas.

–Buscando ¿qué? –preguntó Marquise.

–El agua se llevó a *China* –dije.

–¿Agua? –preguntó Big Henry con una voz cada vez más aguda, casi quebrada.

–La del arroyo que vierte en el hoyo –dijo Randall–. La casa se inundó por completo. Tuvimos que nadar hasta la casa vieja, esperar en el desván a que pasara la tormenta.

Yo quería decir: «Casi nos ahogamos. Tuvimos que salir por patas del desván. Perdimos a los cachorros y a *China*».

–Necesitamos un lugar donde quedarnos –dije.

–Solo estamos mi madre y yo –dijo Big Henry–. Hay sitio de sobra. Venid. –Dio un golpecito a la hoja del machete y se lo lanzó a Marquise, que lo cogió por el mango y casi lo deja caer.

–¿Está usted bien, señor Claude? –le preguntó Big Henry a papá.

Hasta la última arruga de la cara de papá, sus hombros, su cuello, su clavícula y los extremos de sus brazos parecían atrapados en una red que iba dragando el suelo.

–Sí –dijo papá–. Solo necesito sentarme un rato. Mi mano… –se interrumpió. Big Henry asintió, puso una mano grande y cuidadosa sobre la espalda de papá y nos acompañó a su casa a través de la muchedumbre arracimada, los árboles desplomados y la maraña de cables eléctricos como sedal abandonado. Me miró por encima del hombro, y su mirada era tan suave, tan tierna y vacilante, que quise concluir mi relato. Quise decir: «Estoy embarazada». Pero no lo dije.

Entre las señoras con rulos, camisetas enormes y zapatillas, las chicas con pantalones de chándal y camisetas de tirantes, los chicos en bici y los hombres apiñados que gesticulaban señalándose los unos a los otros y al cielo, vi a Manny.

Estaba sentado sobre la parte de atrás de una camioneta blanca y plateada, aparcada mitad dentro, mitad fuera de la carretera y rodeada de copas de árboles descuajados. Nos miraba desde el otro lado del gentío, y a tanta distancia se reducía a unos hombros musculados, una piel dorada y unos ojos negros, muy negros. Tenía las piernas y el pecho cubiertos de manchurrones de barro. Hizo un saludo breve, forzado, con el brazo. Randall caminaba encorvado junto a mí, mirando las espaldas de papá y de Big Henry.

–¿Él? –susurró.

Asentí sin palabras, bajé la vista.

–Sabía que estabas loquita por él, pero… –Randall carraspeó–. No pensaba que él fuese a hacer nada.

–Yo quería –dije.

–Le voy a machacar –dijo Randall, silbando las palabras.

Una chica se apartó de la muchedumbre, se sentó en la camioneta junto a Manny, apoyó la cabeza en su hombro. Shaliyah. Manny ni se movió, siguió allí sentado a su lado, rígido, sin dejar de mirarnos a Randall y a mí, a la espera de un gesto de la mano, de la cabeza, cualquier cosa. Deslicé los dedos en el hueco del codo de Randall, y la pierna de Junior me acarició el dorso de la mano. Tenía la piel caliente, y Randall también; seguí caminando y Randall era mi escudo, mi cálida colcha, mi hermano.

–No, Randall –dije–. No hace falta. Ya lo hice yo.

Randall resopló; sin soltar a Junior, se apretó el brazo contra la cintura, incorporando mi brazo al suyo, acercándome a él. Fuimos caminando juntos hasta la puerta de Big Henry.

La madre de Big Henry, la señora Bernadine, es la mitad que Big Henry, de caderas anchas y hombros estrechos, y ahora sé de dónde le vienen a él esas manos cuidadosas. Instaló a papá en el sofá de la oscura y calurosa casa, le quitó la venda, le limpió la mano y volvió a vendársela bajo la luz que entraba por la puerta y las ventanas abiertas. Tenía manos pequeñas y veloces como colibríes, e igual de ligeras. Hizo sándwiches de carne en conserva, y cuando uno de sus hermanos trajo un pequeño generador eléctrico, cogió un alargador y conectó la nevera y también un pequeño ventilador que puso en la ventana de la sala de estar apuntando a la cara de papá, que estaba gris y contraída.

Marquise se había ido corriendo a casa a buscar a Skeetah y se había llevado a su perra: *Lala* brillaba como la mantequilla derretida, ajena a los estragos del huracán. Dijo que cuando llegó a la casa, Skeetah oyó ladrar a su perra y salió del bosque. Llevaba un pantalón corto mojado y embarrado que había rescatado de las ruinas, pero seguía descalzo. Cuando Marquise intentó que se fuese a casa de Big Henry, le pidió el mechero, le dijo que iba a acampar delante de casa porque estaba esperando a que volviese *China*. Marquise había discutido con él, pero al ver que

Skeetah no le hacía ni caso se había marchado. Mientras nos contaba la historia se mordía el interior de la mejilla, parecía avergonzado de no haber conseguido llevarse a Skeetah a Bois. «Es testarudo –dijo Randall–. Es imposible lograr que haga algo que no quiere hacer.»

Aquella noche, mientras un montón de gente con camionetas y cadenas quitaba de las calles árboles y hogueras mojadas y humeantes, dormimos sobre unos finos camastros en el suelo de la sala de estar de Big Henry.

–Falta uno, ¿no? –le susurró su madre en la cocina.

–Sí –dijo él–. Está buscando a su perro.

–Que se queden lo que haga falta –dijo ella–. Al menos están vivos.

–Sí –dijo Big Henry, y supe que nos miraba: a Junior, que sudaba y se removía en sueños bajo mi axila; a papá, quieto como una estatua en el sofá; a Randall, tumbado boca abajo con la cabeza oculta entre los brazos cruzados y prácticamente trazando la diagonal de la pequeña sala de estar. Fuera se oía el zumbido de un par de bichos empapados, y me pregunté dónde estaría Skeetah; le vi sentado delante de una hoguera con la cabeza ladeada hacia la noche, calurosa ahora que había pasado el aire frío de la tormenta. Esperando.

Big Henry y su tío Solly, el que trajo el generador y que es alto y flaco y lleva los antebrazos cubiertos de borrosos tatuajes caseros, están hablando en la entrada. El sol ha quemado las últimas nubes que dejó la tormenta a su paso. Se arquea a través de la puerta, se escurre por delante de Big Henry y me quema la cara.

–Se ha llevado el puente.

–¿El puente viejo del *bayou*? ¿El primero o el segundo?

–El tercero, el pequeño.

–Y ¿qué ha sido del puente de la orilla del este?

–Nada, está bien. La carretera está llena de agua, dicen. Pero se puede conducir por ella.

–¿Qué pinta tiene?

Solly carraspea. Escupe.

–Mala –vuelve a carraspear–. Muy mala. –Solly se encoge de hombros–. ¿Dónde me dijo tu madre que pusiera la lona?

Big Henry le acompaña fuera para enseñarle la parte del tejado que está en mal estado. Va descalzo, y sus pies tienen el mismo aspecto blanco y delicado que los de un bebé.

–Esch. –Desde el sofá, la voz de papá suena como si se le hubiese atragantado un estropajo. Giro el cuello lo justo para verle la cara con el rabillo del ojo. Así es como hay que acercarse a un perro rabioso al que no se conoce.

Papá canturrea bajito. Se yergue, junta la mano inútil con la buena sobre el estómago. Se queda mirando el televisor muerto.

–Lo que dijo Skeetah ¿es cierto?

Miro la alfombra, peluda y granate, que asoma mullida por el borde del sofá en el que está tumbado; por esa zona nunca la ha pisado nadie. Digo que sí con la cabeza, hundiéndola un poco más en la almohada.

Papá hace un ruidito seco con la garganta. Carraspea y traga.

–No debería haberte empujado –dice.

Se frota la cara con la mano buena como un gato limpiándose la quijada y la nariz. Su nariz y sus mejillas están grasientas y brillan en la oscuridad. Estoy callada; cada vez que cojo aire y lo suelto es como una explosión.

–Simplemente… lo hice –musita papá, y para.

Estoy pestañeando deprisa; me siento como si tuviese el pecho calado de agua hirviendo, la cara empapada.

–Lo siento –dice papá.

Quiero decir: «Sí». O: «Ya lo sé». O: «Yo también lo siento». Pero suelto un gritito, pequeña como un ratoncillo en la habitación. Me pregunto dónde dormirá el bebé, si se acurrucará conmigo en la cama. Si enseñaré a Junior a darle el biberón, lo mismo que nos enseñó papá. Ya tiene edad para hacerlo.

–¿Hace cuánto? –pregunta papá.

–No sé. –Me sale una voz tan aguda que suena como si hablase otra persona, como si al volverme fuese a ver a otra chica tumbada en el suelo entre sus hermanos y respondiendo a esta pregunta.

–Cuando podamos, nos tenemos que enterar.

–Sí –digo mirándole de frente y viendo cómo se repliega, blando donde antes era duro, quebrado el rígido perfil. Su mano indefensa. Junior dará de comer al bebé, se sentará en la cama con almohadas a cada lado para apoyar los brazos. Se estará quieto el tiempo que haga falta.

–Asegurarnos de que todo está bien.

Asiento.

–Para que nada salga mal.

Papá se está frotando el bolsillo con la mano buena. Oigo un plástico que cruje. Por un instante, mamá está a su lado en el sofá, su brazo tendido sobre el regazo de papá y la palma de la mano sobre su rodilla, que era como se sentaba con él cuando veían juntos la tele. Me pregunto si el dolor fantasma será eso, y si papá notará los dedos que le faltan de la misma manera que notamos a mamá, presente en la ausencia. Pero aun así es terrible cuando papá me vuelve a mirar, desvía los ojos por encima de mi hombro izquierdo hacia la puerta que se abre, y ella no está.

Si es niña, le pondré el nombre de mi madre: Rose. Rose Temple Batiste.

–¿Queréis ir a St. Catherine? –Big Henry entra hablando por la puerta mosquitera; sus pies rosados le dan sin querer a Randall en la cabeza, y Big Henry da un bote hacia atrás y hace que tiemble el bastidor de la puerta. Randall le mira

con expresión soñolienta. Pongo la palma de la mano sobre la cabeza de Junior y le acaricio.

–¿Qué?

–Tengo gasolina. Podemos ir en coche. Ver qué pinta tiene todo.

Randall se está despertando lentamente. Se estira, habla entre bostezos.

–Volvemos allí, nos acercamos a casa y buscamos más comida. Sabemos que no os sobra.

–Podemos ir a por Skeet –añado.

Papá está diciendo que no con la cabeza. Su cortísimo pelo rizado está aplastado por un lado.

–Skeetah no va a venir –dice papá. Se está agarrando la muñeca de la mano mala, frotándose la piel como si quisiera despellejársela. El alambre que parecía que le recubría los huesos antes del accidente, antes del huracán, y que le hacía tan alto cuando se ponía al lado de mamá, se ha suavizado y se ha convertido en cuerda–. Necesito algo para esto.

Si es niño, le pondré el nombre de Skeetah. Jasón. Jasón Aldon Batiste.

–Algo encontraremos –dice Big Henry.

Sacudo a Junior para que se despierte. Fuera, el cielo está azul, sin nubes.

El *bayou* que se forma en la unión del río y la bahía está tan calmado como lo estaría en un día cualquiera de verano, y casi ni se notaría que el huracán ha pasado por aquí si no fuera por los lugares en los que el viento ha depositado el agua que ha arrastrado por la carretera. El *bayou* es el lugar de donde pensábamos que vendría el agua, la razón por la que nos creíamos a salvo, pero Katrina sorprendió a todos con su fuerza inflexible, su contundencia, su manera de persistir; hizo que ocurrieran cosas que jamás habían ocurrido. Ahora, todos los habitantes de St. Catherine que tenían familia en Bois Sauvage y habían ido allí a refugiarse durante la tormenta por temor a los estragos que pudiera causar el huracán en los pueblos de la playa vuelven a sus casas en una larga fila que cruza el *bayou* anegado. Big Henry sigue de cerca al coche que va delante; algunas zonas de la carretera han desaparecido, y la hierba doblada del *bayou* que bordea el asfalto hundido es lo único que nos indica que no nos dirigimos hacia el agua, que Big Henry no permitirá que el coche se ponga a dar vueltas como el de papá, que no nos va a hundir. El agua se bifurca y se aleja de las ruedas vibrando como la aleta de un pez para después cerrarse de nuevo, turbia. Me pregunto qué habrá sacado la tormenta del fondo de la bahía y qué habrá arrastrado hasta aquí para dejarlo en las cálidas aguas oscurecidas por el barro.

–¿Dónde están los árboles? –pregunta Junior.

En Bois, todavía quedan algunos: unos cuantos árboles jóvenes, robles resistentes lo bastante pegados al suelo como para evitar lo peor de la tormenta,

pero despojados de todas sus hojas y de la mitad de sus ramas, tan desnudos como en lo más crudo del invierno. Aquí en St. Catherine han sido arrasados, y hay demasiado cielo. En Bois, las casas siguen en pie y por algunos sitios están desgajadas y hechas trizas, como Skeetah y Rico después de la pelea; algunas, como la nuestra, se inclinan como si estuviesen achispadas, medio ahogadas. Aquí hay demasiado cielo. Algo se remueve en mi pecho, se expande y cae; no deja nada.

La primera carretera principal a la que llegamos en St. Catherine, la que cruza el norte de la ciudad de un extremo a otro y es por tanto la más alejada de la playa, está cubierta de barro. Las casas que había aquí ya no están, o están boca abajo, o, arrancadas de sus cimientos, han resbalado hasta volcarse sobre las casas vecinas. El instituto está inundado, y la escuela primaria, plana como una tortita; de los cables del tendido eléctrico que siguen en pie en la acera de enfrente cuelga un todoterreno. Un aparcamiento cuyos propietarios lo utilizaban para guardar plataformas de tráiler está vacío: ocho de las plataformas están boca arriba en la calle de enfrente del solar, y, mezcladas al buen tuntún, aplastando los árboles, parecen piezas de Lego. Lo que antes era un parque de remolques parece un montón de fichas de dominó caídas, y hay un remolque encima de otro remolque encima de otro remolque, amontonados como los cubos de un juego de construcciones. Y en todas partes hay gente, gente que parece medio ahogada; un anciano blanco y un anciano negro acampados bajo una lona tendida al pie de un joven árbol solitario; una familia de vietnamitas que ha colocado sábanas a modo de tienda de campaña sobre la barra de hierro que se usa para enganchar las casas móviles, y contrachapado a modo de suelo bajo las colgaduras; chicas adolescentes y mujeres revolviendo en el aparcamiento y en la cáscara hueca de una gasolinera, rebuscando entre las ruinas algo que comer, algo que salvar. Se forman corrillos en lo que antes eran las intersecciones de las calles; las señales de tráfico han desaparecido; la gente tiene todas sus pertenencias en una bolsa de plástico a sus pies, y está a la espera de que venga alguien a recogerla. No viene nadie.

–¿Qué? –dice Big Henry, como si alguien le hubiese preguntado algo.

Hay una anciana sentada en la esquina de una de las carreteras secundarias que cogemos para llegar a la carretera principal, que está más cerca de la playa. Tiene la cabeza cubierta con una toalla, y la silla de plástico y metal en la que está sentada se tuerce hacia la izquierda. Hace señas con la mano, y reducimos la velocidad.

–Allí abajo no se puede pasar. No puede uno ni acercarse.

–Vale, señora –dice Big Henry.

–¿Tenéis comida? –pregunta. Le faltan los dientes de un lado y es de ese color intermedio que me impide distinguir si es blanca o negra de piel clara, pero sí distingo que es vieja; las arrugas de su cara se ondulan como si la nariz, los ojos y los labios fuesen piedras caídas en aguas mansas.

–Sí –digo, y saco uno de los paquetes de ramen que nos hemos traído, se lo paso

a Big Henry, que está en el asiento delantero, y él se lo pasa a ella por la ventanilla. La mujer lo coge, lo mira con ojos escrutadores y se echa a reír. Su sonrisa es casi toda encías. Su camiseta tiene un osito azul y rosa, y ha sido blanca.

–Bueno, vale. –Ríe–. Vale.

Big Henry conduce hasta donde puede, apenas unos treinta metros, y después detiene el coche, lo arrima al borde de la carretera lo justo para no caer en la cuneta y aparca. El barro ha salpicado el lateral del coche, ha hecho un dibujo que parece encaje. Junior se está subiendo otra vez a la espalda de Randall, y Randall entrelaza los brazos por debajo de sus piernas. La mejilla de Junior roza la de Randall: no le he visto dejar a Junior en el suelo desde que llegó el huracán. Hay una casa en medio de la carretera, vuelta hacia nosotros, como si custodiase los secretos que encontraremos más adentro. La rodeamos y seguimos nuestro camino.

Hay más casas en la calle. Una casa de dos plantas, cuadrada y uniforme como una caja, se ha soltado de los cimientos y ha ido dando tumbos hasta caer de lado. Otra se ha volcado sobre otra casa, madera sobre ladrillo, y allí se ha quedado. Los cimientos, bloques de hormigón, surgen de la tierra y se detienen cuando asoman unos pocos metros, esbeltos y expectantes, privados de sus casas. Una mujer con gorra de béisbol rebusca entre los escombros de una casa volcada; su hijo, que parece más o menos de la edad de Junior, está agachado en la tierra cerca de la calle y se queda mirándonos, la cara contraída en un puchero, mientras pasamos de largo. Un hombre con camiseta amarilla hurga con un palo entre los cimientos de su casa. Pasamos por delante de lo que era la escuela primaria; del gimnasio en el que Randall, hace unos días, se jugó sin éxito la oportunidad de ir al campamento de baloncesto y de que un ojeador de la universidad le reconociese por su talento, por ser Randall; en el que Manny supo quién era yo y renegó de mí, en el que Skeetah peleó por mí; y no queda más que un enorme amasijo de madera y acero, y de repente se abre una inmensa grieta entre ahora y entonces y me pregunto adónde habrá ido el mundo en el que tuvo lugar aquel día, porque no estamos en él.

–Mierda –musita Randall. Agarra más fuerte la pierna de Junior, y Junior gimotea pero no suelta ni media palabra–. No queda nada –dice.

El grupito que hemos formado se detiene a contemplar el destrozo, y luego yo me aparto y nos marchamos; Randall es el último que echa a andar, y vuelve una y otra vez la mirada al gimnasio que estaba allí pero ya no está. Unos cables de electricidad se estiran sobre la carretera embarrada como grandes serpientes perezosas; saltamos por encima. Como no queda ni un solo árbol, vemos fácilmente que estamos llegando a las vías del tren, las mismas vías por las que pasaban los trenes haciendo sonar su estridente silbato cuando éramos pequeños, mientras nadábamos en la misma bahía cubierta de ostras que entró y se tragó Bois, que se tragó la espalda de St. Catherine y la vomitó hecha pedacitos. Hay una casa

en medio de la vía. Es amarilla; la tormenta ha volado las ventanas, pero las cortinas siguen allí. Se agitan débilmente. Trepamos por ella, miramos a ambos lados de la vía y vemos que hay muchas casas seguidas: un collar de acero con abalorios de madera.

Más allá de la vía, no hay abalorios. No queda ninguna casa en pie. Solamente hay grandes montones de madera. A veces son todos del mismo color, y así es como sabemos que aquí hubo una casa, que allá hubo otra. Aquí no hay nadie rebuscando, nadie que escudriñe entre los escombros. ¿Qué podrían rescatar? ¿Qué no ha sido enterrado o barrido hacia el mar? Los tocones de los árboles están en carne viva, el contrachapado de las casas está en carne viva, y todo se ha partido en dos. Más cerca de la playa, tan cerca que lo veo si entorno los ojos y miro hacia el horizonte, hay robles. Algunos de los que había en el parque siguen allí; otros han sido arrancados de la tierra y sus copas desnudas miran hacia el océano. Los que quedan parecen muertos. Las callejuelas donde estaban las consultas de los dentistas, donde estaban los restaurantes que servían siluro y bolitas de maíz, donde estaban las consultas de los veterinarios, donde estaban aquellas pequeñas librerías poco iluminadas y las tiendas de antigüedades en las que por miedo a romper algo jamás se me habría ocurrido entrar, han sufrido un ataque salvaje; la tormenta solo ha dejado tablones y paneles apilados como tortitas en platos hechos de bloques de hormigón.

Llegamos al final de la carretera. Aquí, el huracán ha hecho pedazos incluso la carretera que bordeaba la playa, así que hay acantilados de arcilla roja y conchas de ostra. La gasolinera, el club náutico y aquellas casas antiguas de blancas columnas que daban a la playa, que nos hacían sentir pequeños, sucios y más pobres que nunca los días en que veníamos con papá a nadar, amontonados en su camioneta, y nos acercábamos a por gasolina, patatas fritas o anzuelos, han desaparecido. Ni saqueadas ni reducidas a escombros, sino desaparecidas del todo. El huracán ha respetado algunas vigas de acero, que despuntan de los cimientos de hormigón como pelos sueltos. Hay ríos discurriendo por la carretera de la playa. Más adelante, en la playa, hay un sofá. Un hombre de pelo cano con una camisa desabotonada está sentado en el brazo del sofá, y tiene la cabeza apoyada en las manos o está frotándose los ojos o alisándose el pelo o llorando; y un perro, naranja y grande a la luz del sol, olisquea dando vueltas a su alrededor, y después echa a correr y ladra excitado a su hallazgo. Un joyero negro cerrado. Olisquea, levanta la pata y mea.

–No queda nada –dice Big Henry.

Jamás había oído tanto silencio en St. Catherine. Solo hay viento y aguas calmas de un gris azulado, tan mansas que ni siquiera se oye el batir de las olas. La voz de Big Henry se proyecta, y el perro mira hacia donde estamos y retoma la tarea de olisquear su tesoro.

–Venga –dice Randall.

Big Henry y yo le seguimos. Junior se bambolea a lomos de Randall, suavemente, como si fuera sentado en un bote sobre aguas tranquilas. Caminamos de puntillas por el borde de la carretera devastada. Tengo miedo de que haya más deslizamientos. Pasamos sobre un roble partido por la mitad, sobre un coche vacío como una lata de sardinas desnuda, sobre los restos del letrero luminoso de una tienda de ultramarinos.

–Por aquí –dice Randall, y nos dirige por una de las calles laterales, lejos de la expansión silenciosa y abierta del mar–. Aquí.

Sube de un salto al bloque de hormigón que hay detrás de lo que antes era un banco y ahora es solo una caja fuerte, grande como un ascensor, rodeada de cimientos, y se inclina para mirar entre los pliegues del hormigón.

–Mirad.

–La tienda de vinos y licores –dice Big Henry.

–Para papá –dice Randall, y al momento estamos todos a cuatro patas, haciendo equilibrios sobre los irregulares bloques que se mecen cuando caminamos, escudriñando por debajo de los tableros, encontrando cascos de botellas de vino, de vodka, de ginebra, cascos rojo brillante, azul oscuro y morados, entre las sombras. Encuentro una botella de Mad Dog, verde lima, en perfecto estado. Randall encuentra una de color naranja. Big Henry, una roja, y también una botellita de ginebra. Junior señala y Randall desencaja una garrafa grande de vodka. Big Henry se mete dos botellas de Mad Dog en los bolsillos del short, y yo deslizo la botella de ginebra y el Mad Dog naranja en los pantalones de Randall, que se engancha las presillas del cinturón con el pulgar para evitar que se le caigan. Big Henry coge la garrafa de vodka. Me agacho para echar otro vistazo a las grietas de hormigón caliente, para encontrar algún otro tesoro que le pueda llevar a Skeetah, algo que me ayude a contarle la historia de lo que nos encontramos, pero aquí no hay más que botellas rotas, letreros destrozados, madera astillada, tanta basura.

Big Henry se acuclilla a mi lado. Randall está señalando la calle, señalándole algo a Junior; dónde estaba la biblioteca que visitó una vez con el colegio, quizá.

–He oído lo que decías. Cuando hablabas con tu padre.

Tendré que contárselo a Skeetah del modo más claro que me sea posible, y él tendrá que cerrar los ojos y dejar de pensar por un instante en *China* para escuchar mientras le cuento la historia de Katrina y lo que le hizo a la costa.

–¿Quién es el padre? –pregunta Big Henry. En sus ojos no hay un fuego abrasador, no hay un frío hielo ardiente como en los de Manny. Solo calidez, como el sol de los mejores días del otoño, cuando las pocas hojas que cambiarán de color empiezan a hacerlo y el ambiente está claro y despejado.

–No tiene padre –digo. Cierro la mano sobre un trozo de cristal con vetas azules y blancas, romo por los bordes; cojo otro que es de color rojo y una piedra de

ladrillo rosa. Me meto los tres en los bolsillos. De la misma manera en que Skeetah me contó la historia de lo último que nos dijo mamá, yo le contaré esta. «Esto era una botella de licor –diré–. Y esto… esto era una ventana. Esto, un edificio.»

–Te equivocas –dice Big Henry. Lo dice apartando la mirada hacia el Golfo gris. Hay un coche allá en los bajíos. La parte de arriba lanza destellos rojos–. Este bebé tiene un padre, Esch. –Tiende su mano grande y suave, tan suave, probablemente, como las plantas de sus pies, y me ayuda a levantarme–. Este bebé tiene un montón de padres.

Sonrío y la mejilla se me contrae. Noto que se me humedecen los ojos. Trago sal.

–No olvides que siempre me tendrás a mí –dice Big Henry.

Cierro tanto el puño sobre las piedras que hay en mi bolsillo que me duele. Ojalá le pudiese decir esto a Big Henry: «Ojalá hubieras estado allí cuando vino el agua, tú, con tus manos grandes, con tus piernas como troncos hundidos en la tierra». Encabezo la marcha por el suelo destrozado en dirección a Randall y Junior, que nos miran mientras nos acercamos.

Ataré con una cuerda el cristal y las piedras, colgaré los fragmentos sobre mi cama, para que brillen en la oscuridad y cuenten la historia de Katrina, la madre que entró majestuosamente en el Golfo y masacró. Su carro era una tormenta tan grande y tan negra que los griegos habrían dicho que iba enganchada a dragones. Era la madre mortífera que nos dejó en carne viva pero vivos, que nos dejó desnudos y desconcertados como si fuésemos unos recién nacidos arrugaditos, como cachorros ciegos, como serpientes recién salidas del cascarón, sedientas de sol. Nos dejó un Golfo oscuro y una tierra quemada por la sal. Nos dejó y tuvimos que aprender a gatear. Nos dejó y tuvimos que rescatarnos de entre las ruinas. Katrina es la madre a la que recordaremos hasta que venga la siguiente madre de manos grandes y despiadadas, ávida de sangre.

Skeetah ha abierto un claro en lo que antes era el terreno y ahora es una maraña de ramas, leña, coches, alambre, basura. Nuestra casa parece pintada de barro, como si la hubiesen embadurnado para oscurecerla. Parece como si el agua la hubiese torcido. Si el viento nocturno resulta fresco, se debe solo a que hace menos calor que por el día. La señora Bernadine nos dio un tazón de agua a cada uno para que nos lavásemos; la ducha consistió en humedecer el trapo en el agua, enjabonarlo, desnudarme en el cálido baño de azulejos azules de Big Henry que olía vagamente a huevos podridos, enjabonarme todo el cuerpo y después enjuagarme con el agua del tazón. Fue sensacional. Le quitó la venda a papá y le lavó la mano, se acercó mucho, dijo: «Está un poco roja». Papá, que ya había empezado a trastabillar, respondió: «Nos ocuparemos de ella». Para cenar hubo sardinas y salchichas, maíz de lata, fideos secos que nos comimos como si fueran galletitas saladas, refrescos de uva y granadina; incluso después de sorber los posos

recalentados y dulzones del refresco, de chupetearme los restos del aceite de las sardinas de las uñas, seguía con hambre. Fuimos a casa en coche y casi tuvimos que aparcarlo encima de los árboles que habían sido arrastrados desde la calle y yacían a un lado de la carretera, cerca de la cuneta.

Skeetah debe de haber encontrado un hacha, o puede que le bastasen las manos para romper la madera; está en medio de los árboles caídos y su fogata es grande, más alta que el fuego sobre el que hicimos la barbacoa, tan grande que las llamas le saltan por encima de la coronilla, le vuelven de un negro bruñido como el cristal que me encontré antes. Está sentado sobre un cubo del revés en medio de un círculo de barro y polvo hecho por él; los codos sobre las rodillas, los ojos clavados en el fuego. Lleva un short vaquero y zapatillas deportivas, y a su lado hay un neumático de goma con una cadena encima que es del mismo gris oscuro y turbio de las nubes del huracán. Las cosas de *China*. Ha encontrado las cosas de *China*.

–Te hemos traído comida –digo. Levanta la vista sin sorprenderse, como si nos estuviese esperando. El blanco de sus ojos está muy blanco, y jamás le había visto así de quieto, tan quieto como si hubiese una piedra bien dura en su interior, en su mismo centro: unos cimientos de hormigón que no se han movido.

–Gracias –dice–. Tus zapatos. –Skeetah señala otro montón, más pequeño, que me había pasado inadvertido. Un montón de zapatos llenos de barro que es clavado a los montones que hacía *China* de cachorra–. Los encontré.

Rebuscamos en el montón. Skeetah quita la tapa de una de las latas de salchichas, desata la bolsa de galletitas, prepara un pequeño sándwich y empieza a comer. Mastica muy despacio. Las comisuras de los labios se le llenan de migas, y se las quita con la lengua.

–Deberías bajarte con nosotros –dice Randall embutiendo un pie en su zapato. Junior se desliza por el costado de Randall, una sombrita negra. Le lanzo sus zapatos. Randall se sienta en el suelo, y Junior se instala en su regazo. Randall apoya la barbilla en la calvorota sudorosa de Junior.

–Tenemos sitio de sobra –dice Big Henry. Da una calada a su purito y la punta se ilumina de rojo–. Podrías dormir en mi habitación.

–Estamos preocupados por ti. –Lo digo yo porque ellos no lo van a decir.

Skeetah sonríe a la vez que come, niega con la cabeza. Coge el refresco de vainilla que le hemos traído, su favorito; lo abre y echa un trago.

–Yo de aquí no me muevo –dice. Se come otro sándwich de galletitas. La carne desprende un olor fuerte por la oscuridad; las galletitas no huelen a nada. El fuego humeante hace que todo huela a socarrado, y da un calor insoportable. Me siento al lado de Skeetah pero me echo hacia atrás para sentir en la espalda el cosquilleo de las hojas que permanecen, verdes y gordas, en los árboles caídos–. Está por ahí, y va a volver.

–No has visto St. Catherine –dice Randall–. Es como si alguien hubiese lanzado

una bomba. Como la guerra.

–Bois no es St. Catherine. –Skeetah frunce fugazmente el ceño y entre sus ojos asoma una línea oscura como un tajo; sus labios y su nariz son un puzle con las piezas mal encajadas. Al instante, su cara está otra vez lisa y pulida–. *China* sabe nadar.

–Puedes volver aquí durante el día –sugiere Big Henry.

–No.

–Skeet, si *China* vuelve, no se irá otra vez –digo.

–Nada de «si vuelve». –Skeetah se frota la cabeza desde el cuello hasta la coronilla como si su piel fuera una camiseta que pudiese despegarse del cráneo. Como si pudiese desprenderse de quien es y convertirse en otra cosa. Como si, en la oscuridad, pudiese mudar su forma humana, salir del cascarón siendo un gran hoyo reluciente, negro en contraste con el blanco de *China*, y echar a correr hacia lo que queda del bosque, seguir el curso del arroyo y encontrar a *China* olisqueando el tronco de un roble lleno de ardillas temblorosas; o si no, olisqueando la tierra, los conejos que están entre las aguas–. Nada de «si». Cuando.

Cuando vuelve a mirarme, otra vez está quieto: arena incrustada en roca.

–Va a volver a mí –dice–. Ya veréis.

Nos quedaremos aquí sentados con él, en esta extraña oscuridad sin ruido de insectos. Nos quedaremos sentados hasta que nos entre sueño, y después seguiremos aquí hasta que nos duelan las piernas, hasta que Junior se duerma en brazos de Randall, su débil cuello colgando de su codo. Randall mirará a Junior, Big Henry me mirará a mí y yo miraré a Skeetah, y Skeetah no nos mirará a ninguno. Mirará la oscuridad, las casas en ruinas, los aparatos embarrados, las copas de los árboles que nos rodean, cuyas hojas se están muriendo por falta de raíces. Alimentará el fuego para que resplandezca como un faro. Estará atento a oír el golpeteo de su rabo, su sorda pisada en el barro. Mirará hacia el futuro y la verá irrumpir en su círculo de fuego, tan sucia por los embates del huracán que ya no resplandecerá, que será del color de los dientes de Skeetah, del blanco de sus ojos, del hueso envuelto en su sangre, sin brillo pero viva, viva; y cuando la vea, su cara se quebrará y se cubrirá de agua, y desgastará, como hace el agua, el corazón de piedra que dejó *China* al marcharse.

China. Regresará, alta y erguida, y la leche se le habrá secado. Desde arriba contemplará el círculo de luz que hemos hecho en el Hoyo, y sabrá que he estado vigilante, que he luchado. *China* ladrará y me llamará hermana. En el cielo asfixiado por las estrellas, hay un gran silencio que espera.

Sabrá que soy madre.

Agradecimientos

Quisiera dar las gracias a mi editora, Kathy Belden, y a todo el equipo de Bloomsbury por defender mi novela. Quisiera dar las gracias a mi agente, Jennifer Lyons, que desde la primera palabra creyó. Mi paso por la Universidad de Stanford en calidad de Stegner Fellow me proporcionó el tiempo necesario para escribir y revisar este manuscrito, y por ello me siento profundamente agradecida a los Departamentos de Literatura Inglesa y Creación Literaria de Stanford. A lo largo de mi residencia en Stanford, Elizabeth Tallent y Tobias Wolff fueron perspicaces lectores y mentores. Me habría sido imposible escribir esta novela sin los valiosos comentarios y ánimos de los formidables escritores del taller Stegner al que asistí: Sarah Frisch, Justin St. Germain, Stephanie Soileau, Jim Gavin, Vanessa Hutchinson, Ammi Keller, Harriet Clark, Will Boast y Rob Ehle. Asimismo, han sido fundamentales los ánimos, la amistad y las observaciones de otros muchos escritores: Mike McGriff, J. M. Tyree, Molly Antopol, Skip Horack, Shimon Tanaka, Jeremy Chamberlain, Peter Ho Davies y Elizabeth Ames Staudt. En DeLisle, gracias a Mark Dedeaux, la familia Miller, Sarah Hatcher, Jillian Dedeaux, Aldon Dedeaux, Judy Ann Dedeaux, Dorothy Smith y a todos los miembros de mi familia extensa, que siempre me han dado un lugar al que regresar y en el que sentirme querida. Por último, quisiera dar las gracias a mi familia directa: a Joshua por ser mi corazón, a Nerissa y Charine por ser mis hermanas de lucha, a mi sobrino *Buddy* De'Sean, a Kalani por ser mi león, a Jerry por animarme como artista y a Norine por hacer milagros cada día y abrir caminos donde no los hay.

Título original: *Salvage the Bones*

Edición en formato digital: noviembre de 2013

En cubierta: Fotografía de © iStockphoto /Jim Jurica
© 2011 Jesmyn Ward
First published by Bloomsbury USA, New York
All rights reserved
© De la traducción, Celia Montolío, 2013
© Ediciones Siruela, S. A., 2013
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15937-73-9

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

1 El término «bayou» designa un cuerpo de agua formado por antiguos brazos y meandros del río Misisipi, y por extensión las zonas por donde discurre. Los bayous son típicos de la costa del Golfo del sur de Estados Unidos; la peculiar geografía física y humana a ellos asociados permite hablar de una «cultura del bayou». (*N. de la T.)*

2 Los indios del Mardi Gras son varones afroamericanos que, vestidos como los nativos americanos y acompañados a veces de mujeres y niños, celebran un espectáculo paralelo al del carnaval oficial. (*N. de la T.)*

3 En lugar de *«ornery»*, la madre de Esch dice *«orner»*, cuya pronunciación se asemeja a la de *«horny»* (*«to be ornery»*: ser un cascarrabias; *«to be horny»*: estar cachondo). *(N. de la T.)*

4 Alusión a Steve Irwin, ecologista australiano famoso por su programa televisivo *El cazador de cocodrilos* que falleció en 2006 mientras rodaba un documental. (*N. de laT.)*

5 Head Start es un programa de educación preescolar destinado a familias de pocos recursos. *(N. de la T.)*

6 *«Shotgun house»:* construcción típica de Nueva Orleans que consiste en varias habitaciones unidas en línea recta. De ahí el nombre: si se disparase una escopeta en la entrada, la munición podría salir por la puerta trasera sin dar a nada ni a nadie. *(N. de la T.)*

7 Agencia Federal para la Gestión de Emergencias. *(N. de la T.)*

Índice

Portadilla 2
Quedan los huesos 4
Día primero: Nacer bajo una bombilla desnuda 8
Día segundo: Huevos escondidos 22
Día tercero: Enfermedad en la tierra 35
Día cuarto: Vale la pena robarlo 51
Día quinto: Quedan los huesos 69
Día sexto: Un pulso firme 88
Día séptimo: Perros de pelea y hombres de pelea 105
Día octavo: Que se enteren 121
Día noveno: Eclipse de huracán 139
Día décimo: En el ojo sin fin 152
Día undécimo: Katrina 168
Día duodécimo: Vivos 184
Agradecimientos 200
Créditos 201
Notas 202